

H A R O L D L A M B
CARLOMAGNO

Lectulandia

En los últimos días del año 800, Carlomagno fue coronado emperador por el papa León III. Sus dominios se extendían entre los Pirineos y el Elba, y desde el Tíber hasta el mar del Norte. Y ahora, el Pontificado de Roma se ponía bajo su protección, igual que el patriarca de Jerusalén que por ese tiempo, y con similar propósito, le enviaba el estandarte de la ciudad y las llaves del Santo Sepulcro. Arbitro de Occidente, artífice de Europa, dotó a su imperio de una unidad, religión y sistema institucionales; pero sobre todo logró una misma civilización. Gracias a él, a su empeño y ansia de saber, la cultura —hasta entonces confinada en conventos— comenzó a propagarse.

De Carlomagno (742-814) la literatura suele mostrar dos imágenes muy distintas que difícilmente parecen compatibles. Por un lado, la del ardoroso guerrero y hábil político que logró dotar de una conciencia de unidad política a Europa (el imperio carolingio); por el otro, la del hombre interesado y preocupado por el avance de las ciencias y las artes que con su tarea contribuyó al esplendor europeo. Quizá la mayor virtud de la novela de Harold Lamb es precisamente conseguir integrar de un modo convincente las diferentes facetas de un personaje rico y complejo, y no olvidar además abordar la leyenda negra que siempre lo asoció a la vida disipada y mujeriega. En cualquier caso, el simple relato de lo que el hijo de Pipino el Breve llevó a cabo resulta suficientemente apasionante para atraer a cualquier lector interesado en la historia europea. Por su riqueza, complejidad y trascendencia histórica, Carlomagno es una figura histórica de un interés enorme, y la de Lamb es sin duda la mejor novela escrita hasta la fecha sobre él. Tanto por lo que tiene de novela biográfica como por el fresco histórico sobre el que ésta se proyecta, es una novela que el aficionado a la novela histórica no puede pasar por alto. Su protagonista pertenece a ese grupo de personajes fundamentales del que se sabe mucho menos de lo que se piensa, y verlo en sus momentos críticos ayuda a comprender cómo se fraguó Europa.

Lectulandia

Harold Lamb

Carlomagno

ePUB v1.0

Ramsan14.04.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Charlemagne: The Legend and the Man*

Autor: *Harold Lamb*

Fecha de publicación del original: 1 de Junio de 1954, Doubleday Publishing, USA.

Fecha de publicación presente edición: 28 de Mayo de 2002, Editorial Edhasa

Traducción: Hernán Sabaté

Diseño portada: Manuel Estrada

ISBN: 84-9815-248-8

Editor original: RamSan (v1.0)

ePub base v2.1

En viejos relatos nos cuentan muchas maravillas de héroes...
Ahora, aquí, leeréis los empeños de hombres valientes.

LOS NIBELUNGOS

Nota del autor

En este esfuerzo por escribir una biografía de Carlos el Grande, estoy profundamente obligado a la obra de Arthur Kleinclausz, de la facultad de Letras de Lyon. Sus volúmenes sobre Carlomagno, Alcuino y el ascenso del imperio carolingio me han servido de guía.

Este retrato del Carlomagno humano está basado en las fuentes de la época y situado en el marco físico de su reino franco como mejor he podido reconstruir. En él, los ríos llevan casi siempre sus nombres modernos. Igual sucede con las ciudades, salvo aquéllas importantes en la época y poco conocidas hoy, como es el caso de «la villa de Theodo», en la actualidad Thionville. Títulos y rangos se ofrecen en la forma medieval tardía, más sencillos: señores por *seniores*, o senescal en lugar de la mezcla de latín y teutónico, bastante singular, de *Seni-Skalkoz*, «el más anciano de los servidores».

Todas las personas que aparecen en este libro vivieron como se ha descrito, y sus nombres están utilizados en la forma castellanizada, cualquiera que sea el idioma de procedencia. A menudo, para escapar a la mera narración de los hechos según las crónicas, fragmentos de cartas o de tradiciones se han desarrollado en forma de breves escenas y diálogos entre personajes. Algunos detalles e incidentes han sido recogidos de la crónica del notable monje de SaintGall, quien parece haber conocido a fondo las costumbres y la personalidad del gran monarca.

Se han escrito muchos análisis históricos de la figura de Carlomagno, de su leyenda y del efecto que produjo sobre la literatura y sobre los acontecimientos posteriores a él, pero la vida del ser humano que había detrás parece haber escapado al registro escrito.

Al escribir este libro para el lector no especialista —y para mi propia satisfacción—, me pareció que se había puesto, en general, demasiado énfasis en lo que había sobrevivido de su reino y cómo había afectado a las naciones de la Europa occidental. Quizá lo más importante murió con él. Aquél era su propósito, su sueño, si se prefiere. Kleinclausz lo llama, como en el caso de Justiniano, su impulso idealista y moral por encima de los logros materiales. Y el erudito francés añade: «Proyectó a su advenimiento una repentina claridad sobre la confusa geografía política de la Europa occidental y central».

Fue como el destello de un faro en la oscuridad de Europa, que no volvería a aparecer hasta las Cruzadas. Esta obra ha pretendido hablar de esto; no tanto de su éxito como de su fracaso vital.

Prólogo

Su nombre era Carlos. Tras su muerte, durante generaciones, la gente lo recordó como un gran hombre y con este apelativo, Carlomagno, o Carlos el Grande, pasó a la historia.

Este nombre, además de inusual, viene a subrayar un hecho muy destacable. Carlomagno, a diferencia de la mayoría de reyes, parece haber pertenecido no a una, sino a todas las naciones de la Europa occidental y cristiana. Y ello se debe a que, hacia el final de su vida, consiguió unificar a esos pueblos en una única comunidad cristiana y, con ello, les proporcionó una esperanza.

En su época y en aquella región del mundo, la civilización estaba agonizando. Junto a las últimas legiones romanas, la ciencia, la ley y el orden —los pilares que nos sostienen en la actualidad— retrocedían ante el empuje de nuestros antepasados, los pueblos bárbaros de las costas atlánticas. Algunos de ellos, como los visigodos y los lombardos, entraron en estrecho contacto con el Imperio Romano en desintegración y conservaron recuerdos y ciertos lujos de la civilización que se extinguía.

En cambio, los francos, el pueblo de Carlomagno, llegaron a escena demasiado tarde. Encontraron una tierra yerma en la que imperaba la fuerza bruta y se establecieron en ella, entre los ríos Loira y Rin, inquietados por visiones de los aquelarres de brujas y por la presencia del Malvado, que acechaba en la noche del bosque. Sólo gracias a la predicación de misioneros como el irlandés Columbano poseían estos pueblos cierta esperanza en la salvación de su alma y en la posible segunda venida de Cristo a la tierra.

Los francos, pertenecientes al tronco de tribus germánicas, eran hombres de considerable fuerza física y de tradiciones guerreras —conocedores de la saga de Beowulf, el héroe que hirió mortalmente al monstruo Grandel, al cual no podía causar daño ningún arma— y lograron sobrevivir con esfuerzo en sus claros de bosque. Sin embargo, quedaron confinados y aislados en su rincón de Europa debido a la presión de los pueblos eslavos y las tribus de jinetes nómadas procedentes del Este. Asimismo, quedaron separados de la ciudad donde sobrevivía la cultura grecorromana, Constantinopla, por un mar a través del cual se extendía otra cultura, la del Islam, impulsada por los árabes y antagonista de la suya. En las densas tinieblas del siglo vii, el mundo de los francos parecía entrar en su era final y muchos daban por seguro que acabaría bruscamente en el año 1000 del Señor.

Más amenazador que el riesgo físico era, sin embargo, el lento declive de las

mentes, el retroceso de la escritura, la desintegración del latín universal en una diversidad de idiomas vernáculos y el menoscabo de los ideales. Los nativos sobrevivientes en la Galia romana fueron perdiendo sus antiguos conocimientos mientras que los francos, sus amos, no concebían la idea de un Estado civilizado en el cual un emperador gobernara a todos los seres humanos mediante leyes. Los hombres ofrecían lealtad a reyes tribales electos, y uno de éstos, Dagoberto, logró frenar el proceso de desintegración de su nación. Otro líder guerrero, Carlos Martel, repelió a los invasores musulmanes al sur de la Galia tras la batalla de Poitiers y acrecentó su poder y sus riquezas mediante la confiscación de las propiedades de la Iglesia. Su hijo, Pipino el Breve, se propuso retener la Galia meridional al tiempo que convertía a sus francos en un pueblo catalizador que dominaba a los demás.

Sin embargo, sólo Carlos, el nieto de Martel e hijo de Pipino el Breve, recibió el sobrenombre de Grande. Carlos extendió sus dominios hasta dar forma a un imperio, el Carolingio (es decir, el imperio de Carlos), muy diferente a los anteriores.

Tras él, sucedió algo absolutamente único en Occidente. El recuerdo de ese imperio perdido perduró y se convirtió en una fuerza que contribuyó a dar forma al nuevo mundo occidental. La propia figura de Carlos se convirtió en una leyenda, la de Carlomagno, que creció y se difundió por todas las tierras cristianas. Una leyenda que no fue sólo la evocación de una imaginaria edad de oro o de un monarca extraordinario, sino el recuerdo, común a toda la humanidad, de un hombre que les gobernó durante un breve lapso con un objetivo insólito que se desmoronó a su muerte. Y esta leyenda, este recuerdo, pasó de los palacios e iglesias a las casas solariegas, se difundió por los caminos, dio lugar a canciones y romances e influyó durante cuatro siglos en los acontecimientos.

Esta es la historia de aquel hombre, tal como puede ser reconstruida, y del principio de su leyenda.

I. Las tierras boscosas

Después de las vigiliass de Tomás, el apóstol, el muchacho fue enviado por primera vez a una misión por su cuenta. La nieve y el fango hacían difíciles los caminos ese invierno del año 753.

Hasta aquel momento, nunca se le había concedido grupo armado al que mandar ni poseía tierra alguna, tanto de campos de labor como de bosque, a su nombre. Tenía entonces once años cumplidos y era muy alto y delgaduchó, aunque la amplitud de sus hombros y los grandes huesos de sus manos indicaban que sería un hombre de gran fuerza. Llevaba el cabello muy corto y de su cuerpo aún torpe surgía una voz aguda y penetrante.

Normalmente, la gente le conocía como «ese hijo de Pipino el Breve». Quienes por alguna razón le odiaban preferían llamarle «el Palurdo», apelativo que le cuadraba bastante, pero su verdadero nombre era Carlos.

Al encomendársele la misión, el muchacho aseguró al instante que, con nieve o sin ella, emprendería a toda prisa la empresa de salir al encuentro de los visitantes que llegaban por el paso de los Alpes a la tierra de los francos. Tras echarse una capa de piel de oveja sobre la túnica de cuero, salió a caballo de la corte de Pipino, en la antigua villa de Theodo (Thionville). Olvidó llevar presente alguno a los insólitos visitantes, aunque se acordó de llevar buenos caballos de refresco, uno para cada miembro de la partida. En cuanto a los jinetes, Carlos sólo escogió a Keroldo, el soldado, y a los guardabosques que le habían acompañado el día anterior a cazar venados. Al no tener a señores ni vasallos que le hubieran jurado fidelidad, el voluntarioso muchacho se juntaba habitualmente con mozos de cuadra y cazadores para charlar y beber y para bañarse cuando el verano templaba los ríos.

Cuando desapareció con su séquito por el embarrado sendero entre la ventisca, algunos de quienes le vieron marchar se echaron a reír y comentaron con ligereza que el Palurdo había salido a dar la bienvenida al pastor apostólico de San Pedro, al propio Papa, como si fuera en persecución de un ciervo. Pipino, por su parte, no dijo una sola palabra de censura o de alabanza. El severo Pipino, rey de los francos, era partidario de mantener a su primogénito a su lado, de vigilarle, antes que enseñarle o aconsejarle. Si este estricto proceder de Pipino era acertado o errado, nadie podía saberlo con certeza.

A marchas forzadas y cambiando la silla a los animales de refresco cuando el barro hasta las rodillas agotaba a los caballos, Carlos, el príncipe, y sus hombres del bosque siguieron hacia el sur con el sol bajo en el cielo y pronto llegaron a la posada

situada a treinta leguas. El joven cabalgaba contento de estar solo, sin la compañía de Fulrado, el abad, o del condestable, que le invitaran a tener prudencia. Aquella era la primera misión que su padre le encargaba.

Alegres, los jinetes avanzaban cantando mientras el vapor de los caballos en pleno esfuerzo se alzaba de su lomo y se perdía en la niebla. El sexteto que le seguía se sentía afortunado porque el joven príncipe era un muchacho alegre.

La suerte, decía éste, cabalgaba con los arnulfingos. Pues Arnulfo, el fundador de aquella familia, había pedido una señal. Había arrojado su anillo del sello al río Sena diciendo que, si volvía a sus manos, sería una señal de que llegaría a mandar sobre sus camaradas. Pues bien, la joya desapareció en el agua. Sin embargo, años después, en la mesa de Arnulfo se abrió un pescado y de su vientre cayó el anillo. Sin duda, Dios había querido que fuera tal señal.

Keroldo, el hombre de armas, contaba así una anécdota:

—Al llegar al siguiente río, no encontrábamos un vado y la oscuridad empezaba ya a cubrir el cielo y la tierra. Cuando Carlos procedía a subirse los pantalones, un ciervo blanco saltó al agua delante de él con los cuernos relucientes como el oro bajo el sol. Allí donde el venado blanco había entrado en el agua, Carlos le siguió. Y os aseguro que allí había un vado. Pocos de quienes lo cruzaron llegaron a mojarse los calzones.

En muchos aspectos, igual que en estas historias de taberna, los recuerdos de Carlos estaban vinculados a ríos, cuando no a cacerías. Al joven le gustaba oír a sus camaradas alabar su buena fortuna, puesto que no tenía confianza en su propia habilidad, o en sus conocimientos.

Cuando, avanzado el día, llegaron a la posada situada a treinta leguas, el muchacho pensó que la suerte le había acompañado de nuevo. Gran número de caballos se apretujaba junto a los almiarés y el establo, lo cual llevaba a pensar que los reverendos visitantes de Roma habían llegado ya hasta allí.

Sin embargo, a la puerta de la posada encontraron al noble Auchero, jefe guerrero que había viajado a Roma siguiendo órdenes del rey Pipino.

—¿Viene muy lejos tu padre? —preguntó cuando reconoció al larguirucho Carlos.

Auchero, señor feudal hábil y áspero de trato, no dio título ni rango alguno al referirse a Pipino.

—El rey no viene. Me ha enviado por este camino para salir al encuentro de Esteban, el pastor apostólico de Roma. ¿Dónde está?

A Auchero no le gustó la respuesta. Contempló largamente al muchacho y explicó que Esteban y su séquito de San Pedro habían tenido una difícil travesía de las montañas y venían a marcha lenta desde el monasterio de San Mauricio, donde uno de los viajeros había muerto.

Auchero y sus hombres ocupaban los dormitorios del piso superior de la posada y no hicieron el menor gesto en ceder su lugar a Carlos y los guardabosques de éste. El noble se limitó a declarar abiertamente que no era cortés ni adecuado por parte del rey de los francos enviar únicamente a su hijo y unos hombres del bosque, sin regalos, para dar la bienvenida al Papa.

A esto, el muchacho reaccionó con una respuesta rápida e irritada. No se alojaría en la posada donde Auchero se había instalado con tal comodidad. Le habían encargado que fuera al encuentro de los distinguidos visitantes y seguiría cabalgando para cumplir la misión.

Auchero regresó junto al fuego murmurando una palabra: «Palurdo».

La nieve oscureció el cielo y el frío les caló las manos y los pies cuando continuaron la marcha. Las fatigadas monturas se alejaron del establo y del heno chapoteando pesadamente. Keroldo y los guardabosques no dijeron nada porque eran hombres de Carlos, leales y comprometidos a obedecerle.

Cuando anocheció y el bosque se hizo más cerrado a su alrededor, se detuvieron a descansar. A Carlos no se le ocurría dónde buscar refugio, pero no estaba dispuesto a volver atrás y echarse a dormir junto al fuego sobre las piedras del suelo, mientras Auchero lo hacía sobre el heno en el piso de arriba. El príncipe era un joven testarudo.

Entonces, de pronto, se echó a reír y dijo:

—Desde luego, queridos amigos, éste sería un buen momento para que apareciera ese ciervo blanco y nos mostrara el camino que hay que seguir.

Tras esto, continuaron avanzando con más ánimo, gracias al buen humor de Carlos. Fue como aventurarse a través de la oscuridad que cubrió Egipto, hasta que uno de los guardabosques señaló el débil resplandor de una llama delante de ellos, que tomaron por el fuego de alguna casa solariega.

Sin embargo, observaron enseguida otras luces en el camino, que resultaron ser las antorchas de una comitiva en movimiento. Carlos y su partida se detuvieron porque no eran suficientes como para enfrentarse a un grupo tan numeroso; probablemente, eran saqueadores que se desplazaban al amparo de la noche.

Entonces, Keroldo masculló un juramento:

—¡Con ciervo o sin él, que me quede ciego ahora mismo si ése no es el reverendo sucesor de San Pedro!

Y, en efecto, así resultó ser. La escolta del Papa, sorprendida por la llegada de la noche, seguía avanzando a ciegas por el camino hacia el refugio. Carlos olvidó la fatiga con su gran excitación. ¡Aquello sí que era una suerte extraordinaria!

Cuando los viajeros supieron que el muchacho les traía los saludos de los francos, lo condujeron ante una figura embozada que montaba un caballo blanco. Carlos oyó una voz cansada que preguntaba dónde estaba el rey.

Carlos desmontó, trastabillando de nerviosismo, e intentó explicar que Pipino, hijo de Carlos Martel, aguardaba la llegada del pastor de Roma en una cálida mansión de Thionville. Después, sin saber qué más añadir, aguardó ansioso mientras otra voz repetía sus impulsivas palabras en el claro latín de los libros.

Los abrigados romanos mostraban evidente recelo ante el hecho de que no hubiera salido a recibirles el propio Pipino. Esforzándose en entender su extraña manera de hablar, el muchacho comprendió que había sido una grosería enviarle a él y a sus hombres para dar la bienvenida al tal Esteban. Este hablaba en susurros, con una voz temblorosa debido a los vientos y los fríos de la travesía de las montañas.

Entonces recordó que se había presentado sin ningún regalo que ofrecer y notó cómo la sangre caliente le latía de vergüenza en las venas.

—Señor Papa —clamó entonces con voz estridente—, habría querido traeros regalos de telas finamente tejidas y de oro precioso, pero no poseo otra cosa que mis armas de caza y libros... y de estos últimos, muy pocos.

Un rostro enmarcado por una capucha de piel, descolorido y fatigado bajo la luz de la antorcha, se inclinó a examinarle.

—Valeroso muchacho —hizo traducir el viajero—, ¿por qué hablas de regalos? Me basta, Carlos, con que hayas venido a través de estos bosques vírgenes a estas horas de la noche para guiarnos. ¿Podrás conducirnos a un refugio?

A Carlos, en su vergüenza, le consoló escuchar que aquel gran señor apostólico pronunciaba su nombre con la nítida sonoridad de una campana: Carolus.

Jamás olvidaría aquel bendito sonido. Mientras volvía a pasar a caballo ante los lanceros de la escolta papal, iba pensando en ello. Había sido redimido de su vergüenza.

Y, a continuación, se echó a reír, conteniéndose a duras penas para no estallar en una sonora carcajada. Keroldo se adelantó al resto de su partida y, al llegar a su lado, le cuchicheó:

—¿A qué viene esa risa?

—Estaba pensando en el noble Auchero —respondió Carlos—, en cómo vamos a hacerle salir de su abrigado y confortable nido en la hora más fría de la noche para dejar sitio a todos estos obispos, presbíteros y clérigos.

Su carcajada resonó, estentórea, por el camino silencioso cubierto de nieve.

Esta primera misión de Carlos finalizó pasadas las fiestas de Navidad que marcaron el primer día del año 754 de Nuestro Señor. Después de avistar el humo que salía de los húmedos techos de las casas de Thionville, no tardó en distinguir junto al camino a Fulrado, el archicapellán, envuelto en sus ropajes y acompañado del condestable, que venía armado y ataviado con su armadura.

Al llegar a la vista del arco hundido de la antigua puerta romana, advirtió la presencia de su padre, que aguardaba a la comitiva luciendo un manto nuevo azul

celeste y la espada con la cruz de oro en la empuñadura. Para sorpresa de Carlos, Pipino apeó su rechoncho cuerpo de la silla de montar y avanzó por el fango para sujetar las riendas del caballo del Papa y guiarlo hacia la entrada, como si fuera un criado.

—Alguien tendrá que pagar por todo lo que Pipino está haciendo —murmuró Auchero.

Carlos movió los pulgares en gesto de mofa ante aquel comentario despreciativo.

Sin embargo, cuando todos hubieron asistido en el cálido salón al encuentro de los dos señores, el lego y el hombre de Iglesia, y entraron en la capilla para elevar una plegaria de agradecimiento por la feliz llegada de Esteban tras el largo viaje invernal, sucedió una cosa extraña.

El agotado viajero, el propio Papa, hincó la rodilla ante Pipino en las gradas del altar.

—Rey de los francos —dijo entonces el anciano—, aquí me tienes suplicante. No aceptaré tu mano para incorporarme hasta que prometas ayudarme frente a mis enemigos.

Tal vez estaba demasiado cansado o tal vez era, simplemente, un anciano angustiado, pero lo cierto fue que las lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus enjutas mejillas. Carlos deseó ver a su padre levantar a Esteban con emocionada prontitud.

Sin embargo, Pipino permaneció impassible, con el mentón echado hacia delante. Su postura denotaba fuerza en el cuerpo y cautela en la mente. Durante unos instantes, el lloroso vicario y el meditabundo hombre de armas formaron una escena como la de las figuras del mosaico detrás del altar. La imagen de aquella escena quedó grabada en la mente de Carlos.

Después, sin decir palabra, Pipino alargó los brazos y ayudó a levantarse al viejo Esteban.

Terminada su misión, Carlos regresó a sus tareas en palacio, que hasta entonces no consistían en otra cosa que en dejar pasar los días como hijo bastardo de Pipino.

Pipino el Breve no era rey por derecho de nacimiento. Igual que con anterioridad los arnulfingos, aquel oscuro y discreto noble había sido maese —o, como otros decían, mayordomo— de palacio y *primus ínter pares* del reino de los francos, cuyos nobles aún mantenían juramento de fidelidad al rey legítimo, el último de la línea merovingia.

Ciertamente, era Pipino quien había llevado a cabo la auténtica tarea de gobierno, con presteza y mano dura, mientras que el último de los merovingios se había limitado a presentarse ante la asamblea cada año, conducido desde su casa solariega en la carreta ceremonial tirada por esforzados bueyes que guiaba un campesino de largos cabellos. Allí, el pelirrojo merovingio, gordo y holgazán, presidía la reunión de

su pueblo y daba su consentimiento a las cosas que sus súbditos habían hecho o deseaban hacer.

Dos años antes, los demás nobles francos habían podido ponerse de acuerdo y juramentarse para escoger a otro como mayordomo de palacio, pero Pipino tenía ya el respaldo de una aguerrida guardia y de las huestes armadas de los francos, que le habían seguido cada año en las campañas guerreras. Así, había conseguido conservar su poderoso cargo gracias a sus dotes para utilizarlo. Al mismo tiempo, había enviado un mensajero a Roma para plantear una pregunta al Papa: «¿Acaso el que tiene el poder en un reino no debe tener también el título que le corresponde?». La respuesta del pontífice había sido afirmativa.

Y así era como el último merovingio, el casi olvidado Childerico III, había sido conducido aquel año no a la asamblea de los francos, sino a un monasterio del bosque. Transportado en su carreta, había sido apartado de su comfortable finca, de sus cocineros y de sus mujeres, para ver afeitados sus cabellos rojizos. Entonces, la asamblea había aclamado rey a Pipino; el santo Bonifacio había depositado la corona de oro batido en su redonda cabeza morena y, durante dos años, había gobernado como monarca.

Sin embargo, los grandes nobles como Auchero no habían reconocido nunca el ascenso de Pipino al trono y le seguían considerando uno más entre ellos. Le obedecían por la fuerza, no por propia voluntad, en tanto Pipino, hijo del guerrero Carlos Martel, gobernara bien para el pueblo cuyo trono había usurpado.

En aquellos días ingratos en los que el mundo cristiano parecía hundirse para siempre en las tinieblas, todos los pueblos francos guardaban el recuerdo de una época remota, de una edad de oro en la que los primeros merovingios les habían conducido desde las orillas del mar, cuando el oro abundaba y el comercio era activo a lo largo de unas rutas de las que no habían desaparecido por completo los vestigios del Imperio Romano. Los viejos tiempos de prosperidad e incluso paz...

Nadie había instruido al Palurdo en tales cosas. Lo que el muchacho sabía le había llegado en fragmentos de relatos escuchados en la silla de montar, o en cuchicheos mientras permanecía durante horas interminables tras la figura de su padre. Desde primera hora de la mañana hasta la comida de mediodía, Pipino le hacía asistir a las audiencias y escuchar las peticiones y quejas que el pueblo presentaba a la merced del monarca. Tal era el riguroso sistema de enseñanza que Pipino empleaba con el muchacho.

Su madre insistía en el estudio de los libros sagrados, pero Carlos sólo podía acudir a los libros y a los diáconos que instruían a los muchachos en la escuela de palacio durante la hora de la siesta, después de la comida, y antes de acostarse. Y, como los diáconos solían estar amodorrados por la carne y el vino, pasaban por alto la ciencia de los números («Si tienes treinta castañas y comes cinco cada día,

¿cuántos días de la semana te durarán las castañas? Hasta el día de descanso del Señor») y la ciencia de las cosas físicas («¿Qué es la luz? La antorcha que lo revela todo»).

Lo único que tenían que aprender los muchachos era la respuesta a las preguntas. En retórica, leían en voz alta pasajes de los libros sagrados: «Llora por Saúl, que te vistió de escarlata [...] que puso ornamentos de oro sobre tus ropajes». Así leían cómo había muerto Saúl y cómo había encontrado Sodoma su castigo.

Pero esas respuestas de las lecciones y esos sucesos milagrosos de los libros no tenían, para el muchacho, nada que ver con el revuelo de seres humanos que rodeaba a su padre.

Cada día, además, recibía entrenamiento en el uso de las armas, que había recibido de Bernardo, su tío. Después de que Fulrado las bendijera en el altar, Carlos se había arrodillado para tomar de sus manos el puntiagudo escudo de hierro, la larga espada con el cinto y la liviana lanza de madera de fresno. Ahora, en las tardes de verano, un viejo soldado al servicio del condestable le ejercitaba con la espada y el escudo y el scramasax, el pesado machete curvo que se usaba para parar un golpe o para asestar una rápida estocada. Gracias a sus largas extremidades, el muchacho podía mantener el escudo separado del caballo sin dificultad y agarrarse firmemente a la montura con las piernas; sin embargo, era demasiado torpe para, al galope, arrojar la lanza con precisión a una diana.

—Suelta un jabalí —gritaba a su preparador— y verás cómo lo abato con una de mis lanzas de caza.

Las armas de caza, las jabalinas y el pequeño arco con sus flechas cortas y largas, resultaban familiares a sus fuertes manos y el muchacho se sentía confiado con ellas. En cambio, la pesada punta de hierro de la lanza de guerra no servía para abatir a un jabalí en plena carga.

—Sí —gruñía el veterano de guerra—, pero el jabalí de Su Señoría no lleva escudo.

Esto enfurecía a Carlos, quien sabía que podía competir con los jinetes más rápidos.

Después de verle en una de tales prácticas con sus armas, Bernardo, comandante de las levas de francos del este, sacudió la cabeza en gesto de negativa, tan callado como Pipino. Se frotó el mentón y declaró:

—Joven camarada, tienes habilidad pero te falta cogerle el truco.

—Si Su Excelencia me manda una tarea, la cumpliré.

Los ojos grises de Bernardo reprendieron al muchacho por su irritada respuesta.

—¡Esto es más que una tarea! Un hombre del norte no considera una tarea manejar un bote. Un huno, por su parte, nace para la silla de un caballo.

—¿Y acaso un franco no...?

—Un franco nace para el bosque.

Cuando Carlos dejaba atrás los últimos pastos, con los frutales y los nogales, y penetraba en la penumbra del bosque, se sentía a la vez alerta y descansado. Allí era capaz de seguir el rastro de un ciervo entre los robledos más espesos. Con el rabillo del ojo descubría las ardillas que se escondían al otro lado de los troncos y el rápido cambio de sombras que revelaba la furtiva retirada de una pantera. Los perros que batían las laderas le hablaban, avisándole con excitación.

El muchacho era un maestro en aquellas sendas de bosque. Sutiles indicios le conducían hacia un venado de grandes cuernos o hacia un oso dedicado a buscar comida. Se mantenía orientado por instinto, seguro de encontrar el camino de vuelta. Y, si decidía dormir una noche al raso, sabía encontrar un riachuelo y encender una fogata.

Los bosques se habían hecho enormes, avanzando laderas abajo desde los oscuros abetos de las alturas hasta invadir las tierras de labor de los valles, pues nadie se había opuesto a su marcha durante siglos. A menudo, el muchacho descubría en su espesura las ruinas de algún caserío abandonado.

Sus monteros creían que el Jinete Negro aún cabalgaba por aquel *Wald* y que en las alturas, con la luna nueva, podían verse los fuegos de los aquelarres de brujas. Había doncellas elfas que vigilaban desde las fuentes, donde el laurel se mezclaba con robles de extensas copas. Sobre todo, cuando la luna llena pendía en el cielo como un faro...

Aquel verano, antes de la recolección, Carlos descubrió qué había tenido en mente Pipino cuando había tendido su mano al suplicante Esteban, comprometiéndose a ayudarlo. Después de la asamblea del Campo de Mayo, la corte se dirigió a París. El muchacho emprendió el viaje con alegría, pues el río Sena estaba lleno de mújoles y otros peces retozones.

Los grandes nobles pudieron acompañar al monarca sin problemas, pues ya habían terminado de labrar y sembrar sus tierras. Pipino instaló a su familia en el ruinoso palacio de Juliano, en la colina próxima a la isla de París. Los derrocados reyes merovingios —en especial Dagoberto, que estaba enterrado allí— habían proyectado convertir París en una gran ciudad pero, tal vez porque no querían seguir los pasos de la dinastía apartada del poder, los arnulfingos, menos cultos y refinados, habían descuidado de nuevo la isla, que volvía a estar cubierta de zarzas y a ser más conocida por su nombre romano de «la Embarrada».

Por primera vez en su vida, Carlos tuvo en este palacio de Juliano el Romano una habitación para él solo. El abad Fulrado, con su habitual despliegue de energía ante la llegada de la familia real, le explicó a Carlos que, mucho tiempo atrás, las tropas romanas habían aclamado emperador a Juliano en aquel mismo lugar. Era Fulrado, más que su padre, quien trataba de instruir al muchacho en el conocimiento de

aquellos sucesos de antaño. Pipino, muy ocupado cuando no se encontraba dedicado a meditar, se impacientaba al apreciar que Carlos no comprendía aquellas cosas.

Al muchacho le importaba más la incomodidad del suelo de mosaicos de su nueva estancia bajo la capa de dormir, pero por las noches solía escabullirse por una grieta de la muralla para tumbarse en la hierba, donde podía escuchar el murmullo del río e inspeccionar, antes de que el sol dispersara la bruma que flotaba sobre las aguas, los sedales de pesca nocturnos que había tendido con los demás muchachos.

Además de la solitaria grandeza de su habitación y de la agitación de Fulrado, el vestido de su madre le previno de la inminente ceremonia. No era una nueva prenda para llevar a diario o para montar, sino una túnica reluciente de seda e hilo de oro, cerrada de cuello y de mangas, cuya falda de grandes vuelos formaba un círculo que le ocultaba los pies. Aunque no le permitía andar con demasiada comodidad, Bertrada se ruborizó de alegría y dio unos pasos con aire gallardo cuando se lo probó, entre el aplauso de sus doncellas. Al verla, Carlos pensó que, aunque su madre no fuera de sangre noble, tenía un aire señorial con aquel lujoso vestido.

Al expresar a gritos su aprobación, Berta, como él la llamaba, hincó la rodilla e inclinó la cabeza como para complacer a una persona de gran poder. Su madre entendía lo que sentía.

De pequeño, Carlos no había reflexionado nunca sobre su nacimiento, aunque sabía que Berta había sido la concubina favorita de su silencioso padre, el cual la había honrado casándose con ella algunos años después del nacimiento del chico. La presencia de Carlos junto al altar de bodas había motivado las chanzas del pueblo.

Sin embargo, en los últimos años, el muchacho —siempre rápido en advertir tales cosas— había notado que la gente ya no hacía bromas al respecto. Keroldo decía que si Pipino fuera un rey de verdad, debería existir una diferencia entre el retoño de una amante y el hijo de una reina. Carlos, en cambio, no consideraba que este detalle tuviera importancia.

No obstante, tal vez esto hizo más firmes los vínculos entre él y su madre, una mujer vivaz y exigente. Berta siempre corría a ponerse de su parte en las disputas, como si considerara que debía corregirse a su favor un cierto desequilibrio oculto. En cambio, su padre no mostraba preferencia alguna por él.

Si acaso, Pipino idolatraba al niño nacido después de la boda. Carlomán, de sólo tres años, les deleitaba a todos con su viveza.

El día anterior a la ceremonia, todos se dirigieron a caballo hasta la basílica de piedra gris dedicada a san Dionisio el Mártir, el Dionisius que había recibido el martirio por decapitación y que, desde entonces, era venerado como apóstol de París. Esteban había acudido allí, al monasterio situado entre los campos de cebada, para recuperarse tras el arduo viaje.

Después de los cantos de vísperas, Berta pidió a Carlos que se quedara a rezar con

ella al pie del altar. El muchacho respondió que deseaba explorar los bosques, que no había visto desde hacía años.

—No, quédate conmigo —le rogó ella, y se apresuró a añadir—: Querido hijo, se acerca el día en que ya no podrás seguir tu terca voluntad como has hecho hasta ahora.

Aunque sus palabras sonaron al muchacho como un mal presagio, Berta parecía muy satisfecha al realizar el anuncio. Y, para asegurarse de que no escaparía de su lado, tomó la torpe manita de su hijo entre sus cálidos dedos. Olía a cabellos recién lavados y a ropa limpia. Carlos se quedó de buena gana, pues las velas iluminaban una pintura fascinante en el ábside. Allí, el decapitado san Dionisio, o Dionisius, se inclinaba para recoger su cabeza del suelo, a los pies de un fornido soldado.

Muchos de quienes se rezagaron en partir pudieron admirar a la animada mujer y al espigado muchacho rezando juntos, arrodillados. Carlos vio acercarse a él a una muchacha delgada, con pecas bajo los ojos y el cabello suelto y revuelto. Pero sus ojos grises le miraron fijamente con mudo respeto. Sin hacer caso de la muchacha, Carlos inclinó la cabeza con majestuosa dignidad, satisfecho de haber obedecido a su madre.

A continuación, la muchacha fue alejada de su lado y Carlos volvió a contemplar a san Dionisio, cerca de cuya tumba descansaba su formidable abuelo Carlos, que había sido un musculoso campesino. Sin duda, aquellos miembros de la Iglesia que habían recibido el martirio y estaban ahora cerca del trono del Altísimo en el cielo, más allá de las nubes, tenían un enorme poder sobre todo lo que sucedía. Así lo creía su madre a pie juntillas. El muchacho, sin embargo, recordaba a Esteban arrodillado ante su padre para apelar a la fuerza de las armas de hierro.

¿Cuál de ambas fuerzas, pues, se impondría a la otra?

El día de la ceremonia amaneció despejado y cálido. Un aroma seco y dulce venía de los henares que invadían la carretera. Carlos siempre pensaba en aquel mes de julio como el mes del heno.

Aquella mañana no había nadie trabajando los campos, pues todo el mundo se había congregado ante la iglesia de Saint-Denis, apiñados en el exterior porque el edificio de piedra era demasiado pequeño y no podía acoger más que a los condes y demás grandes nobles. Sin embargo, la multitud podía escuchar la música, como de trompetas, del nuevo órgano que se había mandado traer para añadir gloria a aquella jornada. Aunque el extraño instrumento musical chirriaba y gemía, desde la lejanía del camino sonaba, al menos para Carlos, como las fanfarrias de los arcángeles.

¡Ah!, en su vida había visto u oído el muchacho tal gloria: su majestuosa madre cabalgando hasta la escalinata de entrada para evitar desgarros en la falda; los guardas de palacio, con plumas carmesí en los bruñidos cascos, alineados a la puerta, rechazando con el mango de sus picas a quienes estaban demasiado borrachos para

entrar como era debido en la casa del Señor...

Al larguirucho Carlos le pareció que toda la campiña había acudido a contemplar el honor conferido a su familia. El propio órgano había realizado el largo viaje hasta allí desde la lejana Constantinopla, y las suaves chinelas altas de tafilete rojo que calzaba habían sido adquiridas a un comerciante árabe.

Durante largo rato, permaneció tras su padre y su madre mientras el papa Esteban, con una túnica blanca inmaculada y una estola en la que brillaba el oro en torno a su delgado cuello, bendecía el nuevo altar de pulido mármol. Aunque Carlos no entendía gran parte de los cánticos, no se le escapaba que el anciano Esteban invocaba a todas las legiones celestiales —a los apóstoles, arcángeles, santos, mártires y demás siervos del Altísimo— para que dieran poder a aquel altar.

A continuación, Esteban llevó a cabo la ceremonia central del día: llamó a Pipino al altar y allí le proclamó solemnemente como hombre eminente, rey de los francos y patricio de los romanos. Al tiempo que lo hacía, Esteban alzó un pequeño cuerno de plata y derramó unas gotas de aceite perfumado sobre la cabeza de Pipino, ungiéndole como lo había sido otro rey, David, en la dorada Jerusalén.

El siguiente gesto de Esteban sorprendió a Carlos. El Papa indicó a Berta que se acercara y derramó sobre su cabeza otras gotas de aceite bendito. Con ello, su madre dejaba de ser una mujer de sangre común para convertirse en reina de los francos. Cuando Berta se volvió hacia la silenciosa multitud de duques, condes, paladines y obispos, en su rostro había una expresión de profunda y orgullosa satisfacción.

Después le llegó a Carlos el turno de hincar la rodilla ante Esteban y escuchar claramente sus palabras: *Vir nobilis, filius regnatoris, patricius Romanorum*.

Con esto quedaba proclamado noble hijo del rey y patricio de los romanos, aunque no estaba seguro de saber qué significaba «patricio». En el instante de percibir las frías gotas de aceite en su cuero cabelludo, experimentó un escalofrío de placer por haber sido nombrado noble hijo de Pipino.

Y luego, mientras volvía a ocupar su lugar junto a Fulrado y los principales paladines del reino, sucedió algo para lo que no estaba en absoluto preparado. Una anciana criada puso en brazos de Berta al hermanito de Carlos y, mientras la madre sostenía al pequeño Carlomán, el frágil Esteban llevó a cabo el mismo proceso de nombrar al bebé noble hijo y patricio.

Durante un breve instante, Carlos tuvo ganas de echarse a reír. Era realmente gracioso pensar en el bebé como príncipe y patricio. Acto seguido, vio que Berta volvía a sonrojarse de orgullosa alegría. Rápido como una cuchillada, experimentó el aguijón de los celos. Lo que acababa de concedérsele a él, con todo honor, no debía otorgarse también a un niño que aún no caminaba. Se sintió profundamente herido y resolvió al instante que nunca hablaría del tema.

Mientras le daba vueltas al asunto del honor dividido entre él y Carlomán, prestó

poca atención a lo que Esteban decía a continuación al resto de los congregados. Por un lado, no podía seguir con facilidad el latín de los textos, por otro, los héroes francos allí presentes no parecían conocer las respuestas adecuadas. Mientras algunos clérigos entonaban: «¡Por los siglos de los siglos, amén!», otros nobles, que habían estado celebrando el acontecimiento, gritaban: *¡Vivat!*

Con todo, le llegaron con claridad algunas palabras:

—En lo venidero, le será dada tu fe a tu rey y a aquellos que desciendan de su estirpe, y a ningún otro.

En aquel momento, aquel vínculo entre él y su padre proporcionó cierto consuelo al muchacho. Sólo más tarde comprendería que el Papa, con aquellas palabras, había confirmado a la familia de Pipino como casa real. Sus hijos y los hijos de éstos reinarían sobre las tierras de los francos por encima de cualquier reclamación de los pelirrojos merovingios o de los grandes duques vasallos. Pipino había asegurado el trono para su familia por derecho de nacimiento.

Y hasta mucho rato después no llegó Carlos a la conclusión de que Pipino debía de haber establecido un acuerdo con Esteban. En el Campo de Mayo, Pipino había convencido a los dubitativos nobles para que cruzaran los Alpes en ayuda de San Pedro; ahora, en la iglesia, Esteban anunciaba que Pipino sería rey por derecho, además de serlo de hecho. Ninguno de los presentes pudo alzar una protesta. Al menos, ninguno lo hizo.

Mientras los hombres acudían al salón del monasterio a celebrar un banquete, Carlos tomó su caballo y salió al galope a través de los pastos hacia el río. Nunca hasta entonces había experimentado la comezón de los celos y tenía la costumbre, cuando se sentía humillado o preocupado, de montar a la silla y cabalgar hasta que el latir de la sangre en su cuerpo calmaba la tensión de su cabeza.

Galopó, pues, a lo largo de la orilla, rodeando chozas y establos. Cuando avistó un grupo de jóvenes de palacio bañándose desnudos, detuvo el caballo y saltó a la cálida orilla al tiempo que se despojaba de su limpia camisa de lino empapada en sudor. Sin embargo, se dejó puestas las chinelas de finísimo cordobán para bajar hasta el agua. Los muchachos, que le conocían bien, le vitorearon como nuevo patricio de Roma.

—¡Nosotros, los héroes del Rin —gritó uno—, no entramos en zarandajas como ésa de ser nombrado patricio! ¡Nosotros somos bien capaces de besar a las chicas y abatir a nuestros enemigos con un único golpe de espada... zas!

—Y de cortarles la bolsa y el gaznate con el machete... —respondió Carlos—, ¡Zas!

No fue lo bastante rápido como para improvisar una respuesta mordaz, pero al menos logró contestar cumplidamente. Cuando se lanzó al río, dejó atrás a los demás nadadores en una carrera hasta la orilla opuesta. El muchacho ya era capaz de

derrotar a muchos hombres adultos nadando, montando o rastreando la caza.

Cuando Keroldo y los pajes trajeron cerveza fría a los nobles bañistas, Carlos apuró su jarra antes que los demás. Mientras la cerveza estimulaba su cuerpo, se le ocurrió otra respuesta:

—De todos los héroes francos, mi abuelo y tocayo Carlos es quien podía golpear más fuerte, pues no tenía necesidad del hierro de la espada o de la maza. Con su puño desnudo era capaz de hundirle el cráneo a un oso en plena carga.

—¡Entonces, sus puños desnudos tenían nudillos de hierro forjado con incrustaciones de fragmentos de pedernal!

—Y con la espada —continuó Carlos sin prestar atención al comentario—, ¿quién iguala en fuerza a Pipino, mi padre?

—¡El león y el toro! —contestaron a coro los empapados bañistas—. Cuéntanos la historia de la espada, el león y el toro... y de cómo Pipino se deshizo de ellos.

Ante la invitación, Carlos llenó la jarra, echó un trago e intentó mantener grave su voz, aún infantil.

—En cierta ocasión estaba Pipino en su banqueta de campaña ante todos sus nobles cuando, primero, apareció en el campo un toro furioso. Después, llegó un león sediento de sangre. Y el león saltó sobre el lomo del toro para morderle el cuello en la testuz. Y Pipino gritó a sus vasallos: «Nobles señores, quitadle esa fiera al toro, o matadla, si queréis». Entonces, los nobles se echaron a temblar de miedo y ninguno de ellos movió un dedo para atacar al león.

Los pajes y los bañistas respiraban despacio para escuchar mejor, pues a todos les encantaba aquel relato que tantas veces habían oído.

—Cuando Pipino vio que no se movían —prosiguió Carlos—, saltó de su asiento blandiendo su espada del más fino hierro y con ella dio una única estocada. La hoja atravesó el cuello del león. Y atravesó también el cuello del toro, hasta clavarse profundamente en el suelo. Fue una estocada como rara vez contemplan unos ojos humanos. Cuando lo vieron, los héroes francos temblaron y sus voces vacilaron de temor ante tamaña fuerza. Entonces, después de disponer de este modo del león y del toro, Pipino envainó la espada y regresó a su asiento.

Todos se sintieron felices allí, bebiendo sobre la hierba caliente por el sol mientras escuchaban la narración. Desprezándose, Carlos aguardó a que su piel terminara de secarse y se sintió reconfortado por la buena camaradería y la zambullida en el agua, donde había sido el primero entre los nadadores.

Pero ocultó a sus compañeros el dolor que le producía el recuerdo de la unción de su hermano, Carlomán, horas antes. Aquél era un asunto privado. No quería comentarlo con nadie.

Durante los años siguientes, aprendería a guardar para sí muchas de tales heridas.

Trece años más tarde, Carlos superaba los seis pies de altura. Su cuerpo robusto,

de grueso cuello y recios brazos, era capaz de recorrer los bosques sin fatigarse y de cruzar a nado sus ríos favoritos, el Mosa y el Rin. Su ancha e inquieta cabeza, de nariz longilínea y fino bigote oscuro, le señalaba como un auténtico arnulfingo, descendiente del primer Lobo-Águila, y sus grandes ojos grises tenían la vista penetrante de quien rastrea con frecuencia los tupidos bosques vírgenes. Sin embargo, la falta de garbo no había desaparecido con el tiempo: su voz al gritar seguía tan aguda como cuando era un muchacho y, cuando soltaba una carcajada, las orejas se le movían adelante y atrás como si su cuerpo imitara el regocijo de su mente.

Así pues, aparentaba menos edad de la que tenía. Y así sería toda su vida. A aquel espíritu juvenil de Carlos le encantaba galopar en vanguardia de sus compañeros, disparar flechas o arrojar lanzas desde la silla, compartir el filete de venado y los cuartos traseros de un jabalí con sus hambrientos seguidores, dilapidar sus riquezas a manos llenas, escuchar elogios de su fuerza y voces alegres regocijándose. Le desagradaba tener que despedir a sus compañeros y quedarse a solas con sus pensamientos.

Igual que los halconeros y guardabosques que le seguían en sus impetuosas cabalgadas, el joven vestía burdas lanas frisas y ropas de cuero para combatir el frío y el agua. Sintiendo a gusto entre sus servidores y entre las vivaces muchachas campesinas, sabía despertar su atención con cuentos y canciones. Aquel Palurdo tenía un encanto irresistible y las mujeres se rendían rápidamente a la extraordinaria vitalidad de su cuerpo y a su apremiante voluntad.

El otro Carlos, la personalidad solitaria, guardaba silencio, incómodamente consciente de su ignorancia y torpeza, yendo de fracaso en fracaso. Su padre estaba afirmado en el trono, capeando peligros con mefistofélica facilidad bajo el acicate de su ambiciosa esposa. Gisela, la hermana menor de Carlos, tenía un carácter serio, confiado pero introvertido.

Año tras año, su hermano Carlomán gozaba de más favor ante los demás. Los monjes de Saint-Denis, que habían aconsejado a Pipino en sus años mozos, se convirtieron en tutores de Carlomán. Fulrado dedicó su atención al muchacho que había dominado el arte de leer en latín con tanta facilidad. Era evidente que Carlomán poseía la percepción y el juicio de su padre.

Durante trece años, los anales de los francos apenas mencionan el nombre de Carlos, quien no acompañó a su padre en ninguno de los dos viajes victoriosos que éste realizó a Italia atravesando los Alpes. No resulta muy sorprendente tal silencio de los registros, pues éstos sólo eran llevados, cuando lo eran, por algunos escribanos concienzudos de los monasterios de las encrucijadas, donde los viajeros llevaban nuevas de los sucesos de otros lugares. Estos cronistas monacales escribían sus palabras en latín mal recordado sobre pequeños pliegos de pergamino alisado, pues el papel de papiro de la época romana ya no llegaba del Este.

De este modo se guardaba recuerdo de los hechos importantes de cada año transcurrido desde la creación del mundo. Cinco mil novecientos sesenta habían pasado, según sus cuentas, desde que el Señor creara los cielos y la tierra.

Anotaban la aparición de pestes, de cometas en el cielo, los milagros y otros acontecimientos extraordinarios como «la llegada del órgano a las tierras de los francos». Uno de tales escribanos mencionaba a Carlos en 761: «Nuevamente, el rey Pipino llegó a Aquitania con su hueste armada y su hijo primogénito, de nombre Carlos, y capturó muchos castillos». Otro cronista, Ado, añadía en Viena que «tras capturar Clermont, pasaron la ciudad a fuego». El silencio de los anales sólo pone de relieve que el bastardo sirvió durante estos años a su padre sin destacar especialmente y sin oponerse a sus órdenes.

Por otra parte, las novedades cotidianas eran transmitidas por carta desde la sala del trono al *Hof* de los nobles. Ello no significa que Pipino o sus nobles francos supieran emplear pluma y pergamino, sino que se limitaban a estampar su rúbrica al pie de lo escrito por el amanuense.

Una carta del Papa de Roma instaba a Pipino a no divorciarse de Bertrada, su esposa.

En la misiva no se explicaba por qué Pipino quería deshacerse de la madre de Carlos pero, por aquel entonces, su hijo menor había muerto poco después de nacer. Berta, por su parte, con cuarenta años cumplidos, había alcanzado la madurez con salud. La dominante reina de los francos tenía una personalidad muy diferente a la de aquella graciosa concubina que había dado a luz a Carlos.

Y Pipino, como los arnulfinos campesinos que le habían precedido, era experto en llevarse a la cama a las muchachas. Ante lo cual, como era de esperar, Berta intentó meterse en política.

Cuando lo hizo, fue para oponerse a Pipino y con ello cometió un error. De ahí la carta del Papa advirtiéndole al rey que no se divorciara de su esposa. En aquel conflicto, Carlos debió de sentirse más cerca de su madre, que le profesaba tanto amor.

Mientras, el muchacho había contraído matrimonio con una mujer llamada Himiltruda. De ella sólo se conoce su nombre y el hecho de que no procedía de ninguna de las grandes familias francas, y que no causó la menor sensación en la corte. Himiltruda le dio un hijo, bautizado como Pipino, con lo que proseguía la tradición arnulfinga de alternar los nombres de Carlos y Pipino.

Sin embargo, muy pronto se hizo patente que la mano del Señor había tocado al pequeño Pipino. Tan radiante y despierto era su rostro como frágil su cuerpo, con una joroba en la espalda que le obligaba a volverse de lado para alzar la vista hacia su padre. Pipino, el del rostro angelical y la giba en la espalda.

Fue una ironía del destino concederle al lozano Carlos un hijo tan distinto a

Pipino, el rey que jamás perdonaba la debilidad. El endeble chiquillo jorobado pertenecía al otro Carlos, a su personalidad solitaria, y reclamaba su amor y protección. Cuando Carlomán tuvo hijos, los dos fueron bastante robustos.

Si a la temprana edad de su encuentro con Esteban le parecía normal tener esa familia y esa vida errabunda, Carlos parecía ahora completamente de acuerdo con su vida en la patria de los francos bajo el gobierno de su padre. No obstante, aun careciendo de título sobre región alguna, se apropió de algunas tierras de un modo poco común. Nadie recorría más territorios que él, fuera en misiones reales o en cacerías, y sus exploraciones le llevaban a atravesar zonas boscosas donde habían dejado de existir pueblos habitados. Así pues, se aseguró la propiedad de algunas de estas zonas apostando a sus guardabosques para que vigilaran los caminos de acceso y protegieran los ciervos, jabalíes y bueyes salvajes, impidiendo que nadie salvo él los cazara. De esta manera, las sombrías cañadas de las Ardenas (las Arduenna Silva, o Bosques Arduos), las extensiones de pinares de los carboneros y las alturas desiertas de los Vosgos se convirtieron en los pequeños dominios de Carlos.

Pues, incluso en el silencio de esos años de juventud, está claro que aquello que Carlos conseguía por su cuenta, lo conservaba con firmeza. En este aspecto, era muy testarudo.

Cuando estaba cerca del serpenteante Mosa, le gustaba descansar en un valle apartado, no lejos de Colonia («la Colonia» de la época romana), que regaban las mansas aguas del río Würm. Era un valle verde de marjales adonde acudían las aves silvestres, próximo al cual había un bosque de caza en miniatura. El paraje quedaba apartado de las grandes rutas fluviales y de las pavimentadas calzadas militares romanas que los francos utilizaban como vías de comunicación. En él había manantiales de aguas calientes y sulfurosas que formaban charcas en las que los viajeros podían tomar un baño. La aldea próxima a los manantiales llevaba el antiguo nombre de Aquis Granum, que debía de haber significado Agua Fecunda entre sus habitantes, desaparecidos mucho tiempo atrás.

Aquel valle se convirtió en el lugar favorito de Carlos.

Igual que la aislada Aquis Granum, el territorio de los bárbaros francos quedaba apartado del activo mundo exterior. El reino se extendía, aproximadamente, entre los afluentes del gran Rin y el Loira. Dado que la vegetación silvestre invadía poco a poco las tierras de labor de épocas pasadas, dichos ríos servían de barrera fronteriza y de vía de comunicaciones. A falta de carreteras, la gente solía viajar por las aguas en pequeñas embarcaciones; Carlos podía armar un pequeño bote de mimbre y cuero, con una vela también de cuero, en las escarpaduras de los Alpes, y descender por los rápidos torrentes hasta el cauce del Rin y las posadas de piedra que habían sido acuartelamientos de las legiones romanas en la Colonia.

Hacía casi tres siglos que aquellas legiones habían desaparecido y, con ellas, el

engranaje de poder del gran imperio, que se basaba en la presencia de ejércitos y colonos, en los códigos legales y en las activas arterias comerciales que se extendían hasta los confines del mundo conocido.

En Occidente, los antiguos conocimientos estaban agonizando. A diferencia de muchos otros pueblos bárbaros, los francos no habían conocido nunca el funcionamiento del imperio. En sus migraciones, los visigodos habían penetrado en sus fronteras hasta alcanzar su asentamiento definitivo en España, y los ostrogodos se habían instalado en la propia Italia, adonde les habían seguido los violentos lombardos. Incluso los erráticos vándalos habían saltado, empujados por otros pueblos más belicosos, a las tranquilas ciudades romanas del norte de África. En la isla vecina de Bretaña, los pueblos marineros —anglos, sajones y jutos— se habían incorporado a la moribunda vida urbana de los romanos.

Los francos, en cambio, no guardaban recuerdo de las maravillas de una civilización que había producido recaudadores de impuestos y carreras de carros.

Su nombre tal vez significara, originariamente, «los libres», o «los feroces». Sus recuerdos como pueblo evocaban una vida difícil entre las brumas de la costa del Báltico. Su legendario rey, Meroveo —hijo del Mar—, había sido un jefe tribal que gobernaba por propio deseo y por consentimiento de los clanes, después de haber sido alzado sobre los escudos de los guerreros. Criados en los bosques, abriéndose paso a machetazos en batallas o cultivos desde los eriales del Báltico hacia tierras más benignas y fértiles, habían avanzado lentamente hasta las regiones próximas al Rin, donde se instalaron los austrasianos, y hacia el Sena, donde los neustrianos empezaron a trabajar las tierras. Más tarde, unificados por el rey Clodoveo, o Clovis, habían obligado a los ya civilizados visigodos a retirarse más al sur de la Galia.

Aislados en sus bosques, abandonados a sus propios medios, se dedicaron a obtener comida de la tierra para prevenir las hambrunas, cambiaron sus machetes por espadas más eficaces —un buen herrero era para ellos una especie de mago— y convirtieron sus caballos de labor en monturas de guerra, sus narradores de sagas en poetas cantores y sus reyes ancestrales en señores ambiciosos, de cortas vidas. Más allá de la voluntad de sus reyes, seguían manteniendo las arraigadas tradiciones tribales de libertad personal y el consejo de los guerreros. Una ciudad era una reunión de gente que construía cabañas. La civilización no tenía para ellos ningún significado tangible, salvo las ceremonias de las iglesias o los escasos libros de las Sagradas Escrituras que hablaban de un fabuloso jardín del Edén en algún lugar de Oriente y de los tormentos de los condenados. Los objetos del mundo civilizado llegaban en cuentagotas hasta ellos en las alforjas de los comerciantes que vagaban al azar desde el mar Interior con sus embarcaciones árabes o desde la remota Constantinopla, la ciudad de ensueño donde sobrevivía un emperador en un palacio de mármol, junto a un árbol de oro donde trinaban unos pájaros de piedras preciosas y sonaba la música

de los órganos.

Sus antepasados tal vez se habían aventurado por las costas bálticas en embarcaciones de pesca, si no en naves dragón. De ello quedaban vaguísimos recuerdos vinculados a la edad de oro merovingia, cuando la estructura del poder romano aún no se había reducido a meros esqueletos de acueductos, baños y teatros que ya nadie reparaba y cuya utilidad había caído en el olvido. Nada había aparecido para reemplazar el poder de los Césares ausentes. Los muelles de puertos como el de Boulogne habían quedado desiertos e invadidos por la vegetación.

Los francos habían expandido sus territorios bajo líderes guerreros tan activos como Clovis y Dagoberto. Carlos Martel había despertado en ellos el gusto por la victoria. Pipino, el intrigante, actuaba con más cautela, evitando la batalla abierta y reforzando el vínculo con la sede de San Pedro. El monarca pretendía convertir el corazón del reino franco en un foco de autoridad entre las tierras fronterizas paganas y los centros de tenue cultura de la Aquitania y la Lombardía, y proclamó que quienes se instalaran en territorio de los francos procedentes de otras tierras podrían conservar sus propias leyes y no estarían sujetos a la ley de los francos.

Pero en esas otras tierras corría un refrán: «Ten a un franco por amigo, pero no por vecino».

En esa época, la oscuridad más completa cubría la Europa occidental y cristiana. Los grupos humanos, cada uno de los cuales hablaba su propio dialecto, se desplazaban en masa de un lugar a otro. No existía gobierno ni poder alguno que dirigiera aquel flujo. La gloria del pasado iba borrándose de la memoria y su lugar no lo ocupaba ninguna esperanza para el futuro.

En las mentes de los hombres sólo se mantenía la fe terrible y mística en el fin del mundo con la segunda venida de Cristo.

Sin embargo, al fin surgía una chispa de vitalidad, el agónico nacimiento de algo desconocido. Por fin, dos figuras humanas porfiaban por establecer una autoridad: el líder de los pujantes francos y el jefe de la Iglesia de San Pedro. Pipino, después de pensárselo, había tendido su mano a Esteban.

Pero el poder de la espada prevaleció sobre la autoridad del vicario del apóstol.

Inopinadamente, la resistencia a Pipino llegó de la región más culta, la frontera este y las tierras más meridionales. Al este, los clanes bávaros habían entrado en contacto con la arteria comercial del caudaloso Danubio y con los ricos lombardos de Italia. Su duque, Tasilón, un joven de la edad de Carlos, se invistió con el refinado terciopelo escarlata y los brazaletes de oro propios de un rey. Tasilón era sobrino de Pipino, pero tomó por esposa a una princesa lombarda y decidió llevar consigo un barbero y un poeta, ufanándose de merecer un Virgilio. Carlos no tenía la menor idea de qué podía ser un Virgilio.

Un verano, mucho después de celebrado el Campo de Mayo, el rey Pipino tuvo

que aguardar junto al arenoso Loira de rápidas aguas la llegada de Tasilón y los bávaros, en respuesta a su llamada a las armas. Pipino había decidido marchar, entre la época de siembra y la de recolección, hacia el extremo meridional de la Aquitania, donde el duque, como de costumbre, le había desafiado durante el periodo de paz invernal. Con los bávaros, Pipino proyectaba cruzar los Pirineos y poner fin a la resistencia.

Cuando Tasilón llegó por fin con sus lanceros a caballo, avanzó briosamente con su manto escarlata entre las filas de la guardia de Pipino, cuyas capas de un rojo ladrillo mate estaban tan empapadas por la lluvia que parecían raídos sacos de fruta. Carlos, que esperaba tras la espalda de Pipino, no se había fijado hasta entonces en el aspecto risible de sus uniformes al estilo romano. En cambio, los ojos sagaces de Tasilón habían tomado buena cuenta de ello, así como de las improvisadas chozas de las huestes francas. El también tenía un plan, aunque muy distinto al de Pipino.

Después de saludar a su tío el rey, Tasilón excusó su presencia en el banquete de bienvenida declarando con brusquedad que había acudido a la cita por obligación, pues estaba demasiado enfermo como para marchar con la expedición punitiva de los francos. Elocuente y bien parecido, Tasilón no parecía sufrir ninguna enfermedad.

—Mis mejores deseos, tío —añadió—, acompañarán a Vuestra Eminencia en este viaje, sea para la paz o para la guerra.

Pipino, como era su costumbre, reflexionó unos momentos antes de responder.

—Te recuerdo —dijo entonces— el juramento que hiciste en la capilla del santo Hilario, comprometiéndote a acudir sin falta a mi llamada a las armas.

Tasilón, con voz menos rotunda, respondió que habría hecho honor al juramento, realizado sobre los sacramentos, si sus fuerzas se lo hubiesen permitido. Sin embargo, dada su enfermedad, se veía imposibilitado de cumplir su palabra.

El obstinado Carlos habría desafiado al instante a su primo, acusándole de *herisliz*, es decir, de deserción ante el enemigo. Sin embargo, no consiguió arrancar aquella palabra a Pipino. Además, astutamente, Tasilón hizo que pareciera como si la expedición franca no fuera a la guerra, sino a una mera marcha de instrucción.

Pipino meditó largo rato su respuesta, pues, si decidía cruzar sus armas con los aguerridos bávaros, sus francos podían quedar debilitados para atacar a los aquitanos, en abierta rebeldía. Finalmente, el rey permitió que su sobrino se marchase sin oposición.

—No tengas más de un enemigo a la vez —aconsejó a su hijo bastardo, pero Carlos no comprendió que Pipino tenía una razón para no querer probar la fuerza de los francos en una batalla. Por primera vez, el joven tuvo la impresión de que Pipino mostraba cierta debilidad. De hecho, en los últimos tiempos su padre parecía sumido en la indolencia y solía quedarse adormilado en su trono de madera tallada, con los brazos y las piernas hinchados y grandes bolsas bajo los ojos.

—Sus ideas disparatadas —bramó de cólera Berta con voz estentórea— le han llevado a buscar ayuda más allá de donde alcanza la vista. ¿Y dónde? ¡En el altar erigido sobre los huesos de san Pedro! ¿Acaso ese Papa tiene un lancero o tan siquiera un mal arquero que enviar a la guerra? ¡No, ni uno solo!

Las burlas de la mujer estaban inspiradas por el respeto que, años atrás, había sentido por Pipino, el gran guerrero que ahora prefería los pactos y la paz. Berta también había advertido el regio esplendor de Tasilón y su comitiva. Además, la reina había esperado que Pipino conservara como obedientes vasallos de su voluntad a los pequeños señores de Salzburgo y Toulouse, lo cual habría acrecentado su orgullo porque habría elevado aún más su categoría a los ojos de las demás mujeres. Sobre todo, de aquellas altivas sureñas de la Provenza y de los jardines de la Auvernia, tan espléndidos en comparación con las casas de techos de paja que poseía la reina en Soissons y en Worms, pues aquellas mujeres del extremo meridional de la Galia seguían manteniendo vivo el mito de que sus antepasados habían pertenecido a la nobleza romana.

En opinión de Berta, Pipino estaba perdiendo su fuerza.

Después de que los bávaros se retiraran intactos, Pipino condujo a sus francos al otro lado del Loira. A Carlos le pareció irónico que Tasilón, perfectamente sano, abandonara a su padre mientras éste, un hombre en verdad enfermo, tenía que marchar a la guerra.

Una vez, otra y hasta una tercera condujo Pipino a sus huestes francas hacia el sur. La última de ellas, en el año del Señor de 768, tuvo que hacer llevar su abotargado cuerpo en una litera a caballo. La crónica de ese año relata que «cuando emprendió la marcha después de la fiesta de Pascua, dejó tras él a Bertrada, la reina, con la familia de ésta».

El rey llegó con su tropa hasta las estribaciones del Macizo Central, último reducto de su enemigo. Allí, el duque aquitano fue muerto por su propia gente, cansada de guerrear, y Pipino no encontró fuerzas rebeldes que le opusieran resistencia.

Sin embargo, Pipino no sobrevivió para hacer pagar a Tasilón su desertión y el quebrantamiento de su promesa. En litera, fue llevado rápidamente de vuelta hasta donde esperaba Berta. Dejando atrás Poitiers y sus campos amarillos recién segados, donde Carlos Martel había repelido a la caballería musulmana, y después de cruzar el dorado Loira, la litera fue transportada a toda prisa a la iglesia de san Martín, en Tours. Allí, Pipino ofrendó un tesoro en limosnas a la capilla del santo y soldado con la esperanza de que san Martín le sanara.

«Desde allí —cuenta el cronista, viajó— a Saint-Denis, donde expiró el octavo día de las calendas de octubre».

Su cuerpo fue enterrado bajo el suelo de la basílica, junto a la tumba de Carlos

Martel.

II. La expedición a Corbeny

No mucho después, Alcuino, un amigo de Carlos, describiría su época como «esos días de desamparo en la era postrera del mundo».

Igual que la armonía había desaparecido hacía mucho en la vida familiar de Carlos, la seguridad de su reino dejó de existir en el momento de la muerte de Pipino. Tal vez el rechoncho monarca había agotado sus energías en aquellas últimas campañas contra las tierras del sur. Pero la frágil hegemonía que había establecido por la fuerza sobre media docena de pueblos bárbaros dependía de su propia personalidad y no hubo, después de él, autoridad reconocida que la mantuviera.

En todos aquellos años, el silencioso Pipino no había tomado ninguna decisión respecto a su sucesor. No había entregado país alguno a Carlos, ni a Carlomán, para que los gobernaran. Sólo el día antes de su muerte resolvió Pipino dividir el reino en dos partes y entregar una a Carlos y otra a su hermano menor. Según la voluntad del difunto, Carlos reinaría sobre las costas marinas y la frontera del Rin hasta los Alpes bávaros, al este. Carlomán conservaría el centro del reino, en torno a la Borgoña, con la brillante Toulouse y la fértil Provenza.

De este modo, Pipino ponía en manos del corpulento e impetuoso Palurdo la vigilancia y defensa de las fronteras mientras Carlomán, más capaz, mantenía el orden en el corazón de los dominios. Obedientes, los grandes señores de los francos escoltaron a los dos hermanos hacia el norte, elevando a Carlomán sobre sus escudos y coronándole rey en Soissons; lo mismo hicieron luego con Carlos en Noyon, justo al otro lado de la frontera entre ambos reinos.

Desde entonces, los dos hermanos no volvieron a mantener relaciones amistosas. La animosidad entre ambos sólo necesitó una chispa para convertirse en conflicto. Con Carlomán partieron los consejeros más sabios: Fulrado el archicapellán, el duque Auchero, el canciller y el joven Adalardo. No se menciona a ningún noble que se quedara con Carlos. A los veintiséis años, éste se encontró ostentando el título de rey sin proyectos concretos que llevar a cabo.

Puede que, en su desconcierto, confiara en su enérgica madre. Para Berta, la muerte de Pipino había sido una liberación que había puesto en sus manos el poder y la ocasión para desbaratar la empresa a la que Pipino había dedicado su vida. En lugar de un país de los francos gobernado por la voluntad de un solo hombre, Berta prefería la seguridad y la dignidad para sus dos hijos. ¿Por qué, entonces, no establecer alianzas o incluso vínculos de matrimonio con los gobernantes vecinos, más cultos? Es decir, con el brillante Tasilón y con el lejano rey de los lombardos.

Para ella, era una solución muy sencilla y satisfactoria: cuatro reyes de la Cristiandad occidental, unidos por parentesco y lealtad e inspirados por la solitaria reina madre, Bertrada.

Carlos no puso reparos a estos planes y se lanzó a recorrer sus nuevas tierras con su hijo, el jorobadito. En su interior, sentía el vago deseo de proporcionar al pequeño Pipino los honores y la posición que él nunca había conocido, y Berta sabía más que él sobre los asuntos cortesanos. Así pues, quizás habría seguido cabalgando a lo largo de las fronteras al albur —en su primer decreto, sólo firmó «devoto defensor de la Iglesia»—, de no haber aparecido repentinamente un rebelde en las tierras del sur. Un tal Hunaldo surgió de un monasterio, como un espectro, para levantar la Aquitania contra los noveles monarcas arnulfingos.

Por fin, Carlos tenía algo concreto que llevar a cabo. Excitado, mandó aviso a su hermano para que acudiera con una fuerza armada después de la labranza de primavera y marchara con él contra el rebelde. Rápidamente, reunió los contingentes renanos y de la costa y partió al encuentro de Carlomán.

Pero éste, más cauto, no quería aventurarse en una batalla y parecía dar por sentado que la defensa de las fronteras era deber de su hermano. Carlos, testarudo, dejó a Carlomán para continuar solo, como había hecho Pipino. Por supuesto, no llevaba preparado ningún plan, pero la fortuna estuvo de su lado. Impaciente, se adelantó al resto de sus fuerzas con sus mejores lanceros a caballo, y Hunaldo, prudente, se retiró a las montañas de Gascuña.

Siguiéndole de cerca, Carlos hizo un alto tras cruzar el Carona, recordando que podía ser objeto de un ataque. Mientras erigía un tosco fortín de piedra, envió mensajeros al duque de Gascuña para advertir al noble sureño que le entregara al traidor Hunaldo, «pues he venido a Gascuña y no me marcharé sin él».

Era una baladronada soltada en un arranque impulsivo, pero la temeraria e inopinada cabalgada de Carlos había alarmado a la región, donde nadie conocía su verdadera fuerza. Muy pronto, el rebelde fue entregado, preso, a Carlos. Este celebró su buena suerte, agasajó a los hombres que le habían seguido con fidelidad y volvió a enviar a su enemigo a un monasterio.

Todo el episodio fue como una cacería en un bosque extraño. Y, cuando la pequeña partida de francos rodeó las montañas para emprender el regreso, Carlos avistó a lo lejos, al sur, las cumbres de roca gris de los Pirineos y la pequeña hendidura que señalaba el paso de Roncesvalles.

El hijo bastardo de Pipino podría haberse contentado con aquella fácil victoria, conseguida gracias a la velocidad de sus caballos más que al poder de sus espadas, de no haber sido por la intervención de su madre.

Los anales de los francos (y, cabe añadir, de los alemanes y franceses que les siguieron) abundan en noticias de las calamidades causadas por mujeres hermosas y

llenas de energía. Muchos otros cantares, además de *Los nibelungos*, relatan la muerte de los más grandes guerreros debido a las rivalidades de sus Brunildas. Los arnulfingos siempre habían sido vulnerables al atractivo de las mujeres y todo indicaba que el sensual y vigoroso Carlos se parecería, en este aspecto, a sus antepasados. Nadie se daba cuenta de ello mejor que Berta, quien esperaba guiar a su hijo en el desempeño de sus obligaciones reales.

La reina madre había abandonado la tierra de los francos para emprender un largo viaje, trayéndole a Carlos una propuesta de matrimonio con una joven de estirpe real, princesa de los lombardos. Y, junto a la propuesta, Berta le planteó una política completamente nueva, ya puesta en marcha, que desbarataba cuanto Pipino se había esforzado en construir.

Los motivos de Berta estaban bastante claros. La principal preocupación de la reina madre era evitar el conflicto que se preparaba entre sus dos hijos. El testarudo Carlos no le perdonaba a Carlomán su desertión en la campaña de Aquitania, ni el hecho de que le reclamara la mitad de sus territorios boscosos en las Ardenas, y Berta intuía que, en una guerra, el corpulento Palurdo de voz chillona vencería al más educado monarca del Sena. Al propio tiempo, una esposa culta y refinada proporcionaría una mayor respetabilidad al tosco Carlos.

Berta, una mujer fuera de lo corriente, tuvo un éxito considerable en su viaje. Probablemente, había conseguido la ayuda de los poderosos nobles que aconsejaban a Carlomán para convencer a su hijo menor de la conveniencia de aliarse con su primo Tasilón, el bávaro, y con Desiderio, el rey lombardo. Uniendo a Carlos con una muchacha de la casa real de este último, pretendía atraer a su indócil primogénito a participar en aquella cuádruple entente.

Con este plan, Berta rechazaba la única alianza suscrita por su difunto esposo, que se había comprometido con el vicario de San Pedro. Pipino, en sus viajes a Italia, había derrotado con claridad a los lombardos, que aspiraban a convertirse en amos de toda Italia, Roma incluida. Pipino se había comprometido a proteger a la débil Iglesia más allá de las murallas de Roma, pero Berta había causado buena impresión incluso en la sede del Papado, donde había aparecido como peregrina al tiempo que daba a entender que acudía en misión de paz.

—Benditos sean los pacificadores —le recordó a Carlos mientras le contaba su triunfo. Lo que no le explicó Berta fueron las penosas consecuencias que podía tener para la Iglesia del gran apóstol. Casi con toda certeza, el lombardo Desiderio alabaría el plan de la mujer y le ofrecería su promesa de paz y bienestar, pues debió de considerar un regalo del cielo la posibilidad de librarse de la hostilidad de los peligrosos francos y de convertir a Carlos, el mayor de los hermanos reyes, en un yerno atareado en la pacificación de la lejana Aquitania.

—Las tierras del sur aún están agitadas, querido hijo —le aseguró a Carlos—. La

princesa Désirée es muy frágil y tierna, así que debes ser cortés y considerado con ella.

Désirée, o Desiderata, no tardó en llegar a las tierras del Rin como futura novia, acompañada de un corro de cortesanos que hablaban en latín. Era una mujer bastante frágil, enfermiza, y poseía un orgullo que Berta había olvidado mencionar. Y la reina madre también había pasado por alto la circunstancia de que Carlos ya tenía una esposa.

A la devoción de Carlos por su madre se unía ahora, pues, la evidente necesidad de tomar en matrimonio a aquella muchacha de alta cuna que, además, le atraía.

De inmediato, el monarca despidió a la esposa de sus años mozos, Himiltruda, quien parece que fue una persona de escasas luces y, ciertamente, de nula significación en la ruda corte de los francos. En cambio, al contraer matrimonio con la princesa, Carlos conservó consigo al pequeño Pipino, el jorobado.

La novia lombarda llevó a tierras francas cierto refinamiento y unas exigencias sorprendentes. Tenía una sirvienta que se ocupaba de peinarla y varios pajes que acarreaban las bandejas de plata de la comida, e incluso poseía unos valiosos vasos de cristal. En su ajuar traía ropa de alcoba de seda y hablaba un latín culto y fluido.

Su real esposo, cuando se levantaba de la cama al amanecer, se ataba personalmente las cintas con que envolvía sus piernas, vestía ropas de cuero teñido sobre la blusa, inspeccionaba a pie establos y pocilgas, se hartaba de queso y de asado de venado y se escabullía de la alcoba para ir a rezar los laudes con una badana sobre los hombros. A su antesala acudían los pastores, los perreros y halconeros, porque no los apartaba de su lado. Désirée había tenido por hogar el palacio ajardinado de Pavía, donde los aposentos de las mujeres tenían baños romanos de paredes de mármol donde aguardaban masajistas. No existía en tierra de los francos ningún palacio semejante, ni verdaderas ciudades, y apenas más agua caliente que la de los manantiales termales donde el rey se bañaba desnudo con su grupo de seguidores.

Carlos dijo a Désirée que su *sala regalis* la esperaba en Ingelheim. Esta residencia real resultó estar separada de la plaza del mercado por una pared de madera junto a la que se apilaban montones de basura en los que hozaban los cerdos. La vivienda en sí conservaba algunos murales romanos rojizos de faunos persiguiendo ninfas y olía a los establos contiguos. Carlos había cultivado un huerto en torno a la casa, donde gemía una noria que hacía girar las piedras de un molino. El arroyuelo del palacio desaguaba en el estanque de los patos, donde el senescal real cuidaba también gallinas y refinados faisanes.

Las palomas revoloteaban entre los frutales y eran servidas en la mesa de banquetes sobre bandejas de madera. A Carlos le gustaba el venado aún humeante, recién sacado de los asadores que rezumaban grasa sobre el fuego del hogar. Según él, la ciudad de Ingelheim disfrutaba de la paz del rey, así como de la santidad de la

tumba de un santo llamado Remi.

El techo que cubría a Désirée estaba sembrado de hierbas aromáticas que servían para aderezar las carnes y para desviar los rayos. Anónimos emperadores romanos en efígie de mármol adornaban el huerto, alegres por los espléndidos pavos reales que lanzaban sus potentes reclamos antes del amanecer, cuando Carlos despertaba.

A ojos de Désirée, aquella *sala regalis* de Ingelheim era, en realidad, apenas una granja. El rey, su esposo, le prometió entonces llevarla a un paraje más hermoso, río abajo.

Y lo que hizo fue tomarla en sus brazos y conducirla al hediondo charco de un valle pantanoso llamado Aquis Granum, que él parecía considerar un verdadero edén. Una vez allí, Carlos se dedicó a contar las cabezas de sus rebaños, las aves salvajes que pasaban sobre su cabeza... A Désirée le pareció que incluso hacía recuento de los árboles de aquella espesura enmarañada que se reservaba tan estrictamente como territorio de caza. Y, allí donde iba, su grotesco jorobadito le seguía como una sombra.

En mitad de aquel impetuoso viaje nupcial, el notario del rey leyó a éste una carta sorprendente de la cancillería papal. La había escrito de su puño y letra el propio pontífice y estaba cargada de humanísima rabia. Iba dirigida a los dos hermanos reales, Carlos y Carlomán.

«Ha llegado a nuestros oídos algo a lo que no podemos referirnos sin que nos duela el corazón y es que Desiderio, rey de los lombardos, intenta convencer a Vuestras Excelencias de que uno de los dos debería unirse en matrimonio a su hija. Si tal cosa es cierta, es una verdadera sugerencia del Diablo... Resultaría una insensatez sin nombre que uno de vosotros, excelentísimos hijos e ilustres francos, quedara contaminado por una unión con esta raza traicionera y pestilente de los lombardos, los cuales no están citados entre las naciones, salvo por ser la tribu de la que han surgido los leprosos».

Estas palabras parecen el grito de un hombre fuera de sí. Y, ciertamente, los guardianes de la sede de San Pedro habían notado ya en toda su extensión las consecuencias de la política de Berta, puesto que sus enemigos, los lombardos, estaban adueñándose con toda desfachatez de las tierras y ciudades que le quedaban al Papado, sabiéndose con las manos libres ahora que tenían por aliados a los peligrosos francos.

Para Carlos, que no había salido nunca de su reino y poseía escasa información sobre los conflictos en el interior de Italia, aquello debió dejarle absolutamente perplejo. El final de la carta, sin embargo, supuraba resentimiento:

«Habéis prometido firme fidelidad a los sucesores de san Pedro. Sus enemigos serían vuestros enemigos; sus amigos, los vuestros...».

Sí, tal había sido el compromiso de Pipino. Y la carta hablaba del viaje a través de

los Alpes que había realizado Esteban II para conseguirlo:

«[...] un viaje que mejor habría sido no hacer, si los francos van a unirse a los lombardos contra nosotros. ¿Dónde queda ahora vuestra promesa? [...] Por eso os instamos a que ninguno de los dos hermanos tome en matrimonio a la hija del citado Desiderio, ni entregue a vuestra hermana, la noble dama Gisela, tan querida a Dios, al hijo de Desiderio; y que ninguno de los dos se atreva a repudiar a su esposa».

Para la mayoría de los hombres, esta enérgica protesta hubiera tenido poco peso frente a los hechos consumados: Carlos ya se había desposado con Désirée y, por tanto, había entrado en alianza con los lejanos lombardos. Pero el terco Palurdo seguía sus propios razonamientos y guardaba el vivido recuerdo de Esteban tembloroso en la nieve, del compromiso de Pipino, del chiquillo tullido que llevaba el nombre de Pipino...

Él, y no Carlomán, había repudiado a su esposa. La carta de Roma parecía dirigida sólo a él. Carlomán tenía algunos enviados en Roma y debía de estar al corriente de lo que sucedía allí.

Frente a la cólera de Carlos y lo que consideraba una traición, estaba su devoción por Berta y algo más. Había exigido que su pueblo, al cumplir los doce años, le jurara fidelidad como rey:

«Juro a mi señor, Carlos, el rey —qué bien conocía las palabras—, y a sus hijos que les seré fiel todo el resto de mi vida, sin engaños ni reservas».

De igual modo, a instancias suyas, los grandes señores también habían jurado fidelidad a su nueva reina, Désirée.

Meditabundo, Carlos continuó su viaje por el Rin con su esposa mientras la estación de la siembra iba llegando a sus casas de campo, en torno a la Pascua del año 771. En los monasterios, los peregrinos hablaban con sentimiento de algaradas y motines que aterrorizaban las calles de Roma bajo las maquinaciones de los lombardos.

Luego, llegaron otras extrañas cartas dirigidas por separado a Berta, a Carlos y a Carlomán, pero de contenido muy similar. El Papa les comunicaba con alivio que había superado con bien aquellos momentos difíciles gracias a la ayuda (¡precisamente!) del rey lombardo. «Sepa Vuestra Cristianísima Excelencia que el sobresaliente rey Desiderio, a quien Dios proteja, nos ha visitado con su mejor voluntad y hemos recibido de él plena y completa satisfacción de todos los derechos de la Santa Sede», decía a Carlos.

Pero éste no le creyó. Su instinto le decía que aquellas palabras eran falsas. Parecía mucho más probable que el agobiado y débil Esteban III hubiese capitulado ante los lombardos.

Parecía no haber nada que hacer. Aquella última carta absolvía de toda culpa, ciertamente, al rey de los francos. Y, además, todo aquel asunto no era de su

incumbencia. Sin embargo, no consiguió quitárselo de la cabeza. Gisela se negó a casarse con un lombardo.

El Papa incluso felicitó a Carlomán por el nacimiento de un hijo. Las tierras de Carlomán lindaban con las lombardas y con las de Tasilón, que ahora reclamaba ser rey. Todos ellos se sintieron satisfechos con la situación, y Carlos, en solitario, difícilmente podía oponerse a los otros tres, a quienes cabía añadir a Désirée.

Pero su reacción, movida por la perplejidad y la frustración, fue impulsiva y absolutamente irrazonable. Comunicó a Désirée que se divorciaba de ella. Así, dejaba de ser su reina y su esposa.

La orgullosa mujer no permaneció un momento más en su casa. Ser despedida como una ramera por aquel hombretón de voz aguda y chillona era una vergüenza inimaginable. Sólo se quedó a preguntar la razón del divorcio.

No había ninguna. Era su voluntad repudiarla.

Désirée se marchó con sus servidores y cortesanos, sin detenerse a embalar la plata que había aportado en su dote. Como el suspiro de una tormenta, pasó río arriba camino de los Alpes.

La madre de Carlos le recriminó, con los labios apretados de ira, y hasta lloró al ver que no le hacía cambiar de idea. Desde aquel momento, Carlos no volvió a buscar su consejo. Ni volvió Berta a viajar para urdir nuevos experimentos diplomáticos. Las crónicas dicen que se dedicó a las buenas obras en la casa de religiosas de Prüm.

Ante el rey se presentó su joven primo Adalardo, pálido de furia. Imprudente, el muchacho expresó a gritos lo que pensaba:

—¡Eres una bestia! ¡Un asno de largas orejas tiene más sentido que tú! Te has convertido en adúltero. Y tanto de mí, como de todos los francos que hemos jurado lealtad a tu reina, has hecho unos perjueros.

Carlos no alzó la mano contra el muchacho. Pero tampoco mandó traer de vuelta a Désirée. Adalardo se marchó de la villa y no volvió a presentarse ante el rey hasta muchos años después.

Había una muchacha de trece años y cabellos oscuros, de nombre Hildegarda, que había llegado temprano a la feria de la cosecha de aquel año con su noble familia suaba. Carlos se fijó en ella entre la multitud que rodeaba a los músicos que celebraban su presencia, se desvió de su camino para saludarla y encontró su voz tímida y agradable. Su mano, cuando la tomó entre sus recios dedos, era firme y cálida. Los ojos de la muchacha le siguieron al alejarse.

Carlos pensó en Hildegarda y volvió su enorme cabeza hacia atrás con una carcajada:

—¡Soy el loco del Señor! —gritó al cielo.

Como la carta de Roma, las noticias de Corbeny llegaron con el eco de un trueno. Su hermano Carlomán, enfermo, estaba consumiéndose rápidamente.

Pero si la carta le había dejado perplejo y dubitativo, el enorme rey franco reaccionó resueltamente y con prontitud ante aquel mensaje. Tras convocar a halconeros y cazadores, se encaminó al sur a través de los bosques como si fuera a la busca de ciervos. Sin embargo, llevó también una fuerte escolta de soldados que habían cabalgado con él a través de la Gascuña.

Después, aguardó en una cabaña junto a la frontera de los dos dominios gemelos. No bien un guardabosques le llevó noticia de la muerte de Carlomán, reemprendió la marcha con sus seguidores.

En Corbeny se habían reunido los consejeros del difunto rey, todos ellos poseedores de gran renombre: el arzobispo, con Fulrado, el conde Guarino, el duque Auchero y los dos tíos de Carlomán que mandaban la hueste armada, Bernardo y Thierry.

Sin anunciar su llegada, Carlos se presentó en su reunión de noche. En el exterior de la sala, sus hombres armados esperaban junto a los caballos.

Cuando le hubieron dado la bienvenida, Carlos se plantó ante ellos y se limitó a declarar:

—Nuestro padre, Pipino, dio el gobierno a sus dos hijos. Ahora, también Carlomán nos ha dejado y, por tanto, el trono debe ser mío.

Algunos hablaron de los dos hijos de Carlomán. La parte del padre se transmitía a los hijos. Los pequeños tendrían un tutor que actuaría como regente hasta su mayoría de edad.

—¿Cuántos años transcurrirían hasta entonces? —preguntó Carlos, y movió la cabeza—. No.

Auchero, que poseía tierras en el dominio de Carlomán, se atrevió a replicar:

—Esos niños tienen una madre, casada como es debido y de buena familia.

Era como si recordara a todos los presentes el modo en que Carlos había repudiado a la hija del lombardo. Se cernió sobre la reunión la intensa sensación de un inminente duelo. Por unos instantes, Carlos permaneció callado, observando el fuego que se alzaba del centro de la estancia y el humo que escapaba en volutas por el respiradero del techo. Después, a ojos de los que le observaban, pareció relajarse.

Dio unos pasos hasta el silencioso Fulrado, tomó la mano del abad y le dijo sin alzar la voz:

—Has sido buen amigo del hijo de Pipino. Yo te digo: que tu palabra decida ahora por el reino de Pipino y sus descendientes.

Tras estas palabras, salió a esperar bajo el frío del patio. Les había sorprendido a todos, dando una novedosa sensación de responsabilidad. Todos esperaban oír palabras más duras.

Fulrado expresó su opinión de que, en aquellos tiempos agitados, el reino debía ser gobernado por una sola mano y, en consecuencia, por Carlos. Los dos tíos

recordaron Aquitania y sumaron sus palabras a las del abad. Esta resultó ser la voluntad del consejo. Pero Auchero, que no sentía amistad por Carlos, fue en busca de la viuda, Gerberga.

Una vez que los consejeros dieron a conocer su decisión, la reina de Carlomán huyó con Auchero y los dos pequeños camino de Pavía.

—¿Acaso importa? —exclamó Carlos al saberlo. Parecía indiferente ante la fuga y no quiso mandar a detenerles.

—Importa, y mucho —respondió Fulrado muy serio.

Los dos pequeños, nacidos en el matrimonio, eran herederos legítimos de Carlomán y, en manos del rey lombardo, podían ser causa de problemas para las tierras de los francos en años venideros.

Pese a ello, Carlos no cambió su decisión. A una parte de él le parecía divertido que los descendientes legítimos de los arnulfingos terminaran como fugitivos de su país, dejando tras ellos a un mero bastardo y al hijo tullido de éste. Así pues, se echó a reír y movió la cabeza. Alguien debía tomar la responsabilidad, y ahora, merced a la providencia divina, sólo quedaba él para asumirla. No, el reino había venido a sus manos; el resto no importaba.

Así parecía pensar, pero ¿hasta qué punto había valorado las circunstancias y los problemas de la situación el primogénito de Pipino?

Siempre había actuado como un loco, como si obedeciera a un impulso. Se había deshecho de dos esposas sin ninguna causa y, al repudiar a Désirée, había sembrado la semilla de una enemistad a muerte en el fecundo antagonismo de los orgullosos lombardos. Se había apoderado de la herencia de su hermano y, en una nueva locura, había conducido a los hijos de su hermano a manos del propio enemigo que mejor podía usarles como rehenes. Además, sus acciones abrían una disputa familiar con su primo Tasilón, casado con una hermana de Désirée.

No; su primo Adalardo había dicho la pura verdad: su conducta brutal le convertía en adúltero y a los nobles francos en perjuros. (Y los cronistas del reino de Carlos en años posteriores intentarían encubrir su grosero comportamiento denominando a Himiltruda su amante y explicando que se había divorciado de Désirée porque era enfermiza e incapaz de tener hijos. Esto último no era cierto, ya que la reina fugitiva murió de parto poco después de llegar al palacio de su padre. El segundo hijo de Carlos tuvo este triste destino).

Al parecer, Carlos actuó movido por la furia cuando advirtió su error al haber seguido los consejos de su madre. Su hermano menor, el cauto Carlomán, había sido más inteligente. Desde luego, los consejeros más ancianos habían tomado partido por Carlomán. Pero Carlos, con toda su locura, había conseguido vencer la alianza de los grandes señores que se disponían a abandonarle en la reunión de Corbeny. Con la súbita fuerza de su irrupción, les había tomado por sorpresa. Luego, con su

sorprendente docilidad al dejar la decisión sobre su causa en manos del archicapellán y abandonar la sala, les había llevado a decidirse por él. Más tarde, los nobles dirían que les había hechizado. Carlos poseía este don de ganar amigos de toda condición.

Su terquedad se endureció hasta convertirse en una voluntad inflexible. Este hombre fuera de lo corriente conseguía siempre su propósito, fuera mediante lisonjas, juegos de manos, insistencia o por la fuerza. Antes había hecho tomar juramento de fidelidad a su propio pueblo. Ahora, impuso el mismo juramento al pueblo de Carlomán, «a todos los varones de doce años cumplidos». Muchachos que arrojaban palos para hacer caer las bellotas con que alimentar a los cerdos tenían que jurar fidelidad a Carlos. O, al menos, se les exigía que lo hicieran.

Esta exigencia es un hecho sin precedentes que, por cierto, no volvería a darse hasta muchos siglos más tarde. Por supuesto, en esa época, un muchacho o una chica de doce años estaban maduros para el trabajo, para portar armas o para tener hijos; es más, a dicha edad ya habían consumido la mitad de su esperanza de vida. Sin embargo, hasta entonces, únicamente los señores de la tierra habían prestado tal juramento al rey. Carlos, en cambio, había convocado a todo su pueblo a convertirse en *fideles*, leales sólo a él. Si relajaban esta fidelidad, como sucedía hasta entonces con gran frecuencia, cometerían delito de deslealtad. Pero el pueblo no entendió de inmediato las consecuencias de aquello.

Quienes se tomaron más en serio el nuevo compromiso, cosa extraña —y la locura de Carlos iba a provocar bastantes hechos sorprendentes—, fueron los rebeldes del sur, los aquitanos. Tal vez por ser antiguos enemigos, habrían reflexionado más detenidamente respecto a prestar un juramento de fidelidad que los pueblos del reino, los francos, borgoñones, suabos y demás, o quizás apreciarían algún atractivo en el errático Palurdo, aunque lo más probable es que guardaran un recuerdo demasiado vivo de la destrucción causada por las ocho campañas de Pipino. Fuera como fuese, los veleidosos galorromanos de antaño —los gascones y provenzales del futuro— prestaron el juramento de los fideles y se abstuvieron de conspirar contra Carlos, pese a que muchos francos, incluso de la propia familia real, iban a hacerlo.

Mientras, en el mes de los pastos de la siguiente primavera, el año 772, después de librarse del asesoramiento de su madre y de haber agitado el avispero de intrigas que actuaba contra él en Italia, Carlos inició su tarea de gobernar todas las tierras de los francos: contrajo matrimonio con Hildegarda, la de los ojos oscuros, y emprendió una expedición contra los sajones paganos del otro lado de la frontera del Rin.

Hildegarda demostró una notable habilidad y presteza de muchacha bien educada para las tareas de las mujeres: hilar, llevar las cuentas de las posesiones del rey, proveer de abundante carne los asadores en invierno o en época de hambre, tejer prendas útiles para ella —no las delicadas sedas de una princesa extranjera— y quedar pronto embarazada. Además, siendo joven y de buen carácter, era cariñosa

con el pequeño Pipino. Carlos se sintió satisfecho de gozar de tal felicidad hogareña cada vez que decidía acuartelarse; en consecuencia, propuso a su nueva esposa que le acompañara en todos sus viajes y ella accedió.

Sin embargo, aquel verano, Hildegarda no cruzó a territorio de los sajones. Ni siquiera Carlos se atrevió a llevar a su esposa a aquella sucesión de bosques, pantanos y escarpados montes donde les aguardaba el odio de los paganos. Emparentadas con los francos germánicos, y más bárbaras incluso que éstos, las tribus sajonas no dejaban de hostigarles un solo momento, igual que hacían los francos con ellos. Tras esta disputa perpetua subyacía la devoción de los pueblos sajones por los antiguos dioses, a quienes los francos bautizados consideraban ahora unos demonios.

Pero aquella terca enemistad de los sajones escondía también otra motivación de la que Carlos aún no se había percatado. La tierra de los sajones se extendía desde las oscuras cumbres del Harz hasta la costa báltica; aquél era el hogar de su pueblo, su último refugio. Al defenderlo contra el belicoso Carlos Martel, habían luchado por su propia tierra. En consecuencia, las partidas de francos habían quemado aldeas, robado ganado y grano ya recolectado y capturado algunos prisioneros para convertirlos en esclavos, pero no se habían apoderado ni de un solo valle. Pipino, el organizador, había dejado bastante tranquilos a los sajones durante los últimos quince años.

Resulta fácil afirmar que Carlos, el nuevo rey, condujo a sus inquietos nobles aquellos primeros días de julio en una simple correría para desentumecer los músculos, en lugar de arriesgarse en una expedición a otra parte. Tales *razzias* de «venganza y saqueo» —como gustan de llamarlas los anales— eran bastante comunes. Tal vez Carlos lo tuvo en cuenta, pero de momento seguía planificando poco sus movimientos y, más probablemente, actuó como represalia por la quema de una iglesia fronteriza por aquellos paganos.

Sin embargo, no fue por casualidad que en esta ocasión obtuviera un extraño y sonado éxito. Así como todos los anales de los francos mencionaban el año «en que llegó el órgano», este verano quedaría en las crónicas como aquel en que Carlos «derribó el Irminsul».

El neófito rey condujo con cautela a sus jinetes y a sus arqueros de a pie por las riberas de los ríos más allá del Rin, adueñándose del grano y los cerdos que encontraba en los claros y pendiente de las emboscadas cuando el bosque se cerraba. Los sajones habían aprendido a fabricar y utilizar ingenios de guerra romanos. Carlos los expulsó de una cumbre protegida por empalizadas y buscó el lugar escondido del Irminsul, que el fortín defendía.

El camino les condujo, siguiendo un torrente, hasta un valle oculto donde se alzaba, como una columnata, un bosquecillo de poderosos árboles. Allí, en aquella arboleda, habían emplazado los sajones su santuario, el lugar de los sacrificios cruentos y las adivinaciones, ahora desierto. Llevados de la curiosidad, los renanos la

exploraron mientras los guerreros veteranos como Keroldo estaban atentos a la menor señal de emboscada, pues en el silencioso corazón del bosque se alzaba Irminsul, el dios árbol de los sajones.

Aquel bosque silencioso y aquel tronco enorme tallado como una cabeza sin ojos resultaban un tanto sobrenaturales. Carlos estudió el ídolo mientras sus hombres registraban las chozas de los sacerdotes en busca de tesoros, sin encontrar gran cosa.

—Derribadlo —les ordenó a continuación.

Las hachas trabajaron largo rato hasta que el enorme tronco cayó sobre las cabañas del lugar sagrado, destrozándolas. Y entre los restos brilló entonces el oro y la plata de las monedas y objetos que las tribus de los bosques habían ocultado allí. Un espléndido hallazgo.

Con una carcajada, Carlos dijo a los suyos que habían encontrado la recompensa por haber derribado el Irminsul. De inmediato, repartió entre sus seguidores el botín descubierto, conservando un tazón de plata como regalo para Hildegarda. El tazón tenía grabada en su superficie una tosca columna que recordaba el Irminsul, y Carlos quería ofrecer a su joven esposa una prenda del éxito obtenido. Había vengado la quema de la iglesia franca. A finales del verano se dejó notar la sequía y los torrentes de los bosques se redujeron a canales de fango. Carlos ordenó a su pequeña hueste regresar hacia el Rin. Camino del río, cuando hombres y monturas ya padecían sed, unos intensos chaparrones les aliviaron.

Los sacerdotes que iban con Carlos dijeron que aquella lluvia en la espesura procedía de la mano de Dios. A la riqueza obtenida del Irminsul, se añadía la dádiva de un aparente milagro.

Carlos consideró que la marcha estival había sido, cuanto menos, extraña. Con las primeras nieves, despidió a sus hombres para que cada cual se ocupara de su hacienda y se reunió con Hildegarda en el salón de Thionville. Desde la Navidad hasta el final del deshielo de primavera, por Pascua, los francos hibernaron en sus granjas, pues la nieve cerraba los caminos.

Así pues, Carlos reposaba satisfecho junto al fuego y a su esposa cuando llegó, salido de las ventiscas, un hombre llamado Pedro. Este Pedro había llegado de Roma a tierras de los francos viajando por mar, pues no habría podido hacerlo de otra manera. Y no era el tiempo invernal lo que le había impedido cruzar los Alpes, sino la enemistad de los lombardos.

—Pues el rey, Desiderio, tiene ahora bajo su protección a Gerberga, la esposa del hermano de Vuestra Excelencia, y a sus dos hijos. El rey de los lombardos se ha apoderado de las ciudades de San Pedro fuera de Roma y amenaza con invadir ésta y adueñarse de la ciudad.

Los lombardos habían actuado mientras Carlos estaba en los bosques sajones. Las tribulaciones de Roma y de su Papa quedaban muy lejos de la vida del rey franco en

su villa. Y, sin embargo, evocaban demasiados hilos en la urdimbre de su vida. El compromiso de Pipino, la fugitiva Gerberga, su propia marcha bajo la tormenta al encuentro del anciano Esteban, veinte años atrás... Carlos percibía todos aquellos vínculos intangibles del pasado. Como le había advertido Fulrado, tenían importancia, y mucha.

Sin embargo, en San Pedro había un nuevo vicario de Cristo, de nombre Adriano. Carlos no sabía nada de él, salvo que Pedro afirmaba que el papa Adriano había desafiado a Desiderio respondiendo que no se encontraría con el lombardo de igual a igual y que no entregaría su ciudad de Roma.

Pero Pedro no contó a Carlos que Adriano había intentado, primero, razonar con los lombardos, y que luego había apelado en vano al lejano emperador de Constantinopla antes de recurrir, en un acto de desesperación, al bárbaro rey franco.

Carlos meditó sobre aquellas palabras junto al fuego. Después, envió mensajeros a los caminos con la orden real a sus nobles de que acudieran al Campo de Mayo con armas y provisiones para una marcha a los Alpes.

Estaba seguro de que pocos accederían a hacerlo.

III. Viaje más allá de los Alpes

«El glorioso rey Carlos condujo su ejército a Ginebra. Allí, lo dividió y, con una parte, pasó los Alpes».

Así lo contarían los anales, años después. Parece muy sencillo. Nos lleva a pensar en un brillante desfile de caballeros con armadura siguiendo a un majestuoso Carlomagno a través de las montañas. En realidad, sin embargo, el inexperto y nada glorioso Carlos intentaba una empresa muy difícil.

Carecía de un ejército digno de confianza. A su convocatoria acudieron tal vez tres o cuatro mil hombres a caballo: las levas de los francos orientales, los alemanes y los borgoñones (todos ellos tenían una aversión supersticiosa a ser contados con exactitud). Cada cual aportaba su propia lanza ligera, el medio yelmo de hierro, la espada larga y afilada, y el puñal de hoja corta y curva, listo para desgarrar. También tenían los nuevos escudos de hierro, pesados y puntiagudos. Aquellos guerreros francos no eran grandes jinetes, como había apuntado Bernardo; si habían aprendido a montar a lomos de un caballo, había sido para estar en igualdad de condiciones con los godos y los árabes. Formados en escuadrones —*turmae*— y pelotones —*scarae*—, obedecían las órdenes de sus jefes locales, quienes podían o no acatar las órdenes de Carlos. Unas trompetas les daban la señal de carga, que llevaban a cabo con valor temerario; cuando huían, lo hacían con idéntica rapidez.

Los combatientes de a pie procedían de pequeñas granjas y eran campesinos que portaban escudos redondos de madera pintados de azul o de rojo, casquetes de hierro en la cabeza y arcos de madera de tejo a imitación de los bizantinos. (Pipino había intentado, sin éxito, que sus jinetes utilizaran tales arcos, como los eficientes catafractos bizantinos). Sirvientes, carreteros y muchachos aventureros, junto al contingente de la guardia personal de Carlos, constituían el resto de aquel ejército de francos, escasisimamente disciplinado.

Salvo los caballeros campeones, las levas que se reunieron tras el Campo de Mayo esperaban estar de regreso en sus granjas a tiempo para la cosecha. Excepto la reciente incursión contra los sajones, el ejército no había salido de tierras francas desde hacía diecisiete años e incluso los veteranos se habían acostumbrado a las *razzias* a lo largo de las fronteras, olvidando lo que era plantar batalla. Pipino había observado, y Carlos empezaba apenas a descubrirlo, que ya no se podía confiar en las antes temibles huestes francas para un combate sangriento. Los guerreros feroces de Dagoberto se habían convertido en campesinos, demasiado preocupados por sus familias y sus campos.

Tales eran las levas que Carlos decidió conducir, mediante la persuasión y contando con su tradicional lealtad a un rey, a través de una barrera de montañas contra unos enemigos más inteligentes establecidos en grandes ciudades defendidas por enormes murallas romanas. Contaba con los consejos de Bernardo y con su propia sagacidad para juzgar qué era incapaz de hacer su ejército. Ya antes de la movilización, había enviado tres emisarios de confianza a dominios lombardos para cerciorarse de que Pedro había contado la verdad de la situación y a negociar con el rey lombardo una paz sin enfrentamientos.

Las últimas tropas llegaron desde el bajo Rin a la cita junto al lago de Ginebra. Allí, Carlos plantó los dos estandartes, la antigua imagen del dragón y la más reciente cruz cristiana, ante el pabellón donde se alojaba Hildegarda. Con las nieves fundentes del verano, los prados estaban exuberantes y el ejército pudo aprovisionarse de sus tres necesidades básicas: agua, madera y forraje.

Por fin, sus empleados regresaron a Ginebra para informar:

—Ni los ruegos ni los regalos de Carlos hicieron cambiar el salvaje corazón del rey lombardo.

Tal respuesta proporcionó a Carlos su *casus belli*. Convocó un consejo de nobles: su condestable («conde de los establos»), el senescal («criado mayor», a cargo de los suministros), los paladines u oficiales de palacio, los duques o conductores de los asuntos militares, los condes o gobernadores de distrito y los importantes obispos, que interpretaban la voluntad del Señor. La mayoría de ellos desaprobaba su política, que había sido la de Pipino, de guerrear con los lombardos en defensa de la ciudad de Roma. Carlos sentía una responsabilidad para con el trono de San Pedro porque Pipino la había contraído. A sus nobles, les explicó que había ofrecido un acuerdo justo, con regios presentes, y que Desiderio los había rechazado. Además, Carlos estaba decidido a imponer su voluntad al ejército.

La mayoría de sus combatientes campesinos tenía la vaga creencia de que el bienaventurado san Pedro estaba vivo todavía, y sitiado en Roma.

Así pues, Carlos se salió con la suya. Pese a lo reducido de su ejército, fue preciso dividirlo para atravesar los estrechos pasos de los Alpes, donde escaseaban los pastos. Hildegarda y el chiquillo jorobado se quedaron en Ginebra. Bernardo condujo la fracción más reducida del ejército por el paso del *Mons Iovisi* (el Gran San Bernardo). Carlos llevó al grueso de sus fuerzas en torno al Mont Cenis, hacia «cumbres que se alzan hacia el cielo, con ásperos peñascos». Los bueyes tiraban con esfuerzo de carretas cubiertas de cuero que contenían grano, tocino y toneles de vino. Asnos y mulas avanzaban trabajosamente bajo el peso de las piezas de embarcaciones desmontables que servían para transportar la carga por los ríos o, atadas una junto a otra, para formar puentes. El ganado que serviría para alimentar a la tropa acompañaba a ésta, vivo todavía.

Carlos pidió que se entonaran himnos durante la marcha. Mientras ayudaban a empujar las carretas, los hombres cantaron, sudorosos: «Volved la cabeza... y mirad otra vez... Este camino nos traerá de vuelta... a la tierra de nuestros padres».

La fortuna parecía una vez más de su lado, puesto que no advirtieron el menor rastro del enemigo entre las cumbres. Con sonoros cánticos, la columna inició el descenso por una estrecha garganta... y descubrió que la bloqueaba una sólida muralla de piedra con máquinas de guerra en la parte superior y numerosos enemigos visibles en el parapeto. Un ataque para abrirse paso a través de la fortificación resultó frustrado.

Tras el fracaso de sus destacamentos de asalto, Carlos demostró una pobre capacidad como líder. Pidió una tregua y envió emisarios a los lombardos, ofreciendo catorce mil piezas de plata si les proporcionaban rehenes y hacían promesa de paz. Tregua y condiciones fueron rechazadas.

Al parecer, Desiderio, acampado en el valle al pie de la garganta, era un montañés de infancia campesina como la de Carlos, y más astuto en las negociaciones. Los parlamentos se prolongaron y los nobles francos empezaron a refunfuñar en sus tiendas que la comida se acababa y el paso seguía cerrado. En lugar de levantarles el ánimo, el corpulento arnulfíngo cometió el error de suplicarles que no le abandonasen. A lo cual, sus interlocutores respondieron recordándole que el verano estaba ya avanzado y se acababa el plazo para alcanzar sus hogares a tiempo para la cosecha.

Parecía que el rey de los francos tendría que resignarse a no continuar la guerra, cuando un puñado de experimentados oficiales del viejo conde Thierry acudió a su tienda. Si la salida de la garganta estaba cerrada, le dijeron, podía buscarse un camino para salvarla, entre las cumbres. Carlos les autorizó a intentarlo, con sus *scaras* de jinetes.

Los exploradores tuvieron más éxito del que esperaban. Keroldo y sus compañeros lo denominaron «la suerte del arnulfíngo». (Importantes comentaristas militares, entre ellos el propio Napoleón Bonaparte, prestarían tributo mucho tiempo después al genio de Carlomagno, por haber dividido sus ejércitos y forzado el paso de los Alpes). Lo que sucedió realmente no está claro. Pero, cuando el grupo de Bernardo apareció en las alturas, el pánico atenazó a la guarnición lombarda de la garganta, que emprendió la huida.

El pánico es como una peste. La guarnición fugitiva sembró el miedo en el campamento real lombardo. Cuando los francos dejaron atrás la muralla abandonada, se precipitaron valle abajo y consiguieron un abundante botín en el campamento desierto. Sus lanzas y sus vibrantes espadas hostigaron a los lombardos fugitivos hasta que desaparecieron de las montañas.

«Así, el señor rey, Carlos —relatan los anales—, por la intervención divina,

encontró abierto para él y sus *fideles* el camino de Italia».

Emergiendo de su valle, Bernardo y su partida se unió a la persecución, arrasando las riberas del Po hasta las puertas de Pavía, «el Palacio».

En esa garganta bajo el Mont Cenis, el robusto arnulfingo aprendió una lección que nunca olvidaría. La actuación oportuna de un puñado de *fideles*, de unos pocos leales a él, podía proporcionarle la victoria a despecho de ejércitos o de calamidades.

Muy pronto puso en práctica esa lección. En septiembre del año 773, tenía a sus francos acampados ante las murallas de Pavía mientras su enemigo, Desiderio, aguardaba en el interior con su familia y su corte. Los francos no tenían máquinas de asalto para irrumpir sobre las altas murallas protegidas por torres y, en uno de los lados, por el profundo río. No obstante, siendo la época de la cosecha, pudieron disponer de las frutas y las cosechas del rico valle del Po.

Como no podía hacer nada más, Carlos decidió tomar un puñado de *fideles*, escogidos entre los jinetes de más confianza, y marcharse con ellos a otra parte, donde pudiera hacer algo.

Deliberadamente o no, abandonó la estrategia militar para iniciar un conflicto de personalidad entre el bárbaro franco y el más cultivado lombardo.

En otro tiempo, aquellos lombardos —los longobardos, o de largas barbas— habían sido los más orgullosos, si no los más formidables, de todos los pueblos germanos que se habían instalado por la fuerza en el Imperio Romano, empujados al interior de Italia por la presión de los ávaros, más salvajes que ellos. Después, durante unos dos siglos, habían conservado sus usos, tradiciones e idioma tribales. Al cabo de este periodo, se trasladaron a las ciudades.

Sólo durante las dos últimas generaciones habían abandonado los antiguos longobardos su sociedad de clanes y sus tradiciones, al tiempo que empezaban a adoptar la *lingua romana* del país. Para Désirée, trasladarse a tierras francas había sido pasar de ciudadana a miembro de una sociedad tribal. Extrañamente, al tiempo que se adaptaban por fin a la vida urbana e iniciaban los matrimonios mixtos con los nativos, los señores lombardos insistían en que estos últimos adoptaran su indumentaria de pantalones y manto, con barba y el cabello de la frente muy largo, y la nuca afeitada. Con los cambios, su orgullo se convirtió en vanidad y su ferocidad, en astucia.

No obstante, sus reyes más poderosos, como Liutprando, habían aspirado a unir bajo su único mando toda Italia, desde las islas venecianas hasta la soleada Benevento. Hasta el astuto Desiderio, al llamar a las puertas de Roma el año anterior, parecía camino de adueñarse de Italia entera, como cierta vez la había poseído Teodorico, el gran godo.

A sus intentos sólo se había opuesto Adriano, quien había cerrado las puertas de San Pedro y sellado las entradas de la ciudad, desafiándole. El papa Adriano

conservaba el recuerdo del mundo imperial romano ya desaparecido, de la gloria de su ciudad medio en ruinas, y mantenía la firme convicción de que el vicario de Cristo no podía ser jamás súbdito de un monarca temporal. El gesto de Adriano había sido una muestra de coraje, más que de fuerza, ya que el Papa sólo contaba con la indisciplinada guardia de la ciudad para defenderse. (Para entonces, Carlos había convocado a sus tropas en Ginebra, y Desiderio se había dirigido con su hijo hacia los pasos de montaña del norte).

Por formidables que parecieran las poderosas ciudades de Lombardía a ojos de los francos —para los cuales toda Italia era «Lombardía»—, el reino de Desiderio se estaba debilitando. Las ciudades más ricas, como Benevento, Spoleto o Friuli (Forum Julii), estaban en manos de los egoístas *gastalds*, ocupados en consolidar sus propios dominios y muy reticentes a cualquier autoridad central.

Carlos no tardaría en ponerse al corriente de la situación. Y, aunque después de Mont Cenis quizá tuviera dudas sobre la capacidad de su ejército para imponerse en la batalla, no estaba en absoluto dispuesto a permitir que sus *fideles* permanecieran ociosos en sus tiendas. Además, la soleada grandeza del valle del Po, con viñedos y huertos apretados bajo los muros de grises castillos y basílicas, excitaba a aquel incansable vagabundo de tierras vírgenes. ¡Allí, las calzadas pavimentadas salvaban los ríos con puentes de piedra y los mendigos se despiojaban sobre los suelos de mosaicos de los baños romanos! Nunca hasta entonces había contemplado el franco las maravillas de la vida urbana.

Reacio a esperar el resultado del asedio a las murallas de Pavía, como exigían las tácticas, dejó allí a Bernardo y otros paladines mientras él partía con su grupo de escogidos jinetes, siguiendo el curso del Po. Ya había conseguido éxitos con tales puntas de lanza montadas en la Gascuña y en el paso de Mont Cenis.

En esta ocasión, su cabalgada le llevó lejos, a Verona, donde cuarenta y ocho torres coronaban la muralla que circundaba la cima de su colina. Por algún medio desconocido, sus jinetes entraron en la fortaleza y llegaron a su antiguo foro, flanqueado de templos a olvidados dioses romanos. De Verona huyó el hijo de Desiderio, pero allí capturó Carlos a la fugitiva Gerberga y a sus hijos, junto con el exiliado Auchero. Había recuperado a los rehenes, a los herederos de su hermano.

—Llegaste lejos —le dijo al desafiante Auchero— para encontrar dónde esconderte.

Esa noche, hizo conducir a la temblorosa Gerberga a su propia mesa en el palacio y le sirvió vino con su propia mano. La mujer temía dejar a los niños lejos de su vista, y Carlos, para tranquilizarla, ordenó extender un manto sobre unas balas de paja y traer a los pequeños, para que ella pudiera vigilar su sueño. El monarca parecía considerarles aún miembros de su familia.

Corrió la noticia de que el victorioso franco agasajaba a sus cautivos en lugar de

matarlos. Los duques de las demás ciudades lombardas recordaron que Carlos había ofrecido presentes y una paz justa al rey lombardo antes de irrumpir con la espada desenvainada y decidieron permanecer quietos tras sus murallas y ver qué sucedía a continuación. Y lo que sucedió fue que Carlos volvió a cruzar Lombardía al galope, adueñándose de más ciudades.

Pero la fuerza de su irrupción permaneció en el recuerdo. Tres generaciones más tarde, un monje de Saint-Gall escribiría este exagerado relato de la incursión, que había oído a un viejo soldado, Adalberto, el cual había servido con los hijos de Keroldo:

«Y sucedió que uno de los principales nobles, llamado Otker [Auchero], había huido a refugiarse bajo la protección de Desiderio. Cuando los dos tuvieron noticia de que se aproximaba el temido Carlos, subieron a la torre más alta para otear la lejanía. Cuando aparecieron las carretas del bagaje, más rápidas que los carros de Darío, Desiderio preguntó a Otker: “¿No va Carlos en esa enorme formación?”. Y Otker respondió: “Todavía no”. Cuando vieron la inmensa fuerza de las naciones que se acercaba, Desiderio volvió a gritar a Otker: “¡Sin duda Carlos viene en esa fuerza!”. Pero Otker contestó: “Todavía no, todavía no”.

»Después, distinguieron a los obispos y abades, y Otker, temblando, anunció: “Cuando veáis esos campos erizados de espigas de hierro y las aguas del río batan la muralla con la oscuridad del hierro bruñido, entonces sabréis que Carlos está cerca”.

»Apenas había terminado de hablar cuando una nube negra oscureció la luz del día. Las armas refulgían como llamas en la noche. Entonces apareció ese hombre de hierro, Carlos, con el casco de hierro, las manos enguantadas en hierro y una lanza de hierro enarbolada en su mano izquierda. Quienes iban a su lado y quienes le seguían llenaron los campos con su poder hasta que las aguas del río centellearon con el reflejo de sus armas. Las murallas temblaron. Los ciudadanos gritaron, con temor: “¡Oh, el hierro! ¡Ay de nosotros!”.

»Y cuando Otker observó todo aquello en una rápida mirada, le dijo a Desiderio: “Ahí está ese Carlos a quien tanto deseabais ver”».

Así exageró la leyenda las fuerzas del franco. El Carlos de carne y hueso, sin embargo, fue incapaz de conquistar las murallas de Pavía. Transcurrió el invierno e, impaciente, mandó traer a Hildegarda y a los dos muchachos para distraerse y tranquilizarse. Con el deshielo, la comitiva apareció por Mont Cenís y el monarca se solazó con su familia y su victoria, pues ya no quedaba ningún enemigo que pudiera enfrentársele en campo abierto.

A continuación, se puso en marcha de nuevo, con su familia y sus nobles y obispos, diciéndoles que llevaran consigo sus ropas más distinguidas, pues celebrarían aquella feliz festividad de la Pascua en Roma, como peregrinos.

Al partir tan impulsivamente hacia la Ciudad Santa, olvidó comunicar su llegada

al papa Adriano. Lo que no olvidó fue llevar consigo a su útil destacamento de jinetes escogidos.

La comitiva avanzó alegremente por las colinas de la Toscana hasta las llanuras romanas, donde los acueductos de piedra atravesaban los marjales como gigantes inanimados. En la última acampada nocturna, Carlos se ocupó de que sus nobles se ataviaran con sus mantos azules y carmesíes, mientras él se colgaba al cinto una espada con la empuñadura de oro. Su cintura se había ensanchado con la sabrosa comida italiana. Carlos recordó que era, por título, patricio de Roma y previno a sus nobles:

—Queridos y valientes hermanos, consideraré desleal y digno de ser arrojado a los cerdos a aquél de vosotros que se emborrache en estas fiestas de Pascua.

—Doy mi palabra a Vuestra Excelencia —prometió el conde Warin— de que todos los cantaradas francos se comportarán como auténticos peregrinos, con el ánimo noble y respetuoso, y que ninguno de ellos cometerá excesos con el vino.

Como un maestro de escena, el arnulfingo ordenó a sus nobles —laicos y clérigos—, a sus trompeteros y a los portadores de los dos estandartes, el del dragón y el de la cruz, cabalgar detrás de él. Carlos, no muy seguro de su propio aspecto, recurría al esplendor y al poder para reafirmarse.

El día siguiente, en la Via Clodia, en un villorrio junto a un lago, la multitud se agolpó junto al camino para aclamarle. Los milicianos romanos hicieron sonar sus lanzas, los acólitos agitaron ramos y palmas y un coro de muchachos entonó: *Vexilla regísprodeunt...*

A su lado avanzaban los portaestandartes de las iglesias. Ante tal esplendor y armonía, a Carlos se le dilató el corazón y, desmontando, continuó la marcha a pie. Ningún rey franco había contemplado hasta entonces la Ciudad Santa, más allá de sus enormes puertas pardas.

Al acercarse, vigilando que sus seguidores no se rezagaran, Carlos fue desviado de la puerta por sus guías portadores de palmas.

—Ésta es la vía del triunfo. ¿Querrá el Clementísimo de los francos recorrer el trayecto de los césares victoriosos de la Antigüedad?

Así le condujeron lejos de la puerta de la ciudad, hacia la iglesia de San Pedro. Feliz, Carlos continuó adelante con el oído atento a los cánticos e himnos, mucho más armoniosos que los del ronco coro de sus clérigos francos.

Adriano había decidido no permitirle la entrada en la ciudad.

Según su biógrafo, Adriano se había sumido «en un éxtasis de asombro» ante la noticia de la inminente llegada de Carlos.

Lo cierto es que el Papa estaba estupefacto.

Adriano procedía de una distinguida familia romana. Hombre de gran aplomo y determinación, más que de conocimientos clericales, y dotado de amplia experiencia

política, había aplastado y reprimido una siniestra conspiración dentro de las camarillas de Roma y se había enfrentado solo a los ardides de Desiderio, al tiempo que soñaba en reconstruir los monumentos en ruinas de la ciudad. El Papa era, pues, una rara combinación de diplomacia y gran fuerza de carácter.

El problema al que se enfrentaba parecía casi insoluble. Escindido del patriarca oriental de Constantinopla, aquel obispo —por tradición sucesor de san Pedro— se había convertido, debido a las circunstancias, en el único dueño de la tumultuosa y empobrecida Roma, ciudad de sus distinguidos antepasados a la que precariamente abastecía de comida y de algo de dinero gracias a las tierras del ducado romano. Adriano era el último vestigio de la *Res publica Romana*. Y se mantenía como tal por consentimiento de los lombardos, que, al menos, eran más refinados y exteriormente más devotos que otros reyes bárbaros. Para mantener su debilitada ciudad, Adriano tenía que conseguir más territorios en Italia (que reclamaba como patrimonio de San Pedro); unos territorios que ni el codicioso Desiderio, ni los duques independientes, ni el lejano emperador de Constantinopla, estaban dispuestos a entregar. Así pues, Adriano se preparaba a una defensa desesperada de las murallas de Roma con sacerdotes, milicias y peregrinos, cuando la llegada de los francos a través de los Alpes alivió la presión lombarda.

No sólo eso. La captura de Verona por Carlos decidió a los duques lombardos del sur a firmar la paz con la potencia menos amenazadora de las tres que luchaban por Italia, es decir, con Adriano. Desde Benevento, Spoleto y otras ciudades, corrieron a San Pedro para afeitarse las barbas y los largos cabellos y a ofrecer su fidelidad al Sumo Pontífice antes de que el rey franco o el lombardo —eso podía decidirlo el destino de Pavía— les aplastara. Los duques se presentaron en Roma como devotos peregrinos, repentinamente sumisos, y Adriano tenía ya en sus manos el territorio que precisaba cuando le llegó la noticia de que el bárbaro franco se acercaba a la ciudad, sin previo aviso.

Siendo un hombre ilustrado, aunque pobre latinista, Adriano tal vez reflexionase sobre el destino de las ranas de la fábula de Esopo, el ocurrente esclavo sirio, que quisieron liberarse del Rey Tronco llamando en su ayuda al Rey Cigüeña. Como a la llegada de Desiderio, el Papa decidió defender la ciudad, pero con discreción, puesto que el poderoso franco seguía constituyendo una incógnita. En consecuencia, envió a la comitiva de bienvenida con órdenes de desviar a Carlos de su camino, de dejar a los francos acampados en lugar seguro, en el Campo de Nerón, fuera de las murallas, y de conducir a Carlos hasta la puerta de San Pedro, donde Adriano aguardó con nerviosismo desde el amanecer, a la cabeza de sus clérigos, entre ellos gran número de benedictinos.

Hacia allá se encaminó Carlos, avanzando a pie entre destellos de oro de la empuñadura de la espada y de la corona que ceñía su cabeza. Al llegar ante la iglesia,

subió los peldaños de rodillas, moviendo con esfuerzo su pesado y corpulento corpachón. Por fin, besó la mano que Adriano le tendía y escuchó su bienvenida: «Bendito el que viene en nombre del Señor».

El pontífice estudió durante unos instantes al imponente bárbaro. Carlos se mostró exultante de alegría cuando el grupo de monjes entonó una plegaria cantada. Se sentía como si hubiera llegado a una corte magnífica y festiva. Asido a la mano de Adriano, fue conducido a través del atrio hasta la propia puerta de la iglesia del apóstol y recorrió la nave de las noventa y seis columnas hasta el altar, donde un centenar de cirios encendidos brillaba sobre la sagrada tumba. La luz se reflejaba en los objetos de oro y de plata y en las imágenes de los mosaicos de las paredes. Carlos no había imaginado nunca un esplendor semejante.

Humildemente, el franco rezó una plegaria ante el confesionario y volvió la cabeza para mirar a hurtadillas a Hildegarda y al asombrado Pipino. Cuando se incorporó, escuchó la voz de Adriano diciendo de él que había obligado a inclinar la cabeza a orgullosos enemigos y que había puesto su fuerza al servicio de San Pedro. Tras esto, el Papa le preguntó qué se proponía hacer en Roma.

Carlos murmuró que deseaba visitar los santuarios durante los cuatro días de Pascua, y luego partir.

Adriano no terminó de creérselo y permaneció junto a Carlos como un amable anfitrión atendiendo a un huésped no invitado. Abiertamente, pidió al rey franco promesas de mantener la fe y la alianza de paz con el Papado. Cuando lo hubo hecho, Carlos instó a todos sus nobles y clérigos francos a que hicieran idéntico juramento. Adriano quedó satisfecho con ello, pero no se alejó de la compañía del guerrero.

—La tuya es una gozosa entrada —le dijo a las puertas de la ciudad.

A Carlos no pareció importarle dormir fuera de las murallas, en el Campo de Nerón. Durante todo el domingo de Pascua, el gigantón franco fue de un lugar a otro en un torbellino de actividad: acudió a la reunión de magistrados y grandes señores romanos que le dio la bienvenida, asistió a la imponente misa que se celebró en Santa María la Mayor y participó en el concurrido banquete del salón de Letrán. Carlos acababa de entrar no sólo en una ciudad santa, sino en una poderosa metrópolis donde peregrinos de África y de la isla de Britania se abrían paso a codazos para entrar en las capillas, provistos de escritos que enumeraban los *mirabilid* a visitar, y compraban pequeñas cruces y, en ocasiones, reliquias allí adonde iban. Carlos sintió vehementes deseos de llevarse una reliquia de Pablo, e incluso de Pedro, para los altares de Saint-Martin y de Saint-Denis. Y cuando Adriano le mostró toda una cámara llena de libros colocados en estanterías, soltó una exclamación de asombro y rogó poder llevarse a su tierra algunos de los sacramentarios iluminados, de caligrafía y dibujos tan espléndidos.

Durante tres días, Adriano reflexionó con desconcierto sobre aquel hombre con la

mente curiosa de un muchacho, que podía convertirse tanto en dueño de Roma como en su protector. Percibía en Carlos una voluntad tenaz y una disposición a aceptar responsabilidades. El franco tenía la costumbre de coger en brazos a su hijo tullido para enseñarle todo aquello que le gustaba. Desde entonces, Adriano siempre preguntó a Carlos si deseaba hacer las cosas, y no si podía hacerlas. Le pidió protección contra sus enemigos, más que ayuda para sí.

Adriano, hombre perspicaz, estuvo cerca de adivinar el secreto de la personalidad de Carlos. No obstante, el poderoso bárbaro consiguió mantenerlo oculto, pues procedía de un miedo reprimido y aterrador. Para Carlos, el miedo era un sentimiento vergonzoso y luchaba por no revelarlo.

Lo que sí hizo Adriano fue admirarse, en silencio, del modo en que Carlos recorría los lugares de tradición sagrada: la cripta de la prisión de Pedro, las piedras del confesionario del apóstol, los relicarios de oro. Ningún peregrino ordinario mostraba tantos deseos de llevarse un fragmento de piedra. Al propio tiempo, el franco parecía radiante de alborozo cuando se abría paso con su enorme corpachón para entrar en tales lugares. Por un instante, Adriano se preguntó si acaso intentaba escapar, físicamente, de alguna imaginaria persecución. Sin embargo, tal cosa no parecía posible.

Tras la misa del tercer día en San Pablo Extramuros, los francos se prepararon a partir; pero, antes de que pudieran hacerlo al cuarto día, Adriano les pidió que se reunieran de nuevo —el Papa se había dado cuenta de que a Carlos no le gustaba separarse en ningún momento de su familia y de sus hombres— ante el altar de San Pedro. Allí, sin alzar la voz, recordó al franco una promesa que su padre, Pipino, había hecho a Esteban, de bendita memoria en tierras francas: la promesa de entregar a la sede de San Pedro y a sus vicarios diversas ciudades y territorios. A continuación, preguntó a Carlos si él y sus nobles cumplirían el compromiso así contraído.

Carlos se apresuró a asentir. ¿Acaso no había cruzado los Alpes precisamente para ello?

Entonces, Adriano hizo que un secretario leyera los términos escritos de la donación de Pipino. A Carlos le costó esfuerzo seguir su rápida salmodia en latín.

«[...] desde la isla de Córcega [...] hasta el monte Bardo y hasta Parma [...] desde allí hasta Mantua y el monte Silicis, junto con la región [...] de Rávena, como en tiempos antiguos, y las provincias venecianas con Istria [...] y todas las tierras de Spoleto y Benevento».

Carlos no había oído hablar de muchos de aquellos lugares, pues de Italia sólo le resultaban familiares los caminos que había recorrido. El rey franco no había puesto nunca sus ojos en un mapa, así que no tenía modo de saber que los territorios mencionados abarcaban dos tercios de Italia.

Así pues, entendiendo que aquello era lo que Adriano necesitaba para consolidar

su situación, accedió rápidamente. Algunos de los testigos de la escena contaron que Carlos hizo copiar la lista a su capellán y luego colocó el documento bajo las Sagradas Escrituras expuestas ante la tumba, debajo del altar.

El firme Adriano no había soñado jamás en poseer todo aquello que ahora se le prometía.

Carlos, por su parte, se llevó a un sacerdote romano para que enseñara a los francos a cantar como era debido, así como a un erudito letrado, Pedro de Pisa, para que le enseñara gramática y escritura. Pero, por encima de todo, se llevó con él una profunda añoranza de las bibliotecas y los edificios de la civilización, y del alivio que había experimentado tan inesperadamente en las capillas sagradas de Roma.

Tras esto, su copa de la felicidad rebosó: Hildegarda le dio una hija y, a primeros de junio, la defensa de Pavía sucumbió a las penalidades del hambre y la fiebre. Desiderio cruzó la puerta a pie, con las manos vacías y acompañado de su familia, para rendirse. El rey lombardo resultó ser apenas un hombrecillo rechoncho y malhumorado, temeroso de ofender a Carlos. Éste se rió abiertamente al advertir sus nervios. Ansa, la esposa de Desiderio, era una mujer de buen ver.

Cuando sus francos tomaron las puertas, Carlos entró a caballo como vencedor, admirando las largas columnatas y los baños termales de aquella ciudad de palacios. Désirée, la que fuera su esposa, había muerto y Pavía era suya. Con excelente humor, asistió al reparto de los tesoros y ordenó que se entregaran por entero a sus huestes, que habían asediado las murallas durante tanto tiempo. Complacidos, los soldados vitorearon a gritos la generosidad de Carlos y su fortuna al obtener una victoria tan provechosa con tan escaso derramamiento de sangre. A partir de aquel día, el monarca firmaría como «Carlos, por la gracia de Dios rey de los francos y de los lombardos, y patricio de Roma».

Desiderio y Ansa fueron recluidos, bajo vigilancia, en un retiro monástico de Corbie. Carlos no impuso a los demás lombardos ningún nuevo tributo ni ley franca, ni reclamó para sí tierra o ciudad alguna. Se consideraba sólo «rey de los lombardos», no de su país, y permitió que siguieran viviendo como lo habían hecho hasta entonces.

Tras esto, partió rápidamente hacia su patria. Mientras cruzaban las alturas del glaciar del Ródano, la pequeña de Hildegarda murió.

A los nobles lombardos perdonados por su conquistador, tan despreocupada clemencia les pareció increíble. Uno de ellos escribió: «El rey de los francos, que podría haber destruido nuestras posesiones, se mostró clemente e indulgente».

Al cabo de un año, la política de paz de Carlos produjo una rebelión. Tan intenso como el odio de los sajones por sus parientes, los francos, era el antagonismo de los humillados lombardos hacia sus nuevos amos. Eliminado el débil Desiderio, los duques septentrionales se aliaron para adueñarse del país. En Roma, un nervioso

Adriano recibió noticias de que el hijo de Desiderio volvía de Constantinopla al mando de una flota. Con la rebelión flotando en el aire, cualquier apariencia de orden y gobierno se vino abajo.

Adriano, que tanto había esperado de Carlos, se encontró con que el poderoso franco, ocupado con los sajones, no parecía mostrar la menor preocupación por sus compromisos italianos. El atribulado pontífice escribió una elocuente carta a su amigo, «el Gran y Excelente Rey», saludando a su esposa y a sus hijos —Adriano recordaba muy bien la devoción de Carlos por su familia— y advirtiéndole que el caos se estaba instalando en torno a San Pedro. Bandas armadas dominaban los caminos, Rávena había proclamado su soberanía en el norte y Rotgardo, duque de Friuli, había formado un ejército.

Carlos, ocupado ese verano de 775 en el frente sajón, no envió como respuesta ninguna muestra visible de su autoridad. Únicamente llegaron de su reino un par de obispos a lomos de mulas que visitaron Spoleto y Benevento para mantener conversaciones con los caudillos de ambas ciudades. «Tened buen juicio y esperad —les advirtieron aquellos inofensivos obispos—, pues Carlos vendrá pronto».

Los enviados también se ocuparon de mandar a Carlos, por un correo, su opinión sobre la situación.

—¿Qué tiene ese rey de los francos para que los romanos depositen su confianza en él? —preguntó provocadoramente Rotgardo a los enviados del Papa.

Adriano puso al corriente del comentario al vagabundo Carlos, pero siguió sin recibir respuesta en la nítida caligrafía de Pedro de Pisa. Cuando llegó el invierno y la nieve cerró los pasos de montaña al avance de un ejército, Adriano perdió la esperanza.

Entonces, después de Navidad, Carlos apareció al pie de la barrera de nieve. Comandando únicamente su columna de jinetes escogidos, había conseguido remontar los pasos. Esta vez no se detuvo en Pavía, sino que se lanzó río abajo y ascendió luego las montañas del este, rompiendo en una acción sangrienta las defensas de un río. Se cuenta que allí luchó y huyó Rotgardo, para ser muerto por sus propios hombres en las montañas, y que Treviso cayó en poder de los francos tras un asedio.

Con Desiderio, el rey de los francos se había mostrado magnánimo; en cambio, ante aquella rebelión actuó con rapidez y severidad. Colgó a sus cabecillas, exilió a los duques, confiscó tierras y dejó a sus condes francos al mando en el norte, con una guarnición para respaldarles. Carlos se había proclamado rey de los lombardos y estaba dispuesto a demostrar que lo era. Incluso ausente, era su monarca legítimo. Los gobernantes de Spoleto y Benevento que habían hablado con los obispos se mantuvieron al margen de la rebelión.

Carlos no realizó esta vez ninguna peregrinación a Roma. Cuando se detuvo a

celebrar la Pascua, ya estaba en las montañas camino de tierras francas. Llegó a su hacienda a tiempo para la siega de julio.

A partir de entonces, el futuro de Italia se mantuvo en equilibrio entre la impredecible voluntad de Carlos y la determinación de Adriano.

Físicamente, el hijo de Pipino no sentía el menor miedo. Su cuerpo vigoroso, de enorme corpulencia, era capaz de asimilar el castigo, y las heridas sólo le dejaban cicatrices. Aquel invierno, había obligado a un millar de hombres a seguirle por las alturas nevadas, durmiendo al raso.

Sus guardabosques contaron el encuentro de Carlos con un bisonte en el transcurso de una cacería. Aquel bóvido feroz y gigantesco era el rey de las fieras en Europa, por encima del león. Como es natural, en su relato, los monteros presentan a Carlos como un héroe:

«El dadivoso rey Carlos, que nunca soportaba la ociosidad y la pereza, salió a cazar al bisonte. Cuando sus servidores vieron a tan inmenso animal, salieron huyendo. Pero el intrépido Carlos, a lomos de un fogoso corcel de guerra, se acercó al bisonte e intentó atravesarle el cuello con la espada. Pero falló el golpe y la monstruosa bestia desgarró la bota y las cintas de la pierna del gran rey, hiriéndole levemente en la pantorrilla con la punta del asta, lo que hizo cojear a Carlos. Después, la fiera huyó al abrigo de árboles y piedras. Muchos de los servidores del rey quisieron quitarse sus cintas de las piernas para ofrecérselas, pero él se negó, diciendo: “Tengo intención de presentarme así ante Hildegarda”.

»Entonces, Isambardo, hijo de Warin, corrió hacia la bestia y le arrojó su lanza, que se clavó hasta el corazón del bisonte entre el hueso del hombro y la tráquea. Entre varios hombres, llevaron a rastras ante el rey el cuerpo de la bestia, aún caliente.

»Carlos pareció no reparar en la enorme pieza, salvo para ordenar que se repartiera entre sus compañeros de cacería. Después, regresó a su casa, donde mostró las prendas desgarradas a su esposa. “¿Qué merece el hombre que mató a la bestia que me hizo esto?”, preguntó. “Merece el regalo más alto”, fue la respuesta de Hildegarda. Entonces, el gran rey hizo traer la cornamenta del bisonte, como testigo de su sinceridad, y la reina suspiró y se le encogió el ánimo».

Al ver que Hildegarda mostraba tal temor por su integridad, el arnulfingo, a quien no le gustaba demasiado Isambardo, recompensó al joven noble con una libra de plata por su acto y le estrechó la mano en señal de amistad.

Carlos no temía por su cuerpo ni, después de su cabalgada a Verona, por las maquinaciones de sus enemigos. El miedo que le atenazaba, cada vez más, procedía de su propia mente. De muchacho, en el seno acogedor de su familia, no lo había conocido; como hijo mayor y sombra del envejecido Pipino, tampoco había sido consciente de él.

Pero ahora que se encontraba solo, salvo la única compañía de la atolondrada Hildegarda, aquel miedo se le presentaba tanto en la silla de montar como en el trono real. Aparecía en cualquier lugar de su reino, como una danza de la muerte que no veían más ojos que los suyos y que le advertía día tras día sobre la decadencia y la muerte que se cernían sobre su pueblo, los francos.

En el mercado de Ingelheim se topó con un astuto vendedor de milagros, un tipo gordo ataviado con una capucha y una blusa de pelo de cabra, que ofrecía, por unas monedas, amuletos de enredaderas trenzadas para curar la hidropesía, la ceguera y el vómito negro. Un hechicero.

Carlos tenía la costumbre de vagar a solas, vestido con su ropa de diario de lana frisona, y a menudo su identidad pasaba inadvertida. En una de aquellas escapadas, encontró a los vecinos de una aldea reunidos con sus hijos en torno a la cruz de madera que utilizaban para la ordalía de la crucifixión; en aquella ocasión, sin embargo, lo que contemplaban era el juicio a un suabo libre, acusado de robo. Los sacerdotes vertieron un caldero de agua hirviendo en un barril colocado al lado del suabo y que le llegaba a éste hasta la cintura. Después, dejaron caer una piedra en el barril y arremangaron el brazo derecho del acusado, quien se había ofrecido para ser juzgado por la voluntad de Dios a través de la ordalía del agua hirviendo.

Cuando la multitud se arremolinó para comprobar si el suabo era capaz de demostrar su inocencia sacando la piedra del agua hirviendo, Carlos se abrió paso hasta las inmediaciones del barril. Si el suabo no conseguía sacar la piedra, le cortarían la mano con el hacha y la mayoría de los espectadores quería presenciarlo. Carlos, que tenía un ojo rápido y penetrante, apreció que el suabo no sudaba de nerviosismo. El individuo aguardó a que un sacerdote murmurara unas frases en mal latín y sumergió el brazo. Lanzó un grito de fingido dolor y sacó rápidamente el puño, que un clérigo tonsurado se apresuró a coger, mostrando en alto una piedra que parecía haber salido de sus dedos. *¡Ita... impenitus videtur!* Con esto, el sacerdote proclamó la inocencia del suabo.

La multitud prorrumpió en exclamaciones, mientras Carlos se inclinaba sobre el barril y observaba la piedra aún en el fondo, intacta. Furioso por aquella burla de juicio, agarró por el cuello al suabo y al clérigo y sumergió a la vez ambas cabezas en el agua, aún humeante. Entre alaridos de dolor auténticos, los dos falsarios se alejaron de él mientras los aldeanos le contemplaban con tosca perplejidad.

En otra ocasión, encontró a unos francos, hombres libres, trabajando como siervos de la gleba en la recogida de una pobre cosecha de cebada. Pese a ser hombres libres con derecho a portar armas, aquellos francos preferían trabajar el campo para llenar el estómago y escapar a tareas más duras.

En tales gentes, Carlos percibía la pérdida de su antiguo orgullo teutón; su pueblo se hundía empapado en vino, corriendo hacia su muerte como un rebaño...

Un día, a la hora de vísperas, desmontó frente a una capilla del camino, dedicada a san Remigio, para rezar un Magnificat. Sus servidores esperaron fuera para estirar las piernas. El techo estaba combado sobre el altar a oscuras, ante el cual cuchicheaban dos hombres, un propietario feudal que aparentemente se confesaba y un diácono que llevaba el traje talar sobre unos pantalones de caza. El suelo estaba salpicado de excrementos de animales. El arnulfingo no prestó atención a nada de aquello pero, mientras musitaba su plegaria, escuchó el metódico tintineo de unas monedas de plata y una voz que contaba:

—... cuatro, por el asunto de la moza del pastor; cinco, ésta paga el asunto del sebo pesado dos veces; seis, por la pequeña trampa al muchacho descuidado...

La voz del confesor se convirtió en un leve suspiro y finalizó bruscamente:

—Por los venerables huesos del santo Remigio, juro que no tengo más que siete monedas.

Carlos llegó a la conclusión de que la palabra de un franco libre ya no era tenida por buena a menos que jurara por unas reliquias reconocidas. Después, comprendió que el penitente pagaba con sus monedas la redención de sus pecados, pues había entre su pueblo quien creía las palabras del profeta Daniel, «Redimid vuestros pecados dando limosna», entendidas como pagarlos mediante la entrega de dinero.

¿Cómo podría hacer entender a aquellas mentes obtusas el sentido de las palabras del profeta? Los clérigos que debían instruir a su pueblo, en muchos casos, no sabían leer.

Después de residir en el palacio de Pavía y de escuchar al sabio Adriano, Carlos se daba cuenta de su propia ignorancia y del embrutecimiento de su pueblo en las cabañas de mimbre y adobe y en las iglesias de troncos. Por unos instantes, maravillado ante las inmensas iglesias romanas, se había sentido transportado como por efectos del vino, creyéndose próximo a un poder milagroso. Sin embargo, de vuelta a su tierra, aquella exaltación se había desvanecido. Había traído reliquias pero, en aquellos bosques, ¿se distinguían en algo de los pedruscos y maderas de las capillas locales? ¿Podían llevar a cabo un milagro entre los francos?

Carlos meditaba sobre estos asuntos cuando tuvo su conversación con Sturm. Mientras recorría el camino de la orilla derecha del Rin entre los puestos fronterizos, encontró a Sturm cortando ramas de un abeto para construir un parapeto nocturno contra los animales salvajes. Aunque discípulo de Bonifacio y abad de Fulda, en las montañas sajonas, el viejo Sturm aún viajaba a pie por el país como en sus tiempos de misionero. Incluso cuando reconoció a Carlos, el rey, el gigantesco abad continuó blandiendo el hacha y partiendo ramas. Sin dar las gracias, se sentó junto al fuego que habían preparado los servidores del rey y compartió con éste la carne, el pan y la miel de la cena. Escuchó sin comentarios las quejas de Carlos sobre la holgazanería, la

glotonería y el debilitamiento moral de los francos y, al ver que el monarca esperaba su respuesta, el viejo Sturm despertó de su meditación y pronunció unas palabras extrañas:

—Hijo mío, despide a tus cazadores, siervos y guardianes. Quédate aquí, junto al fuego, y reza tus oraciones a la hora de completas.

—¿Rezar?

—Sí, reza.

Carlos esperaba un sabio consejo del hombre, ya curtido por el paso de los años, que había recorrido las tierras vírgenes con Bonifacio, el apóstol. Sturm había empezado a construir su monasterio, Fulda, cortando troncos en la cima de una colina para edificar un lugar para los huesos de Bonifacio.

Bajo la maraña de cejas canosas, los ojos grises de Sturm contemplaron las estrellas más allá del cielo.

—Ya se acerca la hora. Mi señor de los francos, ¿no son estos altísimos árboles como pilares de la nave del templo del Señor? ¿Sientes algún temor aquí?

Impaciente, Carlos exigió:

—¡Habla con franqueza, abad! ¿Por qué me haces rezar a esta hora?

Los dedos nudosos de Sturm se cerraron en torno a la faja de su cintura. Luego, se incorporó y dejó oír su voz potente y seca:

—Si tu pueblo franco se hunde en la ignorancia y la fornicación, la responsabilidad es de sus sacerdotes. Y si los sacerdotes de los francos desatienden sus obligaciones y flaquean, *hinc indepotestas terribilis*. Ello se debe a un terrible poder —tradujo, y señaló con el dedo a Carlos—: el tuyo. Tu palabra es la ley. Todas estas almas humanas aguardan un gesto tuyo de asentimiento, una mueca de cólera. El tuyo es un poder terrible, que no puedes compartir ni evitar. Reza, por tanto, para saber emplearlo bien. Mi señor, tú me has ordenado que hablara con sinceridad.

Después de rezar junto al abad, arrodillados ambos tras el parapeto de ramas, Carlos reflexionó acerca de lo que había dicho Sturm. No le resultó fácil comprender aquellas cosas. Pensó en el último rey legítimo de los francos, el merovingio, obeso como un cebón, tambaleándose sobre las roderas del camino en la carreta de bueyes ceremonial. Volvió a verle con los ojos de un niño. El último rey, como podía serlo a su vez alguno de sus hijos. Un espíritu negligente, alejado por un instante de las ollas y pucheros. Este era el miedo que le corroía.

El viejo Sturm se inclinó hacia delante para echar unas ramas secas a la fogata. Una expresión extraña apareció en sus ojos grises cuando contempló al gigantesco Carlos.

—Hijo mío, no sueñes con cambiar la naturaleza humana en una noche. Cuántas veces he bautizado a mis kunkelds sajones, para encontrarles a la mañana siguiente sacrificando una cabra, o incluso un toro, para que sus viejos dioses del bosque les

sean propicios. Entonces, me alegro de que no derramen la sangre de un esclavo humano.

Carlos no había imaginado que el sacerdote de la frontera pudiera ser tan tolerante. Mientras preparaba su capa para dormir, Sturm señaló con un gesto la barrera de ramas.

—En cuanto a los animales, hacen más caso de un parapeto en torno a una fogata que de cualquier oración.

Y éste fue el consejo que dio a Carlos el viejo Sturm.

Aunque no era capaz de analizar con lógica sus temores, el arnulfingo reaccionó contra ellos con una demostración de vitalidad física. Si su mente necesitaba ser instruida, aunque fuera a edad madura, la instruiría. Con la ayuda de su nuevo tutor, Pedro de Pisa, intentó aprender a transformar palabras ininteligibles en frases coherentes. El viejo sabio lombardo le leyó el sombrío poema de Virgilio sobre la caída de Troya y la huida de Eneas bajo la luz de la ciudad en llamas, llevándose consigo a sus dioses ancestrales.

—¿Qué fue de su pueblo? —preguntó Carlos.

—Fue conquistado. Para el hombre conquistado sólo existe una seguridad, y es la de no tener ninguna esperanza.

Carlos mostró interés por aquel Eneas, que había engendrado un nuevo pueblo al otro lado del mar.

A veces, cuando el miedo a su propia incapacidad pesaba en su corazón, el arnulfíngo se internaba en los bosques, sin seguir camino alguno, hasta un bosquecillo como el del Irminsul, pero más pequeño. Allí, en una choza, habitaban unos viejos bardos a los que entregaba limosnas. Entonces, los bardos tañían el arpa y cantaban el antiguo heroísmo de cuando los francos surcaban los largos caminos del mar.

Las historias de tales antepasados jamás habían sido puestas por escrito por un Virgilio. El las rescató de la memoria de los viejos bardos, de cuyos versos emanaba el esplendor de una era dorada en la que el poder residía en las manos de unos héroes bajo la protección de los dioses de la tierra. Carlos reflexionó largamente sobre el Irminsul que había derribado aquel día.

En ocasiones así, el rey se preguntaba cómo habría hecho Pipino para tratar con aquellos pueblos sajones insumisos. Porque, hasta aquel momento —y salvo la cabalgada a Roma por Pascua—, Carlos había seguido las ideas de su padre más de lo que estaba dispuesto a reconocer. El rudimentario Estado franco seguía siendo casi lo mismo que en tiempos de su padre: una especie de propiedad o hacienda personal del monarca. El palacio real —muy diferente al de Pavía— era, simplemente, el aula o salón donde Carlos estaba en cada momento. Junto a él, los once paladines, o funcionarios de palacio, constituían el consejo que decidía sobre los asuntos. El

conde de palacio asumía la responsabilidad cuando Carlos no podía presidirlo.

Después de alojarse en San Pedro, Carlos cobró conciencia de la barbarie de su reino. Su chambelán administraba rebaños y tierras, más que los asuntos de la corte; su senescal planificaba el aprovisionamiento de comida y forraje para las tropas en marcha, y los dos funcionarios actuaban de acuerdo con Hildegarda, que mantenía un meticuloso control de los ingresos y gastos de la tesorería: los presentes ofrecidos al rey en las festividades y los regalos correspondientes entregados por el monarca, los peajes cobrados en los puestos fronterizos y para cruzar los puentes y las compensaciones pagadas a los cortesanos, así como la parte del botín ganado al enemigo que correspondía al rey Hildegarda no dejaba nunca de acrecentar sus posesiones, sobre todo las rentas en cosechas y animales que cobraban a los campesinos. Carlos tenía el secreto convencimiento de que esto le traía mala suerte. En cambio, su precavida esposa suaba sólo se sentía satisfecha si, en cada uno de los salones que visitaba, podía disponer de queso, caza, cerveza, miel, cereales, manteles y velas de sebo en cantidad suficiente para cubrir sus necesidades.

—Desde la muerte de tu padre, a quien Dios tenga en su gloria —comentaba con satisfacción—, no hemos sufrido ninguna hambruna en el reino.

Carlos no comprendía cómo Hildegarda mezclaba la protección divina con la abundancia de cabezas de ganado, pero, al parecer, para la mujer existía una relación evidente y no deseaba que nada cambiara a peor.

Por primera vez en todos aquellos años, Carlos se apartó de la política seguida por su padre y trazó planes para someter a sus rivales más cercanos y más odiados, los sajones, y para cambiar su falaz naturaleza pagana mediante la conversión. «Esa nación, que se ha entregado a los demonios desde el principio de los tiempos, se someterá al dulce yugo de Cristo», anunció, y el consejo mostró su asentimiento.

Devotos misioneros como Bonifacio se habían aventurado hasta entonces entre los paganos del otro lado del Rin y, por norma general, habían terminado muertos a sus manos. Por otra parte, columnas armadas habían invadido las tierras vírgenes para castigar tales muertes. Sin embargo, jamás hasta entonces habían marchado juntos misioneros y huestes armadas.

Aquel intento de convertir a los sajones por la fuerza era un experimento sin precedentes que iba a provocar el terror durante más de treinta años.

Algo había que intentar, sin duda. Apenas había partido hacia Italia el ejército franco de Carlos, los sajones fronterizos habían realizado una incursión en venganza por la destrucción del Irminsul y habían quemado la abadía de Fritzlar, utilizando la propia capilla como establo para sus caballos.

Durante aquel invierno, su consejo hizo planes para poner fin a aquellas refriegas partisanas mediante una invasión masiva, una leva de armas completa de los *fideles* francos que construiría fortines a lo largo de los caminos del bosque y erigiría iglesias

dentro de tales recintos. (En ello estaban concentrados los francos durante el verano de 775, mientras Adriano imploraba a Carlos que regresara a Roma).

Las aguerridas tropas del rey se internaron en las tierras paganas, quemando y matando cuando topaban con el escurridizo pueblo de los bosques, arrasando los fortines gemelos de Sigiburgo y Eresburgo, avanzando por el valle del Irminsul hasta el río Weser y dispersando la resistencia de esta línea de defensa. Los grandes clanes de westfalianos y ostfalianos experimentaron el poder de las espadas de hierro, y la caballería franca avistó finalmente la masa oscura del Süntal, después de abrirse paso a través del valle del Rhur. Los invasores parecían haber dispersado a todos los enemigos visibles.

Pero entonces, junto al Weser, una de las divisiones de Carlos dedicada a edificar un asentamiento fue sorprendida y aniquilada en un asalto. Los bosques seguían escondiendo la fuerza de las bandas guerreras sajonas. Cuando tuvo noticia del desastre, emprendió la persecución de los asaltantes con las fuerzas que tenía más cerca, pero no encontró la menor resistencia. Los aldeanos y campesinos salían a su paso para ofrecerle rehenes y prestarle sumisión. (Entonces, Carlos había conducido a sus mejores jinetes en aquella larga marcha invernal a Italia).

Y, allí, un correo le llevó la noticia de que los fuertes de Sigiburgo y Eresburgo, ahora en sus manos, estaban siendo sometidos a asedio. Se apresuró entonces a llevar sus tropas desde la cabecera del Ródano hacia el Rin, apareciendo allí tan inesperadamente con sus cansados veteranos que las tribus de los bosques huyeron a sus cumbres inaccesibles. Carlos estaba descubriendo, a un alto coste, la futilidad de invadir una tierra donde no existían ciudades que capturar con sus habitantes. Era cierto que ningún ejército le había podido hacer frente, pero, a pesar de ello, sólo había conseguido el control sobre un par de fortines fronterizos y sobre los caminos de los valles que arrancaban de la gran meseta de Hesse.

A cambio de ello, había levantado en su contra la resistencia silenciosa e inflexible de todos los pueblos sajones hasta las intactas llanuras septentrionales, las riberas del Elba y la costa del Báltico.

Frente a tal enemistad, de poco servían sus misioneros. Estos, rodeados de guardias armados, predicaban su mensaje balbuciente a rehenes hoscos y a aldeanos famélicos. Carlos se obstinó en culpar a los clérigos de su falta de eficiencia, soñando ávidamente con un Bonifacio que predicara la conversión en el territorio sajón. Entonces recordó al anciano abad Sturm, el vigoroso predicador fronterizo, y le mandó llamar.

—¿Qué te propones? —quiso saber Sturm—, ¿Ahuyentar lobos o guiar ovejas?

Al ver que Carlos no sabía responder a esta difícil pregunta, el misionero de los bosques le explicó el acertijo. Los sajones eran una raza guerrera parecida a los lobos. Atacados con armas, podían ser exterminados pero no transformados en algo distinto.

No; para cambiar la naturaleza de una manada de lobos era preciso envainar las armas y vivir entre ellos, compartiendo la comida y dejándoles en libertad para todo lo demás.

El impaciente arnulfingo se irritó al escuchar sus palabras.

—¿Cuántas veces he ofrecido la paz a estos infieles?

—Muchas, es cierto, pero siempre lo has hecho después de combatirles con las armas.

—Es el único modo de someterles.

El anciano Sturm extendió sus manos nudosas y replicó:

—Ofréceles una tregua con las manos abiertas.

—¿Cómo?

—El rey eres tú, por voluntad de Dios. A ti te corresponde establecer los términos de la tregua con esas gentes perdidas para Dios.

La propuesta de Sturm carecía de lógica, pero no contradecía los recelos de Carlos. Aunque toscos y paganos, los sajones se mantenían fieles a sus viejos dioses y a su valor de antaño. Más que los lombardos, más incluso que sus francos, aquellos sajones habían conservado la valentía de su raza.

Nominalmente, Carlos era rey, *gratia Dei*. Sin embargo, ¿qué gentes eran las que el Señor le había concedido gobernar? Lombardos cautivos de Treviso y de las lejanas montañas orientales habían hecho juramento de servirle y así se habían convertido en sus vasallos. El anciano Pedro, su preceptor, había huido de la ciudad de Pisa. Aunque su autoridad llegaba muy lejos, Carlos no poseía ninguna ciudad por sede; en cambio, obligaba a hombres de distintas razas y lenguas a realizar el juramento de lealtad...

De las meditaciones de Carlos y de la insistencia de Sturm surgió una nueva oferta que presentar a los recalcitrantes caudillos sajones. El rey de los francos les invitó a reunirse libremente en asamblea, recibir el bautismo de la Iglesia y prestarle juramento de fidelidad. Al propio tiempo, proclamó que no construiría en tierras sajonas una fortaleza, sino una nueva ciudad donde pudieran erigirse capillas. Salvo el hecho de que Carlos pasaría a ser su jefe supremo, los sajones se regirían por sus propias leyes y costumbres, como hasta entonces.

Como emplazamiento de la nueva ciudad escogió un lugar más allá de la disputada línea fronteriza de Sigiburgo y Eresburgo, cerca de la cabecera del río Lippe. Allí se extendía una llanura abundante en agua, una encrucijada de caminos de aquellas tierras vírgenes que ofrecía buenos parajes para bañarse y para cazar. Se parecía a su amado valle de Aquis Granum, que no había tenido ocasión de visitar en los últimos años. Dado que la planicie estaba surcada por un riachuelo de abundante pesca, el Padra, Carlos bautizó esta nueva ciudad de la amistad con el nombre de Padrabrunnen, o Paderborn. El primer edificio que se señaló en ella con troncos

caídos fue una iglesia.

En su crónica del año de la construcción, 776, el arzobispo Ado escribió: «Donde nace el Lippe, el rey recibió a todo el pueblo sajón, con esposas e hijos. Bautizados, se unieron a él en la fe. Y, en Padrabrunnen, celebró una asamblea, tanto de sajones como de francos».

El vigoroso Carlos preparó esta insólita reunión (en el verano de 777) con su habitual instinto teatral. Como a las puertas de Roma, se rodeó de obispos con vestiduras ceremoniales y de condes engalanados. Barbudos lombardos desfilaron junto a fanfarrones bávaros. El abad Sturm, convocado para officiar la consagración de la iglesia de troncos, bautizó en el río, sumergidos en el agua hasta la cintura, a los clanes sajones, hessianos, westfalianos y ostfalianos, que acudieron en masa a la convocatoria. Los estandartes del dragón y de la cruz, que habían sido llevados a la victoria en Italia, fueron exhibidos entre las fogatas de los campamentos mientras los monjes de Sturm, dirigidos por el maestro de coro romano, entonaban: *Vexilla regís prodeunt*.

Las mesas junto a los fuegos estaban colmadas de carne, vino, cerveza y miel, y, entre ellas, el anciano Sturm predicaba la Palabra con todo el entusiasmo. Carlos también recorría los campamentos con los ojos brillantes, bromeando y haciendo promesas, como hábil provocador de entusiasmos que había demostrado ser. Su impresionante figura, con pantalones de caza de cuero y capa de pieles de lobo, se mezclaba con los grupos de sajones de largos cabellos, alegres de cerveza, que se ponían en pie en su presencia. Bebió con sus caudillos, cuerno tras cuerno, y hasta se unió, para sorpresa de todos, a sus cantos sobre los héroes que Odín escogió para llevarlos al Valhalla.

La alegría que sentía se colmó aún más con la inesperada presencia de una extraña comitiva de jinetes cubiertos con cotas de malla plateadas y envueltos en capas inmaculadas, que ocupaban cómodamente las sillas altas de unos caballos nerviosos. Eran árabes, nobles del Islam, procedentes de las tierras hispanas del otro lado de los Pirineos, que venían a negociar un tratado con el rey de los francos.

Ningún maestro de ceremonias habría recibido una nueva atracción con la vehemencia con que Carlos acogió a tan distinguidos huéspedes. Éstos no sólo eran un signo visible e incuestionable de su creciente poder, sino que aparecían, además, como caudillos procedentes de otro mundo a los ojos de los sajones, recluidos en sus bosques. Carlos tomó buen cuidado de que los recién convertidos sajones presenciaran su solemne entrevista con los señores árabes. Así fue como encontró una respuesta al reto de Sturm de ofrecer una tregua real. Daba la impresión de que había conseguido una nueva victoria sin combatir y, desde luego, eso fue lo que él creyó. Sin embargo, su optimismo iba a causarle problemas casi inmediatamente.

Con la ventaja de conocer lo que sucedería a continuación, el buen Ado finalizaba

su escrito con estas palabras: «Widukindo y ciertos sajones rebeldes acudieron a los hombres del norte a pedirles ayuda contra el glorioso Carlos».

Widukindo, cuyo nombre había sonado a lo largo de los caminos del bosque durante los últimos conatos de resistencia, no se había presentado a la consagración de la iglesia, al bautismo ni al juramento de fidelidad. Sin clan ni tierra propios, Widukindo era el único caudillo guerrero a quien todos los demás escuchaban, y les había advertido que jamás concedieran al franco una base más allá del Rin. Por entonces, Carlos no tenía modo de saber que Widukindo era el principal impulsor de la resistencia pagana.

Aquel verano de 777 presagiaba las mejores promesas. La propia fecha combinaba el benéfico número 7, el número de días de la Creación, con el afortunado 3, el número de la Trinidad. Hildegarda le dio otro hijo sano, y, aparentemente, Carlos había logrado la conversión y la amistad de los obstinados sajones.

Sin embargo, en aquel encuentro evangelizador de Paderborn, Carlos no había convertido a nadie más que a sí mismo. Su fácil entusiasmo se desbordó. Las gentes ya no le llamaban Palurdo ni se mofaban de las circunstancias de su nacimiento; se había convertido en rey de verdad, además de serlo de nombre. Cultos nobles sarracenos acudían a verle a sus bosques. Había hecho más que Pipino, asegurándose la Aquitania y extendiendo su autoridad muy lejos, hasta la Roma de Adriano.

Entre los francos se estaba produciendo un cambio. El recuerdo de los reyes merovingios y de los francos neustrianos y austrasianos se estaba difuminando, reemplazado por la figura del genial arnulfingo. Gracias a sus incesantes cabalgadas entre ellos, su rostro rubicundo era conocido por las variadas gentes de las hospederías de montaña y de los establos de las tierras bajas. Hablaba sus dialectos, dormía en sus graneros y hacía donaciones a las capillas de los caminos. Debido a ello, de todas las fronteras acudían hombres libres en busca, no de la autoridad del rey, sino del propio Carlos. Un frisón de los pantanos, preguntado por los centinelas, declaró: «Busco a Carlos, el rey». Un gascón explicó: «Soy un hombre de Carlos».

Esto, a su vez, producía un efecto en el impaciente arnulfingo. Consciente de la debilidad de sus francos, agradecía aquellas nuevas fidelidades. Después de la asamblea de Paderborn, consideraba que las naciones estaban dispuestas a unirse bajo su estandarte.

Una noche, sumido en meditaciones, reflexionó sobre la naturaleza de aquel nuevo séquito de pueblos. Todos ellos tenían una cosa en común: eran ovejas del rebaño de Cristo. Lombardos, bretones o sajones, todos eran cristianos. ¿Era posible que, con el tiempo, llegara a convertirse en caudillo de una gran nación cristiana? De momento, guardó aquel pensamiento para sí.

Sin embargo, en su mente, todo aquello fue cobrando forma. Desde el principio, se había proclamado «defensor de la Santa Iglesia». Y había pasado la mayor parte de

sus nueve años de reinado defendiendo iglesias en diversas fronteras. Allá donde llegaban las iglesias, la gente buscaba la protección del rey franco. Así pues, los establecimientos religiosos estaban abriéndole nuevas fronteras.

¿Por qué a él? En Europa, sólo había otros dos monarcas con igual poder. Uno era Tasilón, que sólo se ocupaba de agrandar su territorio bávaro; el otro, Abderramán, emir de Córdoba, era musulmán y, por tanto, pagano.

Sólo Carlos podía declararse caudillo del *pueblo cristiano*.

Al amanecer, cuando despertó de sus meditaciones y acudió a la capilla a rezar y cantar alabanzas a Dios, la idea había arraigado en su mente. Un día conduciría el ejército de los pueblos cristianos. Tal vez, incluso, llegaría a gobernarlos como monarca legítimo.

Tal pensamiento encajaba perfectamente con sus deseos de conquistarlos.

IV. Roncesvalles

Durante el periodo de inactividad invernal, entre Navidad y Pascua, el consejo de los francos planificó la campaña del verano siguiente. Para entonces, los ancianos condes Bernardo y Thierry y el envejecido Fulrado apenas intervenían en las decisiones, sino que escuchaban a Carlos. No era tanto que él insistiese en hacer las cosas a su manera, como que nadie podía contener su entusiasmo.

Aquel invierno, en el Rin, habló de una invasión de Hispania y, aunque sus consejeros y paladines mostraran su sorpresa, tuvieron que reconocer que tenía razones para tal propuesta.

Desde hacía muchos años, apuntó Carlos, las huestes francas no visitaban la Aquitania, abundante en comida. Con el peligro sajón frenado a lo largo del Rin, quedaba la amenaza de los poderosos sarracenos al otro lado de los Pirineos. Aquella frontera llevaba una década tranquila, pero sólo debido a la guerra civil que se había desatado entre facciones musulmanas, tras la cual los omeyas habían triunfado sobre los abásidas. De aquel conflicto había emergido un líder fuerte, Abderramán, emir de Córdoba. Tarde o temprano, aquel señor guerrero atacaría a los cristianos, como en los tiempos de Carlos Martel. Era preferible adelantarse y emprender de inmediato una campaña contra él.

No sólo eso. Varios pueblos cristianos habían buscado refugio de la invasión sarracena a lo largo de los Pirineos. Aquellos vascones —gascones y vascos— y los orgullosos visigodos refugiados en las Asturias, podían ser liberados por los francos y, sin duda, se aliarían con Carlos para establecer una nueva frontera más segura al sur, a lo largo del Ebro.

Así lo expuso al consejo con convicción. Lo que no explicó fue que, de este modo, se proponía dar el primer paso en su nueva misión de encabezar un auténtico ejército cristiano contra los paganos musulmanes de Hispania.

La mayoría de los paladines estuvo de acuerdo con él. El conde Thierry tenía en las tierras del sur un hijo, Guillermo, de edad suficiente para conseguir honores en el campo de batalla; Eginardo, el senescal, esperaba conseguir en Hispania botines más sustanciosos que en Sajonia; el conde Roldán (Hrudlandus), señor de la Marca de Bretaña, se mostró impaciente por conquistar una tierra pagana.

El enorme entusiasmo de Carlos les arrastró. Se dictó orden de reunir las huestes de guerra en el sur, en las alturas de Gascuña junto al río Garona, y de hacerlo pronto, por Pascua, en lugar de en el habitual Campo de Mayo. Su impaciencia hizo que los mensajeros salieran al galope y los paladines empezaran a preparar las armas

almacenadas en los arsenales. En su fuero interno, el monarca ya empezaba a ver sus tropas no como huestes de francos, borgoñones, lombardos y aquitanos, sino como el verdadero ejército de la Cristiandad.

Durante los preparativos para la expedición, el impetuoso arnulfo se las ingenió para doblar sus horas de trabajo. Despertaba cuando aún era noche cerrada y salía a la antecámara sin terminar de vestirse, con el manto y las cintas de las piernas en la mano, para recibir a los grupos que esperaban que juzgara sus causas. Mientras desayunaba con pan y vino, escuchaba sus reclamaciones y solía atenderlas, en contra de la opinión de sus condes y obispos, que se habían acostumbrado a recaudar multas e impuestos, de los cuales se quedaban una tercera parte. Su cena se limitaba a cuatro platos, sin contar los apreciados asados proporcionados por sus cazadores, y tres cuencos de vino. Pero mientras todos los demás comían satisfechos, él hacía que el seco Pedro de Pisa le leyera en voz alta fragmentos de *La ciudad de Dios*, de Agustín de Hipona.

En sus reflexiones sobre la campaña que iba a emprender, a Carlos le pareció que el erudito Agustín, que había predicho el final del dominio del mundo por Roma y la instauración de *La ciudad de Dios* sobre la tierra para ocupar su lugar, había anunciado lo que él se proponía llevar a cabo ahora. Además, el libro reflejaba bastante bien sus pensamientos cuando exponía que «[...] los animales más fieros — y se dice que el propio hombre fue en un tiempo una fiera salvaje— envuelven a su descendencia en un círculo de paz y protección [...] engendran, amamantan y crían a sus pequeños [...] incluso el buitre solitario construye su nido y cuida a la madre que atiende a los polluelos».

De igual manera se dedicaba Carlos a su descendencia y a Hildegarda, que esperaba otro hijo.

«Y, así, todos los hombres buscan la paz con su propio círculo, al cual desean gobernar. Incluso cuando libran una guerra, desean apoderarse del enemigo para imponerle las leyes de su propia paz».

¿No era aquello, expresado con más palabras, casi lo mismo que Carlos pensaba? ¿No aspiraba, acaso, a convertir en suya aquella amalgama de pueblos? Y no cabía ninguna duda de que se disponía a ir a la guerra contra los sarracenos para imponerles su paz.

Por último, le pareció obra de la Providencia que aquellos dos nobles sarracenos acudieran a solicitarle ayuda contra Abderramán, a quien habían combatido. Los dos hombres se ganaron el respeto de Carlos. Sulaiman ibn Arabi, Salomón hijo del árabe, había sido persona importante en Zaragoza, la fortaleza junto al Ebro. El otro, llamado el Esclavo, tenía un porte altivo y traía presentes de incienso que agradaron a Hildegarda, y lámparas de cristal pintado, sartas de perlas y brocados con el dibujo de una extraña bestia que llamaba elefante. El Esclavo explicó que había visto uno de

aquellos elefantes casi del tamaño de la capilla de Paderborn.

Sulaiman y el Esclavo tenían ciertas peculiaridades. Apartaban la vista de las mujeres francas, tanto de las feas como de las más bellas, y se retiraban con sus esclavos para rezar sin la ayuda de libros ni sacerdotes, después de realizar unas abluciones y extender una alfombrilla sobre el suelo. Sulaiman prometió por su fe que si el rey de los francos marchaba sobre Hispania, las puertas de Zaragoza se le abrirían sin resistencia.

Esto último favorecía a Carlos, quien había descubierto las ventajas de dividir al enemigo antes de avanzar contra él. En el caso de los lombardos, había creado una facción favorable a él antes de cruzar los Alpes. Incluso cuando se vio obligado a acudir a toda prisa a sofocar la rebelión de Rotgardo, tuvo la previsión de enviar antes a sus obispos, aparentemente inocuos, para que mantuvieran a los poderosos beneventanos al margen del conflicto.

En esta ocasión, sus nuevos aliados árabes le preparaban el camino en tierras hispanas. Sólo tenía que marchar sobre ellas hacia la victoria.

Iniciaron la expedición como si fueran a una fiesta. Miles de fornidos jinetes cabalgaron tras el estandarte de la cruz, pues Carlos dejó la enseña del dragón en la ribera del rápido Garona, donde Hildegarda y sus damas esperarían su regreso aquella primavera de 778. Como había hecho en los Alpes, desvió parte de su ejército hacia el collado de la Perche, en dirección a Barcelona. Junto al rey quedaron todos sus paladines y héroes renanos.

El buen tiempo permitió a Carlos apresurar la marcha hasta las alturas gasconas. Allí, la niebla matinal cubría con su velo las montañas que se divisaban en el horizonte. Hasta entonces, nunca los francos habían cruzado así la barrera que les separaba de Hispania.

Antes incluso de que se levantara el exultante Carlos, el joven noble de Toulouse, Guillermo, estaba ya ante las hileras de caballos con la vista en la niebla. Guillermo, hijo del conde guerrero Thierry, se cubría con la capa corta gascona y contemplaba el amanecer con malos presagios. En el camino de montaña que tenía ante él no se advertía la menor presencia humana.

—Están reclusos en sus casas —dijo Carlos, considerando que aquella calma era una señal favorable.

—Han abandonado sus chozas, señor rey de los francos —respondió el joven y taciturno aquitano—. Y han dispersado sus rebaños.

Las montañas despobladas, replicó Carlos, no podían causar daños a un ejército tan poderoso. Guillermo el de la hermosa Toulouse desconfiaba, porque aquellos montañeses, los vascos y los gascones, eran salvajes como cabras montesas y no ofrecían lealtad a príncipe alguno.

Al escuchar sus palabras, Carlos decidió enviar una avanzadilla de cazadores y arqueros con la orden de subir a las alturas y hacer sonar sus grandes cuernos de alarma si advertían la presencia de hombres armados, pero los cuernos permanecieron callados y el ejército franco no encontró enemigo alguno. Los soldados de Carlos atravesaron sin sobresaltos el angosto paso entre las peñas y descendieron por las laderas boscosas y la planicie navarra, cubierta de pinares, hasta llegar ante la ciudad amurallada de Pamplona, que se hallaba junto a una apacible cascada. Las puertas estaban abiertas, y los pobladores, vascos de baja estatura y tez oscura, ofrecieron en silencio grano y queso al ejército. Carlos descubrió un jardín con una piscina de mármol sobre la cual una fuente dejaba caer un chorro de agua que se desparramaba, impulsado por el viento. Aquel rincón le dejó embelesado.

Dejando Pamplona en manos de una retaguardia de francos, continuó adelante con impaciencia, siguiendo el riachuelo hasta el caudaloso Ebro, donde las velas de las barcas iban y venían entre blancas aldeas que se alzaban en las faldas de las colinas. Al campamento del ejército llegaron comerciantes berberiscos y judíos con mercancías de gran valor; estos comerciantes, habituados a las monedas de oro de los árabes, despreciaban las piezas de plata de los francos, pero Carlos ordenó a sus hombres que negociaran honradamente con los mercaderes, pues eran quienes les habían tratado mejor en aquella tierra extraña de paredes blancas y fuentes.

La fortuna, una vez más, le fue favorable. El noble árabe, Sulaiman, le presentó como rehén a un notable, comandante de un ejército del emir de Córdoba. Este notable, llamado Ta'labá, había sido derrotado y capturado por la guarnición de Zaragoza, que aguardaba la llegada de Carlos. Eso fue, al menos, lo que dijo Sulaiman.

Incluso Guillermo de Toulouse, que cabalgaba más tranquilo ahora que las montañas habían quedado atrás, consideraba merecedores de crédito a Sulaiman y al Esclavo. Por un lado, Carlos tenía como rehenes a sus hijos; por otro, los dos árabes sentían más odio hacia Abderramán que desagrado por Carlos.

—¿Cómo es que un altivo señor que ha realizado la peregrinación santa y ha cruzado el mar es llamado el Esclavo? —quiso saber el arnulfingo, siempre tan curioso.

El taciturno Guillermo rara vez sonreía como lo hizo en esta ocasión, mientras respondía:

—Porque tiene la tez rubicunda y los ojos claros como Vuestra Excelencia. En efecto, ese hombre tiene todo el aspecto de un cristiano.

—¿Y eso basta para que le apoden así?

—Sí. El sobrenombre no tiene nada de desdeñoso o vergonzoso, pues los árabes han conquistado muchas tierras cristianas.

El ejército de Carlos continuó su avance Ebro abajo hasta encontrarse con la

columna procedente del paso oriental. Juntos de nuevo, los francos se sintieron seguros de sus fuerzas y, cuando avistaron las altas murallas de Zaragoza en la orilla derecha, cruzaron el río a bordo de sus embarcaciones transportables.

Las puertas de Zaragoza estaban cerradas y la ciudad se defendió contra los recién llegados. Sulaiman y el Esclavo mandaron en vano varios mensajeros para instar a la guarnición a dejar libre acceso a los francos. Las murallas de la fortaleza eran de piedra consolidada y el ejército de Carlos no contaba con maquinaria de asedio.

—Pues ahora —comentó Guillermo con acritud— parece que sienten más odio hacia nosotros que desprecio por el emir de Córdoba.

Sulaiman ibn Arabi aconsejó a Carlos que aguardara, que se abstuviera de intervenir y esperase a que la comida escaseara en la ciudad; entonces, los defensores se avendrían a un acuerdo.

Mediado el verano, los francos seguían esperando en sus tiendas, a ambas orillas del río. Sin embargo, por las noches, las barcas de pesca se deslizaban en secreto por la corriente y aprovisionaban de comida y armas a los defensores de Zaragoza, como llamaban los musulmanes a aquella antigua fortaleza romana de Caesar Augusta. Los francos, en cambio, tenían que hacer incursiones por los campos para conseguir suministros.

Los encargados de tales incursiones llevaron a Carlos el rumor de que quizás había partido de Córdoba un ejército con la misión de romper el cerco de Zaragoza. A Carlos le inquietó la posibilidad de tener que librar una batalla con un río y una ciudad hostil a sus espaldas, pero sus paladines no tuvieron ninguna duda de cuál sería el resultado. El joven Roldán, conde de la Marca de Bretaña, le recordó que habían llegado hasta allí precisamente para eso: para someter a los árabes en Hispania.

Ta'labá, el jefe guerrero que tenían como rehén, sonreía al ver la expresión de desconcierto de Carlos. El antagonismo de los pobladores de la región ocultaba algo. Aquellas gentes parecían considerar a los francos como unos bárbaros que venían a conquistarles. Tal cosa no había sucedido en Italia. Roma les había acogido con alegría. Córdoba, en cambio, lejana y poderosa, no toleraría que se quedaran en sus dominios.

Carlos, meditabundo, intentó comprender lo que estaba sucediendo. El calor sofocante de la canícula cayó sobre el campamento y, poco después, le llegaron unas noticias absolutamente inesperadas. En el norte, en la distante frontera del Rin, los sajones habían atacado a los sacerdotes y se estaban dedicando al pillaje.

Su ejército había esperado demasiado junto al Ebro. No había encontrado fuerza alguna que le plantara resistencia, pero no había conseguido apoderarse de nada y, por el contrario, había agotado sus suministros. Carlos, que había acudido con tantas esperanzas, estaba perplejo.

Sulaiman continuó insistiendo en que se quedara y Zaragoza terminaría por rendirse, pero Carlos ya había perdido la fe en aquel hombre. Daba la impresión de que se había tendido una trampa a los francos y, dejándose llevar súbitamente por la suspicacia, ordenó prender con cadenas a Sulaiman y poner a sus hijos bajo custodia armada. Cuando los francos buscaron al Esclavo, no consiguieron dar con él.

Carlos dio orden de cargar las carretas de transporte e inició la retirada río arriba. Al llegar a Pamplona, ordenó derruir sus murallas sin encontrar resistencia alguna. El cautivo Ta'labá, al pasar ante la ciudad, comentó que los cristianos eran muy valientes destruyendo murallas cuando no había enemigos que les hicieran frente. El franco se dio cuenta entonces de que su larga marcha no había producido más resultado que la demolición de una fortaleza de poca importancia y la captura de unos pocos rehenes.

La gran comitiva emprendió la ascensión hacia el paso de Roncesvalles sin aspirar ya a la fama, pues los hombres sólo pensaban en volver a sus casas.

El monarca ordenó que las tropas de los otros pueblos marcharan con él en el cuerpo principal de la expedición, con Guillermo de Toulouse y sus provenzales en vanguardia. A los francos les confió la tarea de acompañar la caravana de carretas y proteger la retaguardia del ejército.

En las planicies al pie de las montañas no apareció señal de enemigo alguno. Con su estandarte y acompañado de duques y obispos, Carlos dejó atrás el calor de las tierras bajas y se adentró en las frías nieblas de la cañada. La columna casi tuvo que ponerse en fila india para pasar entre las cumbres rocosas y atravesar los tupidos bosques y, una vez superado el desfiladero, inició el descenso hasta detenerse a pernoctar al abrigo de las montañas de Gascuña.

No disponían de tiendas, pues la retaguardia del ejército no había aparecido con las carretas, pero las tropas durmieron tranquilamente al raso en la cálida noche de agosto. Era bastante habitual que los carromatos del bagaje no pudieran seguir la marcha de los jinetes.

La noche, serena y sin niebla, jamás se borraría de la memoria de Carlos. Las estrellas se apagaban ya con la llegada del alba cuando el monarca advirtió un revuelo en el campamento, como si muchos de sus jinetes se hubieran levantado más temprano que de costumbre para ocuparse de los caballos. Poco después, vio que los hombres se congregaban en torno a él, esperando, pese a que no les había convocado.

Parecía como si sus francos de la retaguardia hubieran llegado al fin con la caravana, pero le extrañó no haber oído el chirriar de las ruedas.

Y así fue como recibió la noticia de que sus jinetes francos no volverían a cabalgar a su lado. Ni uno solo de ellos seguía vivo aquel amanecer.

Aunque no se pudo localizar a ningún superviviente que relatara los detalles de la catástrofe, lo sucedido resultó bien evidente a Carlos y a su ejército cuando, aquella mañana, volvieron sobre sus pasos hacia el desfiladero de Roncesvalles.

El ataque se había producido en la parte más angosta del paso, donde los árboles ocultaban a la vista las laderas. Allí, como una serpiente despedazada, se encontraba la caravana de carromatos vacíos, volcados y aplastados bajo unos grandes peñascos arrojados desde las cumbres. El cargamento esparcido por el suelo había sido objeto de saqueo y, salvo los animales heridos que lanzaban alaridos de dolor, todos los caballos y bueyes habían sido dispersados.

Entre las carretas yacían los cuerpos desnudos de los francos, diseminados por el suelo con las heridas que les habían matado claramente visibles. A su llegada, los buitres echaron a volar abandonando su festín. Grupos de guerreros se apilaban en las hendiduras y cavernas de las rocas, donde habían resistido mientras les había quedado un soplo de vida. Unas manos invisibles les habían despojado de la ropa, llevándosela junto con las corazas y las armas.

De sus enemigos, tanto de los vivos como de los muertos, no había la menor pista. Los asaltantes habían actuado con rapidez y precisión, sin dejar otro rastro que unas manchas de sangre ya oscura y algunas huellas de pisadas.

Los ayudantes de Carlos encontraron los cadáveres de todos los paladines que habían estado al frente de la misión: los cuerpos cosidos a heridas del conde de los paladines, de Eginardo el senescal, del caballero Roldán y de los demás. El terreno en torno a cada uno de ellos revelaba a los ojos experimentados cómo había sido el combate final. Tras la sorpresa de la lluvia de rocas había llegado el asalto de los montañeses con sus armas ligeras, que había cogido desordenados a los francos mientras se afanaban entre los carros por el angosto sendero, donde los caballos de batalla sólo podían moverse con grandes dificultades. Finalmente, el reagrupamiento de los supervivientes a la llamada de los cuernos y la lucha, espalda contra espalda, de los últimos en mantenerse en pie.

Para escarnio de los afligidos guerreros del grueso de las tropas, en mitad del desfiladero había quedado un gran cuerno curvo, un olifante ribeteado en plata, arrojado por los vencedores o descartado debido a su peso.

Enfurecidos, los hombres de Carlos salieron a caballo hacia las alturas, siguiendo las huellas de los asaltantes, pero no había caminos practicables y las estrechas sendas se entrecruzaban y desaparecían en hondonadas que no parecían conducir a ninguna parte. Los oteadores encaramados a las cumbres tampoco lograron descubrir ningún movimiento en los precipicios a sus pies.

Carlos les hizo abandonar la persecución antes de que anoheciera, pues, en aquellas alturas, sus hombres no podían agruparse y la oscuridad les dejaría expuestos a un nuevo ataque. Por los rastros encontrados, los provenzales de la frontera le aseguraron que los asaltantes de Roncesvalles habían sido los vascos de la montaña.

Pero ¿por qué? ¿Qué motivo tenían los escondidos habitantes de los Pirineos para atacar la retaguardia de su ejército? Probablemente, el paso de las tropas debía de

haberles convencido de que el rey franco pretendía imponerles su autoridad.

Por una cruel ironía, sus veteranos habían muerto a manos de unos cristianos a quienes Carlos se proponía liberar de los musulmanes paganos.

Más de una incógnita quedó sin respuesta en Roncesvalles. Los rehenes, los hijos de Sulaiman, habían desaparecido. No habían sido muertos con los demás. ¿Acaso los feroces vascos les habían respetado la vida, o tal vez los árabes habían participado en la emboscada para liberarles? Carlos no tenía modo de saberlo. Ordenó que se cavaran tumbas para enterrar al grueso de sus francos, mientras que los cuerpos de los nobles fueron envueltos en mantos para ser llevados a su tierra.

Cuando el obispo principal de su corte hubo pronunciado la oración fúnebre desde lo alto de un imponente peñasco, el monarca dio la orden de reemprender la marcha. No quedaba nada que transportar, salvo los cuerpos de los caballeros. A la puesta de sol, el último expedicionario dejaba atrás el desfiladero.

Exteriormente, Carlos no se mostró afectado. Reorganizó la columna para el trayecto hasta el Garona, donde esperaba Hildegarda con las mujeres. Sin embargo, el recuerdo del desfiladero dejó una profunda herida en su mente. El cuerno de alarma en el suelo, la peña pelada del responso, los cuerpos amortajados de Roldan y de los más valientes de sus francos... El rey no volvería jamás a mencionar lo sucedido. Ni volvería a pisar Aquitania en toda su vida.

Los encargados de escribir sus anales reales no hicieron mención alguna al desastre, limitándose a hablar de la toma de Pamplona y de la marcha sobre Zaragoza y el regreso como si hubiera sido un desfile triunfal. No obstante, un oscuro cronista a quien la corte y la política traían sin cuidado dejó escrito con toda franqueza: «Ese año de 778, el señor rey Carlos pasó a Hispania y allí sufrió un gran infortunio».

Generaciones más tarde, otro cronista escribió en SaintGall: «No es necesario nombrar a los muertos en Roncesvalles, pues todo el mundo los conoce».

No; el recuerdo del desastre acompañaría a Carlos toda su vida. Junto al fuego de los campamentos y a la puerta de las posadas, la historia sería contada una y otra vez. Un siglo más tarde, seguiría a los peregrinos por la ruta a los santuarios de Hispania. Con el tiempo, la pesadumbre del relato se transformó poco a poco en celebración del heroísmo y empezó a envolver la figura de Roldán una leyenda de valentía. En ella, los vascos montañeses se convirtieron en los enemigos de Carlos, los sarracenos.

Al cabo de tres siglos, la leyenda encontró su voz en la inmortal Canción de Roldán, en la que los caballeros cristianos de Carlomagno se enfrentaban a los paganos de la España musulmana. Como un eco, en la canción aún se recogía el dolor del rey.

El Carlos que regresó junto a Hildegarda, quien, mientras, había dado a luz unos gemelos, ya no era el vigoroso arnulfmgo que había lanzado la alegre llamada a las armas la Pascua anterior.

En Auxerre, se informó en detalle de la calamidad acaecida en el norte, donde, en su ausencia, los sajones recién bautizados se habían levantado a instancias de un caudillo llamado Widukindo. Las hordas sajonas habían arrasado la ribera derecha del Rin hasta el Mosela, incendiando Karlsburg («La ciudad de Carlos») sin respetar mujeres ni niños.

Carlos no dejó traslucir su decepción, pero comprendió el inmenso error que había cometido. Su impulsivo plan de conquista se había derrumbado como el castillo de arena de un niño. Su esperanza de un ejército cristiano unido había resultado una mera ilusión. ¿Cuál era la frase que había empleado el anciano Sturm? «Debido a un poder terrible». El poder de la voluntad y la palabra de Carlos sobre tantos hombres.

Desde aquel momento, el corpulento arnulfingo no volvió a llamarse a engaño. Mucho tiempo después, su biógrafo más perspicaz apuntaría: «Pues se había disciplinado para soportar y resistir todo lo que viniera, a no rendirse ante la adversidad ni confiarse a una engañosa posibilidad de fortuna en la prosperidad».

Carlos tuvo la honradez de no rechazar su responsabilidad. Y, en su cura de humildad, demostró una fuerza inesperada. Lo único que pareció no pasarle por la cabeza fue abandonar su objetivo. Aunque tardara largos años y precisara diferentes métodos, conseguiría compensar el desastre de Roncesvalles y poner remedio al fracaso en el Rin. Aunque aquellas naciones combativas no pudieran ser convertidas en un único pueblo cristiano bajo su mando, Carlos estaba dispuesto a no cejar en su empeño de conseguirlo.

En esta tragedia del año 778, el monarca mostró su grandeza de miras y una determinación infatigable.

Sus cortesanos más próximos debieron de llevarse una sorpresa cuando decidió poner en libertad a Sulaiman ibn Arabi y permitirle regresar a tierras hispanas. Lo que sucedió a continuación en tierras españolas no resultó demasiado esperanzador, pues Sulaiman fue asesinado. Poco después, el auténtico dueño de Hispania, Abderramán, se presentó en el norte con su ejército, barrió a los cristianos a lo largo de las estribaciones pirenaicas, sometió a los vascos y se dedicó al saqueo para financiar con el botín la ampliación de su mezquita de Córdoba, dejando las Asturias libres del dominio musulmán. El gran emir reclamó una cosa más de los cristianos: la liberación de su comandante cautivo, Ta'labá. Carlos accedió y el árabe fue puesto en libertad.

Abderramán, y no él, había sido el vencedor en Hispania. Carlos lo comprendió claramente, advirtiéndolo su error como caudillo y como rey. En sus meditaciones, llegó a la conclusión de que el rey de los francos necesitaba convertirse en otra persona distinta, más sabia. Para ello, necesitaría la ayuda de otras mentes distintas y más sabias; tendría que encontrar nuevos maestros. El impulsivo arnulfingo no pareció darse cuenta de que se trataba de una tarea casi imposible. Sencillamente, se

lanzó a acometerla.

Carlos tomó otras decisiones insólitas. Las crónicas de los francos no lo mencionan, pero una historia árabe relata: «*Karlo*, rey de los francos y poderoso déspota de esa nación, el cual había tenido tratos hostiles con Abderramán I durante algún tiempo, terminó por entender que el emir era un hombre caballeroso y honorable. Así pues, intentó mejorar las relaciones con él ofreciéndole una tregua y una boda. Abderramán contestó favorablemente en el asunto de la tregua, mientras que de la propuesta de alianza por matrimonio no se volvió a hablar».

Por entonces, Carlos estaba interesado en mantener la paz a lo largo de los Pirineos y la tregua con Córdoba se prolongó durante diez años. Al abandonar Aquitania para no volver, encargó a Guillermo de Toulouse la tarea de conservar y fortificar la frontera y de unir a gascones y provenzales en un ejército a su mando. Este fue el encargo que dio al joven que menos había tenido que ver con el desastre de Roncesvalles.

Acto seguido, en una decisión muy en su estilo, el monarca otorgó a la Aquitania —donde había realizado su primera incursión bélica— la condición de nación independiente. En su siguiente visita a Roma, llevó consigo al pequeño de tres años superviviente de los mellizos nacidos junto al Garona, en tierras meridionales. El niño, bautizado con el nombre de Luis (Hludovic), recibió el título de rey de Aquitania y se le adjudicó un destino aún más extraño.

El chiquillo sería educado en la corte de Toulouse para aprender la lengua del sur y las costumbres aquitanas, de modo que con el tiempo estuviera en condiciones de gobernar a sus súbditos.

De este modo, el rey empezó a expiar la desgracia que había causado en tierras hispanas. Carlos nunca rehuía sus responsabilidades ante los fracasos y calamidades.

Aquel año, cabalgó hacia el norte para topar con un nuevo infortunio. Hildegarda no cesaba en sus lamentaciones porque uno de los gemelos se le había ido a presencia de Dios a tan corta edad. La reina había idolatrado a los dos pequeños, que se parecían como dos gotas de agua, y aunque Carlos creía que la menuda Hildegarda terminaría consolándose con el superviviente, la mujer no dejaba de llorar la muerte del otro, de modo que no le quedaba energía para ofrecer consuelo a las mujeres de las mansiones y de las villas que lloraban a sus héroes perdidos en Roncesvalles.

A continuación, una sequía agostó las tierras de cultivo; incluso en los bosques, las corrientes de agua se convirtieron en charcas enfangadas. Al menguar las cosechas, las familias campesinas, en su ignorancia, dieron cuenta del grano destinado a la siembra y sacrificaron el ganado para proveerse de carne durante el invierno. En una ocasión, el cortejo real se detuvo a pasar la noche en el palacio de un obispo, donde se había limpiado apresuradamente la suciedad del patio y la mugre del salón para recibir al monarca. Este había imaginado que podría saborear un buen

venado asado o, al menos, un pescado a la parrilla sacado de algún riachuelo, pero en la mesa no apareció pieza de caza o pescado alguno. Los hermanos legos sólo pudieron ofrecerle unas fuentes de un queso oscuro, de una clase desconocida para Carlos.

Indeciso, el rey separó con el cuchillo la oscura corteza para llegar a la masa blanca que había debajo. Detrás del asiento de honor de Carlos se hallaba su anfitrión, el obispo, nervioso como un criado.

—Señor rey —murmuró el hombre—, ¿por qué quitáis eso? Os aseguro que es la mejor parte de este queso.

A regañadientes, Carlos masticó la corteza que había separado y exclamó que, en efecto, pasaba por la garganta como pura mantequilla. ¿Tenía el obispo más reservas de aquel espléndido manjar? Al enterarse de que su anfitrión guardaba varios toneles llenos de quesos, Carlos ordenó que cargaran dos carretas con ellos, para llevarlas consigo en su recorrido.

Hildegarda le aseguró que las mujeres de las aldeas se dedicaban a recoger las bellotas que deberían haberse comido los cerdos, pues a la sequía seguiría la hambruna. Carlos envió a sus mensajeros, sus *missi*, a las abadías y mansiones con la orden de que repartieran grano, semillas y queso de sus reservas a las familias de los guerreros muertos, a las viudas, los huérfanos y los pobres. Todos estos últimos quedaban, por la providencia divina, a cargo especial del rey.

Sin embargo, no tenía modo de saber si sus órdenes eran obedecidas allí donde no alcanzaba su presencia. Inexorablemente, el hambre atenazó las tierras. En el reino, a diferencia de Hispania, no existían caravanas de comerciantes que transportaran a las regiones hambrientas lo que otras podían suministrar. Cuando hizo un alto en el camino polvoriento para visitar la tumba de Pipino en la gris iglesia de Saint-Denis, Eulrado le dijo que la hambruna había sido enviada por el Señor, encolerizado por su pecaminosa dedicación a la guerra.

Esa noche, después de que el gruñón Pedro de Pisa le hubiera leído pasajes de las penalidades de los troyanos tras el incendio de su ciudad, permaneció despierto, meditando a la luz de las velas. Carlos no solía conciliar el sueño hasta avanzada la noche y, por lo general, despertaba muy inquieto antes del alba. Para ocupar las horas de soledad mientras sus criados dormían tras la cortina, había adoptado la costumbre de dedicarse a estudiar, tomando como libro de texto el ejemplar de los Evangelios que le había pedido a Adriano.

Como estaba a solas, utilizó el dedo para seguir las letras, escritas sin separación entre las palabras con la florida caligrafía romana. Acercando los folios a la luz, buscó un comentario del apóstol Pablo que le había gustado. Encontró la pequeña marca que había hecho al margen y repitió en silencio las palabras en latín, tratando de interpretar su significado: «Pero Dios ha escogido las cosas simples del mundo».

Carlos no terminaba de comprender aquella frase, pero imaginaba que se refería a que Cristo había preferido a los animales más humildes, montando asnos, contemplando palomas y cuidando ovejas. Ninguno de tales animales tenía la astucia y la inteligencia que mostraba, por ejemplo, un zorro que construía su madriguera...

Mientras se esforzaba por imaginar al Señor ocupado en simplezas, llegó al convencimiento de que las propias palabras, por bien leídas y pronunciadas que fueran, significaban poco a menos que se tuviera la clave de su sentido. Aquella noche, Carlos se hartó definitivamente de las reiteradas quejas de Fulrado, cuya visión de las cosas no alcanzaba más allá de su monasterio, y del charlatán Pedro de Pisa, que encadenaba las palabras como las cuentas de plata de un collar.

La reacción de Carlos ante sus errores y ante las calamidades que habían seguido a éstos fue decidir que debía tener otros maestros mejores. Durante la hambruna, empezó a buscar a aquellos sabios que supieran explicar el significado de las cosas.

Sin embargo, tales hombres ilustrados no fueron fáciles de encontrar. El viejo Sturm sentía cercana la muerte y se había retirado a Fulda, de donde se habían mandado traer los restos de Bonifacio como medida de seguridad durante el alzamiento sajón. Fulrado, aunque bastante vigoroso todavía, pensaba menos en sus deberes de archicapellán que en la expiación de sus pecados y la gloria de su nombre. Del resto de los clérigos, Carlos esperaba poco y se lamentaba de que la vaciedad de sus mentes sólo fuera igualada por la pereza de sus cuerpos. En cierta ocasión, durante el rezo de las vísperas en una capilla dedicada a la Virgen, se fijó en un extraño monje que arqueaba el cuello y movía los labios con la boca abierta, fingiendo cantar unas palabras que no lograba recordar correctamente. Carlos, que hacía esfuerzos por contener su voz chillona en los cánticos, observó que los demás monjes se daban codazos y sonreían, mofándose de su estúpido hermano. Tras el último *in saecula saeculorum amen*, Carlos se plantó ante los burladores y les recriminó ferozmente, alabando al sonrojado monje por su esfuerzo en llevar a cabo su tarea.

A continuación, Hildegarda se presentó ante él e hincó la rodilla como hacía siempre que esperaba conseguir alguna cosa de él. Esta vez se había enterado de que Carlos buscaba a un nuevo arzobispo para impartir enseñanzas y venía a pedir de su generosidad que concediera el puesto a un pobre clérigo joven que la había servido con fidelidad. Carlos no intentó entonces explicarle que buscaba a un maestro para sí mismo, pero concedió un obispado al protegido de Hildegarda.

Al propio tiempo, se dio cuenta de que su esposa estaba cambiando. En primer lugar, había dejado de comportarse maternalmente con el pequeño Pipino, el jorobado. Hildegarda parecía despreciar al hijo tullido de otra mujer y sólo tenía palabras de alabanza para sus propios hijos, tres varones y dos niñas, a quienes educaba concienzudamente Pedro de Pisa en la escuela de palacio. A menudo, Carlos

encontraba tiempo para sentarse con sus reales hijos durante las lecciones de gramática y retórica y, al verles, pensaba que aprendían menos que los jóvenes comunes de la escuela de palacio porque se esforzaban menos. Hildegarda, sin embargo, se echaba a llorar ante sus estallidos de ira.

—Señora y amada mía —le aseguraba él—, estos hijos nuestros sólo tienen interés por la caza de conejos o por las guirnaldas de margaritas entretejidas, según el caso. Los muchachos menos nobles, en cambio, atienden y aprenden porque su pan y su plata dependen de sus conocimientos.

—¡No! Carlos y Carlomán y Luis y Rotruda y Gisela son diligentes y dóciles, pero te tienen miedo. Esperas demasiado de ellos. Además, tu modo de vida les hace estar todo el tiempo del salón al *Hof*. ¿Cuándo han podido pasar dos Navidades seguidas en el mismo lugar?

—En Worms.

Entonces Hildegarda, a quien nada contentaba en aquellos días difíciles, le suplicaba con renovadas lágrimas que abandonara sus locas correrías, como ella las llamaba, y se quedara todos los inviernos en el palacio de Worms, en Ingelheim o incluso en la Thionville, pues los pequeños necesitaban una vida más tranquila y hogareña.

Así expresaba su añoranza la reina venida de Suabia. Sin embargo, Carlos no podía satisfacerla en esto. Por un lado, su corte, cada vez más numerosa, acabaría con la cosecha y las reservas de provisiones de un solo palacio si permanecía en él toda una temporada; por otro, el rey tenía que viajar allí donde se le necesitaba. Y no quería ni oír hablar de dejar a su reina instalada en alguna parte.

«Madre de reyes», la llamó Angilberto, que tenía dotes para la poesía. Entre los dos, Hildegarda y Angilberto, hicieron ver al absorto Carlos que sus hijos reinarían algún día. Pero ¿qué gobernarían, y de qué manera lo harían? Carlos era el primer arnulfingo en quien había recaído la corona real. Esta reflexión iba a llevarle a la acción muy pronto.

Sin embargo, una cuestión vino a turbar la satisfacción que sentía por sus hijos. El mayor de ellos, el muchacho pálido y tullido, había dejado de asistir a la escuela desde que Hildegarda le retiró su afecto. Al menos, eso explicó maese Pedro al rey. Siempre que su padre se ausentaba, Pipino el Jorobado se escapaba con sus amigos, pero, por lo que Carlos pudo investigar, el tímido muchacho no salía de caza ni a nadar. Ni en el bosque ni en los salones tenía el muchacho guarida o rincón favorito que nadie conociera.

—Pipino busca un lugar y una compañía para sí —apuntó Adalardo.

Después del desastre de Roncesvalles, Carlos había llamado a su consejo a los dos jóvenes, Angilberto y Adalardo. Este último, el primo menor de Carlos que una vez se había atrevido a llamarlo adúltero, llegó de un retiro monástico en Corbie

protestando de que no tenía interés por la política. Sin embargo, Carlos le convenció, como hizo con otros, de que se quedara a servirle.

Por su parte, el vivaracho Angilberto también deseaba dedicarse al servicio de la Iglesia; además, escribía buenos versos e incluso sabía griego —idioma en el que Carlos apenas sabía decir gracias—, de modo que el rey le puso el sobrenombre de Homero. Los dos jóvenes paladines emparentados con él eran de confianza y al menos uno de ellos, Angilberto, tenía cierta influencia en las reuniones de caudillos y era capaz de encontrar respuesta a los problemas más enrevesados. Con todo, Carlos se daba cuenta de que los dos jóvenes paladines serían sus ayudantes, y no los mentores que buscaba.

Ellos se daban cuenta de que el rey, con toda su lozanía, no prestaba atención a la creciente debilidad de la pálida reina, que aún tenía que seguirle de la Ceca a la Meca. Sin embargo, no se atrevieron a decirle nada a Carlos.

—No se puede cambiar a un bisonte en un buey —aseguró Angilberto a su camarada— diciéndole que se convierta en tal buey y se contente con un establo.

Los cazadores reales no se cansaban nunca de explicar cómo se había enfrentado Carlos al bisonte mortífero.

—Así como nuestro amo, a quien Dios proteja, aumenta en gordura (y os puedo asegurar que su cintura mide ya ocho palmos) —afirmaba Keroldo—, también crece en fuerza y poder. Cuando se enfada, sus ojos llamean como rubíes y sus cejas se ciernen como nubes de tormenta. ¡Qué gran terror produce esa mirada suya! Y en cuanto a la fuerza de sus manos, son capaces de doblar tres clavos de hierro a la vez. Con una sola de ellas, puede levantar del suelo a un hombre como yo, con escudo y cota de malla, y sentarlo a la silla de un caballo.

Y sucedió entonces que Carlos, acompañado del son jubiloso de los cuernos de sus monteros, andaba persiguiendo un venado con una jauría de perros por su reserva de las Ardenas, en la ribera del Rin, cuando se topó en mitad de la espesura con una visión deliciosa. Se trataba de una muchacha, una damisela nada tímida ni vergonzosa, dotada de una figura espléndida y una larga cabellera que acariciaba el viento, dorada y brillante como el tesoro de los nibelungos. Tirando de las riendas de su caballo, la doncella renana se apartó del camino y, al paso de Carlos, exclamó:

—¡Muy rápido cabalgas, valiente rey!

Keroldo informó al monarca de que la muchacha era una orgullosa doncella, Fastrada, de una familia renana de ilustre linaje cuyas tierras lindaban con el coto de caza real. Cuando, ya tarde, volvió a casa después de la batida, Carlos no encontró a Hildegarda esperándole a la puerta del castillo de Düren. La reina estaba ocupada en otros asuntos y Carlos volvió a reflexionar sobre lo mucho que había cambiado su esposa, quien ya no se parecía en nada a la muchacha que, con sus trece años y su mirada radiante, le había cautivado en la feria.

Ese año, la necesidad de vengar los ataques de los sajones retuvo al arnulfingo junto al Rin.

Aquellos paganos habían faltado al juramento de fe realizado en Paderborn, habían asesinado a los propios clérigos que les habían bautizado y habían asolado la nueva frontera de Carlos, reduciendo a la nada sus seis años de esfuerzos para conquistarles y convertirles. Como tantas veces había hecho ya, el rey franco restauró el orden en la frontera, pero, encolerizado, buscó en vano algún ejército sajón que destruir en represalia. Y como en ocasiones anteriores, sólo encontró aldeanos desarmados, dispuestos a entregar rehenes y a aceptar de nuevo el bautismo.

—¡Pueblo de perjurios y desleales! —bramó Carlos ante sus paladines, refiriéndose a los sajones.

Adalardo le dirigió una extraña mirada y comentó:

—Yo diría que les inspira el Diablo. Desde luego, algo dirige sus movimientos.

—Encontremos la fuerza que les impulsa —asintió Angilberto—, destruyámosla y entonces Vuestra Clemencia podrá alcanzar una paz duradera con esas gentes.

Carlos dio rienda suelta a su exasperación ante las palabras del clérigo poeta. ¿Qué fuerza era aquella que impulsaba a todo un pueblo —no, a muchos pueblos unidos en alianza— a morir gustosamente bajo las espadas francas, entre cánticos de alabanza a su propio valor, y apenas unos meses después les hacía someterse al castigo como animales?

—Por lo general, se trata de algún caudillo que conspira contra ti —apuntó Angilberto—. Creo que el *Sachsenführer* actual es ese tal Widukindo. Si es así, tenemos que encontrarle y solucionar el problema acabando con él.

—¿Cómo?

Angilberto sugirió entonces sobornar o torturar a algunos sajones para que les condujeran a aquel líder invisible, que podía ser un sacerdote pagano, un visionario o un simple intrigante.

Carlos meditó sobre el misterio de aquel Widukindo. El franco había sacrificado su orgullo para conseguir una tregua en los Pirineos, pero ni aun así conseguía pacificar el frente al otro lado del Rin. Y alrededor de sus territorios, como lobos esperando en círculo, vivían otros enemigos paganos, los daneses de la costa, los wendos, los eslavos y aquellos temibles jinetes del Este, los avaros. Como lobos acechando en la oscuridad de la noche, atemorizados por el fuego de un hombre civilizado, esperaban a que el fuego se apagara o a que el hombre se adentrara entre ellos, para atacarle en manada y quitarle la vida a mordiscos y devorar su carne. Los lobos no actuaban en grupo salvo cuando, por instinto, corrían en manada para cazar a su presa. Esta vez, sin embargo, parecía como si entre ellos viviera un ser humano, Widukindo, que les indicaba cuándo atacar y cuándo esconderse en la espesura.

La sangre campesina de Carlos, que le hacía sentirse a gusto en el bosque, le

permitía comprender los instintos de los animales.

Más aún. Mientras permanecía en un duermevela en mitad de la noche, volvió a encontrarse en la arboleda del Irminsul, ordenando que se derribase a hachazos el árbol gigantesco venerado como un dios. Sin embargo, en aquella mezcla de recuerdos y sueños, únicamente caía al suelo el tronco del árbol. Por encima de él sobrevivía, en cambio, algo enorme e inmortal, con los pies hundidos en la tierra y la cabeza rozando las estrellas. El dios del bosque aún seguía allí, contemplando la espesura del territorio sajón.

Cuando Carlos se sacudió de encima la manta y pidió que le trajeran una vela encendida, el sopor había desaparecido. Abrió un misal que tenía sobre la mesa y echó una ojeada a las líneas escritas simulando que rezaba un padrenuestro cuando, en realidad, buscaba en aquellas palabras que seguía con el dedo alguna profecía que le guiara. Pero no encontró en ellas explicación alguna al misterio del bosque sajón.

Una tarde, Carlos salió a pie de Düren llevando consigo a algunos criados que transportaban un barril de cerveza. Aunque el terreno estaba difícil bajo el frío invernal, el grupo no siguió ningún camino sino que avanzó por una red de sendas de animales hasta una arboleda donde, a la luz de las estrellas, localizó la cabaña de los dos venerables bardos. Estos, adormilados, tomaron asiento en torno a las brasas del fuego y se quejaron de que Carlos no les llevara limosnas desde hacía años.

Sin las arpas, aquel par de poetas cantores no se diferenciaba en nada de los demás vagabundos que merodeaban por los bosques. Cuando el rey llenó sus manos de piezas de plata, los bardos dejaron de refunfuñar; cuando engulleron los primeros tragos de cerveza, se les soltó la lengua.

Carlos alabó su capacidad para profetizar acontecimientos y predecir catástrofes. Astutos, los dos viejos le miraron con aire sorprendido y no respondieron nada hasta haber dado cuenta de la cerveza. Entonces, el rey solicitó a aquellos bardos, tan buenos conocedores de los bosques, que le predijeran cuándo lograría derrotar a sus enemigos sajones. Los ancianos cataron unas chuletas y comentaron que ya habían pasado suficiente hambre. Al oírles, Carlos prometió mandarles un cuarto trasero de cerdo el día siguiente por la mañana.

Uno de los bardos apuntó que prefería la carne de venado, como su amado caudillo, el rey batallador. Este, profetizó el anciano, sometería al pueblo sajón cuando la sangre del último sacrificio humano se hubiera secado en el suelo.

Sus palabras encolerizaron a Carlos. Los paganos sacrificaban bueyes y prisioneros humanos para derramar su sangre, como si de vino se tratase, en honor de sus dioses. Por tanto, era bastante evidente que, cuando abandonaran tal costumbre, aquellas gentes ya serían cristianas y súbditos de su trono.

—Lo que me cuentas no me dice nada nuevo —respondió, pues—. Y, en ese mismo sentido, sé algo más: que los sajones no se rendirán hasta que su caudillo haya

muerto. Decidme dónde puedo encontrar a Widukindo y no os pediré nada más —al ver que no contestaban, añadió—: Y os traeré el venado.

Carlos no logró determinar si sus dos interlocutores reconocían el nombre de Widukindo o si, simplemente, se ponían de acuerdo para conseguir la carne prometida. El bardo que había bebido la mayor parte de la cerveza asintió con su cabeza hirsuta y proclamó:

—Gran monarca obrador de maravillas, no encontrarás a ese enemigo tuyo en las villas ni en los salones. Me llega ahora la revelación de que darás con Widukindo lejos de aquí, donde termina la tierra y el aire se junta con las aguas del mar y todo lo demás queda oculto a tu mirada penetrante.

Al escuchar aquellas palabras sin sentido, Carlos cerró el puño con intención de golpear al astuto bardo. Sin embargo, logró frenar la mano y se echó a reír.

—Lo que no escapa a mi mirada perspicaz es el descaro con que mentís —replicó, y abandonó a los dos viejos ebrios sin la menor esperanza de encontrar un lugar donde terminara la tierra y el mar se confundiera con el cielo.

El verano siguiente, el de 780, las crónicas relatan: «Carlos, el rey, extendió su poderoso brazo por todo el territorio sajón».

Sin embargo, no fue eso lo que hizo. Su objetivo era encontrar la pista de Widukindo y, partiendo al inicio de la estación con su leva de armas, avanzó lentamente a través de la espesura, quemando casas como había hecho en otras ocasiones, matando a los cautivos o convirtiéndolos en esclavos, apoderándose de las provisiones de las aldeas y buscando la confrontación cuando alguna horda de guerreros surgía del bosque para atacar sus campamentos nocturnos o cuando máquinas ocultas lanzaban enormes jabalinas y rocas sobre su expedición.

Sin embargo, Carlos ya se había convencido de que no conseguiría someter a los sajones por la vía del terror. El y sus francos buscaban la confrontación con la esperanza de encontrar así la pista del invisible Widukindo. Carlos y sus paladines llegaron a la conclusión de que el caudillo sajón se retiraba ante su avance, buscando el refugio de sus santuarios más lejanos, fuera entre los daneses o entre las tribus más salvajes de las costas del Báltico. Sucedió, pues, que esta vez la incursión llevó a Carlos más allá de las aguas del Lippe y de las ruinas de Paderborn, cruzando la barrera del bosque de Teutoburgo hasta el cauce del Weser. Si Widukindo estaba realmente replegándose ante ellos, debía de dirigirse hacia su madriguera en la costa del Báltico.

Negándose a volver sobre sus pasos, Carlos remontó el Weser hasta el Ocker y, a continuación, cruzó éste para adentrarse en la planicie septentrional. Con ello, pisó por vez primera una tierra en la que no había estado ningún hombre civilizado. Ninguna de las legiones romanas había llegado a ver aquellos cenagales. Otro hecho le dio nuevos ánimos: el clérigo que le llevó la noticia de la muerte de Sturm era un

hombre joven, un anglosajón de buena planta llamado Willehado, que había prometido continuar la misión del martirizado Bonifacio. Qué devotos y cultos misioneros, pensó Carlos, producían las islas de Britania: el propio Bonifacio y aquel erudito irlandés, Columbano. Y ahora, avanzando a pie junto al caballo de Carlos, aquel Willehado proclamaba que construiría su iglesia más allá del Weser.

Sin embargo, muchos de sus francos no poseían el espíritu animoso de Willehado y avanzaban lentamente entre las brumas de la llanura inundada, donde a menudo había que transportar en barcas la carga de las carretas.

Llegaron así a tierras de los eslavos, cuyos hombres llevaban largas trenzas y cuyos sacerdotes eran adivinos paganos. Aquellas tribus no habían prestado juramento de fidelidad a Carlos y éste no tenía cuentas pendientes con ellas. Por ello, tras tomar rehenes entre los salvajes, prohibió a sus hombres matar a nadie, cometer pillaje o forzar a las mujeres. La columna no necesitó ninguna orden para mantenerse agrupada en aquella tierra desconocida.

Carlos continuó la marcha hacia el noreste, como había proyectado. La niebla ocultaba el sol y sucedía algo extraño: durante las noches de mitad del verano, permanecía en el cielo una leve claridad. Cuando el rey despertaba y echaba una ojeada desde la entrada de su pabellón, podía ver el brillo del rocío sobre los yelmos de hierro de sus centinelas. Apenas terminaba de caer la noche, llegaba la aurora. Willehado, quien había vivido entre los frisonos paganos, le contó que al norte, más allá del frío mar y de Escandía, en los confines de la tierra llamada última Tule, el día duraba veintidós horas a mediados del verano y la oscuridad nocturna se prolongaba durante el mismo tiempo en invierno.

Carlos no comprendía cómo podía suceder tal cosa. Le habían enseñado que ir hacia el norte era viajar «hacia las tinieblas», mientras que hacerlo hacia el sur, en dirección al mar Interior, era caminar «hacia la luz». No cabía duda de que el sol daba vueltas sobre la tierra plana allá abajo, en el sur. ¿Cómo, entonces, podía lucir aquella luz sobrenatural tan al norte?

Willehado, concentrado en predicar la palabra de Dios a los caudillos que salían al encuentro del rey franco, no le supo responder. Y tampoco aquellos bárbaros del Báltico pudieron decirle nada del invisible Widukindo. Pese a ello, continuó la marcha a través de la niebla impulsada por el viento. Por alguna razón, aquellas tierras le parecían familiares, como si en otro tiempo hubiera vivido en sus grises parajes. Adalardo le recordó entonces la leyenda según la cual, antiguamente, los francos habían tenido su hogar allí, en la costa.

Entonces, sus exploradores le condujeron ante un extraño descubrimiento. De la superficie de una ensenada pantanosa sobresalía una cabeza de dragón. Estaba tallada en la proa de madera de una nave abandonada, varada entre los carrizos tan a conciencia que apenas se distinguía el agua que tenía debajo. Quienquiera que viajara

en aquella embarcación, había desaparecido.

Carlos desmontó y probó el agua. Tenía un sabor salado. Bajo sus pies, la tierra se mezclaba con el mar y recordó las palabras del bardo, que debería buscar «lejos, donde termina la tierra y el aire se junta con las aguas del mar y todo lo demás queda oculto a tu mirada penetrante». ¡Desde luego, aquella niebla le impedía ver más allá de sus narices!

¿Habría sido Widukindo quien ocupaba la nave dragón?

Desviándose hacia el este, Carlos llegó al crecido Elba. El arnulfingo sabía que aquélla era la frontera oriental de los territorios sajones. Del otro lado, en los claros de los bosques, sólo habitaban los salvajes eslavos. Así pues, condujo a sus bandas armadas Elba arriba. Aquel río se convertiría en el límite oriental de sus dominios cuando hubiera sometido a los sajones.

A finales del verano, cuando emprendió el regreso, Carlos volvió a pensar en la nave dragón que había encontrado en su camino, tan tierra adentro. Sin duda, aquella embarcación era una señal, pero el significado de ésta no le había sido revelado.

A su lado, el meditabundo Angilberto musitó unos versos que Carlos no terminó de captar y, como siempre que oía algo en latín que no conseguía entender, reaccionó con irritación.

—*Regís regum rectissimi* —murmuró Angilberto—. «Del rey más virtuoso, el día del triunfo está cerca. Día de cólera y de venganza, día de nubes y de sombras...».

A Carlos le pareció que su camarada estaba cantando su expedición a la lejana frontera sajona.

—«... de poderosos truenos y de terrible aflicción, en que el amor de las mujeres cesará y los deseos del mundo tendrán fin, en que el hombre dejará de disputar con el hombre».

En este punto, Carlos reconoció los versos. Eran del cántico del irlandés, Columbano, al Día del Juicio Final.

La fuerza armada de Carlos llegó al Rin por el pasillo donde las grises aguas se estrechan entre apretados picos, uno de los cuales, el Drakensberg, tiene la forma de una cabeza de dragón. Allí, por fin, tuvo noticias de Widukindo.

Mientras Carlos buscaba en la frontera oriental, el caudillo sajón había provocado un levantamiento en el oeste. Ahora, la resistencia había cesado y reinaba de nuevo la calma ante el regreso del rey. Sin embargo, Widukindo había estado delante de él en el Weser.

Así, Carlos pudo desvelar al fin, en parte, el misterio de aquel enemigo invisible. Widukindo se mantenía siempre en una remota plaza fuerte, donde espías y mensajeros le llevaban noticia de la marcha de los francos. Desde su escondrijo, mandaba instrucciones acerca de dónde debían los sajones atacar a los francos, y dónde debían mantenerse en paz. Todos los movimientos de Carlos le eran

comunicados mientras él permanecía oculto.

No sería fácil hacer salir de su retiro a Widukindo, se dijo el rey. Aunque los sajones parecían haberse sometido a su poder aquel otoño de 780, Carlos recelaba de que tuvieran intención de mantener la paz. Estaba seguro de que no lo harían hasta que hubiera destruido a Widukindo.

Y entonces, cuando todo parecía exigir su presencia en el Rin, Carlos partió de Worms para pasar la Pascua en Roma.

Los anales de los monjes explican qué hizo ese año en Roma, pero no las razones que le movieron a acudir allí. Sin embargo, los hechos que se conocen de este viaje proporcionan una cierta visión, fragmentada pero reconocible. Y esa visión revela un cambio en las ideas de Carlos.

Aparentemente, el rey de los francos y de los lombardos, y patricio de Roma, emprendió lo que, para él, era un viaje de placer. Con sólo una parte de su ejército, cabalgó apaciblemente con Hildegarda, la pequeña Gisela y sus hijos menores, Carlomán y Luis, hasta llegar a Pavía, donde inspeccionó los palacios y disfrutó de los baños calientes. Era evidente que no esperaba más conflictos que la cortés disputa que llevaba manteniendo por carta con el papa Adriano. Pues Carlos, siempre meticuloso en cuanto al sentido de las palabras, había decidido por su cuenta y riesgo qué significaba el título de Patricio de los Romanos.

Si bien anteriores papas debían de haber concedido aquel título como gesto de cortesía, Carlos lo interpretó como sinónimo de protector de la ciudad y, por tanto, se consideró señor temporal de los romanos. El, y no Adriano, gobernaría las desmembradas regiones de la histórica península.

En cambio, al decidido Adriano no le cabía en la imaginación que el bárbaro rey franco pudiera adueñarse de Italia.

«Os rogamos que recordéis, nuestro muy amado hijo —le escribió el Papa—, vuestra extrema gentileza para con nos cuando os apresurasteis a acudir a las puertas de San Pedro y San Pablo. Entonces nos dijisteis que no veníais en busca de oro, joyas ni títulos. Declarasteis que vos y vuestro ejército, que Dios proteja, habíais soportado penalidades con el único fin de ayudar a restaurar los derechos de San Pedro, a exaltar la Santa Cruz y a asegurar nuestra protección».

Sin embargo, Carlos había descubierto, a través de sus *missi*, que orgullosas ciudades como Rávena, ducados como Benevento y lejanas comunidades como las islas venecianas rehusaban someterse a Roma. También se había enterado de que los territorios citados en su donación de mandato al pontífice romano abarcaban la mayor parte de tales feudos, que éstos se negaban tercamente a entregar.

Evidentemente, al saberlo, Carlos pidió con insistencia poder cumplir con su deber como patricio, a lo que el diplomático pero inflexible Adriano respondió: «La dignidad de vuestro patriciado siempre será fielmente respaldada por nos [...] y de

igual modo debe permanecer inviolable el patriciado de San Pedro, vuestro protector, otorgado plenamente y por escrito por vuestro padre, el gran rey Pipino, y confirmado por vos mismo».

Adriano invocó también la hoy famosa «donación de Constantino», el manuscrito actualmente reconocido como falso, pero que debió parecer auténtico en tiempos de Adriano. Por este documento, Constantino el Grande parecía haber legado a San Pedro el disputado territorio de Italia.

El tosco arnulfingo, que no era enemigo para Adriano en aquella cortés controversia, se quejaba de haber recibido informes según los cuales zarpaban de puertos romanos naves con cristianos para ser vendidos como esclavos en los mercados sarracenos. Esto significaba que el Papa tenía autoridad sobre tales puertos.

«Jamás ha sucedido tal cosa con nuestro consentimiento —replicó enérgicamente Adriano a su poderoso amigo—. Es cierto que los abominables griegos han hecho tal suerte de comercio a lo largo de la costa lombarda, pero no disponemos de naves ni de marineros para impedirselo [...] Con todo, nos han llegado noticias de que los propios lombardos se han visto forzados a vender como esclavos a muchas familias por causa del hambre. Otros lombardos han acudido a los barcos de esclavos griegos por propia voluntad, porque no tenían otro medio de supervivencia».

La hambruna que tan alto precio se había cobrado en el norte había llegado también hasta Italia. Carlos oyó hablar de pueblos abandonados por sus habitantes, de ciudades devastadas por terremotos. «Desde la llegada de los francos, las calamidades se han multiplicado».

En este estado de cosas se presentó Carlos con sus jovencísimos hijos, la pequeña escolta y su propia personalidad apremiante, para provocar un cambio en tales condiciones y en tal situación. A lo largo de toda la llanura de Lombardía, resolvió disputas y emitió edictos para el gobierno de las ciudades, pues Italia, a diferencia del norte y sus tribus, parecía depender de las ciudades. Con esto, Carlos demostró que sería realmente monarca de los lombardos sin interferir en la vida de las ciudades.

Ultimado todo esto, prosiguió viaje con gran pompa hasta Roma para la festividad de la Pascua de 781. Y, como siete años antes, Adriano volvió a plantarle cara.

Nada se cuenta de su encuentro. En esta ocasión, sin embargo, el bárbaro franco dirigió las ceremonias, manteniéndose siempre como devoto servidor del distinguido defensor de Roma. Consigo trajo, como una ventolera tempestuosa, la noticia de la expansión de sus territorios y del retroceso de las fronteras paganas de los sajones y esclavos.

—Dios salve al rey —proclamó Adriano—, pues he aquí que ha surgido un nuevo y cristianísimo emperador Constantino.

Los vigilantes nobles romanos fueron obsequiados con una inesperada ceremonia en la cual los hijos menores del rey recibieron el bautismo. El propio Adriano lo

celebró en la pila, imponiendo el nombre de Luis al pequeño, que contaba tres años. En el caso de Carlomán, que tenía cuatro, se produjo algo muy inusual. Adriano le bautizó con el nombre de Pipino.

Esto significaba que Carlos había apartado a Pipino, el jorobado, de la línea sucesoria. El nuevo Pipino, el hijo de Hildegarda, ocuparía el lugar del tullido. Evidentemente, Carlos había cedido en esto a las súplicas de su esposa.

A continuación, Adriano otorgó a Luis la corona de Aquitania, proclamando rey al pequeño. Al nuevo Pipino, un niño impulsivo e irritable, le confirió la corona de rey de los lombardos.

Así como Luis recibiría su educación en Aquitania, el pequeño Pipino se instalaría en Italia en un plazo de pocos años, acompañado de un consejero franco. Los edictos, sin embargo, serían emitidos por su padre. De este modo, se concedía un monarca nominal a los inquietos romanos, mientras que Carlos gobernaría desde la distancia.

Adriano admitió la componenda de buen grado, afirmando que ahora era compadre de Carlos. Un plan tan tosco, debió de pensar, tenía todas las posibilidades de fracasar. Además, ahora se volvía a Carlos, y no a Constantinopla, en busca de ayuda para su ciudad de Roma.

Tras esto, Carlos sorprendió por completo a los romanos con una nueva ceremonia. Por vía marítima llegaron a la ciudad unos visitantes inesperados: dos majestuosos funcionarios de Bizancio, el tesorero y el chambelán de la corte de Constantinopla. Ante la incredulidad de los romanos, los recién llegados explicaron que venían a solicitar al rey de los francos que prometiera en matrimonio a su hija con el hijo menor de la Sacra Basilisa, Irene, emperatriz de los romanos en Constantinopla, a lo cual accedió enseguida.

Al parecer, Carlos no había explicado en Roma su aspiración de prometer en matrimonio a la pequeña Rotruda, de ocho años, con Constantino, heredero superviviente de los antiguos césares.

El sorprendido Adriano fue testigo del intercambio de compromisos entre su amigo bárbaro y los ministros de la fabulosa corte oriental. Aquellos dos bizantinos presentaron entonces a un tercero, de nombre Elisha, que acompañaría en adelante a Carlos para iniciar a la hija de Hildegarda «en la lengua y la escritura de los griegos, y en las costumbres de la corte romana». Elisha era un educado y anciano eunuco.

Así pues, Carlos había proyectado un futuro muy distinguido para otro de los retoños de Hildegarda; en esta ocasión, para una de sus hijas. Adriano no vaciló en otorgar su bendición al compromiso, aunque tal vez lamentara fugazmente haber invocado el nombre de Constantino el Grande en su debate epistolar con el arnulfingo.

Todo esto se producía en un momento en que parecían empezar a abrirse mejores

relaciones entre Roma y Constantinopla.

—Ahora soy verdaderamente el compadre de los pequeños —comentó amistosamente.

¿Cómo había hecho el rey de un pueblo de tribus junto al Rin para negociar tal acuerdo con la corte de la lejana Constantinopla? ¿Acaso algún mercader franco había llevado un mensaje de Carlos al palacio que dominaba el Cuerno de Oro? No nos ha llegado ninguna información al respecto.

Pero lo importante es el porqué. ¿Qué razón había impulsado a Carlos a intentar un compromiso tan fantástico? Quizás encontremos la clave de esta cuestión en la crónica de los árabes de Hispania, que apunta que en esa época *Karlo* «buscó un mejor entendimiento con el emir y una alianza mediante un matrimonio y una tregua».

Si el franco, cuyo reino carecía de salidas al mar, trató de mejorar sus relaciones con estos dos centros culturales del mundo exterior, ¿hizo algún gesto semejante con un tercero? Un repaso a los anales reales de ese año de 781 muestra que envió a dos *missi*, junto a varios enviados del Papa, ante la corte de Tasilón, duque de Baviera, para recordarle al ilustrado príncipe el juramento de fidelidad que había prestado mucho tiempo atrás a Pipino y a Carlos, el gran rey (*Caroli magni rex*). Carlos exigía a Tasilón que enviara rehenes y se presentara ante la corte del monarca franco.

Carlos no había olvidado en absoluto la capa escarlata de Tasilón ni su desertión ante el enemigo, pero en aquel momento, a su modo, el poderoso franco intentaba llevar a cabo el plan proyectado por Berta una decena de años antes, impulsando alianzas pacíficas con otros distinguidos príncipes. Tras sus acuerdos y compromisos, quedaba abierta la posibilidad de que sus hijos reinaran un día en las cortes de la Cristiandad, ya que no en la España musulmana.

Aquel mismo año, fuese por un afortunado azar o por previsión, el trono de los verdaderos emperadores de Constantinopla pasó a Irene, madre del pequeño Constantino, una mujer extraordinaria que decidió buscar en Occidente los apoyos para su mandato. Esta era la razón de que hubiera sido aceptada la inesperada petición del bárbaro franco.

Adriano, por su parte, se dio cuenta de que, si bien había podido aprovecharse de la ignorancia de Carlos en su primer encuentro, en esta ocasión era el rey franco quien imponía sus planes. El Papa había negado que el título de patricio diera derecho a reclamar autoridad alguna sobre la ciudad de Roma, pero, pese a ello, el corpulento arnulfingo cómodamente instalado en un palacio de los desaparecidos Césares ejercía, sin ninguna duda, un considerable poder.

—Carlos ha tomado bajo su cetro esta ciudad de Rómulo —declaró Pablo Diácono.

Este Pablo era un hombre de mente sagaz que dominaba el griego clásico.

Diácono, en el cálido y apacible sur de Italia, se había dedicado a escribir y a expresar desde lejos —desde las celdas del monasterio de Montecassino— su lealtad a la brillante duquesa de Benevento. De familia lombarda, había acudido a Roma para conseguir de Carlos la liberación de su hermano, cautivo de los francos.

Su encuentro con el impetuoso monarca quizá sirviera para lograr la libertad de su hermano pero, además, llevó al erudito diácono al compromiso de unirse a Carlos para enseñar griego en los palacios del Rin. El rey franco había visto en él a un hombre conocedor del significado de una vida civilizada.

Finalmente, Carlos abandonó Roma llevando consigo a Pablo, el diácono. Entre sones musicales y flamear de estandartes, su comitiva se dirigió hacia el norte para inspeccionar el monasterio de Monte Soratte, donde se detuvo a bautizar a su hija Gisela y a resolver disputas al tiempo que admiraba las estatuas de la turbulenta Florencia.

En esta ciudad debió de sentir deseos de llevarse con él alguna de aquellas maravillas de una civilización perdida, pero sería en Parma donde encontraría el mayor botín de su viaje. Allí, un britano de cuarenta y cinco años que estaba postrado en cama por causa de la fiebre se levantó para recibirle, no con reverencias sino con un acusado buen humor. Alcuino, un celta que citaba a Cicerón, había llegado en peregrinación desde su amada escuela de York. Entre sonrisas, aquel hombre respondió a las preguntas de Carlos.

—¿Cómo es que te has levantado a recibirme antes de tenerme a la vista?

—Porque he visto a Vuestra Excelencia caminando donde no estaba.

—Explícame eso.

Señalando el estanque del patio que Carlos acababa de cruzar, Alcuino dijo:

—He visto vuestro reflejo en esas aguas.

—Ahora que lo dices, yo también lo he visto a menudo, pero no había caído en ello —complacido con el acertijo, Carlos inquirió con expectación—: Pero ¿cómo has sabido que se trataba de mí?

—¿Quién más se presentaría en solitario, adelantado a todo el resto de la comitiva?

Tras mandar traer unas jarras de vino, el inquisitivo franco se puso a hacerle más preguntas. El britano, alto y de complexión frágil, protestó diciendo que no era más que un diácono. A pesar de la fiebre, contraída en las ciénagas de Roma, Alcuino compartió el cristalino vino blanco con el monarca, quien le pidió encarecidamente que aceptara ser maestro de su escuela palaciega. Alcuino explicó a Carlos que tenía la misión de llevar de vuelta consigo el palio de un obispo, y que no podría vivir jamás lejos de la vista del Canal.

Finalmente, después de concederle dos monasterios a orillas del Canal, donde tocaban tierra los peregrinos de Britania, Carlos consiguió que Alcuino le

acompañara, junto con Pablo.

El comedido celta no tardó en apodarar «David» a su nuevo señor. Carlos, por su parte, comprendió que había encontrado a su maestro de estudios en aquel sabio diácono de la cultivada ciudad de York. Aunque Alcuino aún no lo sabía, su misión no sería tanto ocuparse de la escuela como de enseñarle al propio Carlos el significado de las cosas.

La comitiva atravesó los Alpes hasta las fuentes del Rin. Satisfecho de tener aquel nuevo acompañante, Carlos dictó a Pablo una afectuosa carta dirigida a Adriano, quien tal vez tuviera muchos recelos tras su partida. En su respuesta, el pontífice romano protestaba: «Nos hemos alegrado grandemente al recibir vuestra juiciosa carta, en la que decís que vuestra causa es la nuestra y viceversa [...]. Confiamos en que esta verdad quedará patente a todos los hombres».

Como siempre hacía después de un viaje afortunado, Carlos efectuó un alto en el camino al llegar a Prüm, para presentar sus respetos a su augusta madre. Berta, aunque ya anciana, había llenado su retiro con sus buenas obras, obteniendo copiosas cosechas tras los magros años de hambruna, y pidió a su hijo más tierras feraces junto al río para su feudo monástico, pues allí, en Prüm, la mujer gobernaba un imperio en miniatura. Carlos, que no poseía apenas otras riquezas que ofrecerle, concedió a Berta las tierras solicitadas.

Después de las nevadas navideñas, mientras se sucedían los relatos al amor de la lumbre, Carlos se sumió en reflexiones. En su viaje había contemplado muchas cosas hermosas y había encontrado mentes ingeniosas en Parma y en Florencia; comparado con todo aquello, era muy poco lo que él poseía en realidad. Además, sus francos formaban un pueblo poco numeroso, torpe e ignorante. Durante aquellos últimos años de incesante ir y venir, Carlos había terminado por convencerse de su propia incapacidad y de la inutilidad de intentar unificar un impreciso territorio franco que sólo se apoyaba en la lealtad de ciertos hombres a él, su rey.

Alcuino le había enseñado a razonar sobre aquellos temas. «La memoria —apuntaba el britano— es la facultad de la mente que recuerda el pasado. La inteligencia es la facultad que permite entender el presente. La previsión es la facultad de percibir lo que ha de suceder».

Ante tan sabias palabras, Carlos se dijo humildemente que, para empezar, tenía una buena memoria. Poco a poco, y mediante un trabajo constante, tal vez llegara a conseguir cierta inteligencia.

A falta de tiempo libre durante el día, aprovechaba sus horas nocturnas de insomnio; entonces encendía el candelabro, sacaba la tabla de escribir y la pluma que guardaba bajo la almohada y se esforzaba por adquirir la habilidad necesaria para garabatear letras con sus torpes dedos. A aquellas horas de la noche, podía practicar sin que nadie le molestara.

Entretanto, absorbía las enseñanzas de oído, pues le resultaba difícil entresacarlas de las páginas escritas, con sus letras embrolladas y sus ocultos significados. Si las letras resultaran claras a la vista y los significados a la mente, todo sería bastante más sencillo.

Mientras escuchaba los asombrosos relatos del erudito de Montecassino y del maestro de York, Carlos se sintió orgulloso y exultante recordando que su antepasado Arnulfo, aunque apodado «el lobo-águila», había sido un valiente y osado obispo de la ciudad de Metz. Sin duda, aquel antepasado suyo había logrado cosas más asombrosas que volver a encontrar el anillo en el vientre del pez. Era posible que incluso hubiera obrado algún modesto milagro.

Deseoso de rendir nuevos honores a aquel notable predecesor suyo, Carlos dejó oír su voz para contar cómo, en el reino del celebrado Dagoberto, había sido en realidad Arnulfo el alma a quien el pueblo reverenciaba.

—Cuando mi antepasado Arnulfo, el arzobispo, quiso dejar a un lado su dignidad episcopal para adentrarse en las tierras vírgenes, el propio rey Dagoberto y su reina le suplicaron con lágrimas que no se separara de ellos. Y todo el pueblo austrasiano, todos los lisiados y ciegos y huérfanos y viudas de la ciudad de Metz, se congregó junto a las puertas y le suplicó con voces afligidas que no les abandonara para internarse en la espesura. Pero Arnulfo les recordó dulcemente que debían confiar en el Señor Glorioso, pues incluso Lázaro, desdichado como fue, había sido transportado por los ángeles al seno de Abraham.

»Arnulfo ultimaba ya los preparativos para internarse en la espesura, entre las lamentaciones de la gente, cuando el Señor realizó un prodigio en la ciudad de Metz. En cierto modo, cabría llamarlo un milagro. La noche anterior al día de la partida de Arnulfo, los almacenes de Metz sufrieron un incendio. Todos los habitantes corrieron a prestar ayuda, pero no lograron apagar las llamas. A aquella misma hora, a la puerta de la ciudad ya esperaban los caballos que conducirían a Arnulfo a su retiro. “No —dijo él entonces—. Llevadme antes a esa inmensa pira”.

»Así lo hicieron, y todo el pueblo se arrodilló mientras Arnulfo desplegaba su estandarte, que lucía una gran cruz.

Y, cuando enarboló el estandarte y lo pasó entre las llamas, éstas se apagaron de inmediato. Entonces, Arnulfo y todos los habitantes de Metz cantaron juntos los maitines y, acabados éstos, el arzobispo volvió a su alcoba, se acostó y no abandonó la ciudad.

Carlos se enardeció al ver la dulce sonrisa de Alcuino mientras narraba aquella historia inventada que sus propios hijos escuchaban atentamente, sentados junto al hogar. Se expresó con gran energía, con alegría en la voz, pues a nadie complacía el relato tanto como a él. Tampoco cayó en la cuenta, con su mentalidad inmadura, de que había estado contándoles cosas que hubiera querido llevar a cabo él mismo.

Sin embargo, era consciente de que no podía obrar ningún milagro. Aunque aquel año había reclamado grandes honores para los hijos de Hildegarda, estaba convencido de que él nunca sería un gran rey.

En las veladas junto al fuego del hogar, los vasallos que le habían acompañado en el viaje contaban a su audiencia cómo el monarca había reinado gloriosamente en Roma. En las posadas de los caminos de aquellas tierras sumidas en el invierno, los peregrinos explicaban que habían visto pasar al gran rey. En las salas de escritura, a la luz de las troneras de las paredes —pues estaban prohibidas las velas en las proximidades de los preciosos pergaminos—, los monjes recogían cuanto oían sobre *Carolus magnus*. En las tierras meridionales de Aquitania, a las cuales no había vuelto a viajar, provenzales y gascones se preguntaban en su melindrosa lengua dónde estaría *Charlemagne*.

V. Alcuino y el renacimiento del intelecto

El maestro Alcuino encontraba muchas cosas que admirar en un ruiseñor.

—Un cuerpecillo tan menudo —comentaba—, una garganta tan delicada y, sin embargo, ¡qué profusión de armonías! Su música me acompaña toda la noche y no me maravilla que el coro de ángeles celestial entone continuas alabanzas al Señor, cuando contemplo tanta gracia en una cosa tan pequeña.

Así como el dulce maestro de York se afanaba en estudiar el canto de un pájaro —y la misma admiración demostraba ante un cuco que celebrara la primavera—, de igual modo atribuía con toda naturalidad sus extraordinarios trinos a la benevolencia del Creador. El frágil y ya maduro Alcuino era incapaz de fingir. Su veneración era impulsiva; sus versos, una larga oración. Todo él sentía un gozo por la vida que, tiempo después, compartiría Francisco de Asís.

Afrontaba la desgracia con la cabeza alta y sin frases estudiadas de consuelo. Cuando perdió aquel ruiseñor en concreto, su compañero nocturno, se limitó a decir: «Quien te haya robado de ese matorral de retama envidiaba mi felicidad».

Se tomaba con buen ánimo las penalidades del duro invierno del norte. «Un tiempo para el ocio y las reuniones junto al fuego y el sueño tranquilo» era su descripción.

Amante del vino claro y de la conversación estimulante y de caminar por los pastos, compartía muchos de los gustos del rey. A Hildegarda la llamaba «la dulce reina».

La mente de Alcuino de York influyó en los acontecimientos del reino franco casi desde el momento de convertirse en mentor de Carlomagno.

A estas alturas, cabe ya referirse a Carlos, el hijo de Pipino, con el nombre de Carlomagno, el que le otorgaron en su memoria los pueblos de Occidente. Para muchos de ellos era todavía Carlos, el rey, pero en alguna medida era un caudillo distinto de su padre y de los demás príncipes de los territorios bárbaros. Este Carlomagno caminaba entre ellos con su áspera túnica frisona y sus pantalones, movía las orejas cuando celebraba sus chistes con estrepitosas carcajadas y dilataba las ventanas de la nariz, rojo de ira, ante sus fechorías. Su dominio tal vez no se extendiera más allá de su vigorosa presencia pero, ante él, los hombres sentían una esperanza estimulante.

Pablo Diácono, de noble familia lombarda y añorado de sus tierras del sur y de Montecassino, hablaba del «sereno poder de nuestro señor, el rey».

Mientras que Pablo se sentía cautivo en aquella corte, Alcuino disfrutaba con su

tarea de enseñar al entusiasta rey franco. Sin embargo, el apacible maestro no congeniaba en absoluto con su pupilo y señor. Alcuino se negaba tercamente a hablar el dialecto germánico de las tierras renanas, sosteniendo que sólo debía permitirse su uso a quienes quisieran rezar y no conocieran otra lengua. A la mentalidad práctica de Carlomagno, oponía su antojadiza naturaleza céltica. Alcuino tampoco consentía, pese a la insistencia del rey, en acompañar al ejército en sus salidas. Según él, su frágil cuerpo no estaba hecho para el lomo de un caballo.

—Pero ya has leído —protestó su señor tras una de tales negativas— cómo la reina de Saba, una mujer, viajó a tierras judías para conocer al rey Salomón.

—Sí, esa reina llegó hasta la ciudad de Jerusalén y se admiró mucho ante lo que vio allí. Pero no siguió a Salomón entre los filisteos.

Por lo general, las respuestas de Alcuino satisfacían la curiosidad del corpulento franco. Largas horas de cabalgada nocturna habían despertado el interés de Carlomagno por el comportamiento de las estrellas. (Carentes de brújulas, relojes y mapas, los francos utilizaban el movimiento de los astros para orientarse y para determinar la hora). ¿Por qué todas las constelaciones giraban en torno a la estrella que llamaban Polar, próxima a las puntas del Carro? ¿Por qué Sirio sólo era visible en el horizonte en las cercanías de Roma? ¿Qué fuerza impulsaba a las estrellas a moverse, manteniéndose siempre en el lugar que les correspondía?

Alcuino le explicó cómo los diversos firmamentos habían sido colocados por el Creador sobre la superficie plana de la Tierra: primero la esfera del aire que respiraban, luego la del agua, la del fuego y la de la misteriosa Luna y los signos del zodiaco, sobre las cuales estaban el firmamento de las estrellas más lejanas y el del paraíso de los santos y los ángeles, hasta llegar al último cielo, el del Señor y Creador.

Así empezó a enseñar astronomía al rey. Y, allí donde su ciencia fallaba, lo cual sucedía a menudo, Alcuino recurría a citar con fluidez a Virgilio o a Agustín.

Y Carlomagno se dedicó al estudio, con más celo que un muchacho, a sus cuarenta años cumplidos. Realizó rápidos progresos en latín gracias a que su maestro hablaba con la elocuencia de Cicerón. Carlomagno alcanzó una considerable fluidez, pero Alcuino le advertía que utilizara las palabras correctamente. *Ara* significaba «altar»; *hara*, en cambio, era una «pocilga», y no convenía confundirse entre ambas.

—Las confusiones en las palabras son peligrosas —reconoció Carlomagno—, pero las confusiones en el sentido lo son más aún.

El monarca seguía sintiendo un profundo afecto por la lengua, recia y rotunda, de los pueblos del Rin. ¿Por qué había de llevar el caluroso mes de julio el nombre de un César muerto cuando era, obviamente, el «mes del heno»? De igual modo, marzo ya no tenía nada que ver con el dios romano de la guerra, y debía denominarse *Lenzinmanoth*, el «mes de la Cuaresma». En esta misma línea, mayo tenía que ser

Wunnemanoth, el «mes de la alegría».

Así pues, Carlomagno se dio el gusto de rebautizar todos los meses del año.

—Mi pueblo habla mal latín —apuntó— y por eso canta mal, y también reza mal: porque utiliza palabras impropias.

—Si tu pueblo tiene los pensamientos adecuados cuando reza, ¿importa acaso que sus palabras no suenen como es debido?

—Sí, importa.

Demasiado entendía Carlomagno que los pensamientos de los francos reflejaran sus ansias, dirigidas a la fornicación, la obscenidad, el lujo, la ociosidad, las peleas, las muertes y la bebida. El mismo las compartía.

Con feroz energía, valiéndose de las enseñanzas de Alcuino, intentó despertar a quienes le rodeaban, sacándoles de su pereza y de su decaimiento.

El celta de York emprendió con buen ánimo la difícil tarea de enseñar a una nación extraña. No había excusa posible ante la insistencia de su señor y rey.

Mandó llamar de Inglaterra a algunos discípulos para que enseñaran a los muchachos más jóvenes los tres primeros peldaños del saber: la gramática, la dialéctica y la retórica, junto a algunas nociones de matemáticas. Los cuatro restantes escalones o pilares del conocimiento —el álgebra, la música, la medicina y la astronomía— los enseñaba él mismo, con Pedro y Pablo, en la escuela palatina. Ésta ya existía anteriormente, por supuesto, en las residencias que servían de corte en Worms, Ingelheim y la Colonia. Dado que muchos de los nobles y clérigos seguían a la peripatética corte de Carlomagno, la escuela palatina impartía a menudo sus clases en henares o en bodegas.

Empezó a decirse en el reino que Carlomagno, el rey, descontento de su propio pueblo, traía extranjeros de Lombardía y Britania para enseñarles. Y el rumor iba a convertirse en una protesta.

El sagaz Alcuino tomó prestado de Pitágoras —la mayor parte de sus ideas eran tomadas de otros, sobre todo de Beda el Venerable, su maestro espiritual— el método de hacer que un alumno iniciado debatiera una cuestión con un muchacho sin instrucción, mientras él se limitaba a explicar lo que desconcertaba a los muchachos.

Más adelante, también le gustaba convertir sus respuestas, que en ocasiones debían de resultarle difíciles, en chistes y acertijos. Durante una lección, años después, Pipino (el Pipino Carlomán) hacía las preguntas y el maestro respondía.

—¿Qué es el aire?

—El guardián de la vida.

—¿Qué es la vida?

—La alegría del bien, el dolor del mal y la expectativa de la muerte.

—¿Qué es la muerte?

—Un viaje desconocido, el luto de los vivos y el cumplimiento de la voluntad de

un hombre.

—¿Qué es el hombre?

—Un viajero que se detiene en una morada donde es huésped...

—¿Qué es la luna?

—El ojo de la noche, la que esparce el rocío, la profeta de las tormentas.

—¿Qué es el mar?

—El camino de los osados, la frontera de toda tierra, el receptáculo de los ríos, la fuente de la lluvia.

Finalmente, Alcuino proponía acertijos como el que sigue:

—Vi que lo muerto producía la vida, y que el aliento de la vida devoraba lo muerto.

Pipino lo resolvió.

—Mediante la fricción de dos ramas se produce el fuego, que devora las ramas.

Mediante acertijos y debates, el maestro de York incitaba a los francos a utilizar la mente para encontrarles sentido. De la verdadera ciencia —la física de Aristóteles, la geografía de Ptolomeo o los sorprendentes datos astrales de Hiparco—, Alcuino sabía poco más que sus alumnos. El misterio de la mayor de las estrellas, la pálida luna que pendía en el cielo nocturno, no tenía por qué ser objeto de los debates. La luna se movía según la voluntad del Primer Motor y seguiría haciéndolo hasta que el sol se volviera negro como una arpillera de crin y las estrellas cayeran del firmamento como hojas arrancadas de una higuera y el Dragón saliera del mar a la tierra, en el día final de la existencia humana.

Aquel día del Juicio, tan bien descrito por Bonifacio, no podía estar lejano.

Las matemáticas de Alcuino no precisaban muchos cálculos por parte de sus alumnos. Únicamente utilizaban las cifras romanas, del I al IX, sin el cero y sin cantidades negativas. Multiplicar una cantidad cualquiera, por ejemplo MCCXIX, por un simple XV era una tarea difícil para los dedos, utilizando una tableta de cera y un punzón. En cambio, podía hacerse con la mente, pensando en las cifras. Lo mismo cabía decir de las ecuaciones algebraicas. También aquí, el hábil celta y sus discípulos utilizaban esos sempiternos acertijos numéricos:

Una escalera tiene cien peldaños; en el primero de ellos hay posada una paloma, dos en el segundo, tres en el tercero, etcétera, hasta las cien palomas del escalón número cien. ¿Cuántas palomas hay posadas en la escalera? Para descubrirlo, recordad que habrá un centenar de palomas en cada par de escalones, cogiendo el primero con el noventa y nueve, el segundo con el noventa y ocho, etcétera. Así, contáis cuarenta y nueve cientos; añadid ahora el peldaño central, con sus cincuenta palomas, y el último, con sus cien. De este modo, sabéis ahora que hay cincuenta cientos más cincuenta palomas.

Los maestros se vieron obligados a ejercitar la imaginación, pues casi no había

libros de texto. Muy pronto, Alcuino redactó una sencilla gramática y un misal. Hábiles monjes de la escribanía los copiaron en nuevos volúmenes. Alcuino también mandó traer de su vieja biblioteca de York la historia de Beda y los versos de Virgilio. No obstante, la mayor parte de los francos, adultos y niños, aprendían de oído y retenían los datos en la memoria.

Tenían que trabajar sin imágenes. Durante muchas generaciones, no se había tallado en tierras francas ninguna estatua. Las pinturas de las paredes de las iglesias mostraban escenas de demonios de colas bifurcadas que atormentaban a los pecadores en las llamas del infierno dentro de las fauces de un enorme dragón, o de grupos de almas benditas conducidas por ángeles gloriosos hacia un paraíso más allá de las nubes. Los pecadores iban desnudos; los bienaventurados conservaban sus ropas.

Asimismo, los sacraméntanos que Carlomagno había traído de Roma contenían algunas imágenes: del buen san Juan escribiendo su Evangelio con la ayuda de un águila simbólica, o de un san Pedro asustado ante el canto del gallo. En el grabado aparecían tres gallos, para significar que el animal había cantado tres veces, como decían las Escrituras. El rey ordenó a sus artistas que copiaran estas imágenes fragmentarias. Talladores de manos expertas realizaron copias fieles sobre puertas de madera y placas de marfil a lo largo del Rin. Hábiles mujeres las bordaron sobre estandartes y colgaduras.

En el reino franco aún podían encontrarse algunos restos del arte romano: fragmentos de pavimentos de mosaico que exponían imágenes de los gladiadores, los pavos reales y los soldados triunfantes de aquella civilización desaparecida. Carlomagno se complacía en contar a quienes le escuchaban cómo en Parma y Roma había contemplado escenas enteras de gran gracia y elegancia, de mártires elevados al cielo y de las murallas de Jericó derrumbándose al son de las trompetas.

También fue ampliando gradualmente la leyenda en torno a su antepasado Arnulfo, el cual había nacido, según parecía ahora, en una familia patricia. Después de mucho escuchar las aventuras de los troyanos narradas por Virgilio, recordó que uno de sus antepasados se llamaba Anquises, o algo parecido. ¿No era posible, se preguntó, que los primeros francos, llegados misteriosamente del mar, hubieran sido troyanos exiliados de su lejana patria y conducidos por Anquises, el padre de Eneas?

Tal explicación del origen de los francos sólo se atrevió a apuntarla tímidamente, pero corrió de boca en boca porque la había dicho el rey. Alcuino, que admiraba a Virgilio, no la confirmó ni la negó, pero aconsejó a su pupilo:

—No mires hacia atrás, querido amigo. En tu sabiduría, cristianísimo rey, contempla el futuro, pues éste descansa en tus manos.

El reflexivo britano, acostumbrado a las rivalidades de los mezquinos gobernantes de su isla, percibía ya el poder que podía emanar de Carlomagno si era bien

aconsejado.

Pero el bárbaro franco había extraído una nueva idea de sus lecciones. Las bendiciones de la cultura y la magnificencia parecían proceder siempre del Este, de donde habían salido los troyanos, llorando por su hogar perdido, y de donde Pablo había llegado a Roma. Allí, en Oriente, aún podía encontrarse el esplendor en todas las artes en Constantinopla, e incluso los árabes paganos habían traído con ellos cosas preciosas para el cuerpo y para la mente desde Babilonia o Bagdad, donde el califa reinaba en un salón de oro y donde podían verse fabulosos elefantes.

Carlomagno hizo que Pablo Diácono le leyera la historia de Grecia y animó al eunuco Elisha a enseñar griego a sus otros hijos, además de a Rotruda. A los príncipes les pareció muy divertido ver al educado Elisha saludar a Rotruda postrándose en la alfombra como si buscara hormigas.

Alcunio reformó su Academia palaciega después de estudiar las costumbres de su señor. El nombre de Academia sonaba muy bien; era una novedad en el reino de los francos y Alcuino percibió claramente que el monarca habría exigido su creación, en cualquier caso. Tal Academia, más que una educación superior, ofrecía una educación a los alumnos superiores: los seis hijos del rey, los paladines como el afanoso Angilberto, y el propio Carlomagno.

Entre accesos de las fiebres que nunca le dejarían, Alcuino guió aquel círculo familiar con suavidad y buen humor. Muy pronto aprendió los apodos que Carlomagno había otorgado a cada cual. Angilberto se convirtió, dentro del círculo, en un juvenil Homero. El propio Alcuino era «el pobre Horacio», y el rey, «David, que fue alzado por el Señor sobre sus enemigos».

Entregando la escuela palatina a sus ayudantes, Alcuino tomó a su cargo el grupo íntimo de la Academia siempre que el rey descansaba en Worms, en Ingelheim o en Thionville. Muy pronto, se encontró en el papel de maestro de ceremonias, entre francos que cantaban y animaban las bromas con vino. Alcuino contribuyó a la fiesta con su número del tañido de campanas. Con unas campanillas de plata, se podía acompañar el melodioso tañido de las grandes campanas de la iglesia. Su jovial señor insistía en que debían conseguir un nuevo órgano del emperador —mejor dicho, de la emperatriz Irene—, ya que el viejo de Saint-Denis se había estropeado y no se encontraba a nadie que pudiera repararlo.

Carlomagno se complacía en escuchar las agudas voces de sus hijos entonando un Gloria. Los mayores, Carlos y Rotruda, eran altos y de una hermosura extraordinaria; ambos tenían, más o menos, la edad de su padre cuando éste había cabalgado hacia el norte bajo la tormenta al encuentro de Esteban.

—Quiero que mis hijos sean gloriosos como reyes —insistía—, que sean buenos jinetes, buenos guerreros, buenos cazadores y nadadores, y maestros en conocimientos. Quiero que sepan y entiendan más que otros hombres.

El, a aquella temprana edad, no había poseído título ni dignidad alguna, y muy poca educación.

En cuanto a sus hijas, tocadas por la gracia de la feminidad, aún sentía más pasión. Tenían que estudiar con los varones y aprender, además, las artes femeninas del hilado y del telar; tenían que cantar melodiosamente y apreciar la poesía más refinada. Si Berta hacía frecuentes preguntas acerca de las estrellas, su padre se convencía de que la pequeña debía aprender los secretos de la astronomía; si la voz de Rotruda sobresalía de las demás en las escalas gregorianas, el rey estaba seguro de que su misión sería dar gloria al canto.

Alcuino las llamaba sus palomas. A la esbelta Gisela, de luminosos ojos, la apodaba Delia. Sin embargo, al maestro le parecía que su alegría procedía de sus cuerpos llenos de salud, que gustaban de adornar con gallardetes de seda e incluso perlas de Hispania. Su Berta no apartaba sus bellos ojos del atractivo Angilberto.

A menudo, las largas horas de Academia junto al fuego de la chimenea de palacio fatigaban al apacible celta, quien también tenía la tarea de copiar libros para la biblioteca de Carlomagno y revisar el funcionamiento de la escuela palatina, además de su incesante correspondencia con abadías lejanas donde las fuentes del sagrado conocimiento no se habían secado.

En ocasiones, Alcuino se preguntaba por qué el otro hijo mayor, Pipino el Contrahecho, no aparecía nunca por palacio. Según le dijeron, el jorobado hacía compañía a su abuela en Prüm, en los bosques.

A pesar de su constante fatiga, de la que no se quejaba porque era consecuencia de la fragilidad de su cuerpo, desarrolló una admiración por su señor y pupilo que creció hasta convertirse en amor. Carlomagno no descansaba nunca. El gigantón franco se volcaba en comprender los misterios del conocimiento con la misma energía que desplegaba con el canciller y el senescal en planificar el aprovisionamiento de las granjas, el almacenamiento de las simientes, el drenaje de los canales y la construcción de nuevas iglesias y de puentes para suprimir vados y transbordadores. Y, cuando terminaba la sesión, el rey salía a escape para dedicarse a la caza en el bosque.

Cierta vez, Alcuino le descubrió nadando en el río con un puñado de camaradas, a quienes interrogaba sobre las leyes de los sajones.

En otra ocasión, presencié cómo Carlomagno recorría a grandes zancadas su alcoba mientras dictaba una carta airada al arzobispo de Maguncia: «Me sorprende que, al tiempo que trabajáis con la ayuda de Dios para ganar almas, no os ocupéis en absoluto de enseñar a leer correctamente a vuestros clérigos. Todos quienes os rodean y están a vuestra disposición viven en la más oscura ignorancia. Vos, que podríais iluminarles con vuestro conocimiento, soportáis que vivan en la ceguera...».

El pupilo de Alcuino había aprendido a ser elocuente en latín y nunca dejaba de

hacer preguntas a su maestro: ¿Cómo fueron escritos por primera vez los textos de las Escrituras? ¿Cómo los diversos pueblos habían terminado por tener diferentes leyes? ¿Cuál era el origen de la ley romana y de la antigua notación musical, el canto gregoriano? ¿Cómo dominaron los antiguos romanos las lenguas de los muchos pueblos que gobernaron?

Pero, sobre todo, Carlomagno quería que le explicara las palabras de forma llana y comprensible.

—Hablas de justicia. ¿Qué entiendes por ella?

—La justicia depende de tres cosas: la veneración a Dios, las leyes hechas por el hombre y los valores de la vida. El fin de la justicia es preservar, no destruir.

—Es mucho más sencillo destruir una cosa que preservarla. ¿Qué entiendes por leyes hechas por el hombre?

—Normalmente, los hábitos de un pueblo. Las costumbres que siguen de forma generalizada.

—Pero esas costumbres pueden ser malas. Los sajones ofrecen sacrificios humanos. ¿Justificas tal cosa porque sea su tradición hacerlas?

—No. Eso viola una ley superior, la de la igualdad entre los hombres.

—¿Igualdad?

—Un juez debe ser imparcial y tratar por igual a todos. Así, todos los hombres tienen iguales derechos, bajo una ley justa.

Alcuino era muy atrevido al hablar así, sabiendo que en el reino de los francos se cortaba el brazo al ladrón, mientras que el homicida podía redimirse pagando una indemnización. La propiedad estaba por encima de la vida, y el rango por encima de la justicia. Y Carlomagno, como su padre, se atenía a las leyes particulares dentro de sus territorios, de modo que un sajón, un bávaro o un lombardo eran juzgados cada cual según sus propias costumbres. Y éstas eran diferentes entre los diversos pueblos. Los bávaros no tenían que prestar juramento para atestiguar; los borgoñones castigaban el asesinato con la muerte, en lugar de con la compensación económica; los alamanes cotizaban el precio de un buen perro de caza en doce piezas de plata, superior al de un esclavo fugitivo. Y todos ellos discrepaban en el delicado procedimiento del juicio por combate.

—¿Quién podría hacer una ley que satisficiera a tantos pueblos distintos?

—La encontrarás en las Escrituras, —con una sonrisa, Alcuino se atrevió a citar a su señor—: «Vos, que podríais iluminarles con vuestro conocimiento, soportáis que vivan en la ceguera...».

Alcuino tenía el valor de oponerse a veces a su «rey David». Sabía hacerlo, con diplomacia, porque entendía muy bien la mentalidad de los francos. En sus esfuerzos por afrontar el perenne problema de elaborar leyes justas para unas gentes que tenían concepciones muy diferentes de las leyes, Carlomagno recurrió, como le había

aconsejado su mentor, a las Escrituras. Sin embargo, encontró más satisfacción en la lectura de las palabras de Pablo de Tarso, el pecador de noble cuna. Aquel Pablo no intentaba dejar a un lado las ataduras terrenales de los seres humanos, su amor a las mujeres, sus supersticiones y búsquedas de un dios desconocido... Sus propios francos se parecían mucho a las congregaciones del sutil y perspicaz Pablo. Pues éste también se había empeñado, en casa de Lidia, en bautizar a todo aquel que acudía a su río, incluso el carcelero aterrorizado por el terremoto.

Leyendo tales cosas, Carlomagno anheló tener una mujer comprensiva que colaborara con él, una casa tan espléndida como un palacio romano y una iglesia tan espaciosa como la gran Santa María, junto a un río donde todo el pueblo se congregara para ser purificado de sus pecados.

Siempre que Alcuino tenía una hora para descansar, antes de los rezos del alba o cuando los miembros de la Academia se quedaban dormidos tras un buen almuerzo, aprovechaba para sentarse ante su pupitre y conversar por carta con amigos lejanos.

Con creciente frecuencia, correos y viajeros le llevaban paquetes cuidadosamente envueltos y sellados. El sabio de York recogía tales paquetes con gran excitación, preguntando al instante de dónde procedían y cómo estaba el remitente.

En una ocasión, el monarca le oyó canturrear en el patio:

—¡Ha llegado, ha llegado! ¡Cuánto tiempo he esperado esta página, más dulce que la miel y más valiosa que una joya refulgente!

Al asomarse, Carlomagno observó cómo un Alcuino transfigurado estrujaba la misiva, la levantaba para romper con cuidado el sello y paseaba su ávida mirada por las líneas escritas.

Tras saborear la alegría de mensajes como aquél, Alcuino contaba al rey cómo estaban las cosas en Lindisfarne, al otro lado del mar, o en Aquilea, más allá de las islas venecianas. Carlomagno no tardó en utilizar aquel creciente servicio de noticias; cuando salía a recorrer los campos, hacía que Alcuino le informara con minuciosidad de lo que sucedía en las tierras del Rin, sobre todo en el seno de su familia. También solicitó a Adriano que en adelante le mandara noticias de Roma cada semana, lo cual le permitió conocer también los comentarios que corrían por Italia.

Más adelante, cuando Carlomagno consiguió traer de Constantinopla un nuevo órgano —con el propósito de que sus artesanos lo copiaran, para que hubiera música de órgano en otras iglesias además de en Saint-Denis—, obtuvo también de Oriente un medio extraordinario y admirable de mandar mensajes breves a través de los aires. Era un medio tan sencillo y práctico que sus francos lo adoptaron con facilidad. Unas palomas de robustas alas, acostumbradas a un hogar determinado, podían ser conducidas en jaulas a lugares lejanos y soltadas allí para que volaran de regreso, raudas como el viento. La dificultad radicaba en encontrar un material para escribir el

mensaje lo bastante liviano como para poder atarlo a la pata de la paloma mensajera. El mejor de que podían disponer era una seda floja blanca, adquirida a comerciantes africanos.

Al establecerse esta línea de comunicación a distancia entre «David» y el «pobre Horacio», Alcuino se vio arrastrado a una responsabilidad que no había previsto. Se convirtió, a la fuerza, en el consejero del rey y, con el tiempo, en el administrador oficioso del reino franco.

Esto, a su vez, tendría consecuencias imprevistas para ambos. Alcuino, recluso siempre en abadías o salones, solo alcanzaba a formarse una imagen mental de la vida de las gentes, sin entrar apenas en contacto con ellas; Carlomagno, con sus interminables rondas por ríos y caminos, estaba obsesionado con las necesidades reales de los diversos pueblos que trabajaban para extraer su alimento de la tierra. Alcuino insistía en lo que se debía hacer; su pupilo sabía lo que se podía conseguir.

El sabio de York acogía con alegría las escasas visitas de la princesa real, Gisela, hermana del rey, que se había retirado del siglo para convertirse en abadesa de Chelles. El porfiado Arnulfo encontró que su seria y callada hermana traía el rigor monástico a la alegría de sus salones. No obstante, le concedió de buen grado tierras y una cantidad de preciado oro, pues le complacía ayudar a Gisela en su servicio al Señor, mientras él seguía sus propios caprichos.

En cambio, le molestaba que Hildegarda, quien le pertenecía por entero, recurriera a excusas para ausentarse de la estimulante instrucción de la Academia. Su esposa era incapaz de decir la frase más sencilla en latín, y tampoco hacía el menor esfuerzo por resolver acertijos sobre las estrellas que su hija, Berta, sabía adivinar al instante. Alcuino escuchaba en silencio sus quejas sobre la indolencia de Hildegarda.

—Es una mujer buena y sencilla —se limitó a responder el celta—. Y éstos son los escogidos de Dios.

Tales palabras recordaron a Carlomagno algo que le había hecho reflexionar, aun sin entenderlo. Algo que había dicho Pablo: «Pues Dios ha escogido las cosas simples del mundo».

Después de dar a luz a una niña a principios de las Navidades del año 783, Hildegarda quedó postrada en cama. Cuando el rey ya había partido a la reunión del Campo de Mayo, Alcuino le mandó una carta con un discípulo que corrió a llevársela más deprisa que un *missus*. La carta empezaba hablando de lo verdes que estaban los pastos y de lo bien que iba la labranza, y en ella informaba al monarca de que su dulce reina había muerto.

Carlomagno pospuso la expedición contra los sajones el tiempo necesario para dar sepultura a Hildegarda, para cuya tumba escogió la basílica de San Arnulfo, la más notable de las iglesias de Metz. El rey designó a Pablo Diácono —y no a Alcuino— para que escribiera la elegía que se grabaría en la lápida, ordenando al poeta

lombardo que no dejara de incluir en ella la expresión «madre de reyes».

Al morir, Hildegarda tenía veintiséis años y le había dado nueve hijos, de los cuales sobrevivían seis. La hija menor había muerto poco después que su madre, y Berta, la madre del monarca, no tardó mucho en seguirlas, y fue enterrada en su caso en la iglesia de Saint-Denis. Carlomagno meditó sobre las mujeres que habían desaparecido de su lado, bien camino de la tumba o bien tras la clausura de un monasterio. ¿Dónde estaría Gerberga, la esposa de su hermano, a la que había proscrito? ¿Qué habría sido de Ansa, la insigne esposa de su enemigo, Desiderio? Ni siquiera conseguía recordar dónde estaba enterrada Désirée.

Antes de partir para reunirse con el ejército que le esperaba, el rey hizo una donación para que se cantaran laudes perpetuos, día y noche, por Hildegarda y por Berta.

El otoño siguiente, cuando regresó de la expedición, contrajo matrimonio con Fastrada, la orgullosa doncella renana que se había cruzado en su camino en la cacería. El cabello pelirrojo de la muchacha resplandecía bajo el sol como el fuego y sus ojos brillantes le retaban a poseerla.

Aquel verano de 783, el arnulfingo se enfrascó en una lucha a muerte con los sajones y el invisible Widukindo.

Pues Carlomagno, rey de los francos y de los lombardos, patricio de los romanos y conquistador —según todas las apariencias— de los sajones paganos, se sentía derrotado, tras once años de porfías, por aquellos pueblos indómitos, emparentados con el suyo y acérrimos enemigos.

Había probado a castigarles y a convertirles; había acordado con ellos una generosa tregua y había arrasado sus tierras como un aventador trilla el grano con el mayal. Había construido pueblos e iglesias, impulsado por la vehemente misión de Willehado. Tanto Alcuino como el propio Adriano le alabaron por «someter a la salvaje raza pagana y llevar la salvación a sus almas».

Y, sin embargo, el año anterior le había traído un nuevo desastre.

¿Cómo y por qué?

Alcuino no supo decírselo. Y tampoco pudieron hacerlo los caudillos de su ejército, que habían ido a unirse a los fantasmas de Roncesvalles. A solas, Carlomagno afrontó el misterio de un pueblo que no había modo de someter, repasando con detalle los hechos extraordinarios de aquel último verano.

Primero, la indefinible agitación de los bosques sajones. Luego, su rápida intervención para mostrar su autoridad, sin combatir; la asamblea de Paderborn —como aquel otro año que conduciría a la catástrofe al otro lado de los Pirineos—, en las iglesias reconstruidas; la presencia de lejanos enviados del *khagan* ávaro y de Sigfrido, rey de los daneses, para impresionar a los caudillos sajones.

Por alguna razón, no había conseguido sus propósitos pues, terminado el

encuentro de Paderborn, habían llegado los ataques a las aldeas de los sajones conversos, las persecuciones de misioneros... Recordó a Willehado huyendo de los bosques, proclamando que todo aquel que llevara el nombre de cristiano estaba condenado; Willehado, el entusiasta predicador, escapando a Roma en busca de paz para su espíritu mientras sus misioneros caían en su propia sangre, degollados como animales.

Y Widukindo, el *Sachsenführer*; siempre a distancia de Paderborn pero haciendo oír su voz entre los caudillos, tal vez mediante espías que formaban parte de la comitiva de los daneses. La voz de Widukindo llamando al pueblo sajón a levantarse y vengar a los antiguos dioses...

Pero ¿por qué? ¿Por qué precisamente cuando el poder de Carlomagno se extendía sobre sus tierras, y sus huestes armadas viajaban hacia el norte para pacificar la frontera del Elba? ¿Por qué, sin ningún signo visible de guerra a sus espaldas?

Carlomagno pensó en aquel ejército suyo, avanzando ajeno a todo por los caminos del bosque igual que, cuatro años antes, sus huestes habían ascendido hacia el paso de Roncesvalles. Valientes guerreros conducían la columna armada: el condestable Geilón, el chambelán Adalgiso y Worad, el conde palatino. Debían haber avanzado con cautela, cruzando el Weser con centinelas apostados en las alturas de las inmediaciones.

Sin duda, habían avistado a los sajones agrupándose junto a la sierra del Süntal, sobre el río. Deberían haber esperado al ejército de apoyo que el viejo conde Thierry había reunido en el Rin para correr en su ayuda. Tal vez esperaron, en efecto, hasta que oyeron las trompetas de Thierry. Entonces avanzarían a toda marcha, con los paladines delante y la caballería franca siguiéndoles los pasos, deseoso cada hombre de ser el primero en remontar el Süntal, para encontrarse solamente con la emboscada de los sajones. Entonces, los francos habían intentado escapar, cada cual por su cuenta. El anciano Thierry había podido salvar a algunos supervivientes, pero también él había caído.

Tras esto, Carlomagno tomó el mando. El otoño ya estaba demasiado avanzado, la hierba estaba muerta y las heladas aterían la tierra durante las noches. El monarca condujo de vuelta al Weser a todos los jinetes que pudo reunir y batió el río aguas arriba hasta alcanzar a los sajones fugitivos en el poblado de Verden, escondido entre los pinares. Más de cuatro mil guerreros fueron capturados allí y Carlomagno les exigió que le entregaran a los líderes de la emboscada del Süntal y a Widukindo. Los prisioneros se negaron a traicionar a sus caudillos y el franco ordenó su muerte. Y los más de cuatro mil fueron muertos en un solo día, arrodillados junto al río...

Después de esto, la silenciosa resistencia se extendió a otros pueblos. Los anales reales relatan: «Hasta las orillas del mar, los frisonos abandonaron la fe cristiana y volvieron a ofrecer sacrificios a sus ídolos».

Carlomagno, en sus cavilaciones, llegó al convencimiento de que se había equivocado. Desde el día de aparente triunfo en que había derribado el Irminsul, había llevado a cabo todos sus planes pero no había conseguido nada. Los sajones, como los nórdicos, eran supervivientes de la raza germánica vinculados al culto a Tor y a Balder, como lo habían sido los francos en otra época. Ahora, Carlomagno y su pueblo tenían algo a lo que los sajones nunca otorgarían sincera fidelidad. En cambio, con daneses y nórdicos del mar, se emborrachaban y mezclaban la sangre de sus venas para convertirse en hermanos. ¿Por qué?

Ya estaba cerca de la solución del misterio, pero entonces se le ocurrió que, si actuaba con ellos como un danés u otro pueblo pagano, tal vez pudiera atraerlos a un acuerdo con él.

Sus adivinos, los viejos bardos de la arboleda, se habían marchado o habían terminado sus humildes vidas en el bosque. Sin embargo, el rey había tenido buen cuidado de ordenar a otros viejos escribanos que copiaran todas las leyendas antiguas que escucharan, pues deseaba conservar tanto la lengua como las tradiciones cantadas de sus antepasados. Esta vez, acudió a un manuscrito sobre leyes sajonas y las estudió pacientemente.

Todas ellas hablaban de indemnizaciones y castigos por agravios:

«Por golpear a un hombre de alta alcurnia, XXX piezas de plata [...] Si la túnica o el escudo de otro son cortados por una espada, se pagarán XXXVI piezas de plata como compensación [...]».

Parecía que cuanto mayores eran las probabilidades de venganza, más cuantiosas se hacían las indemnizaciones. Por matar a un esclavo huido, bastaba una pequeña suma. Si los sajones necesitaban tener leyes de aquella naturaleza, les impondría castigos que les resultaran comprensibles.

Con este espíritu redactó Carlomagno su *Edicto para las tierras sajonas*. Los castigos quedaban perfectamente explicados.

Por conspirar contra el rey o quebrantar la fidelidad a él y a su pueblo cristiano, la pena era de muerte.

Las iglesias debían ser honradas como los santuarios paganos de antaño, y respetado el derecho de asilo. La adoración de fuentes, árboles o bosques quedaba prohibida.

Dejar de bautizar a los hijos significaba una multa de ciento veinte piezas de plata para los nobles, sesenta para los hombres libres y treinta para los siervos. No guardar el ayuno durante la Cuaresma podía ser castigado con la muerte.

Esta era, también, la pena por hacer sacrificios humanos, quemar los cuerpos de los muertos, entrar por la fuerza en una iglesia o prenderle fuego o robar sus posesiones, rechazar el bautismo o matar a un obispo o a un clérigo.

Únicamente habría clemencia para quien hiciera una confesión completa a un

sacerdote y cumpliera la penitencia.

Estas leyes darían a Sajonia el orden moral y material que necesitaba. Por lo menos, eso pensaba.

Un año después de que el *Edicto* fuera hecho público, los frisones en sus aldeas atrincheradas y los sajones hasta el Elba se alzaron en rebelión.

Entonces, cuentan los anales reales, Carlomagno condujo a sus francos para «arrasar los campos, derruir las plazas fortificadas y recorrer los caminos mezclando fuego con sangre».

Aún no había entendido que aquellos tercios paganos no combatían contra él, sino contra la cristianización que les había sido impuesta. La habían visto claramente expuesta en el Edicto y estaban dispuestos a morir resistiendo con la espada en la mano.

Durante aquellos años, del 783 al 785, Carlomagno no abandonó las tierras sajonas. Colocó a su hijo mayor, Carlos, entre los caudillos de uno de los ejércitos, celebró la Pascua y la Navidad en los campamentos e hizo trasladarse a su reciente esposa, Fastrada, y a sus hijos a su nuevo hogar de Eresburgo, donde Alcuino no quiso aventurarse.

Hubiera sido mejor que Carlomagno no llevara a Fastrada al escenario de la guerra.

En aquella época, al menos en Renania, los nombres solían describir a la persona. Bertrada (Berta) significaba «la Resplandeciente», y Fastrada quería decir «la Inflexible». La nueva esposa de Carlomagno era, pues, una mujer dura. Y, como Berta, se volvió orgullosa al verse convertida en reina y consorte de un poderoso monarca.

Hija consentida, tal vez única, de un conde renano, Fastrada cabalgó junto a Carlomagno considerando a su corte y a su pueblo como meros servidores de su voluntad. Sus doncellas trabajaban como esclavas bordando satén y seda púrpura para sus vestidos. Tal vez fuera hermosa, pero los anales de la corte dicen que era «orgullosa, arrogante y cruel». De toda la gente cercana a Carlomagno, ella era la única capaz de salirse con la suya frente a la voluntad del rey.

Quizá, como la legendaria Brunilda, al entregar su cuerpo a un hombre sentía la necesidad de vengarse causando el sufrimiento de otros. Desde luego, su pertenencia a una familia noble del Rin la llevaba a odiar a los sajones. La noticia de la matanza de Verden, donde guerreros postrados de rodillas habían sido asesinados como si fueran ganado en el matadero, la había espantado.

El rey tal vez disfrutara con la compañía de Fastrada en Eresburgo, la plaza fuerte sajona, pero la guarnición y los numerosos cautivos sajones encerrados en la empalizada de troncos mal podían compartir su gozo. Cuando su real esposo se ausentaba en alguna expedición, Fastrada podía llevar a cabo su guerra personal

contra las familias indefensas, sajonas y paganas, a merced de su guardia armada. Esto la excitaba más que cabalgar tras un fatigado ciervo para darle caza.

Las actividades de Fastrada tuvieron consecuencias más allá de la ciudadela de Eresburgo, pues aprovechó una oportunidad para humillar a los nobles turingios, próximos a la retaguardia de los ejércitos francos. Tal vez Fastrada tenía alguna cuestión personal pendiente con los turingios. Uno de ellos había prometido su hija en matrimonio a un franco, pero se había negado a enviar a la muchacha cuando se le había mandado hacerlo. Era un asunto menor, al cual dio Fastrada una excesiva importancia. Emisarios suyos exigieron a los nobles bárbaros de más allá de la llanura de Hesse la entrega de la mujer, so pena de desobediencia al rey, su esposo.

Como consecuencia de ello, los jefes guerreros turingios conspiraron para matar a Carlomagno.

Durante el año y medio que el arnulfo permaneció en tierras sajonas con su familia y el ejército, tanto su poder como su vida estuvieron amenazados. Estallaron revueltas desde las montañas turingias hasta la orilla del mar, donde los frisonos combatían por sus dioses y los bretones desafiaban al rey en su península.

Seguramente Carlomagno pensaba que los sajones, en su agónica resistencia, estaban llevándose con ellos la estructura, tosca y débil, de su reino.

¿A qué podía recurrir? Sus mejores paladines habían muerto en aquella carga sin sentido contra el Süntal. El más sagaz de los supervivientes, Guillermo, el hijo de Thierry, estaba al cuidado de la frontera de los Pirineos. Otro duque leal y competente, Geroldo, hermano de la difunta Hildegarda, gobernaba la Marca Bávara no lejos de las fuentes del Rin. Pero Geroldo, fiel e incondicional como Roldán, no podía moverse de su territorio, pues los bávaros de Tasilón estaban aliándose con los temidos ávaros.

A lo largo de la costa, hacia el norte, se alzaron otros peligrosos enemigos: los eslavos de más allá del Elba se congregaron en torno a sus adivinos —entre los cuales había estado Widukindo—, y el rey de los daneses se lanzó a incursiones por mar. Widukindo y su lugarteniente, Abión, habían prometido al rey danés gran gloria y botín si remontaba los ríos para saquear y arrasar el reino franco. Y Carlomagno sabía que no tenía fuerza alguna que oponer a aquellos guerreros enloquecidos y a sus naves dragón.

El monarca comprendió su fracaso como jefe guerrero. Sus dominios no formaban ninguna nación cohesionada; sólo estaban protegidos por la fuerza de los leales a él, los fieles frente a los infieles. Por lo general, en otras expediciones, había tenido la cautela de convocar sólo a los pueblos vecinos más próximos a los enemigos: los francos del este, turingios y suabos para marchar contra los sajones, los aquitanos y provenzales para combatir a los moros de España. Traer tropas de tierras más alejadas en una única campaña de verano resultaba difícil y, además, los

guerreros vecinos mostraban naturalmente un mayor interés por ensanchar sus propias fronteras.

Ahora, los vecinos de los sajones se alzaban en rebelión y el monarca no se atrevía a traer fuerzas de las guarniciones en Bretaña, Aquitania o Baviera para aumentar el número de sus propias tropas. Dejar desprotegida una frontera en aquellos momentos sería una invitación a una nueva invasión, y en la línea fronteriza más delicada, la bávara, tal invasión estaba siendo ultimada mientras Tasilón y el *khagan* ávaro eran testigos de su derrota en Sajonia. En Italia, donde Adriano le había alabado como a un segundo Constantino, el franco tenía a un puñado de condes con su escolta armada como fuerza simbólica. Así pues, sólo podía servirse de los escasos millares de hombres venidos de las granjas y tierras de labor de la ribera del Rin; es decir, de los supervivientes del Süntal.

Y estos renanos andaban con el ánimo bajo, convencidos de que el invisible Widukindo se imponía al rey franco gracias a un poder mágico. Fieles consejeros como Adalardo proclamaron que la maldición de Carlomagno eran dos mujeres: su esposa, Fastrada, y la reina bávara, hermana de la difunta Désirée. Largos años después, la infausta lombarda iba a tener su venganza.

Si Carlomagno era asesinado y la brillante hegemonía de los francos se quebraba, la Europa occidental volvería a ser lo que había sido durante el siglo anterior: un torbellino de grupos tribales en permanente pie de guerra. La nueva frontera de las iglesias desaparecería entre llamas.

Nadie comprendía aquello mejor que el preocupado rey de los francos, quien no se hacía ilusiones respecto a su propia capacidad o a la extensión del peligro que le acechaba.

Así pues, con desesperanza en el corazón, Carlomagno actuó con la osadía de un gran rey. Desde el momento en que cobró conciencia de la crisis, abandonó todos sus viejos planes y costumbres y apareció en persona entre los sajones con su familia, prosiguiendo la batalla sin tregua, tanto en verano como durante el invierno. Marchó sobre Sajonia como si fuera a la victoria definitiva, reconstruyendo las iglesias de Eresburgo y restaurando las viviendas de Paderborn. Al mismo tiempo, envió correos al centro de noticias de Roma con informes de conquistas y una orden urgente al fugitivo Willehado para que regresara a su misión sajona.

Willehado encontró la empalizada y las chozas de la ciudad fronteriza llenas de actividad por la presencia de Carlomagno y abarrotadas de monjes que cantaban tedéum mientras trabajaban. Era como si el propio rey hubiera adoptado el papel de misionero. El celo de Willehado se enardeció otra vez.

—¿Dónde tenías pensado construir tu nueva iglesia? —preguntó su señor.

Willehado recordó el viaje a la costa cubierta de bruma y respondió:

—Más allá del Weser. Pero eso no es posible ahora —añadió.

—Dentro de un año, la edificaremos ahí, más allá del Weser.

En lugar de enviar a sus paladines a la guerra, Carlomagno tomó el mando personalmente, con su estandarte. Sorprendido con una pequeña fuerza en las alturas boscosas de Teotoburgo, no intentó la retirada sino que condujo a sus jinetes al ataque. Aunque inexperto en la batalla, su presencia parece que dio una renovada firmeza a los indecisos francos, y los sajones fueron expulsados de sus alturas. Otro combate parecido tuvo lugar en una cañada llamada el Camino Estrecho. También aquí los sajones intentaron retirarse y recibieron un castigo terrible en su huida. Carlomagno no volvería a dirigir una batalla cuerpo a cuerpo el resto de su vida.

Sobrevivió. Durante el duro invierno envió desde Eresburgo pequeños destacamentos montados que recorrían los caminos y saqueaban las reservas de alimentos de las aldeas. Fue un año de hambre y las provisiones de Sajonia resultaron insuficientes. Entonces ordenó que se transportaran carretas de grano y se condujeran rebaños de ganado desde el Rin para sus guarniciones. Para demostrar la confianza que sentía, envió a su hijo Carlos, de doce años, en una de las batidas de su ejército.

Los valles inundados le impidieron pasar la frontera del Weser; dejó allí a Carlos al mando y dio un rodeo hacia el este a través del Harz para alcanzar las llanuras septentrionales, cruzando ríos crecidos con sus huestes entre cánticos de alabanza al Señor. Estas rápidas incursiones por sorpresa produjeron la impresión de que habían penetrado en los bosques sajones unas fuerzas muy numerosas.

Obligando a los caballos a vadear a nado ríos de aguas bravas y arrastrando carretas a través de cenagales inundados, alcanzó la otra ribera del Weser y forzó a retirarse a concentraciones de esclavos, diciendo a sus seguidores que los sajones debían ser protegidos de aquellos paganos adoradores de demonios. (El ejército que había perdido en el Süntal se dirigía, precisamente, a llevar a cabo esta misión).

«Nuestro muy glorioso rey —explicaba Keroldo a sus compañeros de mesa— llegó una vez a un río de tal corriente que el caballo se negó a avanzar. Y juro por Dios que nuestro rey gigante, más alto y eminente que Atlas, el que sostiene el cielo sobre sus hombros, saltó de la silla y cruzó a nado la corriente, arrastrando tras él su montura de guerra».

Tales historias corrían de boca en boca, aumentadas, y alcanzaron todas las aldeas sajonas. Carlomagno estimuló tales profecías de victoria. Existe una leyenda según la cual incorporó a su guardia personal a dos guerreros sajones de noble cuna. Al cabo de un tiempo, advirtió que los dos feroces guerreros se aburrían montando guardia a la entrada de su pabellón y se arriesgó a pedirles que le sirvieran dentro de la tienda, si lo preferían. Los dos hombres le habían prometido fidelidad y respondieron que le obedecerían.

Después de servirle durante aquella velada, trayéndole sus cartas, velas y vino, los dos guerreros dejaron la tienda y se lanzaron a la carga contra el campamento

instalado más allá de la tienda del monarca. Allí, desenvainaron la espada y descargaron golpes a diestro y siniestro hasta morir junto a quienes cayeron bajo sus hojas. De este modo, los sajones lavaron con sangre la infamia de haber actuado como criados.

Sucesos como éste, sucediera o no así en realidad, son típicos de la tensión de esos tiempos en que Carlomagno intentaba apartar a los hombres de sus viejas tradiciones.

Finalmente lo conseguiría, aunque las crónicas no explican cómo. Los sajones ya habían sido rechazados a las extensiones boscosas en otras ocasiones, pero esta vez los francos tenían comida para darles. Sin embargo, da la impresión de que, con su presencia entre ellos, Carlomagno se ganó no sólo su temor, sino también su admiración. La raza guerrera necesitaba respetar a un líder para aceptar someterse a él. El gran franco que cazaba en sus bosques y saqueaba sus valles, decretando la libertad y la esclavitud a su albedrío, era evidentemente una figura muy distinta a la del señor del Rin que había redactado el *Edicto para las tierras sajonas*. Igual de evidente resultó el hecho de que el caudillo sajón, Widukindo, se había mantenido demasiado tiempo oculto entre los daneses. Widukindo había fracasado esta vez en sus intentos de engatusar o engañar al inflexible rey de los francos y señor de los lombardos.

Entonces, Carlomagno puso en escena uno de sus espectáculos con fines persuasivos. Increíblemente, celebró su asamblea de primavera en la reconstruida Paderborn e invitó a los caudillos sajones a compartir vino, carne y canciones, como si hubiera mantenido el poder allí en todo momento. En esta reunión de jefes guerreros no predicó ningún misionero y los famélicos sajones se atiborraron de comida.

Tras el festín, Carlos les explicó un hecho muy sencillo: el conflicto había terminado. Sólo les formuló una petición: que Widukindo y Abiön fueran llevados a su presencia, para ser bautizados.

Esta vez, los jefes sajones mandaron a buscar a su caudillo. Desde su refugio más allá del Elba, el Sachsenführer exigió que los francos enviaran rehenes para garantizar su seguridad. Carlomagno cumplió con la exigencia y Widukindo y Abiön, que habían perdido la confianza de su pueblo, se presentaron entre las tropas francas sin escolta. Un *missus* llamado Alwino les condujo hasta el pequeño río Attigny.

«Y allí fueron bautizados los citados Widukindo y Abiön, junto con sus compañeros; y así quedó sometida toda Sajonia», cuentan los anales.

Carlomagno sacó el máximo provecho de esta ceremonia. Actuando personalmente como padrino, presidió el bautismo e impuso a Widukindo un nombre cristiano, además de ofrecerle oro y ropas bordadas como regalos bautismales. Con gran satisfacción y regocijo, agasajó a los líderes de la rebelión, que se había

prolongado durante seis años, y les dio una escolta de honor hasta llegar al camino que les devolvería a su retiro.

Con esto, el franco destruyó cualquier poder del astuto westfaliano sobre su pueblo. Después de humillarse ante el franco, Widukindo no pudo convencer nunca más a otro sajón para que desenvainara la espada contra Carlomagno y cayó en tal deshonor que ni siquiera quedó apenas constancia de su muerte.

En Roma, Adriano ordenó tres días de oraciones y acciones de gracias por la victoria.

Sometida la raza sajona y con una catedral alta hasta las copas de los árboles en Eresburgo, Carlomagno volvió la atención a «la conspiración de los condes y nobles turingios», según la llaman las crónicas. El rey no perdió un instante en conducir sus veteranas tropas a través de las llanuras de Hesse y sus jinetes ocuparon los caminos de las colinas de Turingia.

Los cabecillas de la conspiración no pudieron hacer frente a aquella fuerza y huyeron a buscar refugio en la abadía de Fulda. Después de arrasar las tierras de esos nobles, el rey acordó con el abad de Fulda que éste enviara a los nobles proscritos a defender su causa ante él en el palacio de Worms.

Las alegaciones de los conspiradores pueden resultar sorprendentes para nuestra mentalidad moderna. En sus testimonios expusieron detalladamente la verdad: que habían acordado matar al rey y, en cualquier caso, unirse a los sajones rebeldes. (Fastrada se había ocupado con diligencia de presentar ante su señor las pruebas de la traición).

«Si mis camaradas y cómplices hubieran llevado a cabo mi plan —declaró el *Graf Hardrad*—, no habrías vuelto a cruzar el Rin con vida».

Después de escuchar sus sinceras palabras, Carlomagno les otorgó su gracia. Todos los conspiradores fueron sentenciados a viajar bajo escolta hasta la tumba de san Pedro o a otros santuarios célebres, para jurar allí fidelidad a él y a sus hijos.

La notable moderación de Carlomagno en esta sentencia debió de seguir algún impulso innato. Su salud y su poder físico solían hacerle dulce en el trato con el débil o el desgraciado. Su crueldad, como en el episodio de Verden, brotaba de la ira. Aunque no se hacía falsas ideas acerca de su cuna, a aquellas alturas de su vida había asumido todos los atributos de los primeros reyes merovingios. Éstos habían sido monarcas absolutos, por voluntad de Dios, sobre toda su raza y sus súbditos. Habían sido jueces supremos, intérpretes de la voluntad de Dios. Habían sido, en una palabra, *sagrados*, tanto en autoridad como en persona.

Ahora, cuando se dirigían al monarca de los francos con los títulos de «Su Clemencia» o «Su Seguridad», sus súbditos no pronunciaban frases vacías. En la clemencia de su monarca se asentaba la seguridad de todos.

Además, gracias a una prolongada y dura experiencia, Carlomagno estaba

convirtiéndose en el maquinador más astuto de su tiempo. Al cristianizar y recompensar a su más peligroso antagonista, Widukindo, el rey obtuvo mucho más de lo que habría conseguido con la campaña más sangrienta. Un Widukindo muerto espada en mano durante una batalla se habría convertido en un héroe de leyenda, lo bastante espléndido como para inspirar a futuras generaciones de sajones embotados y soñadores a seguir su ejemplo. De hecho, Widukindo se convertiría, efectivamente, en una especie de leyenda. Se puede leer en algunos textos cómo este caudillo guerrero, a modo de un Guillermo Tell, dedicó su vida a la libertad de su pueblo, lo cual está lejos de ser la verdad. Sin embargo, durante la época en que se desarrollaron los hechos, Carlomagno procuró ingeniárselas para liberarse del peligro de tal leyenda. Por desgracia, no previó el peligro que procedería de sus propios misioneros. Cuando Alcuino le advirtió del riesgo, ya era demasiado tarde.

Ni con la pacificación de los turingios consiguió el rey aplacar a Fastrada. No se ha podido aclarar qué sucedió, pero la reina consiguió sin ninguna duda su venganza personal. Los anales dicen: «Sólo tres turingios perdieron la vida; se resistieron a la detención con sus espadas y fueron abatidos después de que matasen a varios hombres». Peor les fue a los penitentes que peregrinaban a los santuarios: algunos fueron secuestrados en el camino y dejados ciegos, mientras que otros se encontraron exiliados de su tierra, con sus propiedades confiscadas por el rey y su reina. El lacónico registro afirma que esto se debió «al orgullo y la crueldad de Fastrada, la reina».

Mientras, Carlomagno pudo enviar parte de sus fuerzas a Audulfo, guardián de la Marca Bretona (como lo había sido Roldán). Aquel mismo año de 786, los francos invadieron la península de Bretaña y volvieron a someter a los rebeldes, exigiéndoles de nuevo promesa de fidelidad y pago de impuestos. Dice la leyenda que aquellos mismos bretones habían emigrado de la isla de Britania para escapar a los bárbaros, y que aún tomaban a mal la autoridad. En la costa, más allá de la boca del Rin, los frisonos cristianos sometieron a todos los que se habían vuelto paganos. De este modo, Carlomagno recuperó el control de sus tierras fronterizas occidentales. Sin embargo, el monarca había escapado de la catástrofe en los bosques sajones por muy poco, y había salvado la vida por un estrecho margen.

Mientras se aprestaba a desplazarse a su comprometido frente oriental, Carlomagno retomó con energía las enseñanzas de Alcuino en los palacios del Rin. Allí, otro amigo suyo, el añorante Pablo Diácono, le pidió permiso para retirarse a la paz de su Montecassino «bajo el amado techo de Benedicto». Carlomagno dejó marchar a regañadientes al erudito lombardo, con dos condiciones. Primera, Pablo tenía que escribir un libro de homilías, mensajes de los Padres para todos los días del año; segunda, llevaría ciertos mensajes del rey a sus amigos, los duques de Benevento. Pues Carlomagno proyectaba utilizarles, así como a Adriano, en su

aventura hacia el este.

Al propio tiempo, la primera aventura política del dulce Alcuino fracasó inesperadamente cuando se opuso a uno de los prejuicios personales de Carlomagno. Para entonces, Alcuino se había convertido en mentor de todo el reino franco, donde repartía, como declara una de sus cartas, «la miel de las Sagradas Escrituras, el vino viejo de los clásicos, la fruta de la gramática y el esplendor deslumbrante de los astros».

Su entusiasmo complacía al rey, siempre tan activo. Durante sus noches en Eresburgo, «David» había progresado en astronomía hasta la comprensión de los eclipses según los explicaba Alcuino (quien había revisado la rudimentaria ciencia de Plinio el Joven). Después de seguir mentalmente el curso del Sol y de la Luna a través de los signos del zodiaco —los Gemelos, el Arquero y demás—, Carlomagno mostró de nuevo su insatisfacción con los nombres que les habían atribuido los desaparecidos clásicos.

La Osa que giraba en torno a la inmóvil estrella del Norte difícilmente recordaba los osos que él cazaba. La constelación parecía mucho más un Carro, con la lanza apuntando hacia la estrella guía. Así pues, decidió imponerle este nombre.

Sin embargo, el principal reajuste científico de Carlomagno fue la denominación de los vientos. Poetas como Virgilio hablaban sólo de cuatro vientos, y equivocadamente. Tal vez en Roma el viento del oeste fuera el «dulce Céfiro» pero allí, en el Rin, era un ventarrón arrasador que soplaba del mar. Además, ¿cómo podía haber sólo cuatro vientos, cuando éstos llegaban de todas direcciones (o, al menos, de doce de ellas)? Si los vientos procedían de los cielos y éstos estaban divididos en las doce zonas del zodiaco, tenía que haber el mismo número de vientos. Siguiendo este razonamiento, Carlomagno les puso nombre metódicamente: *nordroni-nordostroni ostnordroni-ostroni* (norte-noroeste, oeste-noroeste), etcétera, hasta completar el círculo del cielo. (Siete siglos después, los flamencos de la costa aún utilizaban los nombres de los vientos carolingios y, más tarde aún, los navegantes que zarpaban para cruzar los océanos emplearon estos nombres en las cajas que contenían la reciente invención de la brújula).

De aquellas interesantísimas observaciones del cielo, la ávida curiosidad de Carlomagno le llevó, como es lógico, a interesarse por la Tierra. Sin duda, Homero, el rapsoda popular vagabundo y ciego, había descrito la Tierra tal como la imaginaba y Virgilio, el poeta imperial, había hablado mucho sobre el mar Interior y sus islas. Pero Virgilio, que parecía entender bastante de agricultura, siempre terminaba por alabar a los romanos. Seguramente, para recompensarle por ello, el emperador Augusto debió de regalarle brazaletes y cuernos de oro para beber. En cualquier caso, los romanos estaban tan muertos y desaparecidos como sus acueductos, cuyas ruinas inútiles corrían paralelas a las calzadas. La llegada de Jesucristo, el verdadero Hijo de

Dios, había transformado su mundo en otra cosa distinta.

La realidad de aquella Tierra moderna causaba estupefacción a Carlomagno. Este sólo era capaz de comprender plenamente lo que podían palpar sus poderosas manos, lo que alcanzaban a ver sus ojos y lo que captaban sus oídos. Además, habiendo crecido en el bosque, el monarca tenía la creencia de que todas las cosas de la Tierra, todos los productos de los seis días de la Creación, tenían su utilidad. Las ramas secas del suelo producían llamas si se frotaban con energía y suministraban combustible a esas llamas, que a su vez permitían cocinar la carne de los animales muertos. El arnulfingo intentaba constantemente descubrir los usos de los productos de la tierra. Los comerciantes africanos le aseguraron que incluso los fabulosos elefantes gigantescos eran utilizados para arrancar árboles y para derribar muros de piedra, y Carlomagno suspiró por tener una de tales bestias para abrir un camino a través del bosque.

Pero ¿qué era África? Alcuino aún podía decirle menos sobre la forma de la Tierra que sobre la bóveda celeste, y ello exasperaba al monarca. Los libros de Alcuino sostenían que África había sido poblada por uno de los hijos de Noé y que había sido el granero de Roma y el hogar del excelso sabio Agustín. Pero nada se decía de su forma, excepto que la vida humana no existía más allá del calor abrasador del desierto salvo a lo largo del Nilo, que debía fluir desde el monte del Paraíso en algún lugar del este, donde el sol se alzaba cada día de su húmeda cama en el océano.

En cierta ocasión, Carlomagno había visto una representación de las tierras creadas, pintada en una pared del palacio de Letrán. Adriano la denominaba *mappa mundi*, o mantel del mundo, nombre que no tenía sentido para el franco aunque el sabio pastor de Roma le había explicado que Cosmas, el famoso cosmógrafo, había demostrado según las Sagradas Escrituras que la Tierra tenía la forma de una mesa, con Jerusalén en el centro.

Sin embargo, Carlomagno recordaba con claridad que el mapa lateranense revelaba la inmensidad de la Tierra, que se extendía hasta los territorios de Etiopía, más allá de las costas africanas, y hasta Babilonia, o Bagdad, y las tierras de los persas en el extremo oriental. Aparentemente, el propio franco y su reino quedaban cerca del extremo septentrional, donde la niebla cubría el mar de los normandos, u hombres del norte. Más allá de estas costas se extendía el frío de los hielos eternos bajo la estrella del Norte.

Así como Carlomagno soñaba con un elefante capaz de abrir caminos, anhelaba tener un mapa como el de Letrán en una de sus paredes, tal vez en Ingelheim, la residencia favorita de Fastrada. También daba vueltas a la idea de que, de poseer una nave dragón como la que había visto esperando vacía entre la niebla, podría viajar al norte del Rin por los caminos abiertos del mar... siempre que consiguiera arreglar una tregua con los nórdicos y los árabes, cuyas flotas recorrían los mares abordando y

saqueando a todas las demás embarcaciones. El rey no pudo resistir la tentación de explicar a sus hijos su sueño de que un día harían un viaje a Jerusalén con los paladines y guerreros en grandes naves.

—Habituaremos allí, en Sión —apuntó—, y contemplaremos la cueva en la que tuvo su cuna el Señor, en Belén, y entonces tendremos la paz y no habrá que hacer nuevos viajes.

Sus hijos, salvo tal vez la sonriente Berta, que solía guardar sus pensamientos para sí, dieron por hecho que Carlomagno les conduciría donde decía.

Fue Berta, aunque no por culpa suya, quien desencadenó la cólera de Carlomagno contra Alcuino. Este maestro del saber nunca llegó a considerar aquellas tierras francas como su hogar y mostró un creciente interés por visitar de nuevo las bibliotecas de York y de Lindisfarne, de donde en cierta ocasión había tomado prestados los mejores misales ilustrados para que fueran copiados con destino a la biblioteca de Carlomagno. Alcuino sugirió que tal vez pudiera encontrar algún mapa al otro lado del canal, pintado por los eruditos irlandeses, pero, pese a ello, el rey se negó a conceder a su tutor el permiso para marcharse.

No obstante, el diligente Alcuino mantuvo correspondencia con Offa, rey de Mercia, el más notable de los numerosos reyes bárbaros de la Britania anglosajona. Alcuino ensalzó ante Offa la generosidad y el poder de su rey David, intentando unir a sus dos señores en camaradería, si no en alianza. Desde las costas británicas llegaban, remontando los ríos francos —cuando los comerciantes conseguían esquivar las viajeras naves nórdicas—, útiles exportaciones de lana, pescado seco y enjoyadas tapas para los libros sagrados.

Sucedió entonces que Offa accedió a emparentarse con el rey franco por matrimonio. Pero cuando el lejano señor de Mercia sugirió que Berta fuera prometida a uno de sus hijos, Carlomagno exclamó malhumorado que la muchacha era demasiado joven para entregarla en matrimonio y que, en todo caso, no debía ser prometida a un bárbaro.

—Pero la pequeña paloma debe casarse —protestó Alcuino—, ¿Acaso no ha sido educada para ello?

Inexplicablemente, esta simple pregunta desencadenó la cólera de su señor. Carlomagno le instó a ocuparse de la mente de las muchachas y no volver a mencionar sus matrimonios. En adelante, no se permitió que tocaran tierra en las costas dominadas por Carlomagno las naves de los pescadores y comerciantes de lana británicos. Al propio tiempo, el rey apartó al eunuco Elisha, el bizantino, de su hija Rotruda, bajo la afirmación de que la embrutecida corte de Constantinopla había desdeñado a su hija, de lo cual no existe seguridad.

Alcuino no volvió a hablar del tema, considerando que la cólera de su señor era un malhumor pasajero. Sin embargo, demostró ser una actitud premeditada y

consciente de Carlomagno, quien se complacía en escuchar las voces cantarinas de las muchachas y en contemplar sus esbeltas siluetas cabalgando sin dificultad tras él en sus viajes. El rey no estaba dispuesto a renunciar a esos goces y, poniendo una excusa tras otra, continuó oponiéndose a que se casaran, aunque tanto Rotruda como Berta estaban ya en edad de experimentar el abrazo de un hombre.

Fuera porque le alegraban en sus preocupaciones, o porque Fastrada expresaba su disgusto por las hijas de Hildegarda, Carlomagno man tuvo a las muchachas aún más cerca de él, hasta el punto de que empezó a correr la voz de que miraba a sus hijas con ojos incestuosos.

Entre los paladines, Angilberto, al menos, se convirtió en campeón de una de ellas, Berta. Como tutor de la muchacha, Angilberto podía pasear a solas con ella; igual que le había sucedido con la madre, aquel amante de la poesía suspiraba por la hermosa y alegre joven.

—Es una paloma —asintió Alcuino, hablando de ella con el paladín—, pero una paloma coronada.

—No —replicó Angilberto—. Por orden del rey, Berta no ceñirá nunca una corona. Para complacerle, será una canción, una visión gozosa, una paloma enjaulada.

Angilberto no pudo expresarse abiertamente ante el señor de los francos, como había hecho Adalardo tantos años antes, ni fue capaz de seguir enseñando de buen grado a la muchacha a extraer melodías de las cuerdas del arpa o a cantar laudes con voz airoso. Profundamente enamorado y siendo ella la mayor de las dos, Angilberto la imaginó condenada sin piedad a la virginidad, como su tía Gisela, y a la servidumbre como su dulce madre, Hildegarda.

Berta, en cambio, no tenía tales presentimientos. Le hacía muecas de burla, bailaba hacia atrás por el sendero delante de él y, cuando le veía mantener su silencio taciturno, preguntaba con dulzura:

—¿Qué te aflige, amigo?

Después, le abrazaba con toda la fuerza de sus jóvenes brazos.

Años después, cuando Carlomagno pidió a su capellán palatino que describiera con versos a Berta, Angilberto escribió: «Brilla como una flor entre el círculo de sus doncellas. En la música de su voz, en la luz de su rostro, en el orgullo de su andar, refleja la imagen de su real padre».

Carlomagno se mostró muy satisfecho con los versos.

VI. Peligro en el Este

A finales del año 786, emprendió la tarea de liberar su frontera oriental, aunque la empresa parecía imposible. En la reunión de otoño, sus paladines protestaron amargamente. Geroldo, hermano de Hildegarda y guardián de la Marca Bávara, explicó que el orgulloso Tasilón tenía intención de mantenerse independiente en sus montañas y que se aseguraría la alianza de los poderosos ávaros si era atacado. Tasilón ya había dado muerte al conde franco, guardián de la frontera italiana.

—Por esa muerte —insistió Carlomagno— tiene que presentarse ante la corte del rey de los francos para ser juzgado.

El franco no estaba dispuesto a perdonar a su primo Tasilón la vieja afrenta de herisliz ni la, en su opinión, nueva traición de llegar a pactos con sus enemigos cuando la posición del monarca parecía más débil en las guerras sajonas.

El honrado Geroldo expuso que Tasilón permanecía seguro tras las defensas naturales de los Alpes bávaros, con gargantas y lagos que se extendían hasta Salzburgo y las fuentes del Danubio, donde empezaban las tierras de los ávaros. Para entonces, Tasilón tenía la fuerza de un gran rey y no iba a caer en un engaño.

—Tenemos amigos entre sus iglesias, mi buen Geroldo —dijo Carlomagno—, Manda saludos al arzobispo de Salzburgo y hazle saber que les visitaremos antes de la próxima Navidad.

Los resueltos paladines reaccionaron a esto con desagrado, pues captaron perfectamente los celos de Carlomagno hacia los ricos y orgullosos bávaros y su casa real, la agilulfinga, más antigua que la naciente arnulfinga. La reina de Tasilón había sido hermana de Désirée. ¿Acaso nunca quedarían definitivamente enterradas las rivalidades de sangre con la dinastía lombarda?

Audulfo, el senescal, recién llegado de su acerba lucha con los bretones, contó al rey que sus propios francos detestaban la idea de volver a cabalgar tan pronto, pues habían pagado un alto precio por la victoria sobre los sajones. Durante dos años, no habían podido sembrar ni recolectar sus campos y quien había conseguido sobrevivir, había perdido al menos parientes y caballos de guerra.

—Pesada es la carga que recae en los más fieles. Se necesita el trabajo de tres campesinos para mantener en la guerra a un soldado de a pie; para equipar a un jinete, es preciso el rendimiento de toda una casa de labranza. Los *fideles* que obedecen tu orden se ven empobrecidos, mientras que quienes se excusan de cumplirla para seguir en sus casas consiguen con ello acumular ganancias y bienes. ¡Ay!, bien pueden pagar las multas. No convoques a tus fieles a una leva de armas, este año.

—¡Los unos protegen a los otros! —el rey enrojeció de cólera y guardó silencio. Sus paladines tenían razón: no podía permitirse un nuevo desastre como el del Süntal —. ¿Y si hacemos un viaje sin librar combates? —preguntó entonces.

A sus consejeros les pareció estar oyendo uno de aquellos acertijos británicos de Alcuino. No se les ocurrió ninguna respuesta y, cuando abandonaron la mesa del consejo, Audulfo preguntó a Geroldo con acritud:

—¿Hará Dios Todopoderoso que los ávaros se abstengan de combatir, o que el terco Tasilón se convierta en fiel vasallo después de treinta años? ¡Responde, hermano!

Carlomagno tenía una excelente razón para no revelarles lo que le rondaba por la mente. Esta aún abrigaba el vago pensamiento de años antes, de componer una poderosa nación cristiana dentro de unas fronteras seguras. Desde Roncesvalles, no había vuelto a hacer mención de un ejército cristiano; no obstante, los frisonos cristianos habían permanecido leales frente a sus parientes paganos y, por ello, eran tan *fideles* del rey como los nobles de sus tierras renanas.

Sin embargo, sus nobles no lo aceptarían nunca, ni se pertrecharían y abandonarían a sus familias para cabalgar con él si les decía la verdad a la que había llegado: que los francos eran demasiado pocos y se extinguirían si no acogían a otras naciones para formar un único pueblo cristiano capaz de sobrevivir.

En aquel momento, se dio cuenta de que éste había sido el plan de Pipino. Y este nuevo descubrimiento le produjo cierto alivio. ¿No había predicho Agustín que, tras la caída del poder romano, llegaría el refugio del dominio de Dios? ¿No había convocado el astuto Adriano a su grey de todas las tierras cristianas a elevar oraciones de acción de gracias tras la victoria sobre los sajones y la pacificación?

El gesto del Papa dio esperanzas a Carlomagno. Al término del consejo, envió a sus paladines a convocar a sus francos del Rin, no a la guerra sino a una larga marcha invernal. A continuación, llamó a sus fieles entre los alamanos, turingios y sajones a presentarse a principios de verano en la plaza fuerte de Geroldo, en la frontera bávara.

Habiendo despistado a sus dignatarios, se dispuso acto seguido a hacer lo mismo con Tasilón, con la ayuda de Adriano, gran amigo de los bávaros. A su primo, le envió una tímida orden de presentarse en Ingelheim para responder de las acusaciones de desertión, quiebra de juramento y deslealtad. El hábil bávaro no tendría muchos problemas en eludir la convocatoria.

En lugar de esperar la contestación del hostil Tasilón, el corpulento monarca del Rin convocó a sus señores más leales, los francos del este, a reunir a sus veteranos jinetes para cabalgar junto a él. Y para hacerlo de inmediato, con la llegada del invierno. Esta vez, les prometió, el viaje no terminaría en combates.

Los francos más viejos recordaron aquella primera marcha invernal a través de

los Alpes y dudaron de su palabra. Todos los indicios apuntaban a una guerra en Baviera; sin embargo, al llegar a la cabecera del Rin, Carlomagno se desvió en dirección al paso del Gran San Bernardo, que conducía a Italia.

El monarca se burló de la actitud sombría de sus huestes.

—¿Qué terror veis en esta ruta? —les incitó—. Vais a celebrar la Navidad en la Ciudad Floreciente, disfrutaréis de la paz de Roma, donde os aguardan las tumbas de los apóstoles, y seréis invitados del rico y leal ducado de Benevento.

La euforia del rey les quitó de encima sus malos presagios.

—Jamás hemos conocido tales paz y alegría —refunfuñaron, sin embargo.

—Entonces, venid con buena voluntad y las disfrutaréis.

Con esta avanzadilla de guerreros, Carlomagno ascendió hacia el paso nevado. No le acompañaba su familia ni sus clérigos. Ninguna caravana de carretas seguía entre gemidos a sus jinetes, que avanzaban a buena marcha. Pipino Carlomán, el pequeño rey de Italia que acababa de cumplir diez años, fue con él.

Esta vez, el monarca no llevó consigo a Fastrada.

Como había prometido Carlomagno, pasaron junto a Pavía y alcanzaron Florencia, bella como un jardín, a tiempo de celebrar la Navidad. Allí, el franco se aventuró a escribir a Alcuino: «Vamos camino de resolver los asuntos de Lombardía».

Tales asuntos no eran tan indiferentes como daban a entender sus palabras. Nubes de tormenta se cernían sobre la disputada península italiana, inquieta con los rumores de revuelta que llegaban de los caminos del norte. El eco del desafío de los bávaros resonaba en la Italia del sur, donde aguardaba una potencia no afectada por las guerras, la del ducado de Benevento, segura en su ciudad fortificada y con un refugio inexpugnable en Salerno, coronando una altura sobre el mar meridional.

El ducado de Benevento ocupaba la bota italiana, con sierras fragosas y puertos abiertos a golfos históricos, la villa de descanso de los romanos en Capua y la cumbre humeante del Vesubio, en estrecho contacto con las flotas, los comerciantes y los espías de la poderosa Constantinopla. Algo de la cultura y el esparcimiento de los romanos se mantenía allí, donde las iglesias griegas sobresalían de los viñedos y los cortesanos se entretenían con el juego de chaquete y los deportes hípicas.

Su anciano duque, Arechi, conocía la cortesía y las mañas de otros tiempos. Lombardo de origen, había convertido aquella tierra en el último refugio de la libertad lombarda, lejos del alcance del bárbaro franco. Con el mar a la espalda, el barbudo y remilgado Arechi podía llamar en su ayuda a la potencia marina abriendo sus puertos a las flotas bizantinas. Y esto es lo que estaba haciendo.

Unos mensajes de Adriano habían puesto sobre aviso a Carlomagno: Arechi reclamaba los monasterios de San Pedro, estaba reuniendo grandes fuerzas armadas, había reforzado las murallas de Capua y Salerno y ya se peinaba el cabello y la barba

a la moda bizantina, tras aceptar telas entretejidas de oro, una espada y un cetro de manos del *strategos* bizantino de Sicilia.

Del propio mar llegó el aviso de que un olvidado hijo de Desiderio suplicaba a la emperatriz Irene una flota de drómonas y un ejército para hacer una incursión sobre Italia y reconquistar Rávena, ciudad de los césares bizantinos. Arechi pronto sería dueño de Nápoles...

Carlomagno tal vez aprovechó estos rumores para romper abiertamente el compromiso de Rotruda con el hijo de Irene, pero ya había tomado antes su decisión contraria al matrimonio. A su modo de ver, los beneventinos invocaban al imperio de Oriente como su primo de Baviera había acudido a los ávaros cuando le había creído debilitado por la larga y penosa campaña sajona. Y en Benevento, una vez más, se le opuso una hija de Desiderio en la persona de la animosa y gallarda duquesa, que no consideraba perdida la causa lombarda. Carlomagno no malgastó muchos pensamientos en Arechi, pero ardía en deseos de comprobar la fortaleza de voluntad y la valentía de la duquesa. Recordaba muy bien que la mujer era la benefactora de Pablo Diácono, quien había sido su preceptor. De «exquisita y resuelta», la había calificado Pablo.

Cabalgando sin dificultades, seguido de sus huestes, Carlomagno tomó el camino de Roma para permitir a sus hombres cumplir la peregrinación a las tumbas de los apóstoles. Aparte de esta tranquila cabalgada, poco sabemos de lo que sucedió realmente en aquel cambiante caleidoscopio de intrigas, rebosante de rumores.

Lo que queda claro es que Carlomagno evita Baviera, donde era aguardado, para aparecer en Italia, donde nadie le esperaba. Y, a lo largo del viaje, está siempre pendiente de noticias sobre Tasilón. Se exhibe en un viaje pacífico, pero tiene una fuerza impresionante a su espalda.

En Roma, Adriano le recibe nervioso, con estandartes y peticiones urgentes de iniciar una campaña contra los lombardos y tomar el puerto de Gaeta antes de que sea demasiado tarde. El astuto Papa le advierte que Arechi está fortificando Salerno como cabeza de puente hasta el mar, por donde vendrán las flotas bizantinas para reinstaurar el dominio lombardo sobre Italia. El rey Carlos debe marchar sobre Salerno.

Sin embargo, la guerra parece lejos de la intención del viajero Carlomagno. A Roma llegan a toda prisa enviados de Arechi con ricos presentes de oro macizo y palabras fáciles de fidelidad al rey franco y a su insigne hijo.

Carlomagno acepta los regalos pero no las promesas. Distribuye el oro entre sus seguidores y continúa viaje desde la tumba de San Pedro hasta el solitario risco de Montecassino. Allí abraza a su viejo maestro, Pablo Diácono, y le interroga sobre sus amigos los duques y los asuntos que se traen entre manos. El corpulento señor de los francos crea una conmoción en la quietud de la clausura benedictina. Admira la

biblioteca, pregunta con vehemencia si pueden verse las Pléyades en el horizonte y, por medio de Pablo, envía saludos al duque Arechi y le anuncia su intención de visitarle.

Desde Montecassino, prosigue la marcha y acampa en torno a la ciudad palaciega de Capua, sobre el gris río Volturno. Los francos no saquean Capua. Acuartelados ante las puertas de la ciudad, se incautan de comida y forraje en los campos de alrededor durante el magro mes de marzo.

Recibe noticias de que Arechi, con su duquesa y su corte, ha huido de Benevento para refugiarse en Salerno. Entré ambos circulan mensajes de salutación y de pacto mientras los francos devoran carne y grano «como langostas». Sus fuerzas son demasiado numerosas para que Arechi pueda plantar batalla y no tiene noticias de su cuñado Tasilón, ni la menor señal de que se aproxime una flota bizantina. Como mucho, sólo puede intentar defender las murallas a medio construir de Salerno.

Sorprendentemente, el señor del reino franco accede a un pacto. No cruzará el Volturno, ni exigirá que Arechi se arrodille ante él; aceptará el juramento de fidelidad del duque de Benevento, con un tributo de siete mil piezas de oro al año. Pero Arechi debe afeitarse la barba y peinarse el cabello al estilo de los francos como señal de buena fe. (¿Qué pensaría de ello la duquesa?).

En garantía, Arechi entregará como rehenes a su hijo, Grimoaldo, y a doce señores de Benevento. Pablo Diácono recibe con alegría el acuerdo entre los lombardos y su antiguo señor, pues ha advertido a Arechi de la ferocidad de los francos cuando arrasan un país. (De hecho, Carlomagno tiene dificultades para impedir que sus partidarios saqueen Capua).

Entonces llegan a Capua dos distinguidos emisarios de la corte de Irene. Con toda su afectada cortesía, preguntan a Carlomagno si tiene o no intención de desposar a su hija con el joven emperador. Él responde que no tiene la menor intención de hacerlo.

En Capua, llegaron hasta el rey las noticias que estaba esperando. Tasilón había contestado con astucia a sus requerimientos; en lugar de aventurarse fuera de Baviera personalmente, había enviado a Roma a dos obispos, uno de ellos Arno de Salzburgo, para suplicar a Adriano que arbitrara en la disputa entre los dos reales primos. Una petición muy hábil, pues el Papa deseaba, ante todo, el mantenimiento de la paz. Carlomagno vio en aquello la mano de la mujer lombarda que le odiaba.

A toda prisa, condujo a sus seguidores a Roma a tiempo para la Pascua, llevando como regalo a Adriano las llaves de Capua y la restauración de varios monasterios al gobierno del Papa. Recibió a los obispos bávaros sin hostilidad, pues sabía que Arno era un hombre recto y favorable a él. Adriano instó a Carlomagno a esforzarse por mantener la paz entre los francos y los bávaros.

—Eso es exactamente lo que deseo.

Tras declarar ante los dos emisarios que jamás había querido la guerra con el

duque, su pariente, se limitó a pedir a los obispos que firmaran el compromiso de fidelidad de Tasilón, como tantas veces lo habían jurado anteriormente a su padre, a él mismo y a sus hijos.

Sin embargo, si los emisarios aceptaban la propuesta, estarían jurando la lealtad de Tasilón, en calidad de súbdito, a Carlomagno como rey. Arno consideró, en conciencia, que no podía hacerlo.

—No tenemos ninguna autoridad para firmar tal cosa en nombre de nuestro señor, el duque.

De inmediato, al oírle, el franco apeló al juicio de Adriano. ¿No era culpable Tasilón si se negaba a confirmar el juramento de fidelidad que una vez había prestado? Adriano no pudo negarlo y Tasilón no estaba presente para responder. El Papa, que acababa de presenciar la humillación infligida por Carlomagno a los orgullosos beneventinos sin necesidad de combatir, emitió su sentencia contra Tasilón con palabras fuertes que llevan la impronta de la capacidad de persuasión del franco.

«Anatema sobre el duque Tasilón si se niega a confirmar el juramento dado de fidelidad. Si el duque opone un corazón duro a estas palabras del soberano Pontífice, el rey Carlos y sus huestes armadas serán inocentes y estarán absueltos de todo pecado, aunque maten y quemen, si actúan contra Tasilón y sus aliados».

Con esta autorización moral del Papa, el rey de los francos se despidió del nervioso Adriano. Arno y el otro enviado bávaro volvieron a toda prisa a los Alpes con una nueva carga sobre su conciencia. No obstante, Carlomagno no hizo ningún movimiento inmediato para hacer cumplir el mandato de Adriano contra Tasilón, sino que, junto a su hijo Pipino, condujo a sus hombres hacia el noreste en dirección a la antigua ciudad imperial de Rávena, en la costa del Adriático.

En Roma, el rey franco había admirado los nuevos edificios erigidos por Adriano; sobre todo, las hermosas líneas de la iglesia románica de Santa María in Cosmedin, cerca del viejo Foro en ruinas, y del santuario de San Pedro Encadenado. Adriano estaba reconstruyendo Roma en mármol y Carlomagno anheló tener arquitectos de aquella valía en Ingelheim o en Worms.

En Rávena le aguardaba un soldado competente, Erico, duque del Friuli, guardián de la barrera montañosa tras la cual vagaban los ávaros. También esperaba allí el conde de Verona y otros francos. Carlomagno les instó a reunir sus tropas para saludar a su rey, Pipino. Con esto, pudo reunir en Rávena un ejército pequeño pero útil.

Y allí sucedió algo inesperado. Carlomagno cayó bajo el hechizo de la difunta ciudad. Por alguna extraña razón, aunque nunca hasta entonces la había tenido ante sus ojos, le resultaba familiar.

Olvidando aparentemente la crisis bávara, a Grimoaldo y a los mal dispuestos rehenes de la buena voluntad de Benevento, rastreó las murallas derruidas de Rávena

como un podenco tras la pista de un venado. La mole redondeada y cubierta de hierba de la tumba de Teodorico; el Vítale octogonal y abovedado con los retratos en mosaico de Justiniano y su emperatriz, Teodora; el delicioso interior púrpura de la tumba de Gala Placidia, que producía la impresión de penetrar bajo el cielo nocturno salpicado de oro... Carlomagno estudió minuciosamente cada lugar, almacenando los detalles en su portentosa memoria.

Instalado en el palacio de Teodorico, sólo tenía que cruzar el patio para llegar a la catedral abovedada, donde se sentaba a estudiar el largo peristilo de columnas de mármol multicolor y las placas murales de reluciente alabastro.

Cada vez que entraba en el palacio, hasta entonces abandonado, el franco pasaba ante la enorme estatua de Teodorico, el rey godo, quien había sido el único hombre que había conseguido unificar Italia bajo una mano firme. Teodorico el godo, el devastador, se había convertido en aquella espléndida efigie de bronce en Teodorico el Grande, amigo de la humanidad. Carlomagno quedó impresionado con su figura.

Hubo otro hecho que le sorprendió profundamente. Roma, pese a sus asombrosas vistas y sus grandes edificios que se alzaban hasta tocar el cielo, no dejaba de ser la obra de un mundo pagano que el franco no conseguía entender. En cambio, Rávena había sido construida por manos cristianas en los tiempos de los primeros Padres. Además, la ciudad llevaba la impronta de dos gobernantes de gran determinación, Teodorico y Justiniano, que la habían convertido en un monumento a sus vidas. Carlomagno había leído a los Padres de la Iglesia —o, más bien, había hecho que le leyeran sus escritos durante las cenas— y, a aquellas alturas, se daba perfecta cuenta de los múltiples problemas de una Italia dividida que Teodorico y Justiniano habían sabido resolver, aunque cada uno a su modo. Mientras inspeccionaba detenidamente sus obras, el rey franco interrogó a los clérigos de Rávena sobre la vida de aquellos dos grandes personajes.

Con todo, la mayor parte del tiempo la dedicó a absorber Rávena con sus propios ojos. A sus seguidores, la ciudad les parecía pequeña, angosta y húmeda, rodeada de marismas llenas de carrizos. El rey, pese a ello, se hizo conducir a remo por el fangoso canal hasta el viejo puerto abandonado. Así llegó hasta el Adriático, la vía marítima del este, de las islas venecianas, de las montañas de Istria y de los puestos avanzados de Constantinopla.

Al contemplar los campos con su perspicaz mirada, descubrió por fin la razón de que Rávena le resultara familiar. Sus cursos de agua y sus marjales y el verde ininterrumpido de su llanura, que se extendía hasta unas lejanas montañas, tenía cierto parecido con el lugar de descanso de sus años mozos, Aquis Granum.

El contraste entre Rávena, una metrópolis en miniatura de palacios e iglesias cristianos, y las tierras vírgenes salpicadas de hospederías de Aquis Granum debió de impresionarle. Rávena contenía los monumentos de varios siglos. Su verde valle sólo

acogía los acuartelamientos abandonados de la Sexta Legión romana y su propia villa real de caza.

Un año más tarde, el franco pediría consentimiento al Papa para extraer las losas de mármol de las paredes, las columnas del palacio e incluso la estatua de bronce del monarca godo, con el propósito de llevárselo todo a tierras francas. No le importó que transportar tan enormes fragmentos de civilización en carro a través de los Alpes fuera un trabajo digno de Hércules.

Mientras tanto, Carlomagno había pasado en Rávena más tiempo del que había previsto y, emprendiendo el regreso hacia los conocidos pasos de montaña, condujo velozmente a su hueste hacia los Alpes. No obstante, dejó en la ciudad a Pipino, con el duque Erico y al mando de un ejército reclutado en el Friuli.

Hacia el mes de julio, el monarca volvía a estar en el Rin y convocó un concilio en Worms. Tan pronto como los clérigos estuvieron reunidos en el gran salón, Carlomagno sucumbió a la tentación de hablarles de las maravillas que había visto en su larga expedición. «Regocijándose y alabando la bondad divina —cuentan los anales—, el señor rey relató a sus clérigos y a sus mejores súbditos las múltiples cosas notorias que había encontrado en su viaje».

Según parece, ocupó con estos asuntos la mente de sus conciliares mientras se cercioraba de que Tasilón no había enviado respuesta a los requerimientos de Adriano, pues pasó a la acción sin más conversaciones. De hecho, ya había ultimado todos sus planes y sólo necesitó enviar, mediante rápidos mensajeros, las órdenes precisas a sus guardianes: a Erico, que aguardaba ahora en el Friuli, y a Geroldo, acuartelado en la frontera bávara con un ejército de antiguos rebeldes, turingios y sajones. Las órdenes eran marchar al paso sobre Baviera, hacia el objetivo de Salzburgo.

De nuevo al frente de su caballería franca, Carlomagno embarcó hombres y bestias en barcas para remontar el Rin a remo. Pronto llegó al Lech y apresuró la marcha hacia Augusburgo (Augusta). Por el sur y por el noroeste llegaron los otros dos ejércitos para ganar los valles altos de Baviera antes de las tormentas de otoño.

Desconcertado ante esta imprevista invasión desde tres fronteras distintas, Tasilón y su reina no pudieron reunir fuerzas suficientes para resistir. La hueste bávara no había sido llamada a las armas y sus guerreros montañeses, a pie, no pudieron cerrar los valles a los veloces caballos de los francos. En las iglesias, los obispos, informados por Amo del edicto de Adriano, no predicaron la resistencia a Carlomagno.

Pese a las lágrimas de su reina lombarda, Tasilón no tuvo otro remedio que someterse al hombre que le había ganado la partida, y lo hizo con su elegancia cortesana saliendo a su encuentro con sirvientes desarmados y cargados de presentes de oro y emblemas reales recamados de piedras preciosas.

«Puso sus manos en las grandes manos del rey —cuentan los anales—, y le rindió en obediencia el ducado que había recibido de Pipino, el rey».

Carlomagno recordaba perfectamente que aquel mismo Tasilón había abandonado a un Pipino enfermo en tierras gasconas, treinta años atrás. Preguntó a su primo si era cierto, como había oído, que éste poseía un espléndido cetro (que ningún vasallo podía poseer).

Entre los regalos, el orgulloso bávaro extrajo un cetro de oro rematado por una cabeza coronada en miniatura.

—Lo hice fabricar —dijo tranquilamente— para ti, primo.

Con el tributo de Arechi y los ricos presentes de Tasilón para recompensar a su hueste armada, Carlomagno regresó al Rin, donde Fastrada le esperaba en su palacio favorito de Ingelheim. Durante el trayecto, llegaron las tormentas de octubre.

Sus jinetes se dispersaron hacia sus hogares repitiendo un breve anuncio por las posadas de los caminos: «Paz y alegría». El rey había cumplido su promesa: les había llevado a una larga marcha sin entrar en combate. Sin embargo, nunca recibirían las recompensas en oro y botín que esperaban del rey. Fastrada se ocupó de ello.

Pero, aunque sus súbditos celebraron la Navidad en paz y alegría, Carlomagno no tenía muchas esperanzas de que aquel estado de felicidad sobreviviera al invierno.

Gracias a la rapidez de sus caballos, el señor de los francos había conseguido por la fuerza la sumisión de su primo, que le odiaba. Tasilón había saboreado la independencia durante treinta años y tenía hijos que aspiraban a heredar el trono. Además, tenía una esposa que jamás se arrodillaría ante un arnulfingo. Y la hueste armada de los bávaros seguía intacta.

Por su parte, el sagaz agilulfinco se daba perfecta cuenta, como el propio Carlomagno, de que la cuestión entre ambos no era quién llevaba a cabo un mandato de Adriano, sino quién gobernaría Baviera. El regalo de un poco de oro, la falsa aceptación de un nuevo juramento y la entrega de una decena de rehenes no era más que un gesto forzado. Tasilón resistiría por las armas y Carlomagno no tenía, en aquel momento, el menor deseo de encontrarse con otro Widukindo.

Pero ¿cómo podría plantar cara al orgulloso bávaro? Sin duda, recurriendo a los ávaros, los enemigos naturales del cristianísimo rey de los francos.

Consciente de todo ello, Carlomagno dedicó los meses invernales a escribir cartas —o, mejor, a dictarlas— con un propósito. Las misivas hablaban de su responsabilidad en la salvaguardia de las tierras fronterizas de los cristianos frente a los eslavos y los ávaros. A Alcuino le planteó la cuestión de si no era misión suya expandir las fronteras de la Cristiandad. ¿Acaso Willehado, pariente de Alcuino, no acababa de consagrar su nueva catedral en Bremen (Brema), en la otra orilla del Weser? Alcuino, lleno de júbilo, escribió a Arno, «el águila de Salzburgo», que su glorioso monarca tenía en mente derrotar y obligar a retroceder «a los hunos, que son

enemigos del Señor». Salzburgo, donde vivía el valiente Arno, quedaba ciertamente muy cerca de las tierras ávaras.

Los peregrinos de Renania llevaron el mismo mensaje por los caminos. Entretanto, Carlomagno descansaba tranquilo en Ingelheim, dedicado a sus habituales cacerías, mientras esperaba a que su presa humana cayera en los señuelos que le había preparado.

Y empezó a suceder lo que había previsto. A instancias de su esposa, Tasilón llamó a las armas a sus vasallos. En el Danubio, el *khagan* ávaro, inquieto ante la súbita llegada de los francos, mandó enviados a consultar con los bávaros. Tasilón solicitó la ayuda de los jinetes paganos para conservar las montañas de Baviera frente al inflexible franco de baja cuna.

Sin embargo, en lugar de encontrarse al frente de un ejército, el señor de Baviera halló obstáculos que no había previsto. Sus señores feudales, que no tenían ninguna disputa con el imponente Carlomagno, protestaron ante su intención de quebrantar el compromiso alcanzado el otoño anterior (que les vinculaba al servicio del rey en el mismo grado que Tasilón). Sus obispos tampoco estaban dispuestos a ir en contra de la voluntad de Adriano. Arno —quien había respaldado con suficiente lealtad a su duque en Roma— se destacó especialmente en clamar contra la alianza con los hunos paganos, saqueadores de iglesias.

Algunos de aquellos nobles cabalaron Rin abajo para presentar su causa ante el rey. De inmediato, Carlomagno emplazó a Tasilón a presentarse el siguiente mes de junio ante la asamblea general reunida en Ingelheim, para responder a las acusaciones de rebelión y deslealtad.

El agilulfo no tuvo más remedio que acatar la orden, pues los ávaros no iban a moverse en ayuda de un monarca al que abandonaba su propio ejército. Así pues, desarmado y con su familia, Tasilón se presentó al juicio.

Para su sorpresa, se encontró no ante la corte de Carlomagno, sino enfrentado a la asamblea de nobles de las tierras francas, sajonas, lombardas y otras. En el gran salón de Ingelheim, los cargos contra él fueron presentados por sus propios vasallos.

Carlomagno no efectuó ninguna acusación. De hecho, mientras los nobles discutían, el inquieto franco abandonó la sala para hacer una ronda de inspección por el patio abarrotado de gente, donde conversó sobre las cosechas, los caballos y la caza —cualquier cosa menos el asunto de Tasilón— con los condes y caudillos que aguardaban allí.

Mientras, en el salón, un duque franco mencionó el agravio que Carlomagno había guardado durante treinta años contra Tasilón.

—Por desertar de su señor, el rey Pipino, mientras el mencionado señor marchaba contra su enemigo.

Tasilón comprendió entonces que Carlomagno había insistido en aquella

acusación y que la asamblea iba a condenarle sin remedio.

Cuando fue instado a hablar en su defensa, el duque bávaro respondió con orgullo y elocuencia, esmerándose en contar la verdad y toda la verdad. Había conspirado con los enemigos del rey y había deseado dar muerte a su señor. Su esposa había participado en la conjura. Había roto su juramento de fidelidad, pues «si tuviera diez hijos y los hubiera entregado a todos como rehenes, antes los perdería que someterme a los vergonzosos términos de ese juramento. Antes perdería la vida que seguir existiendo bajo sus condiciones».

Fue un discurso valiente y sincero que satisfizo a los jueces del alto tribunal y que le valió la condena a muerte por unanimidad. Aunque la asamblea no hizo mención de su familia, Carlomagno podía fácilmente haber ampliado la sentencia a su esposa y a sus hijos. Pero, en lugar de ello, el rey ordenó que Tasilón fuera internado en un monasterio, «para que allí hiciera penitencia por sus pecados durante los años de vida que le quedaran». Sus hijos le seguirían a la clausura y su esposa también tomaría los hábitos.

Así, con calculada clemencia, respondió el impredecible franco a la apelación del orgulloso bávaro a una muerte honrosa. Tasilón pidió entonces no ser sometido a la indignidad de perder su larga melena allí, delante de la asamblea, y Carlomagno le concedió ser tonsurado en el monasterio.

El dominio de la familia agilulfinga había terminado. En etapas cómodas, el advenedizo franco se trasladó a la ciudad palaciega de Ratisbona (Regensburg) e inspeccionó sus nuevos dominios en los Alpes, adueñándose de las propiedades de Tasilón y mandando al exilio a sus cómplices más cercanos. Arno fue consagrado arzobispo de Baviera.

Aunque rara vez llevaba o lucía en sus manos las galas y emblemas de la realeza —salvo para impresionar a los embajadores extranjeros—, Carlomagno presidía en ocasiones las audiencias empuñando el cetro confeccionado con tanto arte para Tasilón, bien porque algo inquietaba su conciencia o bien porque deseaba impresionar otra vez a su nuevo pueblo con la justicia de su toma del poder, pues al cabo de unos pocos años mandó presentarse a Tasilón, ahora monje tonsurado, para que reiterase su declaración de renuncia a toda reclamación sobre Baviera ante Carlomagno, su legítimo señor y rey.

Mientras tanto, en el frente italiano, Carlomagno había obtenido una victoria muy remarcable sin tener que librar combate. Keroldo y los veteranos la denominaron «una victoria sin sangre, o casi sin ella». Repasemos el calendario de este último y agitado año, entre 787 y 788, en que el franco y sus seguidores cubrieron más de tres mil quinientos kilómetros a caballo.

El 26 de agosto de 787, murió el viejo y resignado Arechi, duque de Benevento, y con él murió su paz. La duquesa, ejerciendo un privilegio de mujer, rechazó el

compromiso de la familia con Carlomagno e hizo un llamamiento a la resistencia, al tiempo que enviaba un urgente mensaje a la corte franca suplicando la liberación de su hijo Grimoaldo, rehén de Carlomagno y heredero del trono de Benevento. En la carta, invocaba su amor de madre y la necesidad de su pueblo sin líder. (Para entonces, Carlomagno se hallaba en plena marcha por el Rin hacia Baviera).

Por fin, la flota bizantina apareció ante la costa. Traía un ejército de invasión conducido por Adelghi, hijo de Desiderio, el hermano de la duquesa. Esta volvió a pedir el regreso de Grimoaldo.

Desde Roma, alertado de la situación, el Papa también envió a Carlomagno su ruego de que no liberase al muchacho. La duquesa, según Adriano, había acudido en peregrinación al santuario de San Miguel Arcángel. ¡Un santuario, precisamente! La flota invasora estaba en las proximidades, en Taranto, y la mujer, junto con su hermano y los bizantinos —el *strategos* de Sicilia y el representante de la emperatriz—, estaba tramando planes para «arrebatar la Italia meridional al apóstol de Dios y a vuestro real poder, y al mío. ¡Venid pronto! —exclamaba Adriano con evidente apuro—, ¡No dejéis que Grimoaldo se os escape!».

Pero Carlomagno no hizo nada de lo que le solicitaban.

A principios de la primavera de 788, mientras escribía sus numerosas cartas a Baviera, el señor de los francos mantuvo a su lado al joven rehén. Grimoaldo, un poco mayor que Pipino, comía en la mesa del rey, le acompañaba de caza y estuvo presente en el juicio a Tasilón, en junio. Carlomagno trató al muchacho como si fuera su propio hijo.

Después, una vez desembarazado de Tasilón y con las manos libres, dejó en libertad a Grimoaldo. Antes de partir, el muchacho hizo promesa de cumplir sus deberes de vasallo para con el rey, acuñar sus monedas con la efigie de Carlomagno, rasurarse, salvo el bigote, al estilo franco —una exigencia que parecía arraigada con firmeza en la mente del monarca— y permanecer leal a su rey. También prometió derribar las nuevas murallas que fortificaban Salerno (donde había fondeado la flota bizantina).

Así, Carlomagno apostó por la admiración que despertaba en el muchacho. Aquel septiembre, Grimoaldo volvió a cruzar el Volturno como hombre libre y fue recibido por las aclamaciones de sus nobles, el abrazo de su madre y el plan de batalla de su tío, Adelghi.

Desde aquellas explosivas tierras del sur, los enviados de Carlomagno le escribieron con preocupación: «En la frontera beneventina, no hemos encontrado lealtad a Vuestra Excelencia entre el pueblo».

Adriano, por su parte, clamaba amargamente: «En Capua, en presencia de vuestros enviados, ese Grimoaldo se felicitó diciendo que vos, su rey, habíais ordenado que todo el mundo le obedeciera. Y los nobles griegos de Nápoles soltaron

una carcajada de burla, diciendo: “¡Gracias a Dios! Todas las promesas hechas a los francos se las ha llevado el viento”».

Pese a las múltiples peticiones para que actuara y a las predicciones de un inminente desastre, Carlomagno, que por entonces estaba ocupando Baviera, no hizo nada acerca de la nueva crisis italiana. Quizá contaba con la amistad de Pablo Diácono, quien ahora se encontraba al lado de Grimoaldo.

Al llegar el otoño, el frente italiano estaba cubierto de rumores, los bizantinos desembarcaban en la costa del Adriático, los enviados francos huían para salvar la vida...

Entre los rumores, llegó la noticia de la batalla. En la frontera del Volturno, junto al monte del Buitre, la expedición del Imperio había sufrido una sorprendente derrota en la que había perdido cuatro mil soldados y sus comandantes bizantinos, el *strategos* y el *sacellarius*. Entre sus líderes, sólo Adelghi había logrado huir por mar, para no volver jamás.

Enfrentándose, pues, a su tío, Grimoaldo consiguió esta victoria con la ayuda del leal duque de Spoleto y un único conde franco. Con su decisión de mantenerse fiel al señor de los francos, el muchacho había contrariado las plegarias de su madre.

Adelghi desapareció del recuerdo histórico y la causa lombarda en Italia quedó definitivamente perdida. El ausente Carlomagno gobernaba ahora las tierras italianas en la persona de su hijo, Pipino. Las grandes ciudades como Benevento, Bolonia y Verona, abandonadas a sus propios recursos, lograron conservar cierta independencia. (En siglos venideros, esta independencia aumentaría hasta dar lugar al autogobierno de las poderosas Florencia y Milán bajo las familias ducales de los Sforza y los Médicis).

¿Qué había sido del juramento prestado años antes por Carlomagno ante la tumba de San Pedro, de devolver a los Papas la mayor parte de las tierras de Italia? El franco no lo mantuvo. Al parecer, con el paso de los años se reafirmó en la decisión de otorgar a los vicarios apostólicos numerosas propiedades eclesiales, pero no el gobierno mundano. Tal vez había advertido que Adriano carecía del vigor físico necesario para retener grandes territorios en aquella época violenta. Fuera como fuese, Carlomagno conservó sus dominios con la espada.

Adriano, aunque envejecido, no cejó en sus protestas por el quebrantamiento del compromiso y por la pérdida «del patrimonio de San Pedro». Al propio tiempo, el formidable campeón de San Pedro agradecía la protección de su inusual «compadre». Ciertamente, Carlomagno llevaba consigo la bendición de la paz real.

Durante los meses siguientes a la victoria al pie del monte del Buitre, Adriano tuvo buenas razones para agradecerla pues los ávaros, dueños no reconocidos de las tierras al este, emergieron de sus plazas fuertes junto al Danubio para lanzar un ataque salvaje.

Ante la turbulenta situación de las tierras cristianas, el *khagan* ávaro, siempre al acecho, aprovechó la oportunidad para realizar lucrativas incursiones. Avanzando con cautela, sus jinetes penetraron en las tierras altas de Baviera y descendieron a través de los Alpes de Carintia hacia el fértil valle del Po.

Junto a las fuentes del Danubio, Geroldo, el guardián de la Marca, rechazó a los invasores. En el Friuli, el experimentado Erico reunió a sus hombres de armas francos para obligarles a retirarse de castillos, abadías y pasos de montaña. Frente al peligro del ataque avaro, las fuerzas cristianas de protección se unieron con buena voluntad.

Carlomagno no había podido prever el momento del asalto ávaro, pero había preparado sus fronteras para el día en que se produjera. Durante aquellos dos últimos años, gracias a su impresionante exhibición de fuerza y destreza, había convertido a los rebeldes bávaros y beneventinos en aliados que se encargaran de rechazar los asaltos de los bizantinos por el mar y de los nómadas paganos por tierra. El temerario Palurdo que había provocado una enconada rivalidad al apartar de su lado a Désirée, su esposa lombarda, en un acceso de ira, se había convertido en el astuto estadista que había decidido liberar a su potencial enemigo, Grimoaldo. El infeliz caudillo que había avanzado torpemente en su primer paso de los Alpes en Mont Cenis y que había perdido lo mejor de su ejército en Roncesvalles, había aprendido por sí mismo, de algún modo, el difícilísimo arte de llevar a cabo una guerra sin librar combates.

Por aquel entonces, el monarca empezaba a intentar instruir a su primogénito, Carlos, en la conducción de los ejércitos mientras los otros hijos de Hildegarda, Pipino y Luis, conseguían, si no precisamente honores, sí al menos reconocimiento como reyes de Italia y de Aquitania.

Y por fin, cuando ya terminaba el año, Carlomagno envió mensajes a Arno de Salzburgo y a los guardianes de sus lejanas fronteras anunciando que acudiría personalmente a protegerles de los paganos eslavos, bohemios y ávaros. Una promesa que se proponía cumplir.

Poco a poco, con la tenacidad de un campesino, el monarca del Rin se abría camino hacia un nuevo dominio, hacia un nuevo reino que, en su imaginación, evocaría la ciudad de Dios que había descrito el inspirado Agustín. En él, sus nuevos súbditos se convertían en *fideles*, fueran bretones, turingios o sajones. El propio Alcuino reconocía ahora: «Vuestros súbditos son los pueblos cristianos».

Extensos eran ya los territorios de la futura nación y sus fronteras podían ampliarse aún más, hasta la orilla del Mar Helado y hacia el oriente desconocido al otro lado del Adriático. El primer paso sería llevar esas fronteras más allá de las tierras ávaras. En Ratisbona, la ciudad corte de su brillante primo Tasilón, Carlomagno se preparó para lanzar su ataque hacia el este.

Sin embargo, a finales de aquel año, el monarca se dirigió a otro lugar para celebrar la Navidad. Sin detenerse en Ingelheim, donde se había instalado Fastrada en

unos lujosos aposentos, Carlomagno embarcó Rin abajo, avanzando con el viento hacia el pavimento roto de la calzada romana en desuso que conducía a su valle de Aquis Granum.

En aquella encrucijada de caminos, entre baños en las aguas termales sulfurosas y cacerías de jabalíes en los bosques, llevó a cabo los cánticos y banquetes de la Navidad, para gran sorpresa de sus paladines y de los miembros de la Academia, pues no había celebrado allí las fiestas navideñas desde hacía dos décadas; concretamente, desde el año de la muerte de su padre.

Sobre el valle se alzaba una hermosa colina cuya falda, bañada por el sol de la tarde, dominaba las casas apiñadas de la aldea y las ruinas romanas. Paseando por ella, Carlomagno escogió el emplazamiento para un palacio como el de Pavía, con una columnata que se extendería hasta el punto donde se erigiría una catedral, pequeña pero dedicada a la Virgen, que sería edificada a semejanza del templo de San Vítale, en Rávena.

Mientras se preguntaba quién la construiría, observó complacido las radiantes miradas de las doncellas de la aldea, llenas de admiración y temor ante la presencia del rey. Las muchachas rebosaban de calor y de risas, al contrario que la altiva y exigente Fastrada. Una vez más, el valle le pareció a Carlomagno el lugar ideal para su nueva ciudad.

Una carta de Adriano vino a aumentar su satisfacción.

—¡Ha llegado! ¡Por fin ha llegado! —exclamó al recibirla—, ¡Más dulce que la miel!

La carta decía: «Hemos recibido vuestra misiva, luminosa y más dulce que la miel, de manos del duque Alwino. En ella expresáis vuestro deseo de que os concedamos los mármoles del palacio de la ciudad de Rávena, así como los mosaicos que se encuentran tanto en el pavimento como en las paredes de las iglesias. Con gusto accedemos a vuestra solicitud, pues, gracias a vuestros reales esfuerzos, la iglesia de vuestro patrono san Pedro disfruta todos los días de numerosos beneficios».

Ahora, Carlomagno sólo necesitaba dos cosas: alguien que trazara los planos de sus edificios capitalinos y materiales mejores que el estuco romano o los troncos y la paja francos para erigir las paredes.

Mucho tiempo después, un viejo soldado contaría al divertido monje cronista de Saint-Gall la manera que tenía Carlomagno de construir lo que deseaba: «Entonces, el ingeniosísimo gran rey dijo a sus hombres: “Que no se nos acuse de permanecer ociosos en este día; erijamos algún monumento conmemorativo de la ocasión. Apliquémonos a levantar una capilla de oración donde podamos consagrarnos de nuevo al servicio de Dios”. No bien terminó de hablar, sus hombres se dispersaron en todas direcciones en busca de piedras y arena, de madera y de cal y de pinturas, así como de operarios expertos en su uso. Ese día, entre la hora cuarta y la hora

duodécima, con la colaboración incluso de los hombres de armas y los propios nobles, se edificó una catedral tal, con sus muros y techos y sus frescos en las paredes y sus grecas en el cielo raso, que nadie que la viera después habría creído que se había tardado un día menos de un año en levantarla».

VII. El tesoro de los ávaros

Por esa época, empezó a producirse un distanciamiento entre Carlomagno y sus francos. Aunque el rey había conseguido someter a los salvajes de sus fronteras paganas, encontró más dificultades en dominar los impulsos bárbaros de su propio pueblo. Para vencer a italianos y lombardos, había utilizado la paciencia y la persuasión; en su reino, en cambio, actuó con brutal determinación.

De ello cargó con la culpa Fastrada. «Nuestro rey, normalmente tan clemente, se hizo cruel y exigente bajo la influencia de la reina». Tal vez fuera así, pues la mujer seguía siendo capaz de imponer su voluntad a su real esposo, pero la revuelta de los años siguientes no fue causada tanto por la personalidad de Fastrada como por la incapacidad del monarca para gobernar sus dominios, cada vez más extensos, más allá de donde alcanzaba su propia presencia física.

Los primeros síntomas de este distanciamiento aparecieron en las tierras del Rin con el viejo agravio de los soldados veteranos que, a su regreso, encontraban empobrecidas sus haciendas y descuidados sus campos de labor mientras que sus vecinos que habían eludido la llamada del rey tenían, al menos, el granero lleno y el ganado engordado. Además, los leales que habían cruzado los Alpes en esta ocasión no habían tenido acceso al botín como en la primera expedición victoriosa sobre los lombardos. Al parecer, el oro y los regalos de Tasilón y de Arechi fueron a parar a la «dote» de Fastrada, y la reina no tenía el menor interés en repartir el tesoro.

En esta situación, el inflexible monarca convocó el año siguiente, 789, a su hueste armada para devastar las tierras de los eslavos más allá del Elba, donde las aldeas de casa de adobe y techumbre de paja ofrecían poco provecho a los soldados leales. Muchos de sus hombres argumentaron enfermedades o pobreza para quedarse en sus granjas. Otros desaparecieron en los bosques cerrados para aumentar el número de gentes sin amo que vivían de la caza y del robo.

Contra todos estos desertores, Carlomagno formuló la acusación de *herisliz*.

La dificultad radicaba en capturar a los prófugos. La división de sus dominios en territorios poco definidos dominados por duques (jefes militares), condes (administradores) y obispados de las diócesis —además de entre los responsables de las numerosas abadías y monasterios ofrecía cómodos refugios en la espesura de aquellos bosques, que el rey pretendía ir transformando en tierra de cultivo. En las aldeas lejanas, gobernadas por vicarios o por «centuriones», eran bien recibidos los soldados y labradores fugitivos, sobre todo cuando llegaban con algún regalo en la mano.

En todas las tierras francas seguía en vigor la vieja costumbre tribal, no escrita, por la cual un guerrero era considerado un hombre libre, y los hombres libres no podían ser contratados ni obligados por la fuerza a los trabajos manuales, sino a recibir o entregar presentes al modo de los nobles y trabajar con las manos sólo cuando les viniera en gana.

Carlomagno descargó su ira contra tan extendida relajación e incumplimiento de las leyes. Sus edictos instaban a «los condes y jefes militares a impartir toda justicia, a utilizar agentes de su confianza no para oprimir a los pobres sino para apresar ladrones, rateros, homicidas, libertinos [...]. Quienes han recibido el poder para juzgar lo harán rectamente, sin tomar en consideración regalos, lisonjas o personalidades».

El problema se centraba en estas últimas, como bien comprendía Carlomagno. Los guerreros portaban armas habitualmente; sería una afrenta intentar despojarles de ellas. Y, sobre todo al regreso de una campaña, era fácil que las utilizaran cuando bebían en exceso, cuando se sentían ofendidos o cuando algo provocaba su justa ira. Acusado de derramamiento de sangre, un franco reclamaría su derecho a pagar una compensación, un noble exigiría ser juzgado por sus iguales y un noble turingio afirmaría tener parentesco con la reina, mientras que un campesino podía ser crucificado por un robo.

La sugerencia de Alcuino de guiarse por las Sagradas Escrituras no había servido para acabar con aquel endémico rompecabezas de leyes. Un criminal podía apelar a la voluntad de Dios y exigir ser juzgado por la ordalía del fuego, el agua o la pez hirviente.

El monarca combatió con toda energía aquella lacra de las leyes personalizadas, de las que eran responsables sus predecesores, y decidió que si no podía remediarse mediante las palabras de las Sagradas Escrituras lo sería por el sentido de éstas. Los cristianos, pues, debían aceptar como leyes lo que Pablo y los apóstoles habían querido indicar que llevaran a cabo en la vida.

Por supuesto, la apelación final era al propio Carlomagno o, en su ausencia —y eran muchas las ocasiones en que estaba lejos de la escena de un delito o una disputa—, al conde palatino. Sin embargo, el monarca había heredado un método rudimentario de proyectar su real presencia a través de los *missi*, o portavoces del rey. Estos delegados explicaban los deseos de su señor, lo cual equivalía en realidad a expresar sus órdenes.

Ahora, Carlomagno intentó recuperar el control sobre sus súbditos mandando unos nuevos enviados dotados de mayor autoridad, los *missi dominici*, «para dar voz a la palabra de su señor y llevar a cabo la voluntad de Dios y las órdenes del rey».

Carlomagno utilizó esta frase sin asomo de vanidad. Para él, ser rey *gratia Dei* significaba gobernar con el deber de hacer cumplir la voluntad de Dios. Más tarde, la

frase adquiriría otro significado —de hecho, algunos historiadores apuntan que Carlomagno fue el primero de los reyes franceses (o emperadores alemanes) «por la gracia de Dios»—, pero en su tiempo implicaba una gran responsabilidad. Responsabilidad que traspasó a sus nuevos enviados, convirtiéndoles prácticamente en virreyes. «Es mi deseo que den ejemplo del recto obrar que exigen en mi nombre».

Los *missi dominici* no debían aceptar presentes ni tener en cuenta la personalidad del juzgado. Tenían que llevar a cabo la voluntad de Dios a través de las leyes elaboradas por los hombres, e informar personalmente al rey de su tarea. Dado que las disputas más agrias surgían siempre entre clérigos y legos, Carlomagno solía nombrar sus *missi* por parejas, haciendo que viajaran un duque con un obispo.

Estos enviados tenían por misión principal ayudar a preservar la paz del rey. «Todo el que perturbe dicha paz será arrestado». También tenían que obligar a condes y prelados a ayudar «a los pobres del Señor» y estaban investidos de autoridad para imponer castigos a los gobernantes locales que se descarriasen. «Los domingos y festividades, todos deberán acudir a escuchar la palabra de Dios [...]. Los condes deben presidir sus tribunales en primavera y otoño, en lugar de salir de cacería o dedicarse a otros placeres [...]. A los ebrios no se les permitirá el acceso a la sala del tribunal».

Este atrevido experimento de delegar autoridad no rindió a Carlomagno los resultados que esperaba, pues también dependía en gran medida de la personalidad de los enviados, de si los *missi dominici* tenían la integridad suficiente para rechazar los sobornos. Además, como éstos debían presentar sus informes directamente al rey, tendían a informarle principalmente de la lealtad o deslealtad de sus vasallos.

De hecho, se convirtieron en una especie de policía de seguridad. Y Carlomagno tenía necesidad de un servicio como aquél.

Antes incluso de la gran sequía, los tiempos eran difíciles. Probablemente, Carlomagno empezaba a darse cuenta, si aún no lo había comprendido del todo, de que su naciente reino occidental había estado aislado de las rutas comerciales del mundo exterior. Sus salidas a Zaragoza, Benevento y la costa báltica le habían permitido vislumbrar brevemente las caravanas de mercaderes y el comercio marítimo. Su creciente reino franco seguía sitiado por las flotas normandas y árabes dedicadas al comercio y las incursiones violentas.

El monarca, además, no poseía monedas de oro como el diñar cordobés o el *solidus* bizantino e intentaba compensar su pobreza con bastante ingenio. Unas cartas de Adriano le agradecían el regalo de «caballos útiles», pero le pedía otros mejores y dinero en metálico para reparar el tejado de San Pedro. Carlomagno entregó cuanto tenía para las obras.

Para sostener sus acuñaciones de plata, invalidó las monedas extranjeras y el oro, al tiempo que aumentaba el peso de su propia moneda, el diñar de plata, más tosca

que aquéllas. Al propio tiempo, intentó establecer una normalización de los pesos y las medidas.

Aunque aligeró los peajes a pagar por los mercaderes extranjeros, éstos rara vez se aventuraban más allá del Danubio o de las islas venecianas, a las que, según los rumores, llegaban por mar la seda, las especias, el cristal y los lujos de Oriente. La plata, la madera y los ásperos tejidos de lana de las tierras francas no tentaban a los comerciantes y, en un acceso de cólera, Carlomagno había prohibido el desembarco de los comerciantes de Britania en tierras francas.

Las pocas importaciones que llegaban al reino franco eran lujos que no afectaban a la economía de la vida aldeana.

En realidad, la economía de Carlomagno era una chapuza destinada a alimentar y a armar a sus súbditos. Le sorprendió descubrir, cuando los examinó con atención, que sus sellos reales carolingios habían sido moldeados a partir de una joya tallada de un emperador romano, Aureliano, y de una representación de Serapis, un dios egipcio.

Por influencia de Fastrada, el franco empezó a considerar que carecía de muchas cosas que nunca había echado de menos en vida de Hildegarda. Cuando Maganfredo, su diligente chambelán, logró incrementar las cosechas de las propiedades de Carlomagno y sugirió que podían atender con el excedente las necesidades de otros dignatarios de la corte, recibió la orden de no hacerlo. «Las tierras del rey deben servir sólo al rey, y a nadie más».

Ningún monarca de sus tiempos insistió con más firmeza en sus prerrogativas personales. Sus nobles no protestaron ante ello, sino que más bien le admiraron. Los señores francos, con todo, empezaban a estar insatisfechos con las prebendas del monarca, como las concesiones de tierras de cultivo vitalicias. Un conde renano recibía una aldea, con una iglesia y casas de labor, en la «conquistada» Sajonia, con el deber de mantener la paz, detener a los fugitivos y pagar los diezmos al rey y a la iglesia. Naturalmente, el conde empleaba este poder vitalicio para ampliar sus tierras, incorporando más ríos de pesca y más bosques de caza, y muy pronto empezaba a considerar la concesión como su propiedad y a legarla a sus hijos, mientras Carlomagno insistía en que la concesión seguía siendo una propiedad real, que se pondría en manos del dignatario que ocupara el lugar del conde.

Al propio tiempo, la cesión de tierras a señores locales tuvo una consecuencia imprevista hasta entonces. Los hombres de armas y campesinos de los señores estaban obligados por juramento a obedecer a Carlomagno y a sus reales hijos, pero dependían de su señor local para las necesidades de la vida cotidiana: un molino para hacer la harina, semillas para la siguiente siembra, animales para tirar del arado y, sobre todo, protección frente a las incursiones de los vecinos o de las bandas hambrientas que pululaban en los bosques. Así pues, la necesidad les impulsaba a una

segunda lealtad, esta vez a su señor feudal. Y, sobre todo cuando ese señor era un caudillo valiente en la batalla, sus seguidores se sentían más vinculados a él —sobre todo si las tierras quedaban lejos del Rin— que a un rey invisible que hablaba en griego y pasaba los veranos en Roma o en Ratisbona.

Carlomagno, que comprendía a su pueblo, tal vez percibió el peligro que significaba aquella lealtad dividida. Los hombres que eludían el juramento de fidelidad con cualquier pretexto eran perseguidos o exiliados. Al propio tiempo, los incesantes desplazamientos del monarca le llevaban a recorrer sin ceremonias ciudades y puestos fronterizos desde Boulogne, en el canal de la Mancha, hasta Montecassino. No obstante, era imposible que pudiera visitar todos sus nuevos dominios y se vio forzado a confiar cada vez más en sus *missi dominici* y en los pocos caudillos locales de probada lealtad, como Geroldo y Erico, «poderosos en la guerra y elevados de espíritu».

Sin embargo, nada podía sustituir del todo la propia presencia del rey, alegre y exigente, y su voz aguda exhortando a todos a mejorar las cosas. En Aquitania, donde hacía doce años que no ponía el pie, los asuntos no marchaban bien. Luis, el rey, era todavía un muchacho y el competente guardián, Guillermo de Toulouse, tenía crecientes dificultades con los moros del otro lado de los Pirineos.

El propio Carlomagno tenía también problemas de otro tipo con la gran asamblea de sus pueblos cristianos.

En 790, sucedió algo insólito. El verano de aquel año, Carlomagno no viajó a ninguna parte.

La asamblea de otoño se celebró donde estaba instalado el monarca, en la antigua ciudad de Worms, entre campos de viñedos del curso alto del Rin, cerca de la frontera bávara. De hecho, la asistencia de los señores de las tierras francas, legos y clérigos, fue tan numerosa que algunas de las reuniones tuvieron lugar en los propios campos.

Los francos de más edad no aceptaron de buen grado la presencia de extranjeros lombardos, bávaros y sajones, que fueron recibidos por Carlomagno con los mismos honores que los renanos. A ojos de éstos, el congreso nacional de los francos se había transformado en una auténtica Babel de gentes extrañas que hablaban toda clase de lenguas y que insistían con vehemencia en someter sus reclamaciones a conocimiento y sentencia del rey, quien debería haber atendido primero a las necesidades de sus nobles francos. Así pues, estos francos más veteranos intentaron conferenciar aparte, para acordar una postura común.

«Ningún extraño se acercó al lugar de su reunión —escribió Adalardo, primo del rey (cuyas palabras nos han llegado en el manuscrito de Hincmar, arzobispo de Reims)—, hasta que los resultados de su deliberación fueron expuestos ante el gran rey, quien entonces, con la sabiduría que le otorgó Dios, respondió con una resolución que todos obedecieron».

Carlomagno, pues, no intervino en las discusiones de sus nobles, pero dio su parecer cuando hubieron terminado. Y la palabra del rey fue obedecida por todos.

«Mientras se desarrollaban estas deliberaciones lejos de la presencia del rey, éste salía a mezclarse con la multitud, aceptaba presentes, saludaba a los hombres más notables, se fijaba en los que apenas conocía, mostraba un cortés interés por los ancianos, jugaba con los niños y hacía casi lo mismo con los clérigos [...].

»Con todo, el rey proponía a los señores, tanto legos como eclesiásticos, las cuestiones que debían tratar. Y si la asamblea deseaba su presencia, el monarca se sumaba a ella y permanecía en la reunión todo el tiempo que los señores deseaban.

»El rey tenía también otra costumbre: pedir a cada hombre que le informara sobre la parte del reino de la que procedía. Todos los asistentes a las reuniones eran instados a investigar, entre asamblea y asamblea, lo que sucedía en sus territorios y en las tierras vecinas. El monarca, pues, conseguía informaciones tanto de los habitantes como de los extranjeros, de los amigos como de los enemigos, empleando en ocasiones a diversos agentes sin preocuparse mucho de cómo obtenían sus informes.

»El soberano quería saber si en algún rincón del reino había inquietud entre el pueblo, y si se había producido alguna alteración de la paz. También quería descubrir si había algún signo de revuelta y si las naciones aún independientes amenazaban con atacar el reino. Si se producía algún desorden o se advertía algún peligro, exigía conocer con detalle cuál era la causa».

Así pues, al tiempo que representaba su habitual papel de encantador anfitrión, Carlomagno recogía los informes de espionaje más recientes. El franco tenía por costumbre guardarse las decisiones hasta el final de las reuniones. Los notarios de la asamblea, sin el menor asomo de ironía, dejaban constancia de sus resoluciones atribuyéndolas «al consejo y al propio rey».

Aquel otoño, Carlomagno estaba especialmente preocupado por la cuestión de la lealtad, porque había percibido un estado de inquietud en el corazón de las tierras francas. Por ello, se propuso convocar a todas sus fuerzas armadas para dirigirse contra los ávaros antes de que los paganos orientales pudieran atacar de nuevo Baviera e Italia. A lo largo de dichas fronteras, sus *missi dominici* estaban negociando activamente con los caudillos ávaros sobre los límites de sus respectivos territorios, bien para comprobar si el *khagan* ávaro accedería a firmar la paz, o bien para inducirle a creer que el rey franco buscaba dicha paz. Intentar estratagemas contra los nómadas paganos era peligroso y Carlomagno comprendió que necesitaba el pleno apoyo de lombardos, bávaros y turingios para enfrentarse a ellos. Así pues, la asamblea de 790 le permitió descubrir quiénes eran los leales en los que podía confiar y qué tropas acudirían a su convocatoria. Necesitaría más fuerzas que las de sus propios francos.

Einhardo, el enano, relata: «Le gustaban los forasteros y se ocupaba de

protegerlos, incluso cuando llegaban al reino y a palacio en tan gran número que parecían una molestia».

Este Einhardo se había convertido en blanco de las bromas y risas de los moradores de palacio. Con su cuerpo menudo, corría siempre de un lado a otro llevando plumas o vino a los grandes eruditos. «Como una hormiga», comentó alguien. Alcuino le dio el nombre de Nardalus, el enano, pero añadió cortésmente que su pequeño cuerpo albergaba un espíritu excelente. Y, como sólo era experto en el trabajo de los metales, el pequeño monje de Fulda, que apenas contaba diecinueve años, recibió también el apodo de Bezaleel.

El joven Einhardo respondía siempre con alegría a cualquiera de aquellos nombres, ocultando su ambición de llegar a escribir como su maestro, Alcuino. Al mismo tiempo, desde entonces en adelante, hizo de Carlomagno un héroe al que profesaba veneración. A los ojos perspicaces del nuevo estudioso, el corpulento Arnulfo era no sólo un señor majestuoso, sino un ser lleno de magnetismo, con flaquezas y caprichos que le daban una dimensión humana.

Años después, Einhardo describiría el aspecto de Carlomagno en la plenitud de sus fuerzas.

«Era robusto, fuerte y de excepcional estatura. La parte superior de su cabeza era redonda, con los ojos muy grandes y vivaces, la nariz algo larga, el cabello claro y una expresión alegre y satisfecha. Sentado o de pie, su porte resultaba majestuoso aunque tenía un cuello grueso y algo corto y un vientre bastante prominente. Su paso era firme, sus gestos, viriles, y su voz, clara, aunque no tan potente como uno esperaría de alguien de su corpulencia [...].

»Se dejaba llevar por sus propias inclinaciones más que por los consejos de los médicos, a quienes casi odiaba porque insistían en que abandonara los asados, que le gustaban con fruición, por la carne cocida.

»El rey Carlos rara vez era capaz de rechazar un bocado apetitoso y a menudo se quejaba de que los ayunos perjudicaban su salud. De todas maneras, era moderado en el comer y aún más en el beber, pues le repugnaba la ebriedad, especialmente en él mismo y en su familia. Rara vez se permitía beber más de tres copas de vino en una comida. En cambio, era gran amante de los asados que sus cazadores le servían en espetones. En la mesa, le gustaba escuchar música o lecturas en voz alta de las historias y hazañas de la Antigüedad, aunque también era amante de los libros de san Agustín, sobre todo del titulado *La ciudad de Dios*.

»En verano, tras la colación de mediodía, tomaba alguna pieza de fruta, apuraba una copa de vino, se quitaba la ropa y los zapatos y descansaba durante dos o tres horas. Por la noche, tenía la costumbre de despertarse y levantarse de la cama cuatro o cinco veces. Solía dar audiencia a sus amigos mientras se vestía, pero si el conde palatino le informaba de algún pleito que precisaba de su intervención, hacía pasar

enseguida a las partes y dictaba su decisión. Dondequiera que estuviese, siempre resolvía tales litigios».

Para el estudioso Einhardo, la capacidad del rey para resolver cuestiones como si se tratara de juicios al tiempo que se ocupaba de otros asuntos resultaba asombrosa, igual que la rapidez de sus respuestas.

«El rey Carlos tenía el don de la facilidad de palabra, y respondía a todo con rapidez y claridad. Tanta era su elocuencia que habría podido ser maestro, pero tenía en gran estima a quienes le habían enseñado. Con el diácono Alcuino, el gran erudito, profundizó en el estudio de la retórica y, sobre todo, de la astronomía. El rey aprendió a calcular e investigar los movimientos de los cuerpos estelares con un profundo conocimiento del tema. También probó a escribir y solía guardar tablillas y páginas en blanco bajo la almohada de su lecho, para poder ejercitar la mano en la caligrafía durante las horas de insomnio. Sin embargo, había empezado tan tarde que nunca lo consiguió [...].

»Solía llevar la indumentaria nacional [es decir, de los francos]. Sobre la piel vestía una camisa y unos calzones de lino y, encima de ellos, una túnica orlada de seda. Llevaba los pies calzados y unas bandas de cuero, atadas con tiras del mismo material, cubrían sus piernas. Encima de todo ello lucía una capa azul y portaba al cinto una espada, casi siempre con oro en la empuñadura. Sólo exhibía la espada de gala, con piedras preciosas, en las grandes festividades o cuando recibía a algún embajador extranjero. Los días de gran celebración, se engalanaba con ropajes llenos de bordados y cerraba la capa con una hebilla de oro. Como corona, lucía una diadema de oro y gemas».

Mientras Einhardo servía a su héroe, otra figura contrahecha apareció en la corte de Worms. Pipino el jorobado dejó su guarida en Prüm para presentarse en palacio, donde se sintió desplazado. Fastrada, con su melena rubia resplandeciente, gobernaba a las mujeres asistida por unas damas cuyas ropas y joyas eran más espléndidas de las que había tenido nunca su madre.

De hecho, la casa del rey estaba ahora llena de mujeres, dado que todos los medio hermanos de Pipino tenían ya sus propias cortes en tierras lejanas. Incluso el mayor de ellos, el atractivo y torpe Carlos, había sido nombrado duque de Maine, junto al río Loira (pues el muchacho no había satisfecho las expectativas de su padre como caudillo guerrero).

Después de las oraciones vespertinas, cuando el rey hubo despedido a sus paladines, las mujeres revolotearon alrededor del monarca en el jardín de palacio, como moscas en torno a un tarro de miel. Todas ellas lucían nuevas galas como si cada una tuviera un rango, concedido por Carlomagno, y llevara sus mejores ropas para complacer su mirada.

El padre del jorobado tomó asiento cómodamente en su banco de campo, sobre un

tapiz con su nombre bordado: *Carolus Rex*. Una cruz separaba ambas palabras. Carlomagno no se cansaba nunca de oír el tañido del arpa y las voces agudas de las muchachas, que se comportaban como pavos reales, sabedoras del efecto de sus hermosas ropas, cuyas colas arrastraban por la hierba húmeda al moverse. Rotruda llevaba sus cabellos de color paja atados con cinta púrpura y lucía una cadena de oro colgada al cuello.

El jorobado se dedicó a observar y escuchar desde abajo, junto a las mesas de los portadores de copas, donde podía pasar por uno de los jóvenes sirvientes que esperaban a que les llamaran. No obstante, era diez años mayor que aquellas muchachas de Hildegarda. Advirtió que Berta se mantenía a la sombra de la columnata y vio sus manos entre las del capellán, Angilberto. Cuando empezó a notar el relente vespertino, la muchacha se echó una capa de armiño por encima de sus blancos hombros. La luz de las velas arrancó un reflejo dorado de su diadema y un centelleo de oro en la banda que ceñía su esbelta cintura.

Cuando su padre la llamó, Berta se adelantó para cantar acompañada del arpa.

Salvando montañas y atravesando valles umbríos, acuden los fatigados viajeros. Llegan con báculos y escrituras buscando la paz más allá de las montañas, en los valles de la paz de Cristo.

Así cantó Berta., con voz melodiosa, los versos escritos por Angilberto que tan bien conocía. Su padre, mientras tanto, llevaba el compás con su recia mano, disfrutando de aquella hora que dedicaba al descanso y la alegría.

El jorobado espío a aquellas espléndidas mujeres. Acucillado en su rincón, advirtió cómo una robusta camarera besaba a escondidas la mano del rey mientras le servía unas frutas. Y vio cómo el rey le acariciaba la pierna.

Aquellas mujeres, se dijo, eran busconas que se arremolinaban en torno a su señor, quien repartía entre ellas a manos llenas piedras preciosas engastadas en plata. Pipino se preguntó si Fastrada, la reina, habría advertido aquellas insinuaciones, pero no pudo interpretar su expresión.

Los descendientes de la real pareja que dormían en la alcoba principesca eran todas niñas, con un ligero tono dorado en sus cabellos infantiles. El jorobado se dijo que Fastrada tal vez brillara como el oro, pero su espíritu debía de ser más duro que las ásperas piedras de su celda en Prüm. Probablemente, ni siquiera una piedra arrojada contra su cabeza acabaría con su vida.

Arrodillado junto a la pared de la capilla real durante la misa, el recién llegado escuchó la plegaria final del sacerdote que, vuelto de espaldas al altar, rogaba «por el rey Carlos, por sus hijos Pipino y Carlos, por Pipino, rey de los normandos, y por Luis, rey de Aquitania, por la reina Fastrada...».

El nombre del jorobado precedía, pues, al de la reina en el orden de la familia. Pipino había llegado a la edad adulta sin más título que un nombre murmurado en las

plegarias. El muchacho no tenía la fuerza necesaria para arrojar una piedra a la cabeza de la orgullosa reina. En cambio, encontró amigos que le aconsejaron, nuevos amigos que buscaban su compañía, que compartían el vino con él y escuchaban cortésmente sus palabras como si hubiera recibido honores y privilegios de su padre. Y todos ellos le advirtieron que no hiciera el menor comentario desfavorable acerca de Fastrada.

—Hubo un tal Hostlaico —le cuchichearon sus amigos— que declaró que Kriemhilda, la reina borgoñona, no tenía más ansias de contemplar la muerte sangrienta de hombres valerosos que Fastrada, que había matado a los nobles turingios con su lengua viperina. El comentario de Hostlaico llegó a conocimiento de Fastrada gracias a sus mujeres espías; muy pronto, la reina dio muestras de una gran consideración hacia el citado Hostlaico, hasta el punto de obsequiarle con unos pasteles preparados por sus damas. Cuando el hombre cayó enfermo, Fastrada expresó su gran pesar y le visitó en el lecho, prometiendo que enviaría a su propio médico para atenderle. Pero, cuando se presentó, el citado médico sólo pudo verificar que Hostlaico había entregado su vida sin recibir confesión ni extremaunción. Mi señor, no digáis una sola palabra contra la reina.

Pipino no sabía si sus amigos decían la verdad. Sus nuevos camaradas le condujeron entonces a la mesa de un noble, que le cedió el asiento de honor. Las doncellas de la casa escanciaron vino al jorobado antes que a nadie. A su alrededor y al pie del estrado, estaban sentados hombres poderosos, camaradas turingios del difunto Graf Hardrad y señores bávaros que habían servido a Tasilón. Todos ellos brindaron por el jorobado como primogénito y heredero del rey. Si Dios permitía que Carlomagno muriese en la marcha contra los ávaros, su hijo Pipino debía, por derecho, gobernar el reino franco. Así se lo hicieron saber.

El muchacho alentó la esperanza de que una piedra aplastaría finalmente a Fastrada.

—En las Sagradas Escrituras se cuenta cómo Abimelec, hijo de Gedeón y de una concubina, mató con una piedra a su padre y a sus setenta hermanos —apuntó un clérigo de Baviera.

—Cuánto me aflige —añadió otro comensal— oír comentar en la corte que Himiltruda, la noble madre de Vuestra Excelencia, era una simple concubina y no la esposa legítima de vuestro padre.

Toda la rabia de Pipino se concentró en Fastrada y su corte de mujeres, no contra su padre.

—Mientras el rey Carlos siga con vida —le aseguraron—, Fastrada continuará actuando sin clemencia.

—A la muerte de Gedeón, Abimelec reinó con gran esplendor.

El banquete y la conversación dejaron una huella en la mente del jorobado.

Habría sido mejor para él haberse quedado en los huertos de Prüm. Se sentía un hombre hecho y derecho, pero era un completo extraño en la corte de su padre. El otro enano, Einhardo, contaba con la estima del rey por su cháchara. Carlomagno estaba absorbido por la tarea de reunir fuerzas para atacar a los ávaros. Alcuino, que a veces se sentaba a charlar amablemente con el jorobado, había terminado un gran misal para el rey, con una caligrafía clara y elegante. Tan satisfecho quedó el monarca, que concedió a Alcuino permiso para visitar su tierra natal de Britania.

Los nuevos amigos de Pipino rondaban en torno a él, en abierta conspiración. Como contraseña para reconocerse, llevaban pequeñas piedras en la mano.

Todos ellos trataban con deferencia a Pipino el Jorobado, y le enseñaron a evitar la inquina de Fastrada fingiendo estar enfermo. Recluido a solas en una hostería junto al río, el muchacho pudo escapar a la vigilancia de la reina y recibir allí la visita de sus camaradas, que le llevaban regios presentes y la promesa de que la dignidad real sería suya, pues el rey se disponía a partir hacia Ratisbona para reunir allí la hueste armada del reino franco y, si se aventuraba en tierras ávaras, todo podía suceder. Incluso su muerte.

Pero Fastrada, añadían los amigos del muchacho, se quedaría, sin duda, como había hecho en Eresburgo durante la campaña sajona, y su crueldad y su orgullo acabarían por encolerizar a muchos nobles valerosos. Entonces, éstos se levantarían contra ella y Pipino podría reclamar el trono, pues era el más valioso de los hijos del rey.

A Pipino le agradó ver a todos aquellos señores, a quienes no conocía, hincados de rodillas junto a su lecho. Desde hacía muchos años, el joven no era objeto de tantas atenciones.

«Con el mejor de los ánimos, el rey llevó a cabo sus mayores preparativos para marchar contra los ávaros», escribiría Einhardo.

Trece años más tarde, Carlomagno volvía a intentar lo que no había conseguido en España: conducir un ejército cristiano a tierras lejanas contra unos peligrosos paganos. En Ratisbona, proclamó que había decidido «visitar a los hunos para exigirles cuentas de sus fechorías contra la Santa Iglesia y contra el pueblo cristiano».

Los francos tenían por hunos a aquellos desconocidos nómadas porque habían surgido del misterioso Oriente y se habían instalado más allá del Danubio, sobre las ruinas de los dominios de Atila. Además, aquellos jinetes robustos, de baja estatura, rostros anchos con pómulos prominentes y largos cabellos recogidos en trenzas detrás de las orejas, parecían llevar en sus venas la misma sangre que las disgregadas tribus hunas. Los ávaros se habían abierto paso por las rutas de hierba de las estepas, expulsando a los demás pueblos que encontraban, hasta instalarse con sus rebaños en la llanura húngara, donde los misioneros cristianos jamás habían puesto el pie.

En aquellas tierras inexploradas, el *khagan* gobernaba una ciudad oculta en los

bosques. Arno de Salzburgo explicó que esta ciudad recibía el nombre de *Ring*, pues estaba rodeada por un círculo de túmulos de tierra donde los paganos enterraban a sus muertos, y que nadie entendía la lengua de aquellas gentes. (En efecto, los ávaros fueron el primero de los pueblos nómadas a caballo de origen turco-mongol en llegar a Europa).

Keroldo y sus hombres, por su parte, habían oído muchos rumores sobre aquel *Ring*.

—Es tan extenso —relataban— como las tierras que van de Tours al lago de Constanza. Alta en su muralla, de troncos de roble y tejo: siete codos mide de altura, y otros tantos de ancho. Es una barrera firme, reforzada con piedras y adobe. En su interior, el pueblo tiene sus viviendas, tan juntas que un hombre a la puerta de su casa puede hablar con el de la casa de al lado. Así, cuando las trompetas del *khagan* suenan en su inmenso palacio de troncos, la llamada puede oírse a veinte leguas en todo el *Ring* y todos los hombres gritan de una casa a otra: «¡A las armas!».

Aunque ni uno solo de los francos había visto el *Ring* todos se hacían una idea muy precisa de cómo era. Sobre todo, habían oído la historia de su tesoro. Mucho tiempo atrás, los godos habían saqueado Lombardía y los vándalos habían descubierto las riquezas ocultas de Roma, pero ambos pueblos habían seguido su camino bastante pronto. En cambio, los ávaros llevaban más de dos siglos haciendo incursiones en todas las fronteras cristianas para saquear de objetos preciosos las iglesias, habían impuesto tributo a los emperadores de Constantinopla y habían obtenido buenos ingresos por exigir el rescate de sus numerosos cautivos.

Después de tantos años, aquel tesoro ávaro debía ser mayor incluso que el de los nibelungos, protegido por las estratagemas de las doncellas del Rin. De hecho, cuanto más hablaban del asunto los hombres, más se confundía el oro de los ávaros con el tesoro de los nibelungos.

Carlomagno no desautorizó tales rumores sobre el tesoro y pronto apareció una multitud de señores sin fortuna, espadachines y campesinos lanceros dispuesta a seguirle a tierras ávaras en busca del tesoro. Sin embargo, salvo los bávaros montañeses, el rey sólo convocó bajo su estandarte a las huestes a caballo, pues los campesinos no podrían enfrentarse a los ávaros, que avanzaban como una nube de tormenta a lomos de sus monturas, infatigables y feroces.

La convocatoria real llegó muy lejos, hasta el propio Luis y sus vasallos de Aquitania. Pronto tendría Carlomagno ocasión de lamentarlo. Duran te todo aquel verano, sus grupos de guerreros recorrieron los caminos hacia Ratisbona, junto a las fuentes del Danubio. El monarca decidió lanzar, como había hecho en Baviera, tres ejércitos de gran fuerza contra los jinetes ocultos. Primero, los lombardos y los francos de Italia emprendieron la marcha hacia el Danubio a través de los pasos de los Alpes de Carintia, bajo el mando del conde Erico y el rey Pipino.

Carlomagno condujo a sus renanos Danubio abajo, por la orilla derecha. Por la izquierda, el joven conde Thierry y Maganfredo, el chambelán, encabezaban las tropas sajonas, turingias y frisonas. Por el propio río viajaron Geroldo y los bávaros, embarcados en una flotilla de pequeñas lanchas cargadas de provisiones. Esta triple columna se detuvo durante tres días en la confluencia del Inn y el Danubio para cantar letanías y rogar la ayuda divina «para preservar al ejército y castigar a los ávaros».

A continuación, iniciaron el descenso del caudaloso río, que serpenteaba entre bosques cerrados hasta los amplios valles de los ávaros. Aunque no encontraron caminos, los francos prosiguieron su avance por las orillas mientras la flotilla de Geroldo descendía bajo su protección. A su paso encontraron pequeñas aldeas donde sólo quedaban perros y algún que otro vagabundo. Carlomagno y los suyos apresuraron la marcha río abajo, quemando poblados y dando muerte a cuantos hombres descubrían en la espesura.

Todo el ganado y los caballos parecían haber huido de los pastos de las montañas. Después de las lluvias de otoño, llegaron a una red de caminos, pero no encontraron ningún otro rastro de los jinetes paganos. Carlomagno evocó la travesía del paso de Roncesvalles, aparentemente desierto, y las palabras de Guillermo de Toulouse considerando un mal presagio aquella ausencia absoluta de gente y de animales.

Cuando llegaron por el río a los lindes del bosque de Viena, los exploradores escucharon el sonido de unos cuernos. Delante de ellos, unos hombres avanzaban por la espesura, dando voces. Eran los lombardos de Erico y el rey Pipino.

La columna de éstos recibió a la hueste del rey con recelos. Allí habían encontrado barreras de troncos caídos y trincheras en lo alto de taludes de arcilla resbaladiza. El lugar olía a orina de ganado; los ávaros habían esperado allí para plantar resistencia, pero finalmente habían optado por escapar hacia el este con sus rebaños.

Los francos continuaron Danubio abajo, arrasando los poblados desiertos, y dejaron atrás un gran lago, con barcas vacías de hombres. Llegó el frío de octubre, pero los ávaros continuaron fuera de su alcance.

Carlomagno acampó finalmente junto al río Raab, entre densas nieblas. Los lombardos habían librado un combate y habían tomado cautivos y cierto botín. La suerte parecía favorecerles, pues en el campamento de los francos se propagó una epidemia entre los caballos (tal vez envenenados por los nativos). Cada día morían más monturas de guerra, hasta que sólo quedó viva una décima parte de las que traían.

Con la llegada del invierno y la caballería diezmada, Carlomagno dio la orden de regresar y dividió el ejército en dos partes: una de ellas volvería por el sur y la otra lo haría por el norte, a través de Bohemia. Los hombres regresaron sanos y salvos, dicen

los anales, «agradeciendo a Dios tan gran victoria».

No hubo tal victoria. La horda pagana había escapado con sus animales a las llanuras orientales donde estaba el *Ring*, todavía oculto y con sus tesoros aún intactos: Carlomagno necesitaba aquel oro.

Una cosa sí había hecho: había penetrado en tierras ávaras sin encontrar resistencia. Su ejército cristiano había disipado el viejo temor a los paganos y había puesto fin a la leyenda sobre su poder.

«Con mis saludos y mi —amor escribió a Fastrada desde la ruta—, A Dios gracias, estoy sano y salvo. Y tengo buenas noticias de mi hijo Pipino, que ha tomado botín y cautivos a los hunos, quienes huyeron aterrados ante su presencia. Ahora celebramos una solemne oración para dar gracias por haber regresado incólumes. Nuestros sacerdotes nos piden que ayunemos en esta ocasión, absteniéndonos de vino y de carne. Todos entregamos limosnas, en sueldos de plata o en monedas de menos ley, cada cual según sus posibilidades. Cada sacerdote ha cantado cincuenta salmos, si conocía suficientemente su salterio. Después, todos ellos han salido en procesión, descalzos.

»Ahora, deseo que consultes con los clérigos de la ciudad para que hagan lo mismo. Pero cuida, te lo ruego, de no hacer más de lo que te permiten tus escasas fuerzas. Me preocupa no haber recibido ninguna carta tuya. Por favor, hazme saber cómo te encuentras y todo cuanto desees contarme».

El franco aún sentía afecto, si no amor, por su reina renana. De sus palabras, se deduce que carecía de noticias de su palacio de Ratisbona. Su carta deja constancia de que, en su retirada por la antigua calzada fronteriza romana, llevaba consigo muchos enfermos. Habiendo perdido los caballos, sus hombres se vieron obligados a transportar sus bagajes a la espalda y a abrirse paso a pie por los valles sumidos en el invierno. Entre aquellos bagajes, el botín que llevaban era escaso.

Durante la marcha no llovió ni nevó, y los animales del bosque también emigraban hacia lejanas fuentes de agua. La sequía se prolongó y el humo de los incendios forestales envolvía su avance. De noche, las llamas eran visibles en las alturas bajo las que acampaban.

Fastrada le recibió a las puertas de Ratisbona sin muestras de alegría, diciendo que la llegada de su hijo jorobado a la corte había sido un mal presagio. El tullido se comportaba como un *troll*, un gnomio de los bosques, ocultándose junto al río y tratando con merodeadores nocturnos. Y los bávaros, medio paganos aún, sacrificaban esclavos para rociar de sangre humana sus secos campos de cebada y de trigo.

Entonces recibió Carlomagno la noticia de que, durante su ausencia en tierras ávaras, se había producido un desastre en los Pirineos. Luis, su estudioso y enfermizo hijo, se presentó ante él con los nobles de Aquitania. Todos ellos habían marchado

hacia el este a las órdenes del rey y éste, cuando ya no había precisado más de sus fuerzas, les había dado instrucciones de esperar en Ratisbona hasta su regreso. Carlomagno tuvo que oír de sus labios la carnicería y el saqueo sufridos en el sur de Aquitania.

En la Marca de los Pirineos, la tregua firmada por diez años con Abderramán había expirado; el gran emir de Córdoba había muerto y su sucesor había convocado a las huestes mahometanas a la guerra santa. Cuando Carlomagno desapareció hacia el este, los musulmanes irrumpieron a través de los Pirineos y llegaron hasta Narbona saqueando iglesias y haciendo esclavos a los campesinos.

Frente a Narbona, el fornido Guillermo de Toulouse plantó resistencia con ancianos, muchachos y campesinos armados con hoces, pero tales combatientes a pie no pudieron oponerse a la caballería mora. Luego, Guillermo conservó la muralla de Narbona durante un tiempo, pero otra vez fueron diezmados sus seguidores y la ciudad fue saqueada. Por tercera vez opuso resistencia el aquitano, ante las puertas de Carcasona, y en esta ocasión, gracias a su valor, consiguió dar muerte a los comandantes musulmanes y rechazar a los invasores. Sin embargo, Aquitania lloraba a sus muertos mientras su ejército permanecía ocioso en Ratisbona por órdenes del rey.

Carlomagno aceptó la responsabilidad de aquel nuevo desastre.

—La culpa es mía, y a nadie más hay que echársela —declaró, y permitió a los aquitanos regresar a toda prisa a su asolada frontera.

Su insensatez había arrojado por tierra el trabajo de Guillermo, que había mantenido la frontera en la vertiente española de la barrera de los Pirineos y ahora se veía obligado a retirarse hasta el Garona y hasta su propia ciudad de Toulouse. Carlomagno elogió el valor de aquel hombre, que había rechazado una invasión con sus solas fuerzas.

Pero hizo otra cosa más. Cuando aquella noche, al acostarse, se despojó de la espada de empuñadura de oro, tomó la decisión de no volver a empuñarla nunca para dirigir sus ejércitos. Ya que miles de cristianos habían muerto por aquel error suyo, en adelante sólo daría el mando de las tropas a sus maestros en el arte de la guerra, el valiente Guillermo, el buen Geroldo y el sagaz Erico.

Aquella noche permaneció despierto hasta muy tarde, a la luz de la vela, pasando las páginas del misal de Alcuino y siguiendo las palabras de la plegaria con el dedo. En aquel momento echaba de menos al dulce Alcuino, quien seguía en la lejana Britania.

La noche del aviso, Carlomagno estaba despierto, esperando en la cama a que sonara la campana que le llamaría a laudes. En mitad del invierno, la oscuridad se prolongaba hasta la segunda hora del día. Su reloj de arena no podía decirle cuántas horas habían transcurrido, cuando escuchó un alboroto y unas risas femeninas en la

antecámara. Acudió a la cortina y encontró un corro de damas de Fastrada, a medio vestir y despeinadas, empujando la puerta exterior de los aposentos.

—¿Qué andáis buscando? —les preguntó. (Al menos, eso le contaron luego las damas a su reina).

Las mujeres se llevaron los pliegues de sus faldas a la boca para sofocar las risas y exclamaron que un hombre desnudo, lleno de rasguños, presa de una gran agitación y profiriendo desvaríos, intentaba forzar su entrada en los aposentos reales.

—¿Qué desvaríos son éstos?

—Dice que solicita ser conducido a vuestra real presencia. Pero sólo va cubierto con un blusón y unos calzones y está tiritando de frío de pies a cabeza...

—Dejadle entrar y retiraos.

Recordando que también él iba en ropa interior, el rey franco volvió a su lecho, junto a la vela aún encendida, y recibió allí a un hombre obeso y tonsurado, vestido como habían dicho las mujeres, jadeante y temblando de frío. Postrándose de rodillas ante el monarca, el desconocido exclamó:

—En todas las puertas han intentado impedirme llegar hasta vuestra caritativa presencia, mi señor. Primero los centinelas...

—Bien —le interrumpió Carlomagno—, ahora que estás aquí, toma un poco de vino y explícate.

El tembloroso desconocido asintió y, hablando con el acento de los lombardos, se presentó como Fardulfo, un pobre diácono de la iglesia de San Pedro en aquella ciudad de Ratisbona. El hombre declaró a continuación que había acudido al altar para encender los candelabros para el servicio religioso matinal cuando, en la oscuridad, había oído junto al propio altar las voces de unos hombres armados que hablaban en voz baja de matar al rey cuando acudiera, como tenía por costumbre, a realizar sus primeras plegarias del día. Los conspiradores fingirían una pelea entre borrachos y la muerte parecería un accidente.

Fardulfo se había enterado de sus planes porque aquellos hombres armados estaban repasando cómo actuaría cada cual en la falsa pelea. El diácono se había escondido detrás del altar, pero los conspiradores le habían descubierto, le habían quitado la ropa y le habían hecho jurar que se quedaría quieto y callado donde estaba. Sin embargo, mientras permanecía inmovilizado, temblando de miedo y de frío, el diácono Fardulfo había llegado a la conclusión de que aquellos hombres le sacrificarían como a un cerdo tan pronto como el rey hubiera muerto. Así pues, había logrado escabullirse por el otro extremo del altar antes de que los conspiradores se apostaran a la puerta. Y había reconocido algunas de las voces.

De inmediato, Carlomagno envió a su guardia palaciega a rodear la iglesia, mandó despertar a Maganfredo y Audulfo y ordenó que, al amanecer, las calles fueran ocupadas por tropas francas de confianza.

Cuando los conspiradores fueron sorprendidos en Ratisbona, salió a la luz toda su trama. Los traidores tenían intención de matar al joven Luis junto con su padre, mientras que otros grupos armados atacarían a sus otros hijos. A continuación, se proponían proclamar a Pipino el Jorobado como primogénito del monarca y auténtico heredero de su trono. A Carlomagno le llevó semanas apresar a todos los involucrados en la trama, desde Eresburgo a Pavía.

Luego, en una asamblea de sus nobles vasallos celebrada en la propia ciudad, los conspiradores fueron juzgados y condenados a muerte. Carlomagno, al término del juicio, sólo mostró clemencia con Pipino, su hijo, a quien envió bajo custodia «por una breve temporada» a su antigua celda de Prüm. Allí pasaría el jorobado el resto de sus días, a solas, trabajando en los huertos con la única compañía de sus fantasías.

Algunos de los acusados demostraron su inocencia por voluntad divina, después de someterse a una ordalía. A otros pocos, Carlomagno les perdonó, enviándoles al exilio. Todos los demás murieron por la espada o en la horca, o fueron condenados a la ceguera.

Aunque Fastrada no pudo asistir a las sesiones del juicio, demostró un gran interés por conocer los detalles de la muerte de los desleales vasallos y recordó al rey cómo había intuido que aquel monstruoso Pipino, engendro de una concubina, iba a traer el mal al palacio. Carlomagno nunca pudo resolver la duda de hasta qué punto había estado su esposa al corriente de la conjura, pues Fastrada era ambiciosa y sus jóvenes hijas no iban a heredar, en ningún caso, parte alguna del creciente poder del reino franco.

Cuando llegó el momento de recompensar al hombre que le había salvado, Fardulfo el lombardo, Carlomagno acudió a la iglesia de San Pedro para contemplar el altar donde se había ocultado el diácono. El altar lucía sus candelabros de costumbre y sobre el mantel había un espléndido cáliz. Al verlo, el rey tuvo el impulso de regalárselo a Fardulfo, donando a la iglesia otro vaso sagrado de su propiedad para sustituirlo. Sin embargo, cuando tomó el cáliz en sus manos para admirarlo, advirtió una inscripción bajo las figuras, magníficamente talladas: *Tassilo Dux Fortis*. Aquel cáliz, superior a todos los que poseía Carlomagno, había sido donado por el «valiente duque Tasilón». Volviendo a dejarlo en el altar con gesto sombrío, decidió revolver en el arcón donde Maganfredo guardaba los brazaletes de oro y piezas semejantes y regaló un puñado de ellas a Fardulfo. Sin embargo, en adelante protegería al fiel diácono y, años más tarde, le nombraría abad de Saint-Denis. Carlomagno no olvidó nunca el leal servicio prestado por un extranjero.

Por aquel entonces, pareció que los malos augurios de Fastrada iban a extenderse a todo el reino franco. En la primavera siguiente, las semillas plantadas en la tierra reseca y quemada por el sol no llegaron a germinar y el hambre empezó a extenderse por las fronteras meridionales hasta penetrar en tierras borgoñonas. El rey requirió a

sus abades y condes para que mandaran grano al sur en carretas de bueyes, con fuerte escolta. En la frontera beneventina había estallado un nuevo conflicto.

Sobre este año de 792, y sobre la creciente ola de dificultades, los anales reales explican: «Los sajones pusieron al descubierto lo que habían ocultado durante largo tiempo en sus corazones. Igual que los perros vuelven a su vómito, así regresaron ellos al paganismo que habían escupido de su interior. De nuevo, abandonaron el cristianismo, traicionando a Dios y al rey y señor que tanto les había beneficiado. Se unieron a los paganos de otras tierras y se entregaron por completo a la adoración de los ídolos, quemaron las iglesias y capturaron o mataron a los sacerdotes».

Más allá del Elba, los eslavos se alzaron en armas y, en la costa, los frisones organizaron una revuelta.

El arnulfingo pensó que el Señor, como a Job, había mandado todas aquellas tribulaciones sobre su tierra. Entonces, se dedicó a combatir con todas sus fuerzas la hambruna y el creciente malestar que se extendía por el reino. Cuando sus abadías y plazas fuertes no tuvieron más grano que enviar a las zonas afectadas, ordenó a sus dignatarios que entregaran sus monedas de plata hasta la siguiente cosecha y marcó un precio fijo para el pan. Advirtiéndolo su carencia de vías de transporte, aceleró la construcción de puentes de madera sobre los ríos e incluso empezó a tender uno sobre el Rin, en la encrucijada de Maguncia.

En sus travesías fluviales, había advertido la escasa distancia que existía entre las cabeceras del Rin y del Danubio en sus nuevas tierras altas. Por ello, ordenó a los campesinos de la zona que excavaran un canal para conectar los dos grandes cursos de agua. Al mismo tiempo, no dejó de importunar a Alcuino con incesantes recados para que volviese. Sin su mentor, Carlomagno se sentía ineficaz en sus esfuerzos, y Fastrada no podía ayudarlo a combatir la hambruna como había hecho Hildegarda.

Al comprobar que Alcuino ponía reparos a abandonar su patria, Carlomagno insistió hasta convencerle y le dotó con la abadía de San Martín, en Tours, en cuyo *scriptorium* se estaban copiando los mejores libros. El abad, le escribió el monarca, necesitaba de Alcuino tanto como su afligido rey David.

—Un amigo como él —explicó el dulce celta a los suyos— no debe ser rechazado por alguien como yo.

Incluso en su amada York, Alcuino había echado de menos las alegres veladas de la Academia franca, donde la observación de los astros se endulzaba con unos tragos de buen vino. «Aquí, el vino de las barricadas se ha agotado y sólo llena nuestros estómagos la espuma de nuestra amarga cerveza —escribió a la corte renana—. Así pues, bebed a nuestra salud y alegrad vuestras veladas. Pero por todas mis enfermedades, buenos médicos, hacednos llegar un par de tragos de vuestro vino, delicado y transparente. ¡Hacednos llegar uno, por lo menos!».

Cuando la figura alta y encorvada de Alcuino apareció en el salón de Worms,

Carlomagno ordenó una noche de celebración. El rey David había recuperado a su amigo perdido y ya no necesitaría seguir dictando sus consultas a los escribanos.

El maestro Alcuino llevó consigo, como regalo al rey, una serie de libros poco comunes y una copia de un mapa del mundo, así como la amistad del rey Offa. El erudito celta, un hombre muy sagaz, tenía la impresión de que el creciente poder del franco ayudaría a proteger y enriquecer al pobre y necesitado reino de Mercia y se asió a tal esperanza con todas sus fuerzas al llegar a sus oídos la noticia de la devastación producida por los normandos, que habían llegado por mar para destruir la apacible Lindisfarne, con su iglesia y su monasterio.

—Jamás, desde que habitamos en Britania, hemos padecido tal terror ante una raza pagana. Nunca pensamos que llegaría a producirse tal invasión de naves. ¡Imaginad..., imaginad tan sólo la iglesia del santo Cutberto embadurnada con la sangre de sus sacerdotes! Imaginad ese lugar sagrado, devastado por los paganos.

En sus lamentaciones por el monasterio perdido, Alcuino clamó contra los pecados de los príncipes britanos.

—Sus fornicaciones, adulterios e incestos llenaban la tierra. ¡Reflexionad sobre si tales malas conductas no nos han traído esta desgracia sin precedentes!

Abrumado por sus propias tribulaciones, Carlomagno se preguntó también si tales pecados no habían provocado el castigo del cielo. Alcuino, en su dolor, estaba convencido de ello y reconocía las señales que habían anunciado el desastre, como la lluvia de sangre que había caído del techo de la iglesia de San Pedro, en York. El esplendor extravagante de la indumentaria de los nobles y sus lujosos peinados eran una burla a Dios.

—Caminan tambaleándose bajo el peso de sus estrafalarias vestiduras mientras otros perecen de frío. ¡Los hombres acaudalados, envueltos en púrpura, se dedican a toda suerte de placeres y a los banquetes mientras, a su puerta, los Lázaros se mueren de hambre!

Carlomagno escuchaba con humildad la inspirada elocuencia de su maestro. Su mente poco instruida no podía seguir del todo la rápida exposición de hechos de Alcuino; sólo alcanzaba a ver con cierta claridad las tareas que había que realizar para hacer frente a las penurias: la construcción de puentes, el acopio de animales de tiro para arrastrar las carretas, el reparto de las provisiones acaparadas..., mientras que Alcuino veía en él un poderoso defensor de los cristianos, el único que podía socorrer las iglesias de Britania.

El franco no pensó en la cantidad de yuntas de bueyes que había necesitado para arrastrar los trineos que traían las columnas de mármol de Rávena a través de los Alpes para la construcción de su nueva iglesia en Aquis Granum. Ni tuvo en cuenta que Maganfredo sacrificaba cada día muchas vacas y corderos para proporcionar cuatro platos de carne a la muchedumbre que habitaba en palacio. El monarca había

tomado la firme resolución de erigir la gran iglesia y, por otra parte, no podía negar el sustento a la multitud de peregrinos y vagabundos que se apiñaba dentro de las murallas de la ciudad.

No obstante, Carlomagno se preguntó si no habría algún signo claro mediante el cual Dios le mostrase su aprobación o expresase su cólera. Alcuino sabría decírselo.

—Has hablado de las señales de la cólera de Dios en Britania —le dijo, pues—, ¿Cuáles son, entonces, los signos de su amorosa aprobación?

El celta movió la cabeza suavemente:

—No pueden mencionarse, pero sabrás reconocerlos.

—¿Cómo?

—Hubo un hombre que quiso descubrir la presencia de Dios en la tierra que le rodeaba. Buscó y buscó y sólo vio el agua de los mares, la profundidad de los abismos, los animales que corren a cuatro patas, las aves que pueblan los cielos y las innumerables criaturas que se arrastran por el suelo. Al no encontrar ninguna señal de Dios, gritó a los seres que le rodeaban: «¡Decidme algo de Dios!». Y todos ellos le respondieron a la vez: «¡El nos ha creado!».

La hambruna se extendió desde el sur hasta los valles y bosques septentrionales. Carlomagno la combatió mediante edictos y con su ejemplo. Cuando multitud de familias empezó a abandonar sus aldeas para buscar refugio en las villas del rey, éste ordenó que se las alimentara con caza y queso de las despensas. El monarca cabalgaba entre las gentes, expresando a grandes voces su seguridad en que el Señor no dejaría morir de hambre a su pueblo. Exaltado e insomne, les gritaba:

—Pensad que el Señor, que os ha creado, nos mandará alimento en las alas de los cuervos, igual que hizo con Elías.

Parecía como si el Maligno se hubiera instalado en el reino franco. Bandas armadas asaltaban las haciendas para llevarse las provisiones y Carlomagno publicó un edicto sin precedentes por el cual no podían portarse armas, las cuales debían ser entregadas a sus funcionarios para que las guardaran en los arsenales. Al mismo tiempo, el edicto prohibía sacar armas de las fronteras del reino para ser vendidas a pueblos extranjeros o paganos.

Sus tierras fronterizas volvían a registrar tumultos. El monarca hizo una llamada a sus guardianes para que incrementaran sus esfuerzos y tomó en consideración cada zona fronteriza —la Marca Hispánica, la Bretona, la Danesa, el Elba y la gran Marca del Este— como si fuera un país autónomo. Carlomagno ya no volvió a aventurarse más allá, sino que envió las levas armadas a los guardianes de las Marcas —Guillermo, Audulfo, Geroldo y Erico del Friuli—, a quienes consideraba ahora más capaces que él para la defensa de las fronteras del reino.

En sus elogios a estos hombres, el rey se refirió ante sus vasallos a la figura de Eishere (que jamás existió en realidad).

—¿Por qué he de ir a someter paganos cuando tengo a nobles como Eishere que lo pueden hacer en mi nombre?

La circunstancia de que nadie hubiera conocido en persona al tal Eishere no afectaba al renombre de dicho héroe, a quien se refería incluso el propio monarca. Eishere, se decía, no sólo cruzaba a nado ríos de aguas bravas, sino que había abierto un canal entre el hielo de los torrentes de montaña. Aquel héroe constituía por sí solo todo un ejército; un ejército terrible. «Eishere abate bohemios, esclavos y ávaros como si segara el heno; los ensarta en su espada como aves en el espetón del asador. ¡Y cómo se enfrentó a los winidas! ¡Ay, todos vosotros, holgazanes que os quedáis en vuestras casas, deberíais oírle hablar de los winidas! Cuando regresaba de dar muerte a siete u ocho de ellos con su espada, proclamó: “Cansado estoy de sus gritos cuando les doy muerte. ¿Por qué me han tenido que molestar con tales renacuajos? Mi señor rey y yo no deberíamos haber sido requeridos a malgastar nuestras fuerzas combatiendo contra tales gusanos”».

Para enfrentarse a los sajones, el monarca envió a su hijo Carlos al frente de las tropas, acompañado de varios comandantes de gran experiencia, con la orden de «apresar a las familias principales, en mayor número que antes, como garantía de paz».

Los ávaros volvieron a ocupar el asolado valle del Danubio al tiempo que, precavidos, mandaban enviados para descubrir qué estaban haciendo los francos y qué planes tenía en mente el notable rey cristiano. Aquellos pueblos ávaros habían vivido demasiado tiempo en la opulencia, gracias a los saqueos, y habían perdido su ferocidad. Carlomagno agasajó a los enviados y llenó sus brazos con regalos del oro que le quedaba. Les dio de beber en abundancia, les bautizó y, finalmente, les despidió con nuevos honores que les dejaron impresionados. Con esto, creó en el seno de la nobleza ávara una célula favorable al poderoso rey cristiano que, como sucediera con los bávaros, se convertiría con el tiempo en una facción partidaria de Carlomagno.

—Un día, estos pueblos se acogerán a la gracia de Dios —profetizó el franco, y encargó la misión de convertirlos a su viejo antagonista Arno, el águila de Salzburgo.

Alcuino, impaciente, escribió a Arno: «Si la gracia de Dios ha de extenderse a su reino, ¿quién osará negarles la predicación que ha de salvarles?».

Con todo, Carlomagno decidió también reforzar las tropas de Geroldo, guardián de la frontera, e iniciar el tendido de puentes firmes sobre el curso superior del Danubio con objeto de abrir una nueva ruta a territorio ávaro para sus jinetes.

Durante aquellos años de crisis, sus *missi dominici* cabalgaron sin darse descanso a sí mismos ni a sus caballos. Por una vez, los enviados del rey no tenían más objetivo que hacer cumplir la voluntad del monarca. Contrariarla significaba la muerte.

—¡Obedeced! —ordenaban a los abades dedicados a la caza del zorro y a los dignatarios amantes de las borracheras—, ¡Apartaos de vuestras maldades y despojaos de vuestros ricos atavíos! ¿Cómo podéis daros banquetes cuando el hambre espera a vuestras puertas?

Cuando aquellos mensajeros reales encontraban a algún noble vestido con la elegante y novedosa capa corta de vistosas rayas, copiada de los vascos, repetían lo que Carlomagno había dicho de ellas:

—¿De qué sirven esas pequeñas capas? No podéis cubriros con ellas para dormir, ni protegeros del viento y de la lluvia cuando montáis a caballo.

El monarca siempre cabalgaba envuelto en su manto de lana azul descolorida, seguido de una escolta armada entre la que viajaban sus hijas, cuyas voces de jóvenes valquirias se alzaban en torno a él durante el canto de las vísperas. Con el corazón encogido de desesperación, Carlomagno recorría un país torturado. Sin embargo, su animosa presencia daba renovadas fuerzas a sus fatigadas gentes, a quienes repetía que su tierra sería bendecida por el Señor cuando terminara aquella época de tribulaciones. En Aquis Granum, el valle seguía verde y las cosechas iban creciendo gracias a los manantiales. «He aquí una señal de la amorosa bondad divina», añadía al mencionarlo.

Ante las paredes de la catedral en construcción, Carlomagno declaró que el recinto sagrado no sería dedicado a san Martín, patrón de los francos, ni a san Arnulfo, el antepasado de su familia, sino a la muy misericordiosa madre de Dios. El y su pueblo terminarían de erigir aquella iglesia a la Virgen María, en acción de gracias.

Así como su presencia proporcionaba seguridad, sus detallados planes para un mañana mejor extendían el convencimiento de que tal día llegaría. Los seres humanos se agarran a cualquier esperanza, por irracional que sea, y, en aquellos tiempos de aflicción, Carlomagno se convirtió en la personificación de tales esperanzas. El futuro de su pueblo estaba en sus manos y el monarca no se dejaba vencer por ningún obstáculo, porque sentía que había recaído sobre sus hombros una gran responsabilidad.

Carlomagno había cambiado bastante en comparación con el hombre que encabezó la demostración de fuerza a través de las desiertas tierras ávaras. Ahora, sabiéndose carente de la capacidad de un gran monarca, se limitaba a interpretar el papel de tal. Esto produjo cierto efecto en él. Por primera vez, se dio cuenta de que al rey le correspondía permanecer en el centro de las cosas. Instalado en la confluencia de las vías de comunicación existentes, podía mantenerse en contacto con todas sus fronteras y enviar a sus funcionarios a solucionar los problemas de las regiones lejanas, mientras que en sus años mozos sólo había pensado en viajar a tales regiones personalmente. Así, para conseguir la victoria en Lombardía, había provocado el

fracaso en Sajonia; y con su ausencia en tierras ávaras, había perdido la frontera de los Pirineos.

Tales reflexiones tuvieron consecuencias inmediatas en el testarudo franco, aunque no las que podían esperarse. Tan pronto como hubo intuido las ventajas de un gobierno personal centralizado, decidió llevarlo a cabo desde una única ciudad. El también tendría, se dijo, una Roma en tierras francas.

Este centro geográfico de sus dominios podría haber sido la Ciudad de Plata (Estrasburgo) o incluso Ginebra, pero Carlomagno se decidió por la aún inexistente Aquis Granum. Quizá le atraían sus aguas termales y sus cotos de caza, o tal vez era reacio a residir lejos de su tierra natal en los valles entre el Rin y el Mosa. Fuera cual fuese la razón, dejó patente su determinación de convertir Aquis Granum en su capital, haciendo de ella una ciudad que se conocería por el nombre, más popular, de Aix o Aachen, Aquisgrán en español.

Para adornar la nueva ciudad, solicitó permiso a Adriano para traer de Rávena la enorme estatua de Teodorico el Grande. Los anales reales de 794 dicen: «El rey regresó al palacio que es llamado de *Aquis* y allí celebró la Natividad del Señor, y la Pascua».

También se relata en ellos que la reina Fastrada murió ese año y que recibió sepultura con honor en San Albano, en Maguncia. Carlomagno no enterró en San Arnulfó, al lado de Hildegarda, a la mujer que había causado tantos conflictos. Su epitafio fue escrito por un nuevo amigo del rey, Teodulfo el godo, y sólo contenía unas frías palabras de alabanza. Ante la pérdida de la reina conspiradora, los vasallos de las tierras francas sólo sintieron alivio.

Carlomagno no volvió a permitir que otra persona ejerciera excesiva influencia sobre él. Tomó en matrimonio a Liutgarda, una mujer ingenua y confiada no mayor que Rotruda. La muchacha, que quizá fuera ya su amante, fue educada con esmero por Angilberto en los deberes de la realeza y aprendió a leer con soltura. Tenía un carácter dulce y gozó del aprecio de Alcuino, que veía en ella a «una mujer dedicada a Dios».

Quizás el rey evocaba en Liutgarda la imagen de la dócil Hildegarda, la muchacha que a sus trece años le había robado el corazón en la feria de Aquisgrán, pues la tímida personalidad de su nueva esposa se había formado en la misma tierra natal que Carlomagno y, por aquella época, el monarca parecía atraído instintivamente por cuanto evocara los primeros años de su vida.

Durante esos años caóticos entre 792 y 795, el arnulfingo luchó con todas sus fuerzas, no para conquistar nuevos dominios, sino para preservar su reino franco original, su herencia y su responsabilidad. Ignorando las peticiones de «los extranjeros», volvió a la compañía de sus señores francos. La propia Aquisgrán se

alzó recluida en un valle lleno de recuerdos de los bardos cantores, de sus aldeas ancestrales y de sus cacerías. Carlomagno dio gracias de poder preservar su reino, pero no iba a tener ocasión de disfrutar de él, pues había puesto en movimiento unas fuerzas que le obligarían a abandonar de nuevo su santuario entre el Rin y el Mosa.

Primero, los guardianes de las Marcas restauraron una cierta paz en las fronteras, impidiendo que los sajones pudieran unirse a los ávaros. Luego, de las tierras de éstos llegaron unas noticias tan sorprendentes que casi parecieron milagrosas.

Pipino y sus guerreros lombardos habían vuelto a abrirse paso combatiendo hasta el Danubio. La hueste bávara cruzó los nuevos puentes para unirse a ellos. Los príncipes ávaros que les opusieron resistencia fueron barridos y los nómadas se disgregaron en facciones, dando muerte a su *khagan*. Arno de Salzburgo se puso al frente de sus sacerdotes, jurando hacer lo que los primeros apóstoles, «enseñar al que no sabe, antes de convertirle». Feroces tribus de serbios y croatas acosaron a los debilitados ávaros. En medio de este desmoronamiento, Erico de Friuli había conducido a su hueste armada más allá del Theiss, donde Carlomagno no había conseguido llegar, hasta las alturas al oriente de la llanura húngara.

Un caudillo eslavo había mostrado a Erico el camino hasta el oculto *Ring* y el vasallo del franco había irrumpido en los terraplenes y las barreras de troncos, y había capturado el tesoro de los ávaros.

Las noticias añadían que Erico venía hacia Aquisgrán con el tesoro en quince carretas, tiradas cada una por cuatro bueyes, para presentárselo a Carlomagno junto con la sumisión de los ávaros.

Ningún otro anuncio podría haber conmovido más los centros de la Cristiandad. Alcuino, rebosante de alegría, elogió a Erico «por su brazo valiente contra los enemigos del nombre del Señor». Con todo, a Alcuino le parecía como si el triunfo hubiera sido conseguido merced a la sabiduría y la fuerza de su rey David: «Jesucristo, sin duda, ha puesto bajo los pies de tus soldados a los pueblos hunos, temidos desde antiguo por su ferocidad y su arrojo».

Teodulfo, el poeta godo, escribió exultante: «Este huno de cabello en trenzas ha venido a Cristo. Y un hombre que tan feroz fuera, es ahora sumiso en la fe».

Arno, el intrépido, envió sus misiones «en torno al lago Balatón, más allá del río Raab, e incluso hasta el Drave en la confluencia con el Danubio».

Los creyentes vieron la mano del Señor en la humillación causada a aquellos peligrosísimos paganos.

Así, Carlomagno se encontró vitoreado como vencedor en la única guerra que no había dirigido, y reconocido como creador del «ejército cristiano» que no había conseguido formar en tantos años.

Más aún, el tesoro ávaro superó en riqueza todas las expectativas. Einhardo, el diligente enano, expresó su asombro: «Nunca en la memoria de los francos había

llegado a sus manos tal botín de dinero y objetos preciosos. Tantos fueron el oro y la plata que se encontraron en el palacio del *khagan* y se arrebataron en los campos de batalla, que esos hunos debían de haberlos acumulado a lo largo de muchos años».

La suposición es acertada. Igual que los hunos de Atila, los nómadas del Este habían acumulado sus tesoros: finos ornamentos de iglesia y barras de oro producto de los saqueos, oro pagado en rescates y los objetos más ricos obtenidos en sobornos a lo largo de dos siglos. De los carros de Erico salieron piezas de cristal y oro, armas con incrustaciones de piedras preciosas, esmeraldas talladas, zafiros, coronas y cetros olvidados y colgaduras de puro paño de oro.

El tesoro ofrecía piezas artísticas nunca contempladas hasta entonces por Carlomagno, sus orfebres o sus metalúrgicos de Aquisgrán. La originalidad y la perfecta ejecución de aquellos objetos orientales cautivaron la atención de Carlomagno y animaron a algunos de sus artesanos a copiarlas, si podían. Allí, de un solo golpe, había obtenido una magnífica decoración para su nueva catedral.

El monarca repartió con generosidad la mayor parte del tesoro, como no había hecho en tiempos de Fastrada. Recompensó a los seguidores de Erico y a todos los que habían mostrado fidelidad, llenó de nuevo las arcas vacías de sus iglesias y adornó los altares desde Ratisbona a Toulouse e incluso, para alborozo de Alcuino, mandó una parte al otro lado del canal, a las catedrales de Britania. El rey Offa recibió una espada enjoyada, con la amistad de Carlomagno.

A esta abundancia imperial, Liutgarda añadió sus dones. En Aquilea, en el lejano mar oriental, el obispo Paulino supo, por una carta de Alcuino, que «mi hija, la reina, una mujer devota, ha despachado dos brazaletes de oro para vos, pidiendo vuestras plegarias por ella».

A Adriano, su crítico y abogado en San Pedro, Carlomagno reservó presentes adecuados a su rango. Entonces recibió la noticia de que el anciano Papa había muerto. Carlomagno lloró su pérdida y mandó su sentido pésame por la muerte de «su dulce compadre» al Pontífice sucesor de Adriano.

Pese a sus diferencias, el brillante Adriano y el testarudo franco se habían apoyado mutuamente durante su insólita relación. Sin el viejo Papa, Roma iba a convertirse en un lugar muy distinto.

Por la misma época, Carlomagno se quedó sin la compañía de Alcuino, pues el maestro de los francos, acusando los años, ya no podía soportar la incesante actividad y jolgorio de la corte. Cuando pidió permiso para retirarse a su nueva abadía de San Martín, en Tours, el rey se lo concedió, sabiendo que aún podría mantener contacto por carta con él.

Alojado en su palacio de Aquisgrán a medio terminar, paseando por el patio sin empedrar que conducía a la puerta lateral de su iglesia de Santa María, Carlomagno encontraba multitudes esperando verle pasar. Cuando salía al pequeño balcón, gentes

de todas las tierras distantes se arremolinaban debajo, presentándole peticiones.

Aquéllos eran sus nuevos súbditos, el pueblo cristiano. Pero ¿qué era, en realidad, Carlomagno?

Tras profundas reflexiones, pues la carta muestra lo meditado de cada palabra, escribió al nuevo Papa: «Hice un pacto de copaternidad con vuestro bendito predecesor [...]. Es nuestro deber, con la ayuda de Dios, defender con las armas a la Iglesia de Cristo de las invasiones de los paganos y de los saqueos de los infieles, y fortalecerla interiormente, mediante nuestro reconocimiento de la fe católica. A vos corresponde, Santísimo Padre, ayudar a los esfuerzos de nuestros ejércitos alzando las manos en oración como hiciera Moisés, para que [...] el pueblo cristiano obtenga siempre y en todas partes la victoria sobre los enemigos del santo nombre de Dios».

Lo que expresaba Carlomagno en la carta era una gran responsabilidad. No invocaba ninguna autoridad regia ni ningún poder imperial, sino que exponía una tarea que se debía realizar. Apuntaba a la creación de un nuevo régimen en el occidente europeo, que daría cumplimiento a la profecía de Agustín sobre el advenimiento de la ciudad de Dios.

Convertir en realidad aquella visión era una tarea muy difícil. Para llevarla a cabo, el bárbaro franco se puso a trabajar con toda su infatigable energía.

VIII. La corona imperial

Al principio, Carlomagno comprobó que no tenía ninguna colaboración de sus clérigos. Y sin el esfuerzo de sus sacerdotes no podría influir en los numerosos pueblos bajo su trono.

Los antepasados de los francos habían sido hábiles con el hacha. Sus hachas de amplio filo eran buenos instrumentos para arrojarlos contra el enemigo o para abrirse paso en el bosque. Como sus parientes, los daneses y los noruegos, aquellos francos pioneros podían convertir una franja de bosque en un campo cultivable y construir una casa con un respiradero de humos en el techo y un suelo de tierra apisonada entre el deshielo de primavera y las heladas de otoño.

Naturalmente, buscaban las tierras ricas de las orillas de los ríos, junto a las vías de agua fácilmente navegables, que les proporcionaban pescado que secar y salar para el invierno. Con las hachas y *scramasax*, armaban esquifes y pequeños botes de mimbre y cuero con bastante rapidez. De las ruinas romanas obtenían ladrillos, rejas de hierro y, posiblemente, algunas cañerías de plomo. El hombre libre compartía su casa con la vaca, los cerdos, el perro guardián o, si el hombre era rico, el caballo. La esposa, si era mañosa, podía añadir colgaduras murales y lienzos blancos a sus enseres de cocina, cacerolas y espetones, y a la mesa y la cama construidas con sus propias manos. Un marido con dotes artísticas podía tallar las patas de la cama o los respaldos de las sillas con diseños de cruces, esvásticas o figuras de santos con un halo en torno a la cabeza.

Siendo autosuficiente en todas estas cosas, el hombre libre prefería, normalmente, que su casa de campo fuera independiente de las demás y contara con su propio río y su bosque de robles; estaba dispuesto a caminar varias leguas hasta el pueblo con su familia, para tomar unas cervezas en la feria o en la festividad del santo, para comprarle a la mujer un broche para el manto o para llevarla a recibir la comunión.

En tiempos de Carlomagno, en cambio, este hombre libre franco estaba ya camino de convertirse en campesino, más que en guerrero; en aldeano, más que en miembro de un clan. Con todo, seguía manteniendo con terquedad su derecho a declarar en los pleitos, a beber más de lo que aguantaba y a conservar su propiedad para sus hijos. Para su espíritu independiente, la vida urbana parecía una cárcel voluntaria; y, respecto a ser ciudadano de un Estado, no tenía la menor idea de qué podía significar tal cosa. En cuanto al Imperio Romano, lo tenía por una leyenda como las hazañas de Beovulfo, aunque el primero había dejado vestigios como el derruido acueducto de la Colonia, del cual se podía acarrear buena piedra de

construcción para el nuevo monasterio de Fulda, tan querido a san Bonifacio.

Para los señores feudales, los campesinos y los siervos del nebuloso reino franco, las iglesias y los monasterios se habían convertido en centros de difusión de toda invención, toda ciencia y toda salvación. Aquellos lugares sagrados habían reemplazado a la adoración a Odín —no por completo, sin embargo, y no en todas partes— como puente a la vida tras la muerte que antiguamente había conducido al Valhalla. Además, mientras que los representantes del rey en los pueblos aplicaban las leyes para resolver los conflictos, los sacerdotes curaban las enfermedades mediante el contacto con reliquias sagradas e infundían el alma a los niños mediante el bautismo. La escuela parroquial incluso podía enseñar a los hijos de los señores y a los hermanos legos a trabajar el metal —Einhardo había aprendido aquel arte en Fulda—, a hacer vino, a escribir o a entonar el padrenuestro. En la escuela arzobispal de las grandes ciudades como Frankfurt (Frankonovurd), con más de mil habitantes, los estudiantes más brillantes podían perfeccionar la lectura y aprender diversos modos de exorcizar los demonios.

Con demasiada frecuencia, si una iglesia poseía una copia completa de las Escrituras, cosa que rara vez sucedía, las preciosas páginas encuadernadas estaban celosamente protegidas en cajas de fino cuero pintado o de madera pulida con incrustaciones de piedras preciosas y se colocaban junto al altar para ser veneradas por los fieles, pero nunca leídas. Cuando un sacerdote tonsurado leía en voz alta un salmo, normalmente repetía lo que recordaba, más que leer lo que veía en las letras apretadas que formaban las palabras. En cuanto a los nobles legos, eran contados los que sabían escribir su nombre. El propio Carlomagno firmaba con una gran cruz, a cuyos lados escribía las letras K y R. Los héroes guerreros no precisaban educación y los agricultores prósperos empleaban su tiempo libre en fabricar cerveza o contemplar las danzas de las muchachas...

Más adelante se verá que Carlomagno estaba fracasando en su esfuerzo por renovar la mentalidad de su pueblo. Aparte de sus hijos, cada vez más numerosos —y que en esa época incluían a las hijas de Fastrada, con sus cabellos pajizos, y a Rotaída, que no tenía madre oficial—, y de algunos discípulos como Einhardo, la escuela palatina y la Academia tenían pocos alumnos más a quienes enseñar los misterios de Euclides y las artes curativas de Hipócrates. En el resto del reino, sólo algunos pocos escogidos como Alcuino y Arno esparcían la luz y el conocimiento por la pura fuerza de su personalidad. Carlomagno, sin embargo, se negaba a reconocer el fracaso.

Como no podía llegar hasta las multitudes que ahora se volvían a él, pidió que lo hicieran sus iglesias: «Rezad, o renunciad a vuestras prebendas».

El monje cronista de Saint-Gall, que no parecía muy amante de los obispos, contaba de uno de ellos que vivía «con alfombras en el salón y colgaduras en las

paredes, un cojín sobre el asiento y unas ropas de preciosa seda púrpura en torno al cuerpo, que comía los bocados más deliciosos que sus pasteleros y confeccionadores de embutidos podían servirle en bandejas de oro». En una ocasión, el muy religioso emperador Carlos ordenó a los obispos de todos sus dominios que predicaran en la nave de sus catedrales antes de cierto día, o serían privados de su dignidad episcopal. Pues bien, el mencionado obispo se alarmó porque no tenía más instrucción que la glotonería y temía perder su vida muelle.

»Así, después de ser leída la enseñanza de aquella festividad, el obispo subió al púlpito como si fuera a predicar un sermón a los fieles, que se arremolinaron debajo para escucharle, asombrados ante tan insólito acontecimiento. Todos los presentes se apretujaron bajo el púlpito, menos un pobre hombre, pelirrojo, que llevaba la cabeza cubierta con un paño porque se avergonzaba del color de sus cabellos. Entonces, el obispo le vio y dijo al ostiario: «Tráeme a ese patán que se cubre la cabeza, ahí junto a la puerta de mi iglesia». El ostiario agarró al asustado palurdo y le condujo a rastras, pues el pobre hombre se resistía, temiendo que el terrible obispo le infligiera algún grave castigo por estar en la casa de Dios con la cabeza cubierta. Sin embargo, el obispo, inclinado sobre la baranda de su atalaya, empezó a predicar como sigue, ora dirigiéndose a su grey, ora gritando al pobre patán: ¡Tráele por aquí! ¡Que no resbale! ¡Quieras o no, palurdo, vas a venir! ¡Ahí, no; más cerca!. Entonces, le quitó el paño de la cabeza y exclamó, vuelto hacia los fieles: ¡Ved todos, comprobadlo bien: El palurdo es pelirrojo!. Tras decir esto, el obispo regresó rápidamente al altar y celebró el oficio, o fingió hacerlo.

»Cuando el emperador Carlos, que conocía la torpeza del obispo, supo que había hecho un esfuerzo por decir algo para obedecer la orden, le permitió conservar su obispado».

Forzado por las circunstancias, el rey de los francos ideó algunos recursos ingeniosos para aumentar los conocimientos. Cuando llegó el nuevo órgano de Constantinopla, mandó desarmarlo y copiarlo, para que en sus grandes iglesias «los fuelles de piel de buey soplaran a través de los tubos de cobre con el rugido del trueno y el estrépito de los címbalos».

—Cantad como es debido las palabras que glorifican al Señor —exigió al coro de palacio, y cantó con ellos.

—Haced que los Evangelios se copien con claridad, y que no lo hagan jóvenes descuidados sino concienzudos hombres de edad —instó a los responsables de los *scriptoria* monásticos. Las enormes y extensas Biblias quizá fueran escasas y difíciles de encontrar, pero los Evangelios, y en especial las epístolas de Pablo, el gran predicador, eran comprensibles para todos. En Tours, Alcuino pasaba las noches trabajando con sus escritores para difundir los Evangelios por las iglesias del reino.

Las admoniciones de Carlomagno sonaban como el chasquido de un látigo contra

la molicie y el relajamiento en los monasterios y conventos. (¿Acaso él no tenía las mismas inclinaciones?). Prohibió a abades y abadesas el uso de perros de caza, halcones y juglares. Ninguna monja debía escribir o enviar cartas de amor. Ningún monje debía faltar a su vocación por el sucio dinero.

El franco reconocía que pecar era humano, pero mantenerse en el pecado era diabólico. Sus creencias se ceñían a lo fundamental; no entendía el idealismo de Platón ni las sutilezas de los filósofos.

—Predicad cómo los impíos serán arrojados a las llamas por los demonios —bramaba a sus clérigos—. Proclamad que los virtuosos vivirán para siempre con Cristo.

Pero sus sacerdotes fracasaron. Por mucho que se esforzaran, sólo conseguían balbucir jaculatorias, fragmentos de oraciones, torpes llamadas al arrepentimiento. Muchos de sus clérigos eran hijos de señores legos que se alimentaban de las iglesias, y su estrechez de ideas les impedía percatarse del misterio de la vida y de la inmensidad del poder divino.

Cuando se dio cuenta de ello, Carlomagno ordenó que se pintasen en los muros de todas las iglesias representaciones de los sermones, mostrando a los ojos de todos los fieles las lúgubres llamas rojas del infierno y los gozosos colores blancos y dorados de la esfera del cielo. Y él mismo se dedicó a predicar. Desplazándose a iglesias, mercados y ferias, explicó la Palabra de Dios, de monarca a súbditos. «Creed y os salvaréis. La salvación no viene de las buenas obras por sí solas, aunque éstas son meritorias, sino de la fe». Ningún predicador viajero posterior a él divulgaría el Evangelio con más energía y persuasión.

«Jesucristo, nuestro Señor, reinará para siempre. Yo, Carlos, por la gracia y la bondad de Dios rey de los francos y defensor de la Santa Iglesia, saludo y acojo en paz a todas las órdenes de piedad eclesiástica o de poder secular, en el nombre de Jesucristo, nuestro Señor eterno...».

A gritos, infundiendo en los fieles miedo y anhelo, el rey predicó la salvación por las tierras sumidas en la oscuridad.

Ésta es la paradoja de Carlos, de Carlomagno. Por una parte, un hombre tosco a medio enseñar, que tomaba mujeres desconocidas cuando sentía deseos hacia ellas, que se saciaba de carne cuando se ponía el sol tras un día de ayuno, que engañaba a sus amigos y encontraba el modo de someter a quien se le oponía. Aquél era el Carlos cazador de jabalíes, el arnulfingo. Carlos Martel no tenía su fuerza; Pipino el Breve carecía de su astucia.

Sin embargo, aquel mismo hombre honraba a su padre y a su madre, jamás blasfemaba, repartía sus posesiones, era el campeón de «los pobres del Señor» y se sentía personalmente responsable de todos los seres humanos bajo su gobierno. Éste fue el Carlomagno que entraría en la leyenda.

Este dualismo procedía, al parecer, de una circunstancia muy sencilla. El poco instruido monarca franco creía a pie juntillas en cada palabra de las Santas Escrituras. Cuando leyó las primeras palabras de la epístola a los efesios escrita por «Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios», se convenció de que aquella misma voluntad divina le había hecho rey. Estando, por tanto, a la cabeza de las iglesias del reino, se sentía impelido a predicar y, como rey que era, a ser el primero de los predicadores. Él mismo lo dejó expresado con toda claridad en el encabezamiento de los llamados *Libros Carolingios*: «Habiendo recibido del Señor, en el seno de la Iglesia, el gobierno de nuestro reino, debemos dedicarnos con todas nuestras fuerzas, y con la ayuda de Dios, a defenderlo y hacerlo crecer para merecer ser llamado por el Señor “un siervo bueno y fiel”».

No era la mojigatería o el mero sentido de la responsabilidad lo que le hacía decir una cosa semejante. Otros monarcas, fueran bárbaros como Teodorico, el gran godo, o cultos como Marco Aurelio, también habían actuado movidos por tales impulsos. Su propio hijo, Luis, sería conocido como «Luis el Pío» (Ludovico Pío).

Carlomagno era diferente a todos ellos. Él intentaba cumplir el mandato de la Biblia «con todas nuestras fuerzas». Por encima de otras necesidades colocaba «recolectar la cosecha de los campos del Señor».

En sus intentos de conseguirlo, el monarca nacido campesino adquirió una perspectiva del pueblo que le rodeaba concedida a pocos en épocas mucho menos turbulentas. Alcanzó a ver la humanidad como un tocio y se vio a sí mismo como un hombre entre otros muchos cuyas penalidades era su deber aliviar.

Desde nuestra distancia en el tiempo y nuestra mejor perspectiva, nos damos cuenta de que se empeñaba en una tarea imposible. Sin embargo, en su cabeza no lo era, si Cristo le ayudaba. Sólo era preciso encontrar la manera práctica de llevarla a cabo.

Igual que en su juventud, cuando estaba preocupado, saltaba a la silla de su caballo, ahora se dedicó a visitar sus iglesias, a escuchar el sonido de los nuevos órganos y las plegarias de voces recién educadas, con banquetes hasta avanzada la noche y rezos al romper el alba... Una manera de evangelizar que dejaba agotado a Alcuino, quien se refería con añoranza al gran bien que hacían los escritos, sobre todo los de almas cultivadas como las de Agustín y Jerónimo.

—¡Que yo no tenga doce clérigos tan instruidos y sabios como ellos! —se quejaba Carlomagno al oírle. (Así nos ha llegado la anécdota).

—¡Dios nuestro Señor, que creó el cielo y la tierra —respondía Alcuino, escandalizado—, se contenta con tener sólo dos de tales hombres... y vos queréis tener una docena!

Por esa época, el rey estaba muy satisfecho porque un *tudun* ávaro, un príncipe nómada, se presentó a mostrar sumisión al victorioso cristiano y recibir el bautismo,

que los ávaros sabían que acompañaba al acatamiento. Carlomagno asintió al bautismo y actuó como padrino. (En aquel tiempo, tal padrinzgo espiritual conllevaba mucha más responsabilidad que hoy). También recompensó con su largueza al nuevo converso ávaro, con riquezas procedentes del propio tesoro ávaro.

No obstante, para entonces, Alcuino empezó a tener reparos sobre el método de conversiones en masa de paganos que empleaba Carlomagno por la fuerza, aunque nunca puso en duda el derecho del rey de someter a los no creyentes mediante la guerra.

Sólo a Carlomagno correspondía interpelarse sobre tal derecho, y lo hizo con gran detenimiento. Según la ley canónica, la que él pretendía implantar, era pecado hacer la guerra para obtener territorios o incrementar el propio poder. La bendición de Jesucristo llegaba con la paz, no con el combate. ¿Quién podía imaginar siquiera a Cristo regresando a la Tierra en plena carnicería de un campo de batalla?

Impulsado por tal creencia, o bien por su instinto de estrategia, Carlomagno siempre había conducido su hueste armada no a la guerra, sino a evitar la batalla si ello era posible. Frente a los lombardos cristianos había tenido la justificación de que iba en ayuda del vicario apostólico de San Pedro; contra los devotos bávaros, había conseguido de Adriano el decreto de que cometerían pecado si se le oponían. Incluso en la pagana Hispania y en las tierras ávaras, se las ingenió para evitar las batallas convencionales. (Roncesvalles, el Süntal y Narbona tuvieron lugar lejos de su presencia, aunque aceptara la responsabilidad de lo sucedido). Tanto Einhardo como el monje de Saint-Gall mencionan que sus imponentes cabalgadas para someter a los diversos pueblos se desarrollaron «sin derramamiento de sangre, o casi sin él».

Muchos comentaristas, entre ellos Napoleón Bonaparte, han adjudicado al arnulfingo un genio militar que nunca tuvo. Lo que sí mostró fue una consumada habilidad para conseguir sus objetivos sin combatir. En relación con lo habitual en su época, Carlomagno actuó siempre dentro de sus prerrogativas.

Sin embargo, contra los sajones, dio rienda suelta a la brutalidad. Su estrategia persuasiva no había tenido ningún efecto sobre el pueblo del Irminsul.

Los reparos de Alcuino estaban motivados no por las campañas de su rey, sino por sus esfuerzos misioneros. El anciano maestro supo resolver el misterio de la resistencia sajona. La tenaz oposición de aquellos pueblos estaba causada por los sacerdotes que acompañaban a los soldados y que bautizaban en los ríos a unas gentes ignorantes, exigiéndoles de inmediato una conducta cristiana y el pago de diezmos a la Iglesia, bajo la amenaza de la condenación. Todo aquello sólo impulsaba a los sajones a volverse a sus tradicionales dioses de los bosques, invisibles e inocuos. Y si aquellos pueblos persistían en tal culto, ¿qué podía esperarse de los ávaros?

Presa de una intensa inquietud, escribió a su estimado Arno, cabeza de la misión

entre los ávaros: «Predicad ahora la rectitud y la honradez, más que exigir diezmos. Es preciso infundir un nuevo espíritu en las gentes, alimentándole con la leche de la bondad apostólica hasta que haya crecido lo suficiente como para tomar alimentos sólidos. El tributo del diezmo, según me cuentan, está trastornando la fe de los sajones. Es mejor perder los diezmos que la fe. ¿Por qué hemos de someter a unos hombres ignorantes a un yugo que nosotros y nuestros hermanos no podríamos soportar?».

Pero una cosa era escribir tales cosas al experimentado «águila de Salzburgo» y otra muy distinta amonestar al tozudo Carlomagno. Con todo, Alcuino lo intentó a través de Maganfredo, con palabras punzantes: Que los clérigos de Sajonia prestaran atención a cómo exigían el dinero; que no fueran tan estrictos en reclamar los diezmos, castigar los delitos o exigir de los ignorantes sajones lo que éstos no podían llevar a cabo. «En resumen, mi señor, que aprendan de los apóstoles a ser divulgadores de la Palabra, no ladrones».

El recado no produjo el menor resultado y Alcuino se atrevió a reconvenir al propio rey. Prudentemente, inició su petición describiendo la alegría que se produciría el día del Juicio si multitudes de sajones seguían al «felicísimo monarca» hacia el trono de Cristo (una astuta apelación al corazón de un evangelista). Sin embargo, continuó Alcuino, pese a los esfuerzos y a la dedicación del rey, la elección de los sajones no parecía haberse decantado, hasta el momento, por el Dios verdadero. Así, pues, le instaba a «proporcionar a esos pueblos conquistados nuevos maestros que les amamanten con leche, corno a niños de pecho. Los diezmos pueden ser provechosos, pero es mejor quedarse sin ellos que sin la fe de las almas. Recordad la enseñanza de san Agustín: Primero, instruye al hombre y tráele a la fe; entonces, y sólo entonces, bautízale».

Carlomagno continuó haciendo las cosas a su modo en Sajonia, sin prestar la menor atención a las palabras de Alcuino. Lamentándose, el celta escribió a Amo: «¿Qué se consigue con un bautismo si no hay fe? A un hombre se le puede forzar al bautismo, pero no se le puede obligar a creer».

Sin embargo, después de veinticuatro años de lucha, Carlomagno estaba decidido a imponer la fe a los sajones por la fuerza. Su ceñuda tenacidad igualaba la voluntad de resistencia de aquel pueblo. El franco se enfurecía con la «infidelidad de los sajones», cuando éstos luchaban por la independencia. En el momento en que empezaba a contemplar la idea de una comunidad cristiana, los sajones habían abandonado la fe; en el momento en que, como ahora, pretendía reinstaurar la hegemonía que había ejercido su abuelo, Carlos Martel, sobre los pueblos germánicos del Rin, en la propia orilla de éste los sajones volvían a alzarse en armas contra él. En el corazón de sus dominios —tal como él los entendía—, las tribus sajonas unían sus fuerzas a los paganos eslavos y ávaros.

A lo largo de los años 794 a 798, inexorablemente, Carlomagno envió sus fuerzas de nuevo a las ya familiares rutas de Sajonia, recuperando Paderborn e invernando de nuevo junto al Weser, hasta que el ejército de su hijo Carlos alcanzó por segunda vez la costa báltica.

Pero, en esta ocasión, Carlomagno probó una nueva estrategia. Primero, tomó como rehenes a un tercio de los hombres de las aldeas; después, empezó a desarraigar de sus bosques a cientos de familias para volverlas a establecer en los valles del Rin y del Loira. Habiendo fracasado en someter a los sajones, se dedicó a trasladarlos.

Siempre que tenía un fracaso, el infatigable Arnulfo se enfrentaba a él y acababa arrancándole un éxito personal de algún tipo. Su río, el «rápido y espumeante Rin», no había tenido nunca un puente que lo salvara y, en opinión de sus gentes, todos los esfuerzos por tender uno serían inútiles. La primera estructura que había mandado levantar en Maguncia había sido arrastrada por las avenidas de agua, pero Carlomagno hizo hundir barcazas cargadas de piedras río arriba, construyó nuevos pilares de madera, los ancló a las orillas mediante obras de sillería y, por fin, el Rin tuvo su puente.

Los francos no tenían conocimientos de arquitectura, pese a lo cual el monarca entregó a uno de ellos, el maestro Odón, el plano de la iglesia de Justiniano en Rávena, un templo octogonal y de reducidas dimensiones. El maestro Odón no consiguió edificar otro San Vitale, pero la iglesia de la Virgen en Aquisgrán fue completada y despertó la admiración de todos. Desde luego, no fue erigida en una sola jornada a instancias de Carlomagno, como proclamaban sus guerreros veteranos, pero la energía del Arnulfo logró que la obra fuera rematada, con placas de oro y plata y notables pinturas en las paredes, en el plazo de cuatro años, en lugar de en cuatro generaciones. Pronto, desde las marismas frisonas hasta las capillas de la Provenza, corrió la noticia y acudió gente a admirar aquel templo.

Tampoco había en el reino franco nadie que tuviera la habilidad suficiente para tallar o moldear una estatua, pero entre la iglesia de Santa María y el edificio de palacio resplandeció pronto la brillante estatua de bronce de Teodorico a caballo. El buen godo y su montura casi parecían estar vivos.

Desde Aquisgrán, los misioneros continuaron avanzando, más allá del Elba y los pueblos eslavos vecinos, hasta entrar en contacto con los salvajes sorbios (serbios) y croatas.

En la lejana Italia meridional, el joven Grimoaldo, el beneventino, se había casado con una princesa bizantina y se había declarado por fin «lo que he sido siempre, un hombre libre». Para corregir la situación, Carlomagno envió al brillante Angilberto.

En el oeste, los Pirineos habían pasado a manos de los musulmanes. Entonces el rey decidió enviarle al valiente Guillermo de Toulouse un numeroso grupo de

austeros y endurecidos vasallos que ayudaron al aquitano a recuperar pacientemente, mes a mes, las poblaciones fronterizas y los pasos de montaña.

Al este, muy lejos, los paganos ávaros combatieron contra las misiones de Arno. Erico de Friuli acudió a someterlos acompañado del *tudun* bautizado. Los caudillos paganos resultaron muertos o emigraron a las estepas.

Así, en todas las comunidades de Occidente, Carlomagno se había convertido en un poder fáctico. Sus *missi* transmitían las palabras de apremio de su señor hasta las iglesias de Istria, en la costa dálmata, y los «hombres de Carlos» se reunían en los tempos con una nueva esperanza.

Sin embargo, ¿qué era Carlomagno?

Los paladines que trabajaban a su lado rara vez se hacían tal pregunta, pues no tenían tiempo para pensar en otra cosa que en llevar a cabo la voluntad del monarca. Arno, enfrascado en su labor evangelizadora entre los ávaros, tampoco tenía un momento para preguntárselo.

Quien sí tuvo ocasión de reflexionar sobre el asunto, en la calma de la clausura de San Martín, fue Alcuino. El sabio anciano, nunca libre de enfermedades, notaba ya próximo el final de sus días. Tours quedaba más allá de los territorios francos ancestrales, cerca de la antigua Galia meridional, donde aún se mantenían algunos recuerdos del Imperio Romano. Por otra parte, la mente infatigable de Alcuino aún seguía de cerca, gracias a sus cartas, los cambios de personalidades y los acontecimientos que se producían a lo largo y ancho de aquellos dominios que aún carecían de identidad. Si bien ya no era el mentor de Carlomagno, aún actuaba como ministro oficioso de éste.

Aunque seguía haciendo gala de su sentido del humor, el britano estaba cambiando de opinión en algunos temas conforme se acercaba el momento de rendir cuentas de sus pecados. Nadie había citado los versos de Virgilio con más asiduidad que él, pero ahora censuraba la lectura de tal «poesía pagana». Le divirtió pensar cuánto disgustaría a Angilberto, a quien encantaban las funciones teatrales, la reciente prohibición de las pantomimas en la corte. Sin embargo, Agustín había sido muy tajante al afirmar que el teatro era una invención del Diablo.

A Alcuino le molestaba que Carlomagno no prestara ninguna atención a las necesidades de los reyes anglosajones. «Un pueblo descreído», fue el comentario del franco ante la noticia de que los habitantes de Northumbria habían matado a su monarca. Por su parte, Carlomagno se dedicaba cada vez más a reforzar las iglesias de sus territorios. Para entonces, se refería a sí mismo simplemente como «rey de los francos», sin añadir ya lo de «rey de los lombardos y patricio de Roma», pues, ciertamente, su hijo Pipino era el rey nominal de los lombardos, aunque fuera su padre quien gobernara a través de los *missi dominici*. El anciano maestro de York se preguntaba qué sería de las naciones de Occidente si Carlomagno moría. Y, sobre

todo, ¿qué sería del vicario de san Pedro, en Roma?

Entre su constante correspondencia, mientras descansaba su dolorida cabeza en la quietud de la noche, Alcuino le daba vueltas a aquel interrogante: Carlomagno había alcanzado un poder superior al de cualquier rey del Occidente, pero no tenía ningún título que reflejara tal poder. Su personalidad había rebosado los límites del primitivo dominio de los francos, pero ¿qué era ahora?

Un emperador, sin duda. En efecto, si lograba añadir a sus dominios la Britania y aquella otra isla del mar Interior, la Sicilia, pasaría a gobernar más tierras que cualquier emperador romano de Occidente. Era cierto que Hispania seguía fuera de la influencia cristiana, pero aquella tierra pagana aún podía ser sometida. César Augusto era señor de muchos menos territorios el día de su coronación.

Alcuino reflexionaba de este modo sobre el *Imperium* de la antigua Roma porque en Occidente no se había conocido otro. Además, en el Este, precisamente por esa época, era una mujer, Irene, quien ocupaba el trono de los emperadores orientales de Constantinopla, los simbólicos sucesores de los césares romanos. Irene había pecado al dejar ciego a su propio hijo, Constantino, para conservar el poder en sus manos como portadora de la púrpura.

Con todo, Alcuino sabía que su rey David no tenía tales sueños imperiales. El bárbaro franco se consideraba ungido rey, como David, por voluntad divina y creía a pie juntillas en Agustín, quien había profetizado que la ciudad mística de Dios seguiría a la caída de la Roma terrenal. Y era muy difícil, si no imposible, contradecir a Carlomagno cuando estaba convencido de algo.

Aunque comprendía que era preciso resolver el interrogante, Alcuino no logró dar con la respuesta y planteó la cuestión, por escrito, a un reducido número de amigos de confianza. Al único que no pudo recurrir en aquella búsqueda de respuesta fue a Carlomagno.

Otra tarea desafiaba por entonces al monarca. Éste había ordenado la construcción de un canal a través del alto valle bávaro que separaba las cabeceras del Danubio y del Rin, pero las obras no avanzaban.

«El rey ponía su sello en cada obra, donde quiera que estuviese», escribiría Einhardo, el enano. Así pues, se embarcó río arriba, remontando el Altmühl hasta donde pudieron llevarle los esquifes, para llegar al esquivo valle. Transcurría entonces el *Brachmanoth*, el mes de iniciar las excavaciones (junio), y el franco lo consideró un buen presagio.

Su cortejo avanzó entre campos inundados por el deshielo, cazando jabalíes en la espesura y celebrando banquetes bajo los pabellones. El concienzudo Maganfredo llevaba los documentos de la corte y el severo Audulfo, el senescal, se ocupaba del transporte de las provisiones que complementaban la carne de los cerdos salvajes. Liutgarda, la joven y frágil reina, se tomaba a la ligera las lluvias y comentaba que el

sol bendecía a todos aquellos que acudían a las montañas. Las hijas del rey añadían sus voces a la alegría general mientras su padre cabalgaba valle arriba para encontrar y expulsar al diablo que ponía trabas a la excavación del canal.

Las hijas de Fastrada se quedaron en la Ciudad de los Francos (Frankfurt), pero la traviesa Rotaída siguió a todas partes a la joven y esbelta Delia, tratando de hacer lo mismo que las chicas mayores.

En el cortejo había más niños. Berta, una mujer madura con veinte años cumplidos, llevaba con ella a los dos hijos tenidos de Angilberto. Rotruda, tan poco casada como su hermana, tenía también un pequeño.

Ni de palabra ni de gesto mostró el rey desprecio alguno por esos nietos bastardos, sino que contempló con afecto a sus hijas dándoles el pecho. Los pequeños lloraban a pleno pulmón cuando tenían hambre. A la hora de la cena, sus hijas se vestían de satén azul y le escanciaban el vino. Gracias a Dios, su familia crecía.

Einhardo dijo de las muchachas: «Tanto disfrutaba el rey con su compañía, que no soportaba estar separado de ellas».

La fiesta del *Brachmanoth* se celebraba a pleno mediodía; las muchachas de más edad se engalanaron con coronas de flores en los brazos y en los hombros y llevaron a su padre fuentes de fresas, peras, cerezas y uvas tempranas, pero a la pequeña Rotaída no le dieron nada que llevar. La niña tenía una corona de flores en su rincón y allí fingió bailar cuando las arpas y los címbalos empezaron a sonar.

En plena celebración, sólo un hombre se percató de los furtivos pasos de baile que ensayaba la solitaria Rotaída. Era Teodulfo, el gran poeta, un elocuente sacerdote de las montañas hispanas tostado por el sol que había llegado de la asolada Narbona, fugitivo con una hija pequeña y nada más a su nombre, y que se hacía llamar «el godo». Un gran poeta, sí, pero más torvo que el virtuoso Sturm cuando se encolerizaba, y más rápido en el beber que los recios *Grafs* turingios. Alcuino le apodó «el Pontífice de la Parra» y Carlomagno le dio refugio, deberes y poemas que hacer.

Aquel voluntarioso sacerdote hispano cantaba sus poemas; así había recitado el Salmista el Cantar de los Cantares; así daban gracias por su felicidad los peregrinos que poblaban los caminos. Sólo Ercambaldo, el secretario de Carlomagno, y el adusto Einhardo, el enano, escribían sus historias sobre el pergamino en esmerada prosa. Teodulfo dejaba oír su voz sobre la corte después de saciarse de buena carne y de fuerte vino... y ay del noble que estuviera demasiado borracho como para prestarle atención, pues el godo dirigía entonces las pullas de su canción contra el durmiente hasta que todos se echaban a reír y el hombre, despertando, abandonaba el salón tambaleándose.

Teodulfo había captado la ironía de los poetas árabes de Córdoba y había apreciado el ingenio de Ovidio. «Escuchad a los pájaros —decía a los señores del

reino franco—. Oíd cómo los cuervos ahogan la melodía con su algarabía de graznidos; advertid cómo la urraca se siente ufana porque imita una voz humana; observad cómo el inflado pavo real emite sus chillidos cuando intenta hablar. Escuchadlos, y os oiréis a vosotros mismos».

A aquellos que se mostraban demasiado ufanos por haber realizado una peregrinación para expiar sus pecados, les apuntaba: «No llegaréis al cielo caminando».

Mientras observaba a Rotaida bailando sola, el tempestuoso godo se dio cuenta de cómo los niños tenían que soportar las penas en silencio y de cómo el rey franco, tan generoso en su clemencia, podía ser muy cruel cuando olvidaba ésta. Con su dominio sobre quienes le rodeaban, tan pronto les daba alegrías como les agraviaba. Con todo, su manera de ser le llevaba siempre a dominar. ¿Era, pues, digno de gobernar a tan grande multitud?

El godo no se dejaba engañar. Había tenido por hermanos a los proscritos, su refectorio había sido la cuneta del camino y sus himnarios, los lamentos de los desesperados. El godo, más que cualquiera del círculo de Carlomagno —más incluso que el sagaz y rápido Angilberto—, tenía imaginación.

Bajo el dosel del rey, un discípulo celta de Alcuino llamado Fredugis instruía a los estudiantes sobre los números mágicos y el significado de los eclipses de sol y de luna. Todas las muchachas estaban allí, calladas al menos, si no interesadas. La pequeña Rotaida entró tras ellas, acomodándose donde una cuerda sostenía el ángulo del pabellón real. El maestro escocés, al verla, le hizo un gesto para que se marchara. Entonces, el godo lanzó un rugido de cólera:

—¡Escocés borracho! ¡No impidas a los niños acudir a la instrucción!

—La chiquilla me incomoda y no puedo sino aburrirla con mis lecciones.

—Entonces, ocúpate de complacerla. ¿Acaso impartes enseñanzas por el placer de oírte, o más bien para que los demás entiendan lo que dices?

El maestro llegado de Britania no supo qué responder, pero, en adelante, se abstuvo de rechazar la presencia de los niños. Y cuando ellos invitaban al godo a hacerse amigo de Fredugis, él les contestaba:

—¡Seré amigo de un escocés cuando una perra amamante a un conejo!

Mientras tanto, a pesar de las exhortaciones de Carlomagno, la zanja del canal en aquel valle, de dos mil pasos de largo por cien de ancho, no podía hacerse más profunda. El agua se filtraba y convertía la obra en un lodazal. El margen de la zanja se desmoronaba y los hombres quedaban atrapados en el fango de aquel lugar que llamaban el Ried.

Miles de picos y palas trabajaron para abrirlo, y el rey ordenó que se levantaran presas y se cerraran canales, pero, noche tras noche, el lodazal se adueñaba de nuevo del fondo del valle. Además, durante las horas de oscuridad, de aquella tierra maldita

surgían gemidos y jadeos inhumanos, acompañados de un hedor pestilente.

Los compañeros de rancho de Keroldo afirmaban que unos enemigos abominables se habían apostado en el Ried para maquinarse contra el rey cristiano. Al oírles, Keroldo exclamó, quejándose de su cháchara:

—¿Vosotros, que apenas sois capaces de matar una mosca, decís haber visto enemigos apostados allí? ¡Ahora oiréis el testimonio de lo que yo he visto! No era ningún enemigo, sino el propio Diablo, que combatía allí con nuestro muy glorioso rey, al borde del maldito lodazal cuando la noche era más cerrada. Nuestro rey sólo iba armado con la espada, pues había dejado el puñal y la lanza en la tienda. Entonces, sacando su espada del mejor hierro, alzó la empuñadura con la cruz y el diablo empezó a gemir y jaderar, como bien oísteis. En aquel punto, nuestro muy creyente rey descargó el filo de la espada en el vientre del Archienemigo al tiempo que invocaba al valiente arcángel Miguel. Lo que ahora oléis y escucháis son los restos del propio Diablo deslizándose y retorciéndose en esa ciénaga.

A los comensales les pareció que Keroldo, en aquella ocasión, decía la verdad. Pues el hediondo lodazal derrotó los esfuerzos de todos los demás hombres.

Las lluvias produjeron inundaciones que se llevaron las presas de contención. Carlomagno se dio cuenta de que con su presencia no había conseguido nada. En un acceso de furia ciega, echó a andar hacia la colina donde había estado la presa. En momentos así, nadie de su corte se aventuraba a seguirle. Aquella vez, sólo la pequeña Rotaida, de siete años, fue tras él movida por algún impulso. Y Teodulfo, el godo, salió tras ella porque sabía que el rey deseaba estar a solas con su cólera.

El godo les observó bajo la lluvia barrida por el viento: Carlomagno, sentado en un peñasco con la cabeza entre las manos, y la chiquilla, acercándose a él. El rey no se percató de su presencia hasta que ella se remangó la falda y se puso a dar unos pasos de danza sin música delante de él, avanzando y retrocediendo. Teodulfo no se acercó más. Al ver a la niña, Carlomagno la subió sobre sus rodillas y echó el borde del manto por encima de su cabeza para protegerla de la lluvia. Cuando lo hizo, vio al díscolo godo.

—Teodulfo —le confió—, ahora siento vergüenza. En esta hora terrible, la pequeña Rotaida me trae el consuelo de su encantadora danza.

Cuando regresó a la tienda, el rey dio orden de emprender el regreso hacia el río al día siguiente, pues las lluvias ponían fin a los trabajos en el canal.

El valle del Ried no terminó de excavar nunca y, años después, el proyecto del canal quedó abandonado. El analista de Salzburgo escribió: «Era un esfuerzo inútil. Ningún cálculo ni previsión puede triunfar frente a la voluntad del Señor».

En cambio, se oyó a Teodulfo proclamar:

—¡Bendito sea Dios, que me ha concedido, indigno como soy, un señor como Carlos!

Y Carlomagno concedió a aquel hombre sin pelos en la lengua el obispado de Orleans. Allí, Teodulfo asombró a sus fieles con la creación de escuelas en los pueblos «para aprender canto y escritura».

Otro asunto más importante que el canal del Ried derrotó también a Carlomagno. Durante aquella época de tensiones, había intentado limitar su responsabilidad a las tierras francas tradicionales, con su centro en Aquisgrán. Sin embargo, descubrió que no podía. Ahora, demasiada gente apelaba a él. Podría haber rechazado tales apelaciones, pero no era propio de su carácter hacerlo.

Para llevar a cabo su nueva obligación como procurador general, se vio obligado a desplazarse nuevamente de Aquisgrán. Con el fin de restaurar el orden en Sajonia, se trasladó con la corte a la región del Weser, abrogando los castigos más severos de su odiada Capítular a los Sajones y supervisando el traslado de los aldeanos; después, para gran intranquilidad de Alcuino, prosiguió la marcha hacia las colonias establecidas entre los eslavos, al otro lado del Elba.

Durante este periodo, entre 797 y 798, los anales revelan la llegada de misiones de tierras lejanas a la corte ambulante del franco. Un señor árabe de Barcelona le presentó las llaves de dicho puerto de mar (pues Guillermo de Toulouse estaba abriendo y fortificando los pasos orientales de los Pirineos). Este árabe, Abdulá, hijo exiliado del gran sarraceno, Abderramán, buscó la amistad del rey y relató a Carlomagno las maravillas de Bagdad, donde leones de bronce rugían como órganos. Al oírle, el franco despachó enviados a Bagdad para solicitar el regalo de un elefante.

Desde los Pirineos occidentales, Alfonso, rey de los astures y de los gascones, envió tributo, con cautivos y trofeos de la Lisboa musulmana. Los mismos cristianos que al principio se habían resistido a los francos, se presentaban ahora como súbditos de Carlomagno, el victorioso rey cristiano. Lo mismo hicieron los príncipes ávaros.

De la Sicilia bizantina llegó una carta del patricio saludando al monarca de los francos. Más aún: Miguel, metropolitano de Constantinopla, le mandó el saludo de la emperatriz Irene, con el anuncio de su ascensión al trono de los césares (pero sin mencionar que había ordenado la ceguera y el encarcelamiento de su hijo, Constantino).

Los monasterios le rogaban su apoyo y Carlomagno instaba a los monjes a trabajar los campos para obtener mayores cosechas. Estos centros de clausura eran arterias de nueva vida pero los monjes, al retirarse de la agitación del siglo, rehuían sus responsabilidades para con los demás. «¿Vais a encerraros en una prisión segura? —preguntó con malos modos al mismísimo Arno—, ¿o pensáis continuar adelante hasta convertir a Sigfrido, el rey de los daneses?».

Carlomagno empezó a resentirse por la ausencia de Alcuino, Angilberto y Adalardo, cada cual en su abadía.

De Aquilea, la ciudad en ruinas de la frontera oriental de Italia, llegó un antiguo

alumno de la Academia, Paulino, el mismo a quien Liutgarda había enviado los brazaletes de oro. Este Paulino («cuyo nombre —según Alcuino— no está grabado en tablillas de cera sino en nuestros corazones») estaba enfermo de pena por las ruinas de Aquilea, que había sido una de las últimas muestras de esplendor del Imperio Romano antes de que los hunos de Atila la arrasaran.

—Una ciudad principesca —se lamentaba Paulino— se ha convertido en una pobre choza. Los brezos invaden sus iglesias desmoronadas y ni siquiera los muertos tienen allí paz, pues los ladrones se dedican a arrancar las lápidas de mármol de las sepulturas.

Carlomagno, que amaba y admiraba a Paulino, el sacerdote de Erico, no sabía qué ayuda podía prestar a aquella ciudad fantasma.

—¿Qué gentes habitan allí? —preguntó al clérigo.

—Los supervivientes de la antigua civilización buscaron refugio en las islas del mar y en las lagunas vénetas. Hoy, han desaparecido y sólo acuden a mi altar gentes hambrientas y mendigos que recorren la costa.

—Construid posadas y acoged en ellas a los viajeros que se dirigen al este.

Carlomagno propugnaba que todas las diócesis acogieran como huéspedes a los viajeros. La población ambulante de sus dominios necesitaba encontrar puertas abiertas y tierras que trabajar. A Paulino, además de plata, le concedió un título muy apreciado en el Este: el de patriarca de Aquilea. Es decir, de jefe religioso de aquella ciudad fantasma.

Desde Toulouse llegó su hijo Luis, tan pobre que ni siquiera había podido ofrecer regalos a la futura esposa que le acompañaba. Allí, en la próspera Provenza y la fértil Gascuña, los recaudadores de los diezmos se dedicaban a robar y los jueces ambulantes vendían sus veredictos por dinero. Luis, un hombre de estrictos principios, era incapaz de poner coto a la extendida corrupción de los funcionarios del rey, y éste no podía viajar personalmente a Aquitania para hacerlo.

En casos así, Carlomagno recurría a sus servidores más hábiles y honrados para que actuaran en su nombre. En esta ocasión llamó a Teodulfo, el godo, para que viajara por su antigua patria como *missus dominicus* con poderes para juzgar a los funcionarios. «No aceptes regalos, escucha a todo el mundo e infórmame de lo que descubras», le aconsejó.

A modo de informe, Teodulfo envió un poema mordaz titulado ¡A los jueces! En él, hablaba despiadadamente de lo que había encontrado tras las huellas de los jueces que le habían precedido. Allí donde llegaba, las gentes le recibían con sobornos antes incluso de presentarle sus demandas.

«Un hombre me trae gemas de Oriente para que le transfiera la propiedad de las tierras de su vecino. Otro me ofrece monedas de oro con inscripciones en árabe como recompensa si le adjudico la casa que desea. El criado de un tercero se presenta ante

mí describiendo una maravillosa vasija de la plata más pura y de un peso extraordinario, ornamentada con una detallada escena de Hércules furioso, tan minuciosa que se ve su maza de hierro en el momento de golpear la cara furiosa de su enemigo, y otra en la que el propio Hércules saca los bueyes del establo de Augias y se aprecia claramente el miedo de los animales al ser arrastrados por la cola. Entonces, el criado me ofrece la vasija en nombre de su amo, a cambio de una mera modificación en los documentos de un gran número de personas».

Los únicos regalos que aceptaba Teodulfo eran las manzanas o algún succulento pollo que le ofrecía la gente del pueblo. Los versos del godo hacían burla de los jueces ambulantes del rey; decía de ellos que se levantaban con el alba para aceptar sobornos pero dormitaban hasta el mediodía cuando el deber les llamaba, que se incorporaban de sus bancos a mediodía para atracarse de comida y luego se pasaban la tarde dando cabezadas durante las audiencias, que prestaban gran atención a las peticiones de los influyentes y se volvían sordos a las reclamaciones de los pobres.

Allí donde acudía Teodulfo, la institución de los *missi dominici* recuperaba el respeto de todos. Así pues, la acción de unos pocos seguidores devotos hizo sentir la fuerza de la personalidad de Carlomagno en unos territorios cada vez más extensos.

En Saint-Denis, el agradecido Fardulfo estaba levantando un palacio «para la venida del rey». En Salzburgo, Arno instaba a sus predicadores a comportarse como apóstoles y no como recaudadores de impuestos. En Tours, Alcuino pasaba las noches dedicado a recopilar y comparar manuscritos de la Biblia Vulgata de Jerónimo, con objeto de poner en manos del rey una versión nueva y clara de la extensa Biblia. En la fantasmal Aquilea, Paulino convertía en ciudadanos a los viajeros de paso.

Y, mientras se dedicaban a sus tareas, las mentes inquisitivas de aquellos hombres daban vueltas a la pregunta de Alcuino, tal vez porque éste se la había transmitido en sus carcas: ¿Qué era ahora Carlomagno, que se había convertido en más que un rey?

La respuesta no tardó en llegar. El monarca franco se estaba constituyendo en cabeza del nuevo *Imperium Christianorum*, del «imperio cristiano».

Todo empezó, como tantas otras cosas, en el Oriente misterioso. De aquel Oriente habían llegado las fuerzas que habían dado energía al rey de los francos. Las propias Sagradas Escrituras procedían de las lenguas del Asia Menor, a través de las predicaciones de Pablo de Tarso. El monaquismo de Benedicto de Nursia provenía de los eremitas del desierto egipcio, y las leyes de Occidente se habían modelado a partir del Código de Justiniano. En el Este, en la ciudad de Constantino, todavía se conservaba la herencia de Roma, las ciencias y las artes del pasado perdido.

En cambio, de las costas y mares occidentales no había llegado nada, pues nada se había creado allí todavía entre los habitantes de los bosques y los pueblos marinos. Incluso las almas más puras del oeste, Beda y Columbano y sus hermanos,

habían obtenido la bendición del conocimiento gracias a las rutas comerciales marítimas que ponían en contacto la costa irlandesa con Constantinopla. Los propios sobornos ofrecidos a Teodulfo y las piezas excepcionales del tesoro ávaro habían sido fabricadas por manos orientales.

Las grandes transformaciones de los seres humanos tenían lugar en aquellas lejanas tierras del Este y cada una de ellas, como una gran ola de marea, rompía con fuerza en las regiones de Occidente para morir en pequeñas ondas entre los bosques inexplorados.

Casi dos siglos antes, con la predicación de Mahoma de una nueva fe en los desiertos más allá de la Tierra Santa, había surgido una rebelión contra los imperios, opulentos y estancados, de Bizancio y de la Persia sasánida. La oleada de conversiones al Islam y las espadas de conquista musulmanas habían barrido la costa de África, provocando contracorrientes por todo el mar Interior, y se habían filtrado a través de los pasos de los Pirineos, donde Guillermo aún seguía librando la guerra del creyente contra el infiel. Sin embargo, en el Este, la fe de Mahoma había sido la de un puritano que sólo rendía adoración a Dios, y a nada más. El fuego de su convicción espiritual —que propugnaba la oración sin clérigos, la veneración sin iglesias y la fe sin condiciones— había prendido entre las sectas cristianas orientales, que veían con agrado sus planteamientos y que, a su vez, se rebelaron contra la jerarquía de Constantinopla. En los desiertos cristianos, las ideas puritanas ganaron adeptos hasta que, en las resacas llanuras de Anatolia, se alzaron para romper las imágenes de las iglesias, hacer trizas sus ropas y destruir los cuadros y murales que parecían burlarse de su fe íntima.

El conflicto entre estos rompedores de imágenes, los iconoclastas, y los partidarios de tales representaciones, los iconodulos, se prolongó durante generaciones. La emperatriz Irene —más por verdadero convencimiento que por interés político, probablemente— restauró la presencia de imágenes sagradas en los templos.

No era una vana cuestión de ritual lo que inflamaba aquella controversia. Era una pregunta general como el mundo y particular como el alma de cada creyente. Si uno hacía sus oraciones ante una estatua de la Virgen María, ¿no le estaría rezando a una mera imagen de piedra o madera, en lugar de hacerlo a Dios? ¿Quién podía responder a tal dilema?

Cada vez más enfrentados, iconoclastas e iconodulos encarcelaron, dejaron ciegos y dieron muerte a sus antagonistas hasta que en el Este, en Nicea (787), el séptimo Concilio de la Iglesia dilucidó por fin la cuestión (bajo la autoridad de Irene): «Los símbolos [...] serán legítimamente visibles en vestimentas sacerdotales, recipientes, muros y caminos, para recordar a los hombres lo que representan».

Tales imágenes, declaraba el Concilio, debían ser respetadas y veneradas, incluso

honradas con velas e incienso, pero no debían ser adoradas por sí mismas. La adoración ele los hombres debía tener por único objeto a Dios.

La oleada de controversias se propagó hacia el oeste hasta Roma. Allí, Adriano dio su aprobación a la sentencia del Concilio y bendijo a Irene por haber restaurado las imágenes de los templos. Aunque en San Pedro no había tanta pompa y ceremonia como en las iglesias ortodoxas de Oriente, Adriano y sus católicos apoyaron con firmeza la veneración de las imágenes de los santos y de las cruces de las capillas junto a los caminos.

Desde Roma, la disputa alcanzó la corte del rey franco. Allí, los templos eran lugares bastante toscos en los que no había imágenes porque ningún artesano sabía tallar estatuas, pero en ellos abundaban las pinturas murales y las reliquias preciadas como el manto de san Martín. Así pues, el dilema llegó al propio Carlomagno. ¿Se equivocaba al representar en las paredes el esplendor del paraíso? ¿Carecían de virtudes curativas los huesos o pertenencias de los santos?

«No —se respondió con rotundidad, y añadió—: Las imágenes no deben ser destruidas».

Tal postura habría dejado resuelta la cuestión en las iglesias francas de no haber sido por uno de esos percances que hoy parecen imposibles pero que, en esa época de dificultades comunicativas, se producían con bastante frecuencia. Alguien, en Roma o en Frankfurt, se equivocó en la traducción de una palabra. El término *revere* llegó a Carlomagno y a sus eclesiásticos como adoración. En consecuencia, llegaron a la conclusión de que el Concilio de Nicea y el propio Adriano habían ordenado la adoración de todos los símbolos. Esto enfureció de inmediato a Carlomagno, quien lo consideró un retorno al paganismo. ¿Cómo podía una cruz de madera junto al camino ser igual que el Dios Todopoderoso?

—Las imágenes no deben ser destruidas —proclamó, furioso—, ¡pero tampoco deben ser adoradas!

Teodulfo se mostró de acuerdo y Alcuino, que por entonces acababa de regresar de Inglaterra, tuvo que reconocer que el Concilio celebrado en el Este y el propio Papa se equivocaban. Sin embargo, la cólera de Carlomagno tuvo consecuencias de gran alcance. El franco vio en los bizantinos a unos falsarios religiosos y consideró que Adriano se había rebajado ante ellos; entonces, convocó su propio Concilio en Frankfurt (794) para debatir la cuestión candente de las imágenes y Dios, y exigió a los participantes una respuesta clara. La obtuvo: en Frankfurt, sus clérigos rechazaron y condenaron la adoración de las imágenes de los santos. Únicamente la Santísima Trinidad debía ser objeto de adoración.

El rey y sus eruditos religiosos no se detuvieron allí, sino que pusieron por escrito sus conclusiones en los famosos Libros Carolingios. Y así, en aquel momento, debido a la mala traducción de una palabra, Carlomagno dejó constancia de lo que

consideraba su responsabilidad: «Habiendo recibido del Señor, en el seno de la Iglesia, el gobierno de nuestro reino [...]».

El franco lo decía absolutamente en serio. Gobernaba su reino como jefe de la Iglesia y, por encima de todo, estaba esa responsabilidad suya como sacerdote del Señor. Y, en las circunstancias de aquellos años, a sus clérigos debió de darles la impresión de que tanto Constantinopla como Roma habían caído en el error. El propio Carlomagno debió de sentir que su fe era puesta a prueba y, como Martín Lutero en otra reforma, bien pudo haber dicho: «Aquí me planto; no puedo obrar de otra manera».

A semejanza de Lutero, también él acudió a las Escrituras para confirmar su postura. Los edictos de los Libros quizá fueran formulados por Alcuino y los demás, pero llevaban el claro eco del propio monarca: «[...] los obispos entenderán las oraciones que rezan en la misa [...] comprenderán la plegaria del Señor y enseñarán su significado [...] y no darán lectura a falsos escritos o a cartas mendaces [...] para no conducir al pueblo al error [...] ni permitirán a los sacerdotes difundir entre el pueblo otras enseñanzas que las expresadas en las Sagradas Escrituras».

A su vez, esta exhortación a los clérigos colocó al terco arnulfingo frente a la herejía que se extendía en aquellos momentos por tierras hispanas. Allí, los cristianos de las montañas septentrionales habían entrado en contacto con el pensamiento de los eruditos musulmanes y judíos y habían desarrollado algunas ideas propias. Uno de ellos, Félix, obispo de Urgel, discutía el concepto de la Trinidad y mantenía que Jesús, el hombre, sólo había sido Hijo adoptivo de Dios.

Hombre honrado, Félix predicó con celo su creencia en el adopcionismo, que se extendía por las iglesias de los Pirineos. Para Carlomagno, no había duda de que Cristo había compartido la divinidad del Padre. ¿Cómo podría un hombre normal, por adoptado que fuese, traer la salvación a todo el género humano?

El monarca llamó a Alcuino y a Teodulfo para que refutaran la herejía y convencieran a Félix de su error, y envió de inmediato a Angilberto a Roma para consultar con el nuevo Papa.

Así pues, ya próximo al final del siglo, Carlomagno se veía a sí mismo como principal defensor «interior» de la Iglesia, mientras que el sucesor de Adriano constituía una incógnita.

Alcuino se encontró, por tanto, enfrentado a la vez con aquellas cuestiones de fe y con la inflexible voluntad del rey y buscó refugio en San Martín. «He volado a mi amado nido», comentó al llegar. Allí, junto al río, insatisfecho con su labor como abad, deseó liberarse de aquella responsabilidad casi insoportable para entrar en la paz de la vida monástica. ¿Podría encontrar alguna solución al problema de la personalidad de Carlomagno y su creciente autoridad?

La tarea de revisión del nuevo texto de la Biblia completa le pareció superior a

sus fuerzas y escribió a Carlomagno que le fallaba la cabeza. Algún día, imploraba el sabio de York, un segundo Jerónimo o alguna inspirada comunidad de eruditos la completaría, pero él se sentía incapaz.

«No esperes una era de mentes perfectas —respondió Carlomagno—, Nunca llegará». El franco quería ver la nueva Biblia acabada, inteligible hasta la última palabra, y tenerla pronto en sus manos. Así pues, Alcuino continuó trabajando, repasando los textos de los Padres de la Iglesia para refutar a Félix y explorando los tempranos fragmentos en griego de las Escrituras, hasta que el dolor de cabeza le obligaba a tenderse en el catre.

Y entonces llegó de Roma la noticia inconcebible.

Con palabras rudas y directas, los anales de 799 relatan que «los romanos capturaron al papa León, le sacaron los ojos y le cortaron la lengua. Llevado a prisión, escapó de noche saltando la valla y buscó la protección de los enviados del señor rey, Wirundo el abad y Winigis, duque de Spoleto, quienes estaban por aquel entonces en la basílica de San Pedro».

Así empezó el año de la decisión.

Para quien había jurado defender a su pueblo del exterior al tiempo que fortalecía la fe en el interior, aquel año trajo una sucesión de crisis. En Hispania, donde Carlomagno se había propuesto extirpar el peligroso adopcionismo, sufrió una inesperada derrota por mar cuando los corsarios árabes desembarcaron en las Baleares y las saquearon. Una oleada de inquietud recorrió todas las costas del reino, despertando a los bretones y a los eslavos del otro lado del Elba. Dos de sus *missi* fueron muertos.

Peores noticias llegaron de la Marca del Este. Arno había salido a toda prisa hacia Roma. «Dos de los caudillos francos cayeron —relata Einhardo—, En una ciudad de la costa [cerca de Fiume], Erico, duque de Friuli, fue muerto a traición. Y Geroldo, gobernador de Baviera, encontró la muerte mientras cabalgaba al frente de sus hombres, reunidos contra los hunos».

Carlomagno lloró la muerte de su cuñado, Geroldo, pero lloró aún más la pérdida del sin par Erico, que había sojuzgado a los ávaros. Erico siempre había llevado consigo un pequeño escrito del devoto Paulino, un Libro de exhortaciones para un cristiano en la guerra. El duque había repartido toda su riqueza en limosnas, sin pensar nunca en su propia seguridad. «Estos hombres valientes —dijo de ellos Carlomagno— ensancharon y protegieron las fronteras de los dominios cristianos».

¿Quién iba a ocupar su lugar? El monarca se sintió obligado a viajar de nuevo a la Marca del Este. Sin embargo, acampado en Paderborn, contempló los caminos por los cuales la nobleza sajona era conducida a sus nuevos hogares en Franconia mientras los colonos francos emigraban a tierras sajonas. Su hijo Carlos había partido para conseguir la sumisión de los eslavos. ¿Cómo podía él abandonar Sajonia?

Llegó a Paderborn un enviado bizantino con un extraño mensaje de Constantinopla, por mediación de Miguel, strategos de Sicilia. La emperatriz Irene enviaba presentes y saluciones al rey de los francos, a quien explicaba que había encarcelado a su hijo Constantino por sus crímenes, de modo que ahora gobernaba sola. La emperatriz expresaba sus deseos de amistad con el rey franco, pero éste se preguntó qué clase de mujer era aquélla, capaz de poner grilletes a su propio hijo, y cómo podía ocupar una mujer aquel último trono de los césares.

Mientras esperaba en Paderborn, su atención se concentró en el sur y en el este. Antes que las demás necesidades, estaba la llamada del herido León, señor apostólico de Roma, que viajaba a su encuentro en los bosques sajones. Cuarenta y cinco años antes, el franco había salido bajo la tormenta invernal al encuentro de Esteban, que acudía a pedir la ayuda de su padre; sin embargo, ahora no podía dejar el campamento para recibir al desconocido León. En su lugar envió a Pipino.

Era evidente que a León no le habían sacado los ojos y también que era capaz de articular palabras con su lengua herida. Algunos prelados de su comitiva afirmaban que le había curado un milagro.

Todos estaban de acuerdo en que se había producido una disputa en la turbulenta Roma; León no tenía el apoyo de las familias nobles y, cuando salía de Letrán para un paseo a caballo, había sido atacado por una banda armada de espadas y porras. Sin embargo, dado que la multitud que contemplaba su paso se había dispersado rápidamente, llevada por el miedo, no había mucho acuerdo sobre lo que había sucedido a continuación. En cualquier caso, los prelados movían la cabeza, murmurando que León no era Adriano.

Las cartas de los enemigos del Papa afirmaban que era culpable de inmoralidad y perjurio, pero parecía que su mayor delito había sido ganarse el antagonismo de la facción violenta que pretendía gobernar Roma.

Después de escuchar a León, Carlomagno se reunió con su propio consejo, de modo que sus vasallos no pudieran conocer su opinión. Desde luego, respetaba a León como Sumo Pontífice, pues le pidió que consagrara el altar de una nueva iglesia. Aun así, declaró que León debía volver a Roma, bajo su protección, para enfrentarse a las acusaciones de que era objeto. Carlomagno le seguiría, para ser juez en la audiencia.

De este modo, es muy posible que León acompañara a los lanceros francos por los caminos del bosque con considerable incertidumbre. Iba a ser una dura prueba enfrentarse a sus enemigos en su propia ciudad, tras haber huido de ellos ensangrentado y medio ciego.

Arno le acompañó, como antes, pero Alcuino estaba demasiado débil para cabalgar hasta Sajonia, y Teodulfo, el godo, seguía en el frente hispano, donde las tropas francas estaban reconquistando Mallorca. Por su parte, Guillermo acababa de

enviar al rey las llaves de Huesca.

Sin embargo, en su retiro de Tours, Alcuino se mantuvo informado de los acontecimientos a través de Arno. Sólo por debajo de su devoción a Carlomagno estaba su profunda lealtad a San Pedro. Mientras hurgaba en sus libros, tenía la absoluta certeza de que había sido la voluntad de Dios la que había conducido al herido Papa hasta el valiente y magnánimo rey franco. Alcuino no podía juzgar aquel caso con imparcialidad, enfurecido contra los revoltosos «hijos de la discordia» en Roma, donde «desde antiguo nuestra fe brilló con la luz más resplandeciente. ¡Los hombres, ciegos de corazón, han cegado a su propio Pastor!». Con gran vehemencia, aprobó la decisión del monarca de juzgar el crimen en Roma. Después, sus meditaciones se centraron en Carlomagno. ¿Quién, sino él, podía poner remedio al estado lamentable de las tierras cristianas y devolver a Roma su gran luz de antaño? Estos pensamientos los expresó en una notable carta al rey.

«Hasta ahora han sido tres las personas de superior rango en el mundo. Primero, Su Eminencia Apostólica, que ocupa por el poder de vicario la sede de san Pedro, príncipe de los apóstoles. Y de lo que se ha hecho a este insigne pontífice, sólo ahora me he informado por Vuestra Excelencia. En segundo lugar, está la dignidad imperial y el poder secular de la Segunda Roma [Constantinopla]. Y todo el mundo habla de cómo su gobernador ha sido derrocado por su pueblo de la manera más impía. En tercer lugar, está la dignidad real en la que la providencia del Señor os ha hecho gobernante del pueblo cristiano: Vos, exaltado en poder sobre los antes citados dignatarios, superior en sabiduría y más glorioso en vuestra realeza. ¿No veis que el destino de las iglesias de Cristo depende) sólo de vos? A vos os corresponde vengar el delito, guiar al viajero, consolar al doliente y ensalzar al bueno».

Mediante sinceras exhortaciones y sutiles reiteraciones, el ministro oficioso del reino franco llamaba a su rey y amigo a gobernar el Occidente cristiano como emperador, aunque no llegaba a utilizar esta palabra.

Carlomagno no dio muestras de contentarse con aquellos razonamientos y siguió buscando el modo de atraer a Alcuino a Sajonia, donde nativos y francos estaban siendo trasplantados de tierras. Alcuino no se dejó convencer para trasladarse «de la morada de la paz a un lugar de recogimiento». A continuación, el rey quiso que su consejero le acompañara a la gloriosa Roma «para escapar del humo de los tejados de Tours, tan nocivo para vuestros ojos», pero Alcuino respondió que el humo de Tours no podía ser más perjudicial que los puñales de los conspiradores romanos.

Había, con todo, una cosa que no negaría a Carlomagno. Éste necesitaba los conocimientos de Alcuino para refutar la herejía de las tierras hispanas ante un concilio y decidió ir en busca de su dulce y Cándido campeón, y también de Teodulfo.

Cuando las tormentas de invierno cerraron los caminos, Carlomagno se

encontraba al abrigo de Aquisgrán. Su mente testaruda no se ocupaba, aparentemente, de asuntos políticos o de dignidades; había demasiadas necesidades que atender. Se lanzó a la decoración de su pequeña catedral y al cubrimiento de los grandes baños al aire libre alimentados por las fuentes termales. «Solía invitar a sus nobles y amigos e incluso a sus guardaespaldas a bañarse con él —relata Einhardo—. A veces, tenía a un centenar de personas en el baño».

Pero mientras se bañaba, celebraba banquetes o se vestía al alba, no dejaba de hacer preparativos para el año que iba a empezar, el 800 de la Salvación. (El nuevo año empezaba el día de Navidad). Y desde su salón de Aquisgrán corrió la noticia de que Carlomagno volvería a recorrer las fronteras de su reino.

Los jinetes de sus *turmae* calcularon que sería una larga cabalgada.

—¿Volverá riendas nuestro muy pacífico rey cuando llegue al rápido Loira? —discutían—, ¡Claro que no! Perseguiré a los paganos de Hispania hasta el África, la tercera parte del mundo, donde se encuentran los elefantes. Y continuará hasta la Tierra Santa, donde está el Sepulcro.

¿Acaso no había enviado a un monje, Zacarías, con regalos para las iglesias de Jerusalén? ¿No había en alguna parte, camino de su corte, un elefante enviado por el poderoso califa de Babilonia, o Bagdad? Ecos de estas especulaciones populares llegaron hasta Alcuino, cuyo corazón estaba volcado en Roma. Después de las muertes de Erico y Geroldo, le daba miedo que Carlomagno volviera a aventurarse por las zonas fronterizas. «Contentaos con conservar lo que tenéis. Persiguiendo una ganancia menor, podéis perder la mayor».

Otra voz instó al rey a no viajar. Su joven esposa, fatigada por la dura prueba de las tierras sajonas, deseaba quedarse con la corte en el nuevo palacio de Aquisgrán, donde todas las mujeres disfrutaban del lujo de unas cámaras de dormir protegidas del frío nocturno mediante acogedoras colgaduras bordadas.

—No volváis a los caminos —suplicó Liutgarda en su agotamiento.

A principios de *Lentzinmanoth* (el mes de la celebración de la primavera: marzo), Carlomagno emprendió la marcha.

El monarca se dirigió a buen paso hacia las fronteras donde era necesaria su presencia. Primero, se embarcó Mosa abajo hasta la costa, deteniéndose con Liutgarda a pasar las noches en sus villas o en los santuarios más afamados. Desde los agitados Países Bajos, continuó su avance a lo largo de la costa del Canal estableciendo fortificaciones en las bocas de los ríos, cuyos cursos remontaban las flotas corsarias para hacer incursiones tierra adentro. En mayo, Carlomagno estaba más allá del Sena, inspeccionando la Bretaña pacificada. A finales de ese mes, el rey llegó al valle del Loira y acudió a visitar a Alcuino en el santuario de San Martín.

«Llegó allí para orar —registran los anales—, pero se quedó varios días a causa de la debilidad de su esposa, la reina Liutgarda, quien murió en aquel lugar el día 4 de

junio. El rey le dio sepultura allí, en la iglesia de San Martín de Tours».

El achacoso Alcuino sintió profundamente la muerte de aquella muchacha sencilla que había intentado llevar a cabo con dignidad sus deberes de reina y, ante el altar erigido sobre la tumba del «buen soldado» Martín, elevó sus oraciones: «Señor Jesús, dulce y misericordioso, ten piedad de la mujer que acabas de llevarte de nuestro lado [...]. ¡Ah!, oremos para que esta hija tan querida para nosotros sea también amada a los ojos de Dios».

Carlomagno no retrasó mucho la partida. Llevando consigo a Alcuino y acompañado de Luis, quien había llegado de Toulouse, aceleró la marcha hacia el norte y recogió a Teodulfo en Orleans antes de visitar las sepulturas de la familia en Saint-Denis, donde le esperaba Fardulfo. Un mes después del entierro de Liutgarda, el monarca estaba de nuevo en Aquisgrán, ocupado en la preparación del concilio.

Flanqueado por sus señores, laicos y eclesiásticos, Carlomagno presidió los debates desde su trono en el estrado del gran salón, envuelto en su manto bordado, coronado con la fina diadema de piedras preciosas y luciendo al cinto su espada engastada de joyas. Durante seis días, asistió al gran debate entre Félix de Urgel y Alcuino de Tours, hombres venerables y versados ambos en la dulce sabiduría de los Padres de la Iglesia.

El concilio fue un juicio de Dios mediante la confrontación de las ideas. En esa época temprana, la herejía no era considerada un delito. De hecho, una creencia nueva podía llegar a convertirse en una verdad aceptada. ¿Acaso no había roto el propio Pablo los cánones de su tiempo? Sin embargo, tal verdad debía quedar demostrada más allá de cualquier duda y Carlomagno sentía que recaía sobre él la pesada responsabilidad de tomar la decisión final.

Félix, el obispo, era un hombre de vida virtuosa, pero ¿predicaba la verdad? ¿Cabía la más remota posibilidad de que Jesucristo no fuera el Hijo verdadero y unigénito de Dios, dotado de Su misma naturaleza divina, sino sólo el Hijo adoptivo del Padre Eterno? Félix declaró en el concilio que tenía permiso de «nuestro glorioso rey Carlos [...] para exponer ante él mis opiniones. He sido traído aquí sin violencia para someter ajuicio y confirmación mi creencia, si no es refutada por el concilio».

Al cabo de la semana de debates, Carlomagno rechazó las argumentaciones del obispo de Urgel y éste acató la posición de Alcuino, haciendo nueva profesión de fe y suplicando el perdón por haber sido causa de conflictos en el seno de la Iglesia. El juicio de Dios dejó exhausto al anciano Alcuino.

Tan pronto como Carlomagno hubo dispuesto el internamiento del obispo Félix en un monasterio y el envío de nuevos predicadores a la Marca Hispánica, partió con sus hombres hacia Maguncia para asumir el control de Sajonia durante el verano.

Alcuino le despidió con un deseo: «Roma, la capital del mundo, os aguarda, su señor [...] Regresad pronto, mi bien amado David. Todo el reino franco se apresta

gozoso a recibiros con los laureles de la victoria». Tras esto, el sabio britano volvió a toda prisa a Tours para esperar allí, con febril impaciencia, más noticias de Roma.

A finales de agosto, Carlomagno avanzaba ya Rin arriba, acompañado de varias de sus hijas y de su hijo Carlos. Cuando hubo dejado atrás los pasos de los Alpes que tan bien conocía, en lugar de dirigirse a Roma, se encaminó a Rávena. Allí, en el palacio de Teodorico, recibió informes sobre los territorios encomendados al difunto Erico, en la frontera oriental. Pipino salió a su encuentro desde la frontera de Benevento mientras su padre viajaba por mar hasta el puerto de Ancona.

Los últimos días de noviembre avistó por fin los tejados pardorrojizos de Roma y los pinares de sus colinas. Como había hecho veintiséis años antes, ordenó a sus nobles que vistieran sus galas más espléndidas y continuó la marcha al encuentro del Papa entre sones musicales.

León salió a unos veinte kilómetros de la ciudad para darle la bienvenida y celebrar su llegada con un banquete nocturno. Al día siguiente, Carlomagno dio una vuelta a caballo en torno a la muralla de la ciudad entre las filas de estandartes. Pesado y lento de andares, ya canoso, el monarca franco ascendió los peldaños de la iglesia de San Pedro. En esta ocasión, no hincó la rodilla.

Pese a haber sido objeto de debates durante más de once siglos, jamás ha llegado a aclararse el misterio de lo que sucedió allí, en el templo, aquel día de Navidad.

Antes de esa fecha se produjo la vindicación del Papa. Los clérigos de alto rango de Roma y del reino franco se reunieron en la sala del *triclinium* del palacio de Letrán para escuchar a León y a los conspiradores que le habían atacado. En esta ocasión, investido como juez, Carlomagno presidió las sesiones sentado junto al acusado vicario de san Pedro.

Aunque no tenía el respaldo de su ejército —pues los jinetes de élite de los francos habían partido con Pipino hacia el insalubre Benevento para hacer cumplir la voluntad del rey—, la mera presencia de Carlomagno mantuvo tranquilas las turbulentas calles de Roma. La ciudad estaba mucho más hermosa gracias a los nuevos edificios erigidos por Adriano y a los dones enviados por el rey franco.

En el salón de la asamblea, León había hecho instalar en una pared un nuevo mosaico decorativo que debió de llamar la atención del arnulfingo. En él aparecía san Pedro, de gran tamaño como correspondía a tan eminente personaje, tendiendo en su mano derecha un palio a León, representado más pequeño y de rodillas, y ofreciendo en la izquierda un estandarte tachonado de rosas a «Carlos, el rey». Así pues, en aquella representación, un Carlomagno recio y marcial con un gran bigote franco aparecía como igual al Papa y portaestandarte de la Iglesia.

Al parecer, Carlomagno no tomó parte en la vindicación del papa León, que probablemente se trató fuera del salón. En el templo de San Pedro, el monarca fue testigo de la solemne declaración del hombre sentado junto a él. Sosteniendo en sus

manos los cuatro Evangelios, el Papa proclamó: «[...] por cuanto yo, León, pontífice de la Sacra Iglesia Romana, no siendo juzgado ni obligado por ningún hombre, por mi propia voluntad me purificaré en vuestra presencia [...]».

Tras comprobar que no se levantaba ninguna voz en su contra, León pronunció juramento autoexculpándose. Los líderes de la facción romana que le acusaban fueron escuchados y condenados a muerte por los obispos, e indultados por Carlomagno a petición del Papa. La pena de muerte les fue conmutada por el exilio en tierras francas.

A mediados de diciembre, los clérigos seguían reunidos en consulta informal. Teodulfo, Arno (ahora consagrado arzobispo) y un discípulo de Alcuino formaban un grupo compacto que insistía en el reiterado argumento de Alcuino respecto a que los dominios de Carlomagno se habían convertido en un imperio, un imperio nuevo, cristiano. ¿No era él su único protector? Entonces, ¿cuál era el título que le correspondía por derecho?

En los anales de un monasterio, el de Lorsch, se escribió lo siguiente: «Estando vacante el título de emperador, el rey Carlos fue llamado a ocuparlo por la voluntad del pueblo cristiano».

¿Acaso Carlomagno no había procurado la unión de los pueblos cristianos? ¿No les había exhortado el venerable abad de Tours a ver en aquel imperio sin fronteras visibles la verdadera instauración en la tierra de la ciudad de Dios profetizada por el divino Agustín?

¿Qué importaba si los políticos romanos se sonreían al escuchar la propuesta? ¿Qué importaba si el propio León guardaba silencio cuando se hacía mención al tema?

Los tres amigos de Alcuino consultaron a Angilberto, que había pasado largos años al lado de Carlomagno. ¿Qué opinaba Angilberto de todo aquello?

—Ahora, supera en poder a todos los demás reyes juntos. En cuanto a su persona, es justo, honrado y comedido.

Dos días antes de Navidad, los cuatro hombres de Carlomagno celebraron un encuentro con el pensativo León. Ningún secretario tomó nota de lo que hablaron, pero es indudable que el Papa sentía gratitud por el socorro que le había prestado el rey; aún llevaba las cicatrices de los puñales de los conspiradores y acababa de pronunciar ante el altar de San Pedro el juramento probatorio, que hasta entonces sólo había prestado Pelagio, en tiempos de Justiniano.

Teodulfo y Arno eran hombres de hablar austero que habían desarrollado sus misiones por los caminos de las tierras cristianas y habían llevado sus esfuerzos más allá de las fronteras. Los dos tenían muy presentes las palabras de Alcuino respecto a que Carlomagno había superado a cualquier otro monarca pues estaba trayendo la paz a las tierras cristianas. Al referirse a esa paz, Teodulfo la veía, más que para él y su

generación, para sus descendientes.

León les escuchó. Sobre él, como antes sobre Adriano, recaía la responsabilidad de la Iglesia; él era el único campeón de San Pedro y de Roma...

De Ostia llegaron noticias inesperadas. Zacarías, el monje que había llevado los presentes de Carlomagno a Tierra Santa, había desembarcado allí con el enviado del patriarca de Jerusalén y traía al rey franco las llaves de la iglesia del Sepulcro y del Calvario, así como el estandarte de Jerusalén. Los clérigos romanos y los nobles francos celebraron aquel buen augurio y enviaron caballos para que trajeran lo antes posible hasta las puertas de la ciudad a los mensajeros de Tierra Santa.

La víspera de Navidad, Zacarías hizo entrega de las llaves y el estandarte a Carlomagno. Recibir aquellos símbolos de la ciudad de Cristo en víspera tan señalada era una clara bendición divina...

El día siguiente, a primera hora de la mañana, Carlomagno, rey de los francos, cruzó el pórtico de San Pedro y avanzó entre las colgaduras púrpura de las columnas de la nave hasta detenerse en el arco triunfal, donde brillaba un millar de velas. Atendiendo a la insistente petición del Papa, llevaba por segunda vez en su vida la túnica, la clámide y las sandalias ligeras de un patricio romano.

Del campanario llegó el eco de la llamada de aquella iglesia, cuyos muros tenían cuatro siglos. En torno a la iluminación cegadora del arco triunfal se agolpaban los clérigos de San Pedro y de Roma, los obispos del reino franco, los señores de las naciones y los nobles romanos. Detrás de Carlomagno esperaba Pipino, que había sido llamado a la ciudad para la festividad. Cerca del altar se hallaban las hijas. En el pórtico estaban los hombres del rey con los regalos navideños de éste, una mesa de plata y una patena y unos cálices de oro; en total, el peso de un hombre robusto, del propio rey, en metales preciosos.

El eco de las campanas calló cuando Carlomagno se arrodilló a rezar ante las columnas de pórfido y las estatuas de los santos y los ángeles que el difunto Adriano había mandado colocar sobre la cripta que guardaba la tumba de san Pedro.

Durante aquella primera oración del año hubo recuerdos de los veintinueve años transcurridos en torno al gigantesco rey, de los hijos de Hildegarda, de la difunta Liutgarda y de la promesa formulada a Adriano, que había mantenido a su manera...

Cuando se incorporaba tras la plegaria, León se acercó y le colocó una corona en la cabeza. El brillo de las velas parpadeó con luz delicada en sus joyas y las voces de todos los presentes exclamaron a coro: «¡A Carlos Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico emperador de los romanos, larga vida y victoria!».

Dos veces repitieron el grito los clérigos y nobles de Roma, y los francos les acompañaron. Carlomagno, al oírles, permaneció inmóvil. Entonces, León y los acólitos de la ceremonia desplegaron un manto de púrpura imperial, lo colocaron sobre sus hombros e hicieron una breve genuflexión para saludarle como César,

augusto y emperador de Roma. Tras esto, el Papa se encaminó al altar y en la iglesia se hizo de nuevo el silencio con la llamada a la misa. En la plegaria final de ésta, detrás del nombre de Carlos, se escuchó la palabra *Imperator*.

Una vez que se hubo presentado ante el altar el último regalo, Carlomagno abandonó el templo y se dirigió en silencio a la escalinata del patio. A su alrededor se arremolinó la gente bajo el sonido de un incesante tedéum.

Más adelante, Carlomagno confiaría a Einhardo:

—¡Si hubiera sabido lo que se proponía León, no habría puesto el pie en la iglesia incluso tratándose de tan importante festividad!

Esto escribió Einhardo en su biografía de Carlomagno y así nos ha llegado hasta hoy, para aumentar el misterio en torno a esta coronación. Si el corpulento monarca no había previsto que le hicieran emperador, ¿qué esperaba de Roma? Y, por otra parte, ¿qué se proponía el Papa con el nombramiento?

Los estudiosos del tema no han sido capaces de resolver este misterio, pues sólo disponen de documentos muy fragmentarios en que apoyarse. Consideran que Alcuino esperaba abiertamente que en Roma se concediera a su amigo y pupilo tal título de emperador, pero nadie ha podido determinar cuáles eran las expectativas del gigantesco arnulfingo.

Difícilmente podemos suponer que en esa ceremonia se colocara el emblema del imperio sobre la cabeza de un hombre ajeno a lo que sucedía, y menos aún tratándose de un franco bárbaro que despreciaba los títulos romanos y no acababa de entender, pese a su esfuerzo por instruirse, qué era un César Augusto. No, cuando aquel hombre había pasado el año precedente ocupado en multitud de otras tareas por toda Europa y había acudido a Roma para asistir a un juicio a su señor apostólico, y luego había entrado en San Pedro a rezar y ofrecer sus presentes del día de Navidad. Así lo señalan los historiadores posteriores, y se puede leer entre líneas su irónico escepticismo.

En efecto, Carlomagno esperaba algo, allí ante el altar; de eso no cabe duda, pero nadie sabe qué podía ser. Recuértese que, cuando la asamblea permaneció reunida en Letrán después de la exculpación de León, parece que Arno instó a que se tratara aquel asunto en concreto. El cronista de Lorsch suele ser muy preciso en sus exposiciones de los hechos. Dado que Carlomagno era reacio a la palabra imperio, es posible que el grupo de amigos de Alcuino sólo le hablaran de «todo el pueblo cristiano», lo cual encajaba en su propia concepción de su pueblo. Tal vez la asamblea expresó su deseo de proclamarle algo más que rey de los francos y de los lombardos; algo así como monarca o *Imperator* del pueblo cristiano de Occidente. Con todo, parece claro, no obstante, que el arnulfingo no esperaba lo que el Papa hizo en el altar.

Dejando aparte estas incógnitas, podemos hacernos una clara idea de los deseos

que impulsaban a todos estos hombres: el anhelo de Alcuino de honrar a su amigo y proteger las iglesias, la esperanza «imperialista» de los clérigos de que a través de Carlomagno llegara algo más fuerte y universal, y el interés del propio papa León III por crear una autoridad nueva e indisputada que le sostuviera después de la desdichada prueba a la que se había visto sometido.

Lo que hizo León, al parecer, fue tender un cebo a Carlomagno y a los obispos francos. Proclamó al arnulfingo soberano «por la gracia de Dios», no de un impreciso reino franco o de un pueblo cristiano carente de fronteras, sino de su propia y tangible ciudad de Roma... y de unos desaparecidos dominios que habían llegado a abarcar Britania y Constantinopla, así como la Tierra Santa, Hispania y África, ahora bajo la égida de los califatos. Fue una jugada atrevida. Además, al imponer la corona con sus propias manos, ¿no había sentado el precedente para que los futuros emperadores debieran ser proclamados por los papas?

De aquel acto suyo se derivaría un interminable conflicto sobre la continuidad del Imperio Romano, sobre las dos espadas del mundo, sobre los poderes de papas y emperadores, sobre el propio Sacro Imperio Romano, sobre la naturaleza del dominio cristiano medieval... Este conflicto, con demasiada frecuencia envuelto en sangre, se prolongaría hasta que Napoleón aspiró a la corona del imperio, e incluso después.

Lo que hizo Carlomagno, de momento, fue abandonar los símbolos de la coronación. Cuando llegó a sus aposentos en la casa del obispo, cerca de San Pedro, se despojó de las galas reales romanas y jamás volvió a ponerse las prendas púrpura cargadas de bordados. Una vez que abandonó Roma, después de la Pascua, jamás volvió a la ciudad. Tampoco hizo ningún cambio entre los funcionarios de la corte ni en los títulos y deberes de sus hijos. Pipino, que había asistido a la coronación navideña, fue enviado de nuevo al calor de la Italia del sur, donde el buen chambelán Maganfredo murió de malaria.

Carlomagno, en su papel de segundo Constantino y perpetuo Augusto, empleó mucho tiempo en considerar detenidamente el asunto. Ignoramos qué le aconsejaron Arno y Teodulfo. El franco tuvo que darle vueltas en solitario.

Más allá de los guardianes de su casa —que aún llevaban sus cascos y sus capas descoloridas por la intemperie— el veleidoso pueblo romano desfilaba ante su puerta agitando banderas y expresando a gritos su devoción hacia el nuevo emperador.

Porque Carlomagno había aceptado la corona. Envuelto en los cantos litúrgicos, transfigurado junto al altar, se había mostrado tan pasivo como las columnas engalanadas de púrpura. ¡Con qué alegría le había recibido su hija en la corte!

Para su mente práctica, recibiendo la corona no había ganado nada más. Ni un solo palmo de tierra, ni un solo ser humano, habían venido a añadirse a lo que ya poseía. Más allá de la muralla de la ciudad levantada por Aureliano se abría el circo de Nerón, cubierto por la hierba, y la columna de la victoria de Trajano se alzaba

sobre las chozas de los mendigos.

Había recibido el *Imperium* de aquellas gentes, pero las asambleas de los francos no habían tenido voz en esta exaltación de su rey al título de emperador. Tampoco el único resto que quedaba del imperio de los césares, la ciudad de Constantinopla, le había elegido a él, un bárbaro ignorante, mediante la votación de su patriarca, senado, ejército y pueblo. ¿Qué diría la enigmática Irene a su coronación en el Oeste?

A pesar de sí mismo, reflexionó sobre Irene. Algunos la tachaban de diabólica y otros aseguraban que poseía una belleza mágica. Ahora que tenía el título de emperador, podía casarse con una emperatriz...

Al llegar a este punto en sus cavilaciones, se restregó contra la piel la áspera lana de la camisa y, pasándose los dedos recios por su espesa melena, sonrió como si acabara de escuchar un buen chiste. Era una tontería, una solemne estupidez, afirmar como hacían los filósofos políticos que, por ser Irene una mujer, en Constantinopla necesitaban a un hombre como emperador. Constantinopla escogía a sus gobernantes y no cabía ninguna duda de que jamás le ofrecería el trono a él, un franco de Roma...

Aunque ostentara el título de Constantino, no poseía ninguna ciudad, ni flota, ni código de leyes, ni más legiones que la precaria hueste armada que le seguía.

Una vez que hubo meditado todo esto, Carlomagno extendió sus doloridos brazos y se rió de sí mismo. ¡Vaya si el Señor había escogido las cosas más simples de este mundo!

Muy pronto recibió una carta de Alcuino dando gracias a Dios. «¡Bendito sea el Señor, que te ha elevado en triunfo para salvación de sus siervos!».

El mensajero que traía la misiva declaró que, en Tours, Alcuino salía al encuentro de todos los visitantes para preguntarles cuándo emprendería regreso el emperador y cuándo estaría de vuelta en su reino.

No bien terminaron las fiestas pascuales, Carlomagno abandonó Roma. Pero antes de despedirse de León consiguió de éste el acuerdo de que, en adelante, se precisaría el consentimiento del monarca de los francos para la consagración de un nuevo Papa.

Sin hacer caso de un terremoto que asoló varias ciudades italianas, Carlomagno regresó por donde había venido. Reparando daños allí donde podía, escuchando las peticiones de los campesinos en lugares donde la palabra «emperador» no se había escuchado en tres siglos (desde los tiempos de Justiniano, que había intentado sin éxito revivir el imperio en Occidente), continuó su visita de inspección. Desde Spoleto siguió la costa hacia el norte hasta Rávena, donde se demoró unos días en el palacio de Teodorico, despojado de sus columnas. Luego, en Pavía, se solazó en los baños de los reyes lombardos y presidió una audiencia para recibir a los enviados de Harún, califa de Bagdad, que no traían con ellos el esperado elefante.

Cabalgó luego hacia las montañas, portando las llaves del Santo Sepulcro. Ante él

ondeaba el estandarte de Jerusalén; detrás, le seguía la comitiva de sus hijas, que entonaban canciones e himnos con sus voces de valquirias.

Peñas arriba condujo a su séquito entre las nieves fundentes de las paredes rocosas del Mons Jovis, junto al brillo de los lagos, más allá de la ciénaga abandonada de su canal, hasta los bosques de su patria. Fue la última vez que cruzó los Alpes.

Con el ánimo alegre, dirigió las cacerías durante la marcha. En su cabeza recia y preocupada estaba creciendo un convencimiento. Aunque no era ningún emperador romano, había recaído en sus manos la responsabilidad del imperio. Ahora, su pueblo eran todas las gentes cristianas.

Los viajeros descendieron el rápido Rin en veloces embarcaciones. Más allá de la confluencia del Mosela, se encaminaron hacia Aquisgrán. Ya que no tenía una ciudad imperial, construiría una allí, en su querido valle.

IX. La ciudad de Carlomagno

«Tres mesas de plata hay en el tesoro —apunta Einhardo, el enano—. En la cuadrada aparece la imagen de la ciudad de Constantinopla; en la redonda, un plano de la ciudad de Roma; la tercera, superior con mucho a las demás en belleza, recoge un plano de todo el universo en tres círculos».

Carlomagno, pues, había conseguido su mapa del mundo. Pero ¿por qué las ciudades, tan meticulosamente grabadas en la superficie de las mesas? Estas, por supuesto, debían de parecerle más útiles que las pinturas murales, como la del palacio de Letrán. Pero los planos de las ciudades tenían un propósito definido; ofrecían a sus ojos el verdadero aspecto de la Roma original y de la segunda Roma, Constantinopla, que no había visitado pero que podía contemplar de todos modos. Y su propia ciudad de Aquisgrán podía convertirse en una tercera Roma.

Sin embargo, por muy hábiles que fueran los trazos de aquellos planos —y Einhardo los consideró muy hermosos y a la altura de su héroe y rey—, no revelaron al gigantón bárbaro qué había creado ambas Romas. La primera había crecido casi por accidente en las colinas sobre el fangoso Tíber, gracias a que los césares romanos habían controlado el mar, con su comercio. Lo habían llamado «nuestro mar». Y, de hecho, su imperio no había avanzado muy lejos de las costas de aquel mar Interior (Mediterráneo) que lo sostenía.

Después, Constantino el Grande había trasladado la sede de su imperio al Este, a la «Ciudad de Constantino», en la encrucijada de los mares interiores y las rutas comerciales de tres continentes. Su situación excepcional la había sostenido durante casi tres siglos frente a las tensiones económicas y frente a las invasiones bárbaras. Y ello a pesar de los muchos césares locos, neuróticos o absolutamente incapaces que había tenido.

En Aquisgrán, Carlomagno quedaba muy lejos de aquel mar generador de poder y, además, estaba aislado de su comercio por la presencia de las flotas árabe y bizantina. En torno a Aquisgrán no había ninguna posibilidad de revivir el *Imperium* romano, entre aquellos toscos pueblos de los bosques que surcaban los ríos en sus botes de cuero y mimbre. Sin embargo, después de ser coronado emperador romano, Carlomagno había abandonado Roma y Rávena, e incluso la concurrida plaza fuerte de Pavía; estaba dispuesto a convertir Aquisgrán en su capital y, hasta entonces, no había fracasado en ninguno de sus empeños.

Un vistazo a aquella futura capital habría desanimado a cualquiera. Es cierto que el pequeño río Würm serpenteaba plácidamente bajo los olmos del verde valle,

surcado de esquifes que llevaban pescado al mercado de la ribera, y que su palacio de piedra gris coronaba una colina de suaves laderas, exhibiendo sus columnas de pórfido púrpura y mármol verde que recordaban vagamente los edificios de Rávena. Sin embargo, la basílica octogonal no se parecía apenas a San Vítale pese al esfuerzo volcado en su construcción. Durante la ausencia de Carlomagno, los obreros se habían quedado sin mosaicos y habían acabado de recubrir las paredes con placas de piedras de colores. Además, su escaño de mármol en la galería porticada había sido tallado tan pequeño que apenas podía encajar en él sus caderas. En realidad, aquella iglesia de la Virgen María no era mayor que una capilla y, de hecho, los peregrinos ya hablaban de *Aix-la-Chapelle*.

En San Pedro, el franco había podido observar que los ornamentos daban esplendor a la casa del Señor, sobre todo si estaban brillantemente iluminados. «Adornó la hermosa basílica de Aix-la-Chapelle —explica Einhardo con entusiasmo— con lámparas de oro y plata, y con pasamanos y puertas de bronce macizo. Y la dotó de gran número de vasos y receptáculos de oro y plata, así como de finas vestiduras en tal profusión que ni siquiera los ostiarios tenían que llevar a cabo sus tareas con su ropa de diario. Dedicó grandes esfuerzos a mejorar el canto, pues el rey destacaba en este arte, aunque nunca cantó en público, salvo en voz baja y a coro con otros cantores».

No obstante, los adornos e indumentarias brillantes y lujosos no podían remediar las especiales características de la capital de aquel futuro imperio. Dado que los funcionarios de la corte viajaban con Carlomagno, acompañados de sus familias y servidores, cada vez que el monarca abandonaba Aquisgrán, la ciudad fundada nueve años antes se convertía en un lugar desierto. En cambio, cuando Carlomagno regresaba, la capital bullía como un avispero, con gentes que instalaban tenderetes en el mercado y levantaban chozas en torno a las casas de los nobles. Los visitantes alzaban sus pabellones en las laderas de la colina, hasta el punto que era preciso apostar centinelas para impedir que invadieran las tierras consagradas del camposanto catedralicio y del cementerio judío.

Tal multitud de nobles atraía, a su vez, a mercaderes de Hispania, talladores de madera de la Ciudad de Plata, juglares de taberna y a cientos de personas que, procedentes de todos los rincones, acudían a presentar sus peticiones al nuevo emperador. Los francos del reino aceptaron la exaltación de Carlomagno sin pestañear; aun sin entender qué significaba, brindaban por ella y entonaban canciones de alabanza a su monarca. Cuando éste se ocupó de que todos los hombres libres mayores de doce años le prestaran un nuevo juramento de fidelidad «también como cesar».

Carlomagno puso remedio a esa peculiar estacionalidad de Aquisgrán convirtiéndola en su hogar permanente. A partir de entonces, las cabañas se

convirtieron en sólidas casas de piedra y los señores opulentos transformaron las granjas vecinas en villas residenciales. Los antiguos cuarteles romanos fueron reformados en posadas para peregrinos.

Casi al mismo tiempo, una noticia procedente de Italia llenó de expectación a los ciudadanos de la nueva Aquisgrán. ¡Aquella bestia fabulosa, el *elephas*, venía por fin del Oriente para ser entregada a Carlomagno! Ercambaldo, el secretario, había viajado a Italia para fletar una nave lo bastante grande como para transportar el enorme elefante a tierras cristianas. Einhardo, el escritor, añadía que el animal tenía por nombre el de *Abul Abbas* y que se lo enviaba Aarón, o Harún, rey de Persia o, en cualquier caso, monarca de todo el Oriente salvo la India. Sin embargo, los nobles se extrañaron de que sólo hubiera mandado uno de tales elefantes e interrogaron a Einhardo al respecto.

—Aarón ha enviado el único que tenía —explicó Einhardo con rotundidad.

Como la llegada del órgano, la presencia de *Abul Abbas* quedó registrada por el monje que se ocupaba de los anales. «En octubre, Isaac, un mercader judío, hizo la travesía de Africa a un puerto de Liguria con el *elephas* y, como no podía atravesar los Alpes debido a la tormenta, la expedición que lo traía tuvo que pasar el invierno en Vercellae».

Parece que Carlomagno se hizo informar de todos los progresos de *Abul Abbas*, el cual había tenido que dar un rodeo por tierra para evitar territorios bizantinos hostiles. Para entonces, el monarca de los francos había encontrado un título satisfactorio para sustituir al de *Augusto Emperador de los romanos*, que detestaba. Ahora, proclamó, era «gobernante del Imperio Romano en Occidente». Era una definición bastante ajustada a la verdad, y fácil de entender.

Con las nuevas monedas, en cambio, tuvo más dificultades. Como el sello regio, una moneda real tenía que llevar el título exacto. Finalmente, se decidió por la leyenda *Carolus Imperator*, pues era ambas cosas: Carlos y emperador. Una moneda acuñada en Roma llevaba la inscripción *Renovador del Imperio Romano*. En Aquisgrán, él emitió otra en una de cuyas caras constaba *Religión cristiana*.

De esta manera, mediante las leyendas de las monedas, los políticos de Roma proclamaban que el franco reconstruiría el imperio de sus antepasados, mientras que él se anunciaba protector de la religión cristiana.

Y precisamente entonces, en 802, la ciudad de Constantinopla puso en ridículo al nuevo César.

Carlomagno ya esperaba algo así. Aunque no era un hombre de gran imaginación, no le había costado mucho esfuerzo formarse una idea de cómo recibiría la corte de Constantinopla la noticia de su coronación como emperador romano. Aquellos bizantinos se pondrían furiosos, igual que él montaría en cólera si un *Graf* turingio proclamara el derecho a sentarse en su trono. De lo que no estaba seguro era de cuál

sería su reacción. Más que su cólera, Carlomagno temía sus burlas; conocía demasiado bien su propia torpeza como para tolerar que le ridiculizaran.

Sin embargo, cuando llegaron unos emisarios bizantinos, se mostraron muy afables. Altos y delgados, envueltos en sus tiasas túnicas recamadas, le saludaron con una profunda reverencia y, en elocuente griego, le llamaron gran rey, cristianísimo monarca y señor victorioso de Occidente. Pero no utilizaron el título de *Basileus*, que significaba «emperador» en su lengua. No; los enviados no le saludaron como igual de Irene.

Aun así, le ofrecieron la amistad y los buenos deseos de la emperatriz. Más incluso, con palabras veladas sugirieron que la santa Irene —adorada por su pueblo, al que había devuelto el culto de las imágenes sagradas— podía contemplar la posibilidad de casarse con él. Tal matrimonio uniría el Este y el Oeste del mundo romano superviviente.

Carlomagno no había tomado esposa desde la muerte de Liutgarda; sólo había una hermosa mujer de Frankfurt que visitaba la alcoba real. ¿Era auténtico el ofrecimiento de Irene para unir de aquel modo ambos tronos?

La emperatriz era una griega. Sus enviados decían que recorría las calles en un deslumbrante carro de oro tirado por mulas blancas, que se sentaba en un trono muy elevado sobre los demás mortales, semioculta entre volutas de incienso. El franco recordaba que Irene se había negado a casar a su hijo con Rotruda, pero tal vez ahora tenía necesidad de las espadas francas para proteger sus fronteras contra los paganos eslavos y búlgaros...

En cierta ocasión, en la costa del Adriático, había visto un buque de guerra bizantino con sus centelleantes remos rojos y sus banderas al viento. Aquella enorme drómona habría podido transportar en su proa cualquiera de las naves dragón de los corsarios nórdicos. Irene gobernaba una potencia marítima y Carlomagno había empezado a descubrir la importancia de aquel mar, claramente marcado en el centro de su mapa del mundo.

Carlomagno tenía presente cómo habían muerto hombres valientes porque Fastrada, siendo la reina, había deseado tener poder sobre ellos. Por otra parte, los peregrinos llegados de Tierra Santa decían que el propio sol había sido oscurecido por un eclipse cuando la emperatriz había cegado a su hijo. ¿No serían las palabras de los enviados bizantinos como gotas de miel destinadas a endulzar el duro pan de la verdad?

Con todo, Carlomagno se sentía complacido con aquellos hombres porque no le ridiculizaban. Si Irene había prohibido a sus *missi* llamarle *Basileus*, al menos, como Augusta, había hablado de un matrimonio que le convertiría a él en verdadero Augusto. ¿O no?

El franco sopesó detenidamente el mensaje de la emperatriz antes de dar su

respuesta a los enviados. «En correspondencia a sus bondades, nos, que gobernamos el Imperio en Occidente, brindamos también nuestra amistad y nuestros mejores deseos a la emperatriz de los romanos».

Tras esto, esperó con curiosidad la respuesta de Irene.

Pero tal respuesta no llegó de ella. A finales de aquel año, los mismos emisarios se presentaron de nuevo ante Carlomagno con noticias de Constantinopla: Irene había sido desterrada a una isla tras una revuelta de la nobleza y el ejército, que la habían derrocado por deponer a su propio hijo, por haber otorgado el poder supremo a su galaxia de eunucos y por intentar una alianza con un bárbaro franco.

En la corte bizantina reinaba ahora Nicéforo, *Basileus* por elección divina, con el apoyo del ejército y de los iconoclastas. La orgullosa Irene, recluida en su isla, ocupaba su tiempo en el torno de hilar.

Carlomagno había visto en Montecassino la extensa biblioteca donde Pablo Diácono había trabajado en su historia de los lombardos. Mientras inspeccionaba sus estanterías de preciosos volúmenes, dispuestos cuidadosamente unos sobre otros, se había sentido lleno de envidia.

Ahora, su nuevo palacio contenía la biblioteca de Carlomagno. Ocupaba una estancia desde la que se veía el pasadizo cubierto que conducía a la iglesia de la Virgen y, cuando el franco se colocaba ante uno de sus pupitres de lectura, la cúpula dorada reflejaba los rayos del sol en sus ojos. En torno a las paredes estaban los archivos de los que se ocupaban Ercambaldo y Einhardo, la pequeña gramática de Alcuino y copias de los escritos de los Padres de la Iglesia, entre las que destacaba una *Ciudad de Dios* encuadernada en plata con incrustaciones de piedras preciosas. Sobre un texto de Beda el Venerable, protegido en una caja de madera pulimentada adornada de esmaltes, descansaba un San Juan Crisóstomo en una funda de suave terciopelo con bordados de oro, obra de las muchachas. Allí estaba Virgilio junto a Suetonio, el historiador de los césares. Separado de los demás reposaba el gran Leccionario, escrito veinte años antes en pergamino púrpura con letras grandes para facilitar su lectura, con las miniaturas de los cuatro evangelistas. En aquel libro espléndido, san Marcos aparecía ayudado por un simbólico león alado.

Carlomagno tenía siempre junto a su cama el delgado volumen que Alcuino había escrito para él. Le había pedido que fuera corto y práctico; que contuviera, abreviadas, las plegarias, los himnos y las jaculatorias adecuadas a cada fecha del calendario. Este breviario le acompañaba en sus viajes. (Y fue el primer breviario del que se tiene noticia).

Sin embargo, por mucha dedicación que prodigara el abad de Tours al trabajo de preparar libros para su amigo, resultaba muy difícil convencerle para que prestara algún volumen de la biblioteca del monasterio. «Sois muy rápido en poner la mano para recibir un libro —regañaba al monarca—, pero cuando os pido que lo devolváis,

siempre lo escondéis tras la espalda».

Desde hacía años, Carlomagno había adquirido la costumbre de hacer copiar los libros en el *scriptorium* de la escuela palatina, y Alcuino había hecho otro tanto, empleando las hábiles manos de los monjes de Tours. Si cada monasterio tenía llena su biblioteca, no sería necesario pedir prestados los libros de uno a otro, con el riesgo de perder quizás alguna obra de Cicerón o de Tácito de la que no existieran más ejemplares. De esta manera, muchas obras poco conocidas escritas en la hermosa caligrafía celta de Britania llegaron hasta el reino franco, mientras que Carlomagno siempre volvía de sus viajes con un tesoro de escogidos escritos de Lombardía o de la biblioteca de San Pedro. Como había comprobado Alcuino, resultaba difícil negarse cuando se empeñaba en pedir un libro.

Es probable que ni el rey ni el maestro de York se dieran cuenta de con qué rapidez estaban estableciendo en el reino franco una especie de centro de supervivencia de los escritores clásicos y de los Padres de la Iglesia. Volúmenes poco divulgados, que habían permanecido encerrados en Saint-Gall o en Lindisfarne, circulaban ahora en las escuelas de Carlomagno. Afortunadamente, pues la biblioteca de Lindisfarne había ardido casi por completo en una incursión de los normandos.

A Alcuino le gustaba sorprender a su amigo con libros bellos o recién encontrados. Un verano, aprovechando el buen clima, viajó a Aquisgrán y se presentó, inclinado bajo el peso de un voluminoso objeto envuelto en bordados, ante un Carlomagno expectante. El anciano dejó caer sobre el brazo del asiento real su gran Biblia, el texto de san Jerónimo corregido y expurgado de los errores cometidos por copistas descuidados.

—¡Ahora, mi David —declaró—, ya no podréis decir que vuestro pueblo reza mal porque utiliza las palabras equivocadas!

La cubierta de la nueva Biblia llevaba, incrustadas en plata, una placa de marfil en la que se había grabado la escena de la Crucifixión, con unos ángeles arriba y unas figuras llorando al pie de la cruz, y los cuatro evangelistas, uno en cada esquina, enfrascados en su trabajo con la ayuda de sus símbolos. Un trabajo satisfactorio en el menor detalle.

—Ni podréis decir —añadió Alcuino— que vuestros sacerdotes lean mal porque las palabras estén mal escritas.

Su amigo, el monarca, pasó con avidez las finas páginas de pergamino. Llamó poderosamente su atención la primera letra de cada parte, iluminada con brillantes colores; las palabras estaban claramente separadas y era posible distinguir las letras una a una, sin confusión posible. Al instante, Carlomagno ordenó que se hiciera una copia maestra de aquella Biblia en su biblioteca; de dicha copia maestra, se harían veinte más que se repartirían a las diócesis del imperio.

En la biblioteca, el rey se aventuró a hacer una pregunta a su maestro. Pero esta

vez no la soltó con brusquedad, como habría hecho en la época en que los dos se sentaban juntos en la escuela. Volviéndose hacia el libro de Agustín, señaló una línea sobre la que había reflexionado durante horas. «A Constantino —decía el texto—, le fue dado el honor de fundar una ciudad para que fuera compañera del imperio, como una hija de la propia Roma».

—¿Te parece a ti —preguntó entonces con cierto titubeo— que podría fundarse otra ciudad, otra... compañera de Roma parecida a ésta?

Alcuino no miró el texto, cuyas palabras había leído de un vistazo, sino a su amigo. La pregunta que le daba vueltas en la cabeza al emperador —pues Alcuino consideraba ahora como tal a su amigo franco— era si aquella ciudad suya de Aquisgrán podía convertirse en otra Roma.

Al otro lado del alféizar, toscas techumbres de paja se acurrucaban en torno a la cúpula solitaria de la iglesia de la Virgen. La ciudad no tenía más murallas que las suaves laderas de las colinas que se alzaban hacia el cielo. Roma, en cambio, protegía con murallas el río y las colinas cubiertas de palacios y templos.

—Si no puede haber una tercera Roma —respondió—, puede nacer una nueva ciudad de Dios.

El sabio britano tenía más de setenta años y estaba debilitado por las fiebres y disminuido por la artritis. Pese a su devoción por el emperador, eran demasiadas las cosas que le perturbaban en el nuevo palacio con el águila dorada sobre el pórtico. El gran salón, de más de cuarenta pasos de largo, estaba lleno de extraños. Mujeres de rostros desconocidos corrían tras sus pequeños por los aposentos del palacio, pero todas ellas llevaban las galas de la realeza y daban órdenes con voces chillonas. Apenas reconoció entre ellas a Rotruda, su alumna de veinte años atrás.

En la escuela palatina, donde ahora enseñaban sus discípulos, previno con acritud a uno de ellos, Fredugis:

—¡No permitas que esas palomas coronadas que revolotean por los aposentos de palacio vengan a picotear a tu ventana!

Cuando descubrió que Carlomagno se proponía trasladar el día de Año Nuevo de la fiesta de Navidad al término de la oscuridad invernal, Alcuino exclamó:

—¡Dejé aquí una escuela latina y ahora la encuentro convertida en egipcia, ocupada en calendarios!

En la propia biblioteca, descubrió a Einhardo, ya un hombre maduro, enfrascado en la lectura de las biografías íntimas de los doce Césares que escribiera Suetonio.

—Su Excelencia, nuestro glorioso emperador —le comentó el enano—, se parece muchísimo a César Augusto, el primero de los emperadores de Roma.

—¡El emperador sólo se parece a sí mismo! —fue la respuesta de Alcuino.

Adalardo, que leía en voz alta los versos medidos del pagano Virgilio, recibió también sus amonestaciones:

—¿Por qué te entregas a tal fascinación diabólica?

Sin embargo, mientras arrastraba su cojera junto a las estanterías, solía acariciar las tapas preciosas de los libros que había escrito o copiado y ladeaba la cabeza como si escuchara algo.

—¡Ah, cuántas melodías entonan para nosotros! —murmuraba, como excusándose—. Sus páginas nos cantan en silencio.

Los libros eran la causa de que Carlomagno no permitiera a Alcuino abandonar el mundo, como era el deseo del britano, para gozar del retiro en el monasterio benedictino de Fulda. Aún había mucho que revisar y sólo Alcuino podía hacerlo.

Cuando el envejecido abad escribió para él una oda a san Miguel, el arcángel de la espada flamígera, Carlomagno expresó su desconcierto ante el último verso: «Vuestro estudioso ha escogido esta melodía para su emperador».

Para entonces, pese a todas las quejas de Alcuino, la escuela palatina había instruido a toda una generación en el ejercicio de sus mentes y los alumnos educados en ella llenaban los monasterios de tierras lejanas. En Tours, Alcuino siempre terminaba por instar a los peregrinos y estudiantes de Irlanda y Britania a que acudieran al emperador, quien les alimentaría y protegería, para expresar sus esperanzas al infatigable pastor del pueblo cristiano.

Fueron tantos los isleños que dirigieron sus pasos a San Martín que los monjes terminaron por mofarse de «esos britanos que acuden como abejas al panal».

Un irlandés era ahora el director de la escuela palatina. Inevitablemente, estalló una disputa entre los astutos isleños y los nativos, poco sagaces. El crisol de mentes de Carlomagno llevaba años cociendo a fuego lento y, de pronto, rebosó. Teodulfo, quien cierta vez había afirmado que estaría de acuerdo con un escocés «el día en que un lobo bese a una mula», fue quien prendió la mecha.

Un joven clérigo, juzgado culpable de cierto delito en Orleans, la ciudad de Teodulfo, huyó a buscar refugio en el altar de San Martín de Tours, cuyo monasterio dirigía Alcuino. El abad de Tours se negó a entregar al fugitivo y, cuando Teodulfo envió a unos oficiales armados para sacarle de la iglesia, el pueblo hizo sonar las campanas y salió a las calles para enfrentarse a ellos hasta que Alcuino y sus monjes rescataron a los hombres de Teodulfo. Tras el incidente, Alcuino mantuvo su negativa a entregar al perseguido y se apresuró a escribir a Carlomagno su versión del caso: que el clérigo fugitivo tenía derecho al asilo y a apelar al emperador.

Carlomagno no compartió su opinión: «El día antes de recibir vuestra carta —le respondió—, nos llegó otra de Teodulfo [...]. Habéis caído en desacato de una orden de nuestra propia incumbencia [...]. De nada sirve que citéis la apelación de san Pablo al César, pues san Pablo no era culpable como ese clérigo. Haced que sea devuelto a Teodulfo. Nos sorprende que hayáis consentido en ir contra nuestra voluntad».

Con estas palabras, el monarca del reino franco cristiano negaba el derecho de asilo cuando éste entrara en conflicto con una orden de su gobierno. Carlomagno debía de estar bastante furioso, pues arremetía contra Alcuino por sembrar la discordia «entre dos hombres sabios, doctores de la Iglesia», y asestaba un golpe bajo a su anciano maestro al referirse a la hermandad de San Martín como «ministros del Diablo» cuyo estilo de vida había esperado cambiar enviándoles como abad a Alcuino..., a quien ahora encontraba incitándoles a una maldad aún mayor.

En esta diatriba se hacían patentes las crecientes reservas de Carlomagno frente al sistema monástico, que sustraía hombres jóvenes al servicio de la corona para permitirles —así lo entendía en ocasiones el monarca— llevar una vida consentida.

En efecto, los hermanos legos de San Martín habían causado bastantes preocupaciones a Alcuino por su arraigado hábito de frecuentar el vino y las mujeres fuera de los muros del monasterio. El abad acató al instante la autoridad de Carlomagno, pero se negó a aceptar las censuras de éste respecto a sus monjes y a su iglesia, replicándole que conocía a la hermandad de San Martín mejor que aquellos que levantaban acusaciones contra ella. Los hombres de Orleans que habían intentado irrumpir en la iglesia eran los más culpables, decía en su contestación, y añadía: «He servido todos estos años en vano [...] si he de pecar de deslealtad a mi avanzada edad [...]. Ni todo el oro del reino podría hacerme suscitar tan peligroso tumulto en el seno de la Iglesia».

Carlomagno, inflexible, envió a sus *missi* a arrancar de su refugio al reo. Impávido, Alcuino respondió hurtando «a la cólera ardiente de Teodulfo» a varios monjes jóvenes de su comunidad, enviándolos a refugiarse lejos de allí, en Salzburgo, con Arno.

Tal enfrentamiento de firmes voluntades sobre la cuestión de la autoridad y los derechos humanos era un signo de nueva vitalidad en el mundo de las grandes ideas.

En aquel crisol de pueblos en que se había convertido el reino franco, estaba iniciándose un renacimiento. Hasta entonces, no había habido juglares que recorrieran los caminos junto a los peregrinos que visitaban los nuevos santuarios, ni pintores de retratos o escultores que crearan obras maestras para los príncipes. Manos aún torpes tallaban ya en madera diseños copiados de los marfiles bizantinos, varios orfebres empezaban a elaborar pequeños recipientes como los hallados en el tesoro ávaro y las mujeres reproducían en sus telares las estampas de los cuatro Evangelios de Carlomagno. En el monasterio de Reims, los monjes empezaron a dibujar vividas figuras con renovado deleite.

Toscamente, pero con insaciable vitalidad, el espíritu occidental empezó a expresarse en un movimiento hacia una vida mejor que conocemos como «el Renacimiento carolingio», y que encontró su vía de expresión en la escritura carolingia.

Hoy, nos parece muy normal que todos empleemos el mismo tipo de letra en nuestra escritura, pero hace quince siglos, tras la desaparición de las *bonae litterae* de los romanos, sólo existía una babel de escritos, torpemente copiados de los griegos y de los romanos al principio, y de unos a otros más tarde. En la época de los francos merovingios, la escritura había caído, con el pensamiento, a su nivel más bajo.

Durante esas tinieblas de la Baja Edad Media, el arte de escribir sólo había sobrevivido en los centros monásticos y, muy toscamente, en las escasas secretarías de las cortes. Estos núcleos supervivientes, al estar muy alejados entre sí, tendían a generar grafías propias. Ya no existía un modelo al que ceñirse, y los amanuenses, que trabajaban con la pluma o el punzón sobre pergaminos de piel de cordero raspada en estancias mal iluminadas, escribían espontáneamente como les resultaba más sencillo a ellos, y no como hiciera más fácil la lectura. Por lo general, un copiante podía leer sus escritos, pero pocos más eran capaces de hacerlo.

Desde luego, la mayoría de ellos había visto las grandes y angulosas mayúsculas latinas grabadas en muros y lápidas; para ellos, era una especie de lenguaje funerario. Sin embargo, requería mucho esfuerzo copiar un libro entero en aquellas letras, que por otro lado ocupaban demasiado lugar en aquellos valiosos pergaminos. Las mayúsculas angulosas estaban bastante bien para el encabezamiento de la página; para el resto, los amanuenses solían emplear su propia cursiva. Incluso la cancillería papal había desarrollado una vacilante caligrafía que debía ser descifrada por los iniciados. Algo de la hermosa letra romana de la Antigüedad sobrevivió en Irlanda, donde se convirtió en la elegante grafía insular de Lindisfarne.

Mientras, los contados monasterios de Hispania empleaban unas letras visigodas, claras pero completamente distintas, al tiempo que los monasterios beneventinos en torno a Montecassino desarrollaban unas letras menudas, sin separaciones entre ellas, que servían bastante bien a los beneventinos. El problema era que las letras tendían a tomar diferentes formas en los distintos lugares, mientras que los irlandeses desarrollaron otra grafía enteramente propia, que llegó al corazón del reino franco gracias a misioneros como Gall y Columbano.

En uno de los monasterios del reino, Corbie, donde había estudiado Adalardo, evolucionó una suerte de común denominador de la escritura, en parte derivada de la antigua grafía romana y, en parte, de la influencia celta. (Entretanto, la escritura de Constantinopla seguía siendo bastante legible, pero mantenía el uso del griego, que apenas era conocido en el Oeste). Pacientemente, al copiar sus libros, los amanuenses de Corbie desarrollaron una letra que se llamaría minúscula y que ofrecía dos ventajas vitales: era lo bastante pequeña como para escribirla fácilmente con la pluma y, al mismo tiempo, conservaba la forma clara de las letras grandes (mayúsculas). Tal escritura resultaba atractiva y cualquiera podía leerla tras un par de ensayos.

Esta tosca minúscula de Corbie encontró una buena acogida en Tours, cuyos

copiantes la perfeccionaron hasta hacer reconocibles las letras una a una, dejando una ligera separación entre ellas. Y la escritura de Tours llegó más tarde a la escuela palatina de los francos, donde aparecía en pan de oro en la primera página púrpura del gran Leccionario o Biblia de lectura de Carlomagno cuando Alcuino se hizo cargo de la escuela. No es cierto, como se ha dicho en ocasiones, que Alcuino fuera el inventor de esta escritura, pero sí favoreció su uso, igual que Carlomagno, porque resultaba más fácil de leer.

El rey y el sabio de York prepararon un salterio para Adriano, escrito en oro en aquella nueva y hermosa letra.

Conforme aumentó la producción de copias de libros, la escritura que había evolucionado en Corbie, Tours y Aquisgrán se extendió hasta las fronteras del reino franco. Tanto Carlomagno como Alcuino comprendieron la ventaja de tener una caligrafía uniforme en todos los centros de lectura y el monarca la hizo obligatoria.

Sin embargo, no resultó tarea fácil instruir a cientos de hombres para que escribieran según el mismo patrón. «No hacemos grandes progresos —reconocía Alcuino ante su amigo—, debido a la incultura aquí existente». Para escribir bien, el amanuense tenía que saber leer con fluidez. Más aún, tenía que utilizar los signos de puntuación como los demás. Como recordatorio, Alcuino colocó un rótulo en el *scriptorium*: «Expresad claramente el sentido de las palabras mediante la puntuación, o el lector de la iglesia las transmitirá erróneamente a sus hermanos». Esta advertencia resulta muy típica de Carlomagno.

La inflexible determinación del monarca imperial y el genio de Alcuino para la preparación de libros consiguieron su objetivo. Salterios, misales, libros de leyes y otros muchos volúmenes transcritos con aquella nueva letra viajaron de Tours y Aquisgrán hasta las ciudades más lejanas. Por fin había aparecido una escritura común a todos y con ella se puso término al galimatías incoherente de siglos anteriores.

Más aún, al ser copiado múltiples veces gran número de obras literarias clásicas y del principio del cristianismo, se conservaron textos que, de otro modo, no habrían llegado a los eruditos del Renacimiento y a nuestros días.

Esta escritura, que hoy conocemos como «minúscula carolingia», se mantuvo vigente en siglos posteriores pese a la intrusión de la florida letra gótica. Cuando los humanistas de siglos posteriores buscaron una caligrafía mejor, revivieron esta minúscula carolingia, sobre todo en Italia, pasando a ser conocida entonces como «letra romana» (nuestra «redonda»), Y cuando los primeros impresores buscaron en los manuscritos un modelo en que basar sus caracteres tipográficos, probaron los góticos para decidirse finalmente por los carolingio-romanos. Y así ha sobrevivido en las páginas que hoy leemos.

Ni siquiera el triunfo del monarca en la antigua Roma causó tanto revuelo como

la llegada del elefante *Abul Abbas* a Aquisgrán. El monstruo fabuloso de Babilonia avanzó bamboleándose por la embarrada calle del mercado, arrancando la hierba fresca de la techumbre de los edificios con aquel brazo increíble que le servía de nariz. Luego, el animal emitió un sonido como un trompetazo y los caballos de las callejas de la ciudad huyeron espantados, abriéndose paso entre las ovejas apelotonadas junto a los tenderetes de los vendedores de carne.

Carlomagno contempló complacido cómo *Abul Abbas* destrozaba el establo que le proporcionaron; el elefante era capaz de arrancar de cuajo un árbol joven y, sin embargo, aceptaba las uvas que le ofrecía el rey cogiéndolas de su mano con toda delicadeza. Isaac, el mercader que había viajado durante dos años con el animal y era su cuidador, dijo que *Abul Abbas* podría vivir aún cincuenta años más si se sentía contento en tierras francas. Desde luego, en los cálidos días estivales, el animal parecía muy satisfecho, devorando en cada comida un campo entero de cereal y tomando su baño cotidiano en el río. Cada día, en sus rondas de inspección, el rey se detenía a contemplar a su prodigioso visitante, regalo del califa.

Einhardo, al menos, insistió en que Aarón había enviado a *Abul Abbas* por el gran amor y admiración que le inspiraba Carlomagno. Sin embargo, en las mesas de las tabernas corría el rumor de que Isaac había traído el elefante por propia iniciativa, como un objeto de comercio más.

—¡Aarón siente más afecto por nuestro glorioso rey que por ningún otro monarca de la tierra! —defendía el enano a su héroe.

—¿Por qué afirmas tal cosa?

Los parroquianos siguieron escépticos al respecto, pues los francos enviados a Bagdad habían muerto o desaparecido y sólo habían llegado a Aquisgrán el mercader y *Abul Abbas*.

—Por los ricos presentes que hemos recibido de los persas.

—¿Qué presentes?

—Perfumes y toda clase de objetos.

Los comentarios en torno a las jarras de cerveza siguieron insistiendo en que el diminuto secretario real fanfarroneaba. Sin embargo, en el tesoro del rey apareció una maravillosa bandeja de oro de Jursabad, regalo sin duda de Harún (Aarón), el califa. El tesoro contenía también un enorme dosel, con las cuerdas de sujeción teñidas de insólitos colores, que dejó asombrados a los rehenes sajones que intentaron disparar sus flechas por encima de él. Desde la aparición de *Abul Abbas*, cualquier tesoro que llegara del Este era denominado «el regalo de Harún». Por ejemplo, el reloj.

Este reloj de agua fabricado en bronce satisfizo a Carlomagno, para quien resultaba más exacto que las velas de sebo marcadas y que los relojes de arena. Su mecanismo de goteo de agua medía una a una doce horas, liberando una bola de bronce que hacía sonar una campana al cumplirse cada hora. El artilugio le sirvió

para seguir el movimiento nocturno de las constelaciones.

Para entonces, el monarca tenía siempre a su lado a varios traductores que le explicaban lo que decían sus visitantes gascones, griegos o ávaros. Exiliados como Egberto de Britania buscaron refugio en Aquisgrán, donde se estaba produciendo algo inaudito. Desde aquel embrión de ciudad junto al Würm, la paz del rey estaba extendiéndose más allá de las fronteras del reino. Los rehenes sajones se establecían en el verde valle y el príncipe Carlos realizó su última marcha hasta el Báltico. La guerra que había sostenido durante treinta y dos años contra el pueblo sajón finalizó sin discursos, asambleas o tomas de juramento. Más allá del Rin, los colonos francos edificaron poblaciones que se mantuvieron en pie sin ser objeto de saqueos o incendios. Con el brutal traslado forzoso de pueblos impuesto por Carlomagno, habían terminado los enfrentamientos armados, pero quien realmente había sellado la paz era la nueva generación que crecía sin guerras ni conflictos de religión, a lo cual contribuyó quizá la prohibición de portar armas decretada por el rey. Por otra parte, las escuelas parroquiales, que reunían a los jóvenes sin distinciones, ayudaron a quebrar los antagonismos de clan. Esto último, el monarca debía agradecerse al godo.

Además, esta nueva generación —la de Einhardo— no había conocido otro gobernante y no tenía otra lealtad que la debida al gigantesco franco. Aunque Alcuino hablara con alborozo del nuevo imperio cristiano, el pueblo de las villas y de los campos sólo estaba unido por la creencia de que Carlomagno les gobernaba a todos por igual.

«El rey hizo anotar minuciosamente las rudas canciones que celebraban las hazañas y las guerras de los antiguos monarcas —relata Einhardo—, con la intención de conservarlas para futuras generaciones».

Con este intento de preservar los viejos mitos teutónicos, Carlomagno tal vez pretendía expiar el hecho de haber derribado el Irminsul, treinta y dos años antes. Sin embargo, estas canciones que mandó copiar se perdieron en la nueva edad oscura que siguió a su muerte.

Pese a todo lo anterior —y salvo su insistencia en que ahora se le acatara como emperador, y no ya como rey de los francos—, Carlomagno no cambió en absoluto sus hábitos. Continuó sometiendo a algunos embajadores extranjeros, sobre todo bizantinos, al juego de enviarles de un paladín a otro por los pasillos del palacio de Aquisgrán, hasta que el inexperto embajador se encontraba presentando sus respetos al chambelán y al condestable, antes de ser conducido por fin ante la mayestática presencia real, deslumbrantemente vestida con paño de oro y sentada en el trono tras el cual brillaba un sol cegador. Salvo en tales ocasiones, el emperador llevaba siempre su viejo manto azul y la vara de madera de manzano, y ponía reparos a la vistosa indumentaria que sus nobles habían importado de países extranjeros. Alcuino

advertía de ello a su amigo, el arzobispo de Canterbury, en una carta: «Si visitáis a nuestro señor rey, cuidado de que vuestra gente no aparezca ante él vestida de oro y seda». Carlomagno también seguía siendo un entusiasta de las cacerías de jabalíes, y el chocarrero cronista de Saint-Gall contaría, años después, una anécdota al respecto.

«Un día de lluvia, Carlos llevaba encima una badana, bastante barata, mientras el resto de su corte se pavoneaba con ropajes de piel de faisán y plumas de pavo real, con sedas adornadas de cintas púrpura e incluso, algunos, envueltos en mantos de armiño. Se celebraba una festividad y acababan de volver de Pavía, donde los venecianos inundaban el mercado con todo tipo de riquezas de Oriente. “No debemos caer en la indolencia porque estemos disfrutando de una jornada de descanso —les dijo el rey—. Salgamos todos ahora a cazar, con las mismas ropas que llevamos”.

»Así pues, salieron a batir la espesura, abriéndose paso entre ramas de árboles, espinos y zarzas y ensuciándose con la sangre y la piel de los animales salvajes. Y en este estado regresaron a la ciudad.

»Todos buscaron la cercanía de los fuegos para calentarse, cuando el astuto rey Carlos ordenó: “Todos debéis acostaros ahora con esas ropas para secarlas”.

»Al día siguiente, les hizo comparecer con la misma indumentaria, que ahora ya no tenía nada de espléndida pues estaba arrugada, encogida y llena de desgarros. Entonces Carlos, en son de burla, dijo a su chambelán: “Que cepillen mi piel de oveja y me la traigan”. Cuando le llegó, limpia y entera, se la volvió a poner y habló de esta manera: “¿Qué es más valioso y más útil, esta prenda comprada con una pieza de plata, o las vuestras, que os han costado libras de plata?”».

Así como Alcuino encontraba solaz fuera de la capilla de San Martín, donde los árboles del huerto se alzaban como las columnas de una catedral y los pájaros cantaban con voces angeli cales, Carlomagno buscaba la tranquilidad junto al río, donde sus hijas, con regias indumentarias, adornaban de flores su mesa bajo un olmo y cantaban con sus nietas. Hasta el año de la paz sajona, 804, Alcuino, que había ansiado tomar los votos monacales y escapar de los trabajos mundanos, luchó por revisar una Regla de san Benedicto para que la copiaran todos los monasterios; entre sus otros edictos, Carlomagno dictó un capitular exigiendo la lectura del canon y la regla de san Benedicto. Poco antes de morir, Alcuino escribió a Adalardo, entonces abad de Corbie: «He guardado la espada de mi trabajo como soldado».

Ningún paladín armado había sido más resuelto campeón de Carlomagno que aquel maestro de las escuelas. Con su muerte se rompió parte de la notable continuidad de pensamiento en el reino franco. No volverían a escucharse los apodos de la Academia.

Guillermo de Toulouse, tal vez el apoyo más fuerte del rey, dejó la compañía de la vieja generación de una manera muy propia de él. El héroe de la Marca Hispánica abandonó espada y silla de montar para ingresar en un monasterio de montaña a cuyo

sostenimiento había contribuido durante sus campañas. Cuentan que allí se ocupaba de transportar el agua, a lomos de un borrico, a los hermanos que trabajaban los campos. Algilberto, por su parte, también se recluyó cada vez más en su abadía.

Nadie sabe qué habría podido conseguir Carlomagno sin este destacado grupo de consejeros, quienes dedicaron sus vidas a que la de su pupilo fuera fructífera. El franco había aprendido mucho de ellos, y ellos le habían sido fieles. Ahora, a sus sesenta y dos años, ya no tenía un Alcuino que guiara su mente ni un Erico que le protegiera las espaldas. A instancias suyas, aquellos sacerdotes y paladines habían logrado culminar tareas mayores que las que jamás habían imaginado posibles. ¿Podrían otros servirle así?

Carlomagno reflexionó sobre ello y convocó a todos los que él mantenía para que le rindieran un servicio más extraordinario. «Existe ahora una tarea superior que debe llevarse a cabo —les dijo—, pues, con fortaleza de cuerpo y de mente, debe prestarse servicio al Señor».

Einhardo, su sombra, advirtió este cambio en él: «Después de que recibiera el título de emperador...».

El año de la muerte de Alcuino y de la paz sajona, 804, fue también el año de la esperanza en Aquisgrán. Al sur, la Marca Hispánica se mantenía firme con las ciudades y torres que había erigido Guillermo; al norte, el belicoso Godofredo, rey de los daneses, propuso conversaciones de paz a Carlomagno; desde su ciudad imperial, el franco enviaba dinero por vía marítima a los cristianos pobres de África y Siria, de Cartago y Jerusalén. Y, por último, el papa León viajaba desde Roma al encuentro de Carlomagno, esta vez no temeroso y necesitado sino lleno de alborozo, para dilucidar si se había producido o no cierto milagro en Mantua.

Durante estos meses, las tierras son trabajadas y el pueblo ha hecho solemne promesa de rendir servicio al Señor, con una naciente esperanza de futuras bendiciones. Junto a la escalinata de palacio, el reloj de bronce marca las horas con su novedoso sonido... Sin embargo, pocas van a ser las horas de gloria de esa comunidad perdida.

El papa León cruza la frontera con alivio. En las alturas de los Alpes, Audulfo, nuevo conde de la Marca del Este, le escolta hasta el monasterio de Saint-Maurice, donde Carlos, el hijo del rey, espera con sus hombres para presentar honores a los visitantes de Roma. Juntos cabalgan cómodamente entre los grupos de peregrinos y las caravanas de carros tirados por bueyes que transportan los productos de Pavía y de las islas venecianas hasta Aquisgrán, pues se han eliminado los peajes para los mercaderes. Los jinetes que les dan escolta llevan capas lombardas, cerradas con broches de plata mora; aunque son turingios o francos del este por nacimiento, todos ellos se consideran simplemente «hombres del emperador».

Para la octava del buen san Martín, León ya está en Reims, en cuya plaza de la

gran iglesia de Saint-Remi le aguarda Carlomagno con sus paladines y cazadores. De la puerta del templo escapa la música de un órgano; en uno de sus muros hay una estampa de Moisés conduciendo a su pueblo sano y salvo hasta la orilla del mar Rojo mientras las olas se tragan a los jinetes armados de un faraón con el aspecto de un huno...

Las gentes hablan de las cosechas recolectadas y de las semillas reservadas para la siembra del mes de roturar los campos. En el alargado valle de Aquisgrán, donde brilla la cúpula dorada, el pueblo espera bajo los estandartes de las iglesias, desplegados como en Roma. Sin embargo, el camino hasta el pórtico del palacio transcurre junto a rediles de ovejas y establos de vacas. La estatua que guarda los peldaños es un espléndido oso de bronce.

La multitud que aguarda para contemplar el paso del Papa se entretiene con los saltimbanquis, que ofrecen sus cabriolas y malabarismos a cambio de unas monedas. Cuando Carlomagno desmonta, con los palafreneros a su estribo y el marcial chambelán esperando al pie de la escalinata para hacerse cargo de la capa de montar del emperador, no suena ninguna fanfarria. Un anciano se atreve entonces a adelantarse unos pasos y, tañendo un arpa con dedos nudosos, entona un saludo al rey que regresa a su salón cortesano y el emperador entrega al cantante uno de sus brazaletes de oro. Viendo tal cosa, Teodulfo, el obispo de Orleans, exclama:

—¡Es la gloria de los poetas!

El salón está engalanado para la fiesta de celebración del término del viaje; las paredes están cubiertas con colgaduras de paño de Arrás, los bancos de los invitados están forrados de seda púrpura y numerosos candelabros de plata iluminan las largas mesas, adornadas con flores y bayas otoñales. El senescal, con ropas cortesanas, da paso a los portadores de las grandes fuentes de comida, que las reparten entre los comensales. A ellos siguen los portadores de copas y los escanciadores de vino. Junto a los paladines, relucientes de escarlata y oro, los niños se apretujan en sus bancos esperando con impaciencia que se inicie el banquete. Sus cuchicheos se alzan como un leve soplo de brisa en la espesura hasta que se hace el silencio con la bendición de León.

A una señal de Carlomagno, el capellán de palacio eleva una oración de acción de gracias por las mercedes recibidas por el pueblo cristiano. A pesar del esplendor de las indumentarias y de la abundancia de metales preciosos, la asamblea no parece en estos momentos sino la alegre reunión de una gran familia para celebrar el último de los Doce Días de Navidad, con el que se inicia el año nuevo. Y, entre el alborozo general, el repique del reloj de bronce marca las horas...

Sin embargo, las grandes esperanzas de este amanecer de la nación cristiana quedarían empañadas por los infortunios de los cinco años siguientes.

En primer lugar, Godofredo, el rey danés, no hizo acto de presencia en las

acordadas conversaciones de paz. Al contrario, sus navegantes reanudaron las incursiones bélicas. Los analistas de Aquisgrán utilizaban indistintamente los términos «daneses», «normandos» o «nórdicos» para referirse a estos pueblos procedentes de la yerma y fría Escandía, de las islas bálticas y de la Marca Danesa, que aparecían durante la temporada estival, ideal para la navegación, a bordo de sus naves esbeltas y rápidas que transportaban tanto guerreros como caballos. Estos primeros vikingos (hombres de los fiordos) remontaban los ríos en sus embarcaciones de poco calado y tras desembarcar, montaban sus caballos y arrasaban ciudades, saqueándolas e incendiándolas, como sucedió en Lindisfarne. Por la noche, protegían sus campamentos con trincheras. Eran guerreros valientes que hacían sacrificios a los antiguos dioses y atacaban iglesias para apoderarse de los objetos de valor de sus altares. Cuando alguna hueste armada se dirigía contra ellos, los hombres del norte montaban de nuevo y volvían al galope hasta sus naves dragón, donde quedaban a salvo de los perseguidores.

Fracasados sus intentos de conseguir un acuerdo de paz con ellos, Carlomagno intentó disponer una defensa de sus fronteras marítimas. En su visita de inspección del año 800, había puesto sobre aviso a los pueblos costeros y había iniciado la construcción de torres de vigía. Sin embargo, sus diócesis de los Países Bajos y del Canal llevaban demasiado tiempo en paz y los hombres libres campesinos eran reacios a mantener patrullas armadas de vigilancia. El monarca ordenó la construcción, en astilleros situados en los ríos caudalosos, de barcos capaces de navegar por el mar; también mandó edificar fortalezas de piedra en puntos estratégicos como el pasillo del Rin. Sin embargo, el rey danés decidió marchar contra los eslavos del Báltico, expoliando a quienes habían jurado fidelidad al emperador cristiano y ayudando en cambio a quienes combatían contra él. Los ejércitos de Carlomagno no consiguieron dar alcance a los osados saqueadores.

Parecía como si hubiera surgido del mar un nuevo Widukindo y la profecía de la cabeza de dragón estuviera cumpliéndose.

El monje de Saint-Gall, con la ventaja de escribir tiempo después de que se produjeran los hechos, narra un episodio de la lucha de Carlomagno contra la amenaza procedente del mar:

«Sucedio que, en una de sus rondas de inspección, Carlos se encontraba cenando en paz en cierta ciudad de la costa de Narbona cuando se presentaron varias naves normandas con intención de realizar una incursión pirata. Al principio, cuando las naves fueron avistadas, parte de los habitantes de la ciudad pensó que eran judías, o pertenecientes a algún mercader africano o britano. Sin embargo, el sapientísimo monarca las reconoció al instante por su forma y su velocidad y declaró lo siguiente: “Estas naves no vienen llenas de mercaderías, sino de ferocísimos enemigos”.

»Al escuchar sus palabras, los ciudadanos corrieron a toda prisa a defender la

costa, pero fue en vano porque los nórdicos, al saber que Carlos se hallaba allí, emprendieron la huida con asombrosa rapidez. Cuando recibió la noticia, el justísimo y devotísimo rey Carlos se levantó de la mesa, se asomó a mirar por la ventana que daba al este y allí permaneció inmóvil, con lágrimas en los ojos, y nadie se atrevió a dirigirle la palabra.

»Entonces, el monarca explicó sus lágrimas a los nobles con estas palabras: “No tengo miedo de que esos bribones despreciables me hagan ningún daño. Lo que me entristece es pensar que se atreven a invadir esta costa cuando aún estoy vivo, y me sobrecoge un profundísimo pesar al imaginar el mal que puedan causar a mis descendientes”».

El ingenioso cronista dejaba así constancia de que, mientras vivió, Carlomagno procuró defender sus tierras interiores aunque los escurridizos invasores marinos continuaron sus incursiones en las costas del reino, al tiempo que empezaban a infligir más y más daños en Britania.

Al sur, las fronteras del franco se mantenían seguras más allá de los Pirineos. Sus huestes armadas de Aquitania —ahora al servicio de Luis, su hijo— habían incorporado a los taimados gascones, a los provenzales y a los antiguos godos de Navarra, que prestaban oídos a las indicaciones de Teodulfo. Ganando las montañas pueblo a pueblo, hondonada a hondonada, la línea fronteriza avanzó lentamente hasta las aguas del Ebro, donde se encontraba la Zaragoza de infausto recuerdo. El objetivo de Carlomagno era adueñarse de la costa mediterránea hasta Barcelona, al tiempo que intentaba alcanzar una tregua con los poderosos emires de Córdoba.

En esto último no parecía tener mucho éxito. De vez en cuando, el celo religioso inflamaba a los señores árabes del norte y les impulsaba a acometer a los cristianos invasores. Apartado Guillermo de Toulouse de aquel mundo de batallas, en Aquitania se echaba en falta un liderazgo militar. El devoto e incauto Luis era incapaz de mantener la disciplina entre los poderosos señores de los castillos pirenaicos y Carlomagno no se aventuraba hasta aquellas tierras. La hueste armada de los cristianos se dirigió a tomar Tortosa, en la boca del Ebro; al llegar allí, desfiló en torno a la ciudad con aire triunfal y penetró en un valle cerrado por grandes peñas, donde fue emboscada y diezmada como sucediera en Roncesvalles. Carlomagno recibió las noticias de Tortosa en apenado silencio.

Pero el mayor peligro del poder musulmán se hizo patente en el Mediterráneo, donde el emperador tenía ahora varios puertos —Barcelona, Narbona, Massilia (Marsella) y los puertos de la Liguria—, que habían quedado inactivos tras la desaparición del dominio romano. Según cuenta el monje de Saint-Gall, naves mercantes judías y cartaginesas descargaban en aquella costa preciados cargamentos de contrabando. Carlomagno deseaba reabrir aquella antigua avenida comercial y Pipino fletó una flotilla que recorría las costas de Liguria (en las proximidades de

Génova).

Las velas musulmanas pasaban a toda velocidad ante aquellas costas y las flotas de la Hispania islámica hacían incursiones en las islas —las Baleares, Córcega y Cerdeña—, de donde se llevaban cristianos para venderlos como esclavos. ¿Qué defensa podía ofrecer el emperador de los cristianos a aquellas islas?

La improvisada flota de Pipino, con dotación italiana, expulsó de Córcega a los invasores en una ocasión, pero otros sarracenos enviaron desde África nuevas flotas capaces de cruzar el mar abierto. Carlomagno impulsó entonces la construcción de grandes naves con espolones como las bizantinas y movidas a remo como las nórdicas.

Al Este se extendían los territorios del desconocido continente. Más allá del Elba, Carlomagno había exigido rehenes y tributos de muchas tribus eslavas, a las cuales debía protección frente a los nórdicos y otros paganos. Bajo el mando de Carlos, su hijo guerrero, los ejércitos de la gran Marca del Este debían adentrarse continuamente en las tierras vírgenes para imponer la paz del emperador, quien tuvo el acierto de nombrar conde de la Marca a uno de sus oficiales, Audulfo, comandante de aquella vasta frontera.

En el centro del continente, más allá de la cadena montañosa del Bóhmer Wald, habitaba el silencioso pueblo de los checos, o bohemios, que jamás había conocido las bendiciones de la civilización.

El sagaz anciano de Aquisgrán sabía que, si lograba conquistar a aquellos bohemios, los inquietos ávaros y eslavos podrían ser expulsados más al Este. Contra los bohemios envió a Carlos con tres ejércitos cristianos formados por sajones, bávaros y eslavos. Así había invadido el franco las tierras de los ávaros y, tal como sucedió con éstos, los bohemios que habitaban los bosques desaparecieron de sus valles altos ante el avance de su hijo. Más allá del rápido Moldava, los ejércitos se quedaron sin suministros y Carlos tuvo que retirarse, para informar a su padre de que allí sólo había encontrado un mar de hierba, «la gran llanura del este».

El emperador mandó de nuevo a Carlos a los bosques de Bohemia y envió refuerzos a Luis para que volviera a intentar la captura de Tortosa. Los resultados fueron los mismos: desaparición del enemigo en un caso y desastre militar en el otro.

Carlomagno, parece, comprendió por fin que sus fronteras habían alcanzado los límites posibles hacia el norte y el este, donde llevaba algún tiempo construyendo núcleos defensivos a lo largo del Elba: pueblos fronterizos amurallados, reforzados con torres y habitados por guarniciones siempre a punto para el combate. Así, Esfeld mantenía la guardia frente a los daneses, y Hohbuki, río arriba, hacía lo propio ante los hostiles wilzi. Más allá quedaban Magdeburgo y Halle, desde donde la línea de defensa seguía el río Saale y ascendía las cumbres del Bóhmer Wald, el bosque de Bohemia; de allí, formaba una curva hacia el este en torno a los poblados

ávaros y descendía hasta el Friuli e Istria (más allá de Trieste), donde Erico había establecido una buena defensa. Al oeste de esta línea, las colonias cristianas iban tachonando los valles con el paso del tiempo; al este, el desorganizado pueblo pagano se extendía por la gran llanura.

Esta línea defensiva desde el Báltico al Adriático se mantuvo firme pero, en algunos puntos, los misioneros cristianos llegaron más allá. Arno dedicó su vida a extender sus iglesias hacia el Mur y el Drave (más allá de la actual Austria). Durante mucho tiempo, estas misiones carolingias marcaron los límites de la iglesia cristiana.

Más allá de los puestos fronterizos de Istria, en la costa adriática, los mis si de Carlomagno y sus misioneros llevaron al seno del cristianismo a los vecinos pueblos yugoslavos.

Por primera vez, el emperador había establecido límites a sus dominios y ahora se disponía a defenderlos con toda su energía. En el interior, debía reinar la paz.

Pero entonces reapareció la escasez. Se produjo tras una sequía y se convirtió enseguida en una gran hambruna. Carlomagno sabía, por experiencia, que a ésta seguiría la peste, la cual alimentaría a su vez el desorden y el miedo de la misma forma inevitable en que los Cuatro Jinetes del Apocalipsis se sucedían unos a otros.

A aquellas alturas, el monarca disponía en Aquisgrán de un considerable tesoro. Convocó a sus paladines a presentarse de inmediato en la corte y organizó con ellos un cuerpo de oficiales a quienes enviar donde resultara necesario. Cuando recibía un aviso mediante fogatas de señales o palomas mensajeras, estos oficiales se apresuraban a acudir al lugar. Siguiendo los consejos de Eberhardo, el senescal, encargó la resolución de todos los asuntos legales al conde de palacio. Sin embargo, pese a todo, la hambruna se extendió donde sus oficiales no pudieron reunir provisiones suficientes.

Los paladines llevaron las flotillas de pesca frisonas a las bocas del Rin y convocaron la leva de armas para proteger el grano almacenado y los rebaños. Los comandantes militares de cada plaza hicieron inventario de la comida que quedaba en su circunscripción. «El Diablo anda suelto por la tierra», declaraban los aldeanos, y acudían en masa a las iglesias para rezar, en lugar de dedicarse a llevar agua a sus campos. Los *missi* de Carlomagno cabalgaron de pueblo en pueblo exhortando a los que tenían la despensa llena a que entregaran parte de sus reservas a quienes no tenían qué llevarse a la boca. Unos acataron la orden pero otros, temiendo que lo peor no hubiera llegado todavía, no lo hicieron.

«Que todos obedezcan a los mensajeros», ordenó entonces Carlomagno; y lo hizo cumplir. En sus casas de campo crió ganado seleccionado y caballos escogidos, y sus administradores plantaron nuevos cereales más resistentes, al tiempo que empleaban a los siervos en el cuidado de las colmenas y en la protección de la pesca en los ríos. Así, sus casas de campo enseñaron con su ejemplo a otros campesinos cuáles eran los

mejores cultivos en aquellas circunstancias. El monarca ordenó también que se abrieran a las familias trasladadas desde Sajonia los mansos reales, es decir, las tierras y casas de campo del rey situadas fuera de las villas. A las familias sin tierras las envió al este para desbrozar los bosques de Sajonia. Otras fueron conducidas desde Aquitania al otro lado de las montañas para colonizar las nuevas tierras fronterizas de Hispania. A los hombres demasiado enfermos para el trabajo se les encargó que llevaran las pjaras de cerdos a los bosques para que se alimentaran allí.

Al presentarse esta crisis, Carlomagno reflexionó sobre su propia muerte y lo que sucedería entonces con su familia y sus dominios.

Antes de que finalizara el invierno del año 806, convocó una asamblea en Thionville, más próxima al centro de su reino que Aquisgrán. Allí decretó la partición del presunto imperio entre sus hijos, Carlos, Pipino y Luis (Ludovico Pío). Con esto siguió la costumbre merovingia y el ejemplo de su propio padre.

Dividió, pues, la inmensa herencia en tres reinos. A su muerte, sus hijos gobernarían como reyes los territorios que ya venían administrando como virreyes: el reino de Luis tendría su centro en Aquitania, el de Pipino en la antigua Lombardía y Carlos gobernaría las tierras del Rin, abarcando hacia el sur hasta la región de Tours. Con su nueva preocupación por las fronteras, Carlomagno fue muy minucioso al delimitar el territorio de cada uno de los futuros reinos. Así, a Luis le concedió además un paso a Italia a través de los Alpes Marítimos y a Carlos le adjudicó una ruta desde el Rin hasta el paso del Monsjovis. De este modo, otorgaba a cada hermano una vía por la que acudir, en caso necesario, en ayuda de los demás.

Al resto de la familia lo protegió con medidas muy propias de él. Sus hijas dispondrían de sus propias tierras y haciendas, serían protegidas por sus hermanos y contraerían legítimo matrimonio según sus propios deseos. Ninguno de sus nietos podría ser desterrado, hecho cautivo o perjudicado en modo alguno. Debería mantenerse la paz en el seno de la familia y en sus dominios. Sin embargo, mientras él viviera, toda la autoridad descansaría en sus manos y seguiría recibiendo «la obediencia debida de los hijos hacia su padre, así como la de los súbditos hacia su emperador».

Ciertamente, mal puede ser ésta la última voluntad de un hombre que intentara revivir el Imperio Romano o crear algún tipo de imperio político. Con ella, Carlomagno dejó a los historiadores un enigma tan desconcertante como el de su coronación. ¿Se proponía realmente dividir su obra de esa manera, o tenía intención de nombrar emperador a uno de sus hijos en el último momento? El franco no lo aclaró.

En cuanto a sus hijos, no pareció favorecer a ninguno por encima de los demás. A Carlos, el más parecido a su padre —los observadores censuraban al resuelto príncipe que rezara con la cabeza erguida—, era a quien recurría con más frecuencia para

hacer la guerra. El piadoso Luis era quien recibía más ayuda, y parecía necesitarla toda. El impetuoso Pipino, celoso de Carlos, disputaba constantemente con León, pero consiguió grandes cosas por su cuenta contra beneventinos, ávaros e incluso frente a los musulmanes en el mar. Sin embargo, Carlomagno mantuvo siempre a los tres dentro de las órbitas de sus futuros reinos.

El emperador se ocupó decisivamente de que su voluntad se cumpliera. Hizo que los nobles de la asamblea de Thionville juraran obedecerla y ordenó a Einhardo mandar una copia de ella a León para que éste expresara el consentimiento papal.

Tal vez nos haya quedado una clave respecto a sus intenciones: el arnulfingo siempre pareció más consciente de la responsabilidad que había recaído sobre él que de los privilegios que estaba en su mano reclamar. (Le disgustaba que le llamaran «otro Augusto» o «un segundo Constantino el Grande»). Hincmaro, que escribió la crónica de palacio, se refiere a esta responsabilidad, «que empezó en tiempos de Constantino el Grande, quien se *convirtió a Cristo*».

Tal vez, en Carlomagno, esta obligación como cristiano dominaba sobre cualquier visión política. Así parecía considerarlo él mismo. En su última voluntad, ¿no quería dar a entender que el principal beneficiario era, simplemente, el pueblo cristiano unido, mantenido en paz por los reyes hermanos y guiado por San Pedro? Con su centro en Aquisgrán y protegido por las nuevas fronteras que había establecido, ¿acaso no podría sobrevivir aquella única nación cristiana de Occidente?

Tal dominio no tenía precedentes. Era un sueño visionario, construido sobre la esperanza y sostenido por la vehemente determinación de Carlomagno.

Aunque la hambruna fue contenida, la peste se extendió por las villas, afectando más a los animales que a los humanos, al parecer. En el norte, los ejércitos de Carlos se vieron inmovilizados por la falta de animales. Incluso en la lejana frontera italiana, estallaron conflictos contra los beneventinos, quienes fueron acusados de diseminar un «polvo asesino» entre el ganado. La superstición atizó el miedo a los forasteros, que podían traer consigo aquel misterioso «polvo asesino». Los viajeros que no podían identificarse convenientemente corrían el riesgo de ser inmovilizados y arrojados a los ríos.

En Aquisgrán, las gentes acudían en tropel a la iglesia de Santa María para tocar el relicario de oro que contenía el manto de san Martín.

En el verano de 807, un suceso sin precedentes perturbó a Carlomagno. Muy pocos de los nobles y señores convocados a la asamblea anual se presentaron en Ingelheim. Tan pocos que, por primera vez, la asamblea no pudo celebrarse. El rey interpretó el hecho como una rebelión contra su autoridad. Aquel verano no podría entrar en campaña. En lugar de trazar los planes anuales con sus señores, legos y eclesiásticos, el rey envió a sus *missi* a investigar cada provincia para descubrir si en ella se prestaba obediencia al señor local o al lejano emperador.

Empezaban a hacerse visibles los efectos de su ausencia de las provincias. Al principio, la decisión de establecerse permanentemente en Aquisgrán le había satisfecho por la comodidad de poder guardar todo su tesoro y sus archivos documentales en un mismo lugar, en vez de tener que transportarlos de un sitio a otro en sus desplazamientos. Sin embargo, ahora parecía que las gentes, no viendo ya nunca a su rey entre ellas, se volvían hacia sus señores locales.

Los hombres de las fuerzas armadas, los citados *missi*, permanecieron fieles al emperador, pero el contingente de tropas se redujo debido a la pobreza que reinaba en los hogares. La construcción de barcos e iglesias restaba brazos a los trabajos del campo y los pequeños propietarios pagaban «para liberarse de la necesidad de prestar servicio de armas». Los hombres libres que no podían ganarse el sustento y pagar el diezmo de la iglesia optaban por entrar en los monasterios, donde sus necesidades estaban cubiertas.

Carlomagno combatió con edictos aquella creciente deserción: «Se prohíbe que los hombres libres ingresen en la vocación eclesiástica sin el consentimiento del emperador, ya que muchos lo han hecho para rehuir la leva de armas [...]. Pueden celebrarse rogativas públicas, sin el permiso real, donde se produzca una hambruna o una peste [...]. No se venderá grano a un precio superior al ordenado [...]. No se exportarán alimentos necesarios para el sustento del reino».

De igual modo, se amenazaba con la pérdida de sus feudos a los terratenientes que no suministraran los pertrechos requeridos para el ejército. Quienes poseyeran tres mansos debían cumplir el servicio de armas; de cada tres propietarios de un manso, uno debía servir y los otros dos debían procurarle el equipo y mantenerle. Quienes sólo tuvieran bienes muebles o semovientes debían enviar un tercio de los caballos, las telas, los cerdos, las ovejas u otras posesiones.

Se estaba produciendo algo que Carlomagno no había previsto. Para enfrentarse a los árabes y a los normandos necesitaba un ejército de jinetes experimentados que estuviera en campaña todo el año. Tales jinetes, a su vez, precisaban corazas y cascos de preciado hierro, sillas de montar resistentes para sostener tal peso, y cadenas de aros de hierro para proteger el cuello y las riendas de los caballos. Pertrechar y alimentar a uno de aquellos guerreros requería el trabajo de cinco hombres libres en los campos. (Tres siglos más tarde, este guerrero se convertiría en el caballero enfundado en acero, mantenido por los campesinos).

Además, al recaer en los señores y obispos —bajo la amenaza de fuertes sanciones— la responsabilidad de aportar un número determinado de hombres a la hueste armada, los nobles incrementaron su dominio sobre éstos. El juramento de servicio del hombre libre al noble, a cambio de la tradicional moneda como pago, se hizo más vinculante. La palabra vasallo empezó a aparecer en los registros. Estaba instaurándose el vasallaje feudal.

Al propio tiempo, estaba cambiando el carácter de la nobleza. Los duques y condes de antes, que gobernaban extensas áreas en nombre del rey, no podían servir en campañas tan prolongadas y, simultáneamente, mantener el orden en sus tierras. (Carlomagno permitió que los condes dejaran hasta cuatro hombres de armas para proteger su castillo; los obispos podían dejar dos guardianes en su residencia). Erico y Guillermo habían pasado la mayor parte de su vida con las fuerzas armadas; ahora surgía un nuevo tipo de señor, el jefe guerrero afortunado o popular que podía reunir un séquito armado. Carlomagno sancionó que un hombre libre pudiera cambiar un señor por otro, pero no podía escapar del servicio militar salvo por una causa extraordinaria. Con esto pretendía terminar con las deserciones y controlar la huida a los monasterios de los reacios a la guerra.

El viejo orden de los francos merovingios, basado en unos pocos oficiales del rey al mando de una tropa de hombres libres que aportaban sus propias armas, estaba desmoronándose. Los señores empezaban a conducir pequeños ejércitos fieles a su líder, con lo que su poder se incrementaba.

Este embrión del sistema feudal se había formado antes de Carlomagno, pero éste aceleró su desarrollo y lo legalizó con sus edictos. Con todo, mientras él vivió, la gloria de su nombre mantuvo a los hombres sometidos por el respeto y el temor que les inspiraba, y todos aceptaron que su más alta obligación era para con el monarca. ¿Acaso no buscó su consejo el propio Eardulfo, rey de Northumbria en la Britania? ¿Y acaso no envió el sabio señor rey —su pueblo rara vez le llamaba emperador— al fugitivo Eardulfo a presencia de León para que el Papa decidiese?

Con todo, aquel señor rey impuso a veces sus decisiones frente a León, el señor apostólico. Casi con el mismo ardor que habían mostrado en la cuestión de las imágenes sagradas, las iglesias discutían sobre la naturaleza del Espíritu Santo. ¿Procedía sólo de Dios Padre, o también de Jesucristo, su Hijo? Carlomagno convocó en Aquisgrán un concilio eclesiástico para decidir sobre el asunto y, allí, el siempre expresivo Teodulfo mantuvo que el Espíritu Santo procedía también del Hijo, como era creencia común de cualquier hombre sensato. ¿Qué importaba que los griegos pusieran reparos a tal verdad? Carlomagno decretó que la decisión quedara expresada clara y notoriamente en la plegaria pública con la fórmula *Filioque* («y del Hijo»), Así se incorporó, pues, a las oraciones, y el venerable Adalardo se encargó de notificar a Roma lo decidido en Aquisgrán.

Más aún impresionó al pueblo que el propio patriarca de Jerusalén apelara al incansable Carlomagno, informándole de que los rebeldes beduinos atacaban y esclavizaban a los meritorios cristianos de Tierra Santa, a quienes Carlomagno había enviado tantas riquezas para la construcción de hosterías y la ornamentación de los altares. Pues, en efecto, «el monte de Sión y el monte de los Olivos están gozosos y agradecidos por las donaciones del muy generoso monarca». Cuando escuchó la

súplica del desdichado patriarca que le había enviado las llaves del Santo Sepulcro, el emperador se encolerizó y se sintió agraviado, por lo que despachó unos enviados a Aarón, rey de los persas, para pedirle, por la estima que le tenía, protección para las congregaciones cristianas de Jerusalén.

En este asunto, el califa mostró realmente su aprecio por el señor rey de los cristianos enviándole un embajador llamado Abdulá, junto con el monje Félix y el abad del monte de los Olivos, Jorge. El persa Abdulá trajo consigo unos regalos increíbles, una miniatura en marfil de un elefante, un vaso de cristal realzado con lacas y oro y un pabellón lo bastante grande como para cobijar a Carlomagno y a todo su consejo de paladines.

Además, el propio Abdulá prometió, en nombre de su señor, que se cumpliría la voluntad del emperador. Los peregrinos y cristianos que habitaban los santos lugares desde San Sabah, en el valle del Kedron, hasta el Sepulcro serían protegidos del expolio y de las vejaciones. En prenda de su compromiso, el califa otorgaba graciosamente al rey cristiano la posesión del Santísimo Sepulcro.

Einhardo dejó constancia de ello: «El califa, informado de los deseos de Carlomagno, no sólo le concedió lo que pedía sino que puso en su poder la propia tumba sagrada del Salvador y el lugar de Su resurrección».

La noticia de la decisión de Harún, que llegaba en un momento de considerable tensión emocional, provocó el júbilo y fue hinchándose de aldea en aldea por todo Occidente, donde cualquier cosa que tuviera relación con Jerusalén adquiriría un significado milagroso. Einhardo, como de costumbre, no pudo resistir la tentación de adornar un poco los hechos en su relato.

¿Cuáles fueron, en realidad, las relaciones entre Harún y Carlomagno? Ésta constituye la tercera gran incógnita del reinado del gran monarca. Los registros de la corte de Bagdad no citan el nombre de Carlomagno, ni haber enviado una embajada a su presencia. Los historiadores árabes conocían a los francos —de hecho, denominaban así a todos los europeos occidentales— y mencionan a un rey. En cambio, no aparece ninguna referencia al elefante Abul Abbas. Sin embargo, entre Aquisgrán y Bagdad hubo un intercambio de misiones comerciales. Sólo Isaac, aquel notable intérprete convertido en embajador por cuenta propia, podría explicarnos tal vez toda la verdad.

Da la impresión de que, efectivamente, la petición de los cristianos de Palestina llegó hasta Harún, un califa menos tolerante que su homónimo, el Harún al Rachid de Las mil y una noches. El Harún real otorgó su protección a las iglesias y peregrinos en apuros y, como gesto de cortesía, hizo donación de la tumba que la tradición señalaba como la de Jesús al embajador que presentaba la petición del rey franco.

También es posible que Harún donara al rey de los francos la pequeña cripta existente bajo la iglesia del Sepulcro, pero resulta inconcebible que un califa del

Islam, guardián de los santuarios de su religión, cediera a un cristiano desconocido la autoridad sobre parte alguna de Jerusalén, que era al Quds, «la Santa», para todos los musulmanes. Tampoco otorgó al franco ningún protectorado sobre la ciudad o sobre la tierra de Palestina, como se dice a menudo. Lo único que ofreció fue ocuparse de la salvaguardia de sacerdotes y peregrinos.

El desinhibido monje de Saint-Gall expresó en su crónica la leyenda que se formó en torno a Carlomagno como «protector de Jerusalén».

«El infatigable emperador envió al monarca de Persia presentes de caballos y mulas de Hispania, telas frisonas blancas y rojas y perros de suma fiereza. El rey de Persia recibió los demás regalos con indiferencia, pero preguntó a los enviados qué piezas de caza acosaban mejor aquellos perros [...]. Los perros germanos capturaron para él un león persa y Harún comprendió, ante aquel pequeño indicio, cuan poderoso era nuestro señor rey. Ahora sabemos —dijo Harún— que es cierto cuanto hemos oído de nuestro hermano Carlos. ¿Cómo podríamos responder adecuadamente al honor que nos ha hecho? Si le damos la tierra que fue prometida a Abraham, está tan lejos de su reino que no podrá defenderla, por noble y elevado que sea su espíritu. Sin embargo, le demostraremos nuestra gratitud entregando a su majestad dicha tierra, que gobernaremos en calidad de virrey"».

Mientras la peste se extendía por villas y pueblos, Carlomagno salió de nuevo a los caminos e hizo acto de presencia a lo largo del Mosa y del Rin seguido de su familia y del coro de Aquisgrán, que entonaba cantos a la misericordia del Señor. Convencido de que aquellas tribulaciones eran voluntad de Dios, Carlomagno consideró que era tarea suya ponerles remedio.

Se rió del temor que reinaba entre el pueblo, prohibió escapar de las poblaciones y se burló de la ociosidad de las gentes. «Ahora tenemos el privilegio de servir al Señor con grandes obras». Contó a sus súbditos sus gestiones sobre Jerusalén y la concesión del Santo Sepulcro, les mostró el estandarte de la Ciudad Santa y, como prueba visible de todo ello, la gente común pudo contemplar la mole sobrenatural de *Abul Abbas* marchando tras el rey.

Con la llegada del frío, la peste remitió y la inquietud se calmó. Por donde pasaba el monarca, se extendían rumores de acontecimientos favorables, como el acuerdo para una tregua con los sarracenos de Hispania (Luis acababa de fracasar por segunda vez ante Tortosa). Los mercaderes, por otra parte, traían nuevos productos desde Provenza, donde se estaban botando al mar las primeras naves del reino cristiano.

Carlomagno había conseguido romper el aislamiento de las tierras interiores. Ahora estaba en contacto con las vías de comunicación del mundo exterior y ello significaba estarlo con el comercio que atravesaba el Mediterráneo. Finalmente, el franco hacía esfuerzos por alcanzar aquel mar («aquel pequeño charco», explicaba el monje de Saint-Gall). No le había bastado con defender su línea costera, cada vez

más extensa, mediante torres fijas y puestos de guardia. Con sus nuevos puertos comerciales, podía acceder al tráfico marítimo de mercancías y construir naves grandes para su reino.

Desde luego, sus nuevas flotas de las costas de Provenza y Liguria no podían competir con las rápidas naves sarracenas, pero había otro mar más vital al este, y Carlomagno lo había visto con sus ojos.

Desde el puerto de Rávena, había contemplado las aguas oscuras del Adriático, que surcaban las flotas bizantinas con total superioridad. Al otro extremo del Adriático se alzaban las guarniciones avanzadas de Constantinopla. Ningún ejército franco a bordo de esquifes y barcas podría cruzar aquella barrera de agua si los almirantes griegos se oponían. Y en los últimos tiempos, espoleados por Nicéforo, quien se había negado a saludarle como *Basileus*, los bizantinos se habían mostrado bastante hostiles, tanto en Constantinopla como en Sicilia.

Pero al norte de Rávena y frente a ella, en el saco del Adriático, estaban los antiguos puertos de Aquilea y Pola en la orilla de Istria. Allí, un obispo amigo de Carlomagno había sido arrojado desde lo alto de una torre por la facción bizantina. Fortunato, su sucesor, pidió la protección de su emperador de Aquisgrán. También por esa época, en las misteriosas islas venecianas, un pueblo de comerciantes construía nuevos barcos de carga y se hacía al mar en secreto. Aparecieron en Aquisgrán dos dogos de Venecia —como llamaban a sus duques— que suplicaban la alianza con Carlomagno al tiempo que intentaban lanzar la potencia terrestre del reino franco contra la potencia marítima de Constantinopla. Irritado con la hipocresía de aquellos hombres, el emperador fomentó una facción favorable a él en el puerto veneciano.

Poco después, una flota bizantina efectuó una incursión en la costa próxima a Rávena y los dogos se apresuraron a volver su mirada a Constantinopla. Carlomagno anunció que protegería a Fortunato y envió a Pipino con el ejército lombardo de Italia, con órdenes de avanzar por tierra hacia las montañas dálmatas y la ruta de Constantinopla. Camino de su objetivo, Pipino capturaría el puerto escondido y traicionero de los venecianos.

Si el emperador conseguía hacer súbditos suyos a aquellos venecianos, podría construir nuevos barcos en sus hábiles y experimentados astilleros y acceder a las rutas comerciales marítimas... quizá no durante su vida, pero sí durante la de sus hijos. Carlomagno se propuso dominar el Adriático y, con esta ventaja en la mano, establecer una paz firme con Constantinopla.

El voluntarioso y terco Pipino, obedeciendo a su padre, hizo un intento de cruzar el mar hasta Venecia, pero fue rechazado por las naves de guerra bizantinas y el ejército lombardo tuvo que abrirse paso a pie por la costa hasta las marismas y lagunas, una de las cuales logró capturar tendiendo un puente con mástiles de barcos.

Astutamente, los venecianos trasladaron sus naves y pertenencias hasta el Canal Profundo (el *Rivus Altus*, o Rialto).

Pipino puso sitio a este reducto pero no pudo tomarlo por falta de una flota. Sin embargo, al ocupar la tierra firme con sus tropas, mantuvo a aquel pueblo marinero acorralado en la gran laguna exterior. Cuando llegó el caluroso verano y los guerreros francos empezaron a enfermar, los venecianos les convencieron para que aceptasen una sumisión verbal de las islas y el pago de treinta y seis libras de plata como tributo anual a Carlomagno. Pipino accedió y levantó el cerco, reemprendiendo la marcha hacia el este. Sin embargo, lo hizo sin haber capturado el puerto de los vénetos y afectado por la enfermedad de las marismas.

(Los venecianos sacaron una lección de aquel asedio y reconstruyeron su puerto en torno a Rialto, desde donde dominarían más adelante los mares cercanos, bajo el nombre de República de Venecia. Durante esa misma década, el exiliado Egberto, el sajón occidental, regresó a Britania desde la corte de Aquisgrán y adoptó el título de primer rey de Inglaterra).

Estas noticias llegaron a conocimiento del emperador en su capital. Rotruda, su hija mayor, estaba enferma en el ala de las mujeres, donde los sacerdotes esperaban para oírla en confesión. Sin embargo, la atención de los habitantes de palacio estaba pendiente del norte, donde las desgracias se sucedían con rapidez. La amenaza del norte procedía de los daneses, que habían asolado las islas y la costa de Frisia, cobrando un tributo de cien libras de plata a cambio de retirarse, y luego habían remontado el Elba asaltando el castillo de Hohbuki, sublevando a los eslavos y arrasando las poblaciones sajonas.

Junto a la leva de armas que había enviado al norte para hacer frente al peligro, Carlomagno mandó a su elefante. Los amanuenses de palacio realizaron una breve anotación: «El elefante que le había regalado Aarón, rey de los sarracenos, murió allí repentinamente».

Al término de una jornada, mientras el dueño de Aquisgrán paseaba bajo la columnata junto a la estatua de Teodorico, salió a su encuentro un mensajero. El hombre, cuyo aspecto revelaba que acababa de realizar una larga y penosa cabalgada, hincó la rodilla ante el rey y suplicó la clemencia de éste antes de transmitirle sus noticias.

—Habla sin temor —respondió Carlomagno, impaciente.

—Las palabras no son mías, sino de Godofredo, el rey danés.

—Te ordeno que las transmitas.

—He aquí, pues, sus palabras. Dice Godofredo que las tierras de los frisonos y de los sajones le rinden tributo, y que ahora emprende la marcha hacia aquí para pasar a fuego vuestra corte de Aquisgrán. Con este aviso, el rey de los daneses quiere daros tiempo para que huyáis.

Aquella noche, enfurecido, Carlomagno convocó a los paladines que esperaban en su capital y reunió a su guardia personal y a los hombres libres del Mosa y del Rin. Rápidamente, mandó aviso a su hijo Carlos para que trajera el ejército de la Marca del Este y a Audulfo para que remontara el Weser. Carlomagno avanzaría a marchas forzadas por el Rin y las fuentes del Lippe para reunirse con él en Verden, la ciudad de infausto recuerdo. Así, el emperador y sus tropas se situarían entre los daneses y Aquisgrán.

De modo que a la edad de sesenta y ocho años y apesadumbrado por la muerte de su querida Rotruda, el emperador salió de su capital para librar combate con los normandos. No era tarea fácil atraer a una batalla en tierra firme a aquel pueblo de navegantes que podían deslizarse a lo largo de las costas en sus naves.

Cuando Carlomagno levantó la tienda tras la primera acampada nocturna de la expedición, se produjo un desdichado suceso al cual Einhardo, testigo presencial del mismo, no dio importancia en el primer momento, pero que más tarde recordaría con claridad.

«El rey salía del campamento antes del amanecer para iniciar la marcha —explica Einhardo—, cuando vio una bola de fuego que caía del cielo con una gran luz. La bola de fuego cruzó con gran rapidez el cielo despejado, de derecha a izquierda, cuando el caballo que montaba Carlos dio un traspié, arrojándole al suelo. El rey cayó tan pesadamente que se le rompió el broche de la capa y el cinto de la espada. Cuando sus servidores corrieron hasta él y le desembarazaron de las armas, Carlos no pudo levantarse sin su ayuda. La lanza ligera que portaba en sus manos fue encontrada a más de veinte pies del lugar de la caída».

Carlomagno había engordado considerablemente y llevaba todo su armamento en el instante de la caída. Desde entonces, cojearía de una pierna.

En el momento de producirse, aquel presagio no fue considerado de mal agüero pues los carolingios, padre e hijo, se encontraron en el Weser como habían previsto y aguardaron allí sin que sus espías y exploradores advirtieran el menor rastro de los normandos. Carlomagno siguió esperando en su tienda, batiendo los bosques. Finalmente, les llegó la noticia de que Godofredo había muerto asesinado y que sus naves habían regresado a Escandía, donde el nuevo rey propuso una tregua al monarca franco. Cuando éste tuvo la certeza de que tales noticias no eran una mentira para engañarle, regresó también a su palacio.

Pipino, que había gobernado Italia hasta entonces, murió más allá de Venecia, bien a causa de la peste o de alguna otra enfermedad.

Tan pronto como llegó a Aquisgrán, Carlomagno llamó a su presencia a Adalardo, quien gozaba de toda su confianza:

—Iréis a Lombardía y haréis construir la tumba de nuestro hijo en la basílica de Mediolanum (Milán), pues él reinó sobre esa tierra. En la basílica de San Pedro,

anunciaréis que Bernardo, su joven hijo, es ahora el rey de los lombardos y de todos los demás súbditos de su padre.

Adalardo debía encargarse de otro asunto. En Pavía aguardaba un spatharius de Constantinopla que había solicitado audiencia a Pipino. El enviado de Carlomagno debía rendir honores a aquel embajador y conducirlo a presencia del emperador, en Aquisgrán, «pues ese hombre es el vínculo de la paz entre los dos imperios. Y si los duques venecianos son un obstáculo en el camino de dicha paz, que sepa el spatharius que tal obstáculo será eliminado y los venecianos serán sometidos a la autoridad del muy benevolente señor de Constantinopla. Que el embajador sepa que habrá paz».

Las fronteras del pueblo cristiano debían mantenerse seguras, a pesar de la peste, de la muerte y de los paganos que habitaban más allá. Así, Egberto cruzó las aguas para gobernar Inglaterra, y la naciente Venecia quedó liberada y desvinculada del destino fatal que se cernía sobre el imperio de Carlomagno. Desde Córdoba venían también emisarios a proponer una tregua.

El obstinado y cojo gigantón que reinaba en Aquisgrán estaba dispuesto a poner en orden su casa y, volcado en ello, influyó durante aquellos breves meses en los acontecimientos del mundo exterior.

Cuando la peste ya declinaba, la muerte asestó sus golpes más terribles al monarca pues le arrebató a su virtuosa hermana, Gisela, abadesa de Chelles, y se llevó también a su primogénito, Pipino el Jorobado, quien un día había soñado ocupar el trono y había terminado su vida recluido en Prüm. La peste ya parecía haber cesado cuando, a fines del año siguiente, se aproximaban los Doce Días de la Navidad.

Como última anotación del año, el escribiente recoge en los anales: «Carlos, el hijo mayor del emperador, murió el segundo día de las nonas de diciembre. Y el emperador pasó el invierno en Aquis».

—¡El joven Carlos era la esperanza del imperio! —exclamaron los paladines, lamentándose más, tal vez, por sí mismos que por la pérdida del caudillo de los ejércitos del emperador.

Carlomagno quedó profundamente afectado por la muerte de este hijo, a quien siempre había encomendado las tareas más difíciles y que era mucho más que un tocayo. Quizás había tratado con demasiada severidad a su hijo cuando era un muchacho. Carlos no se había casado, aunque había estado prometido a una hija del rey de Mercia, igual que Rotruda lo había estado al joven emperador de Constantinopla. Incluso Gisela —el monarca casi no se acordaba de ello— había sido prometida en matrimonio a la línea real lombarda. Carlomagno no había permitido tales uniones. ¿Y si todos ellos le abandonaban para ocupar tronos lejanos? El franco no podía ni imaginarlo.

Para entonces, su familia había cambiado. Sólo quedaba en palacio Rotaida, con

los nietos y los hijos de las últimas mujeres que el rey había tenido después de Liutgarda. Unas mujeres que holgaban en las cámaras forradas de cortinajes sin prestar la menor atención al canto de las vísperas, que parloteaban sin cesar acerca de sus nuevos vestidos de sedas adamascadas y que a veces intentaban conversar en latín para complacerle. Aquellas mujeres le halagaban sobremanera cuando las llamaba a su presencia, pero esto sucedía ahora muy rara vez y, de noche, ellas se escabullían a buscar a sus hombres en otra parte.

A Rotaida no le gustaba leer, ni siquiera para su padre; en cambio, se ponía a bailar cada vez que sonaba la música, sujetándose el borde de la falda y moviéndose, deslumbradora, entre la luz de las velas y el resplandor del fuego.

Al amanecer y al caer la noche, Carlomagno se encaminaba en solitario, envuelto en su ajado manto y calzado con chinelas, hacia la columnata donde le esperaban los monjes para escoltarle hasta la puerta imperial de su capilla. Allí llevaba a cabo sus oraciones, marcando las subidas y bajadas de tono de su cántico.

Después de que Dios llamara a Su presencia a Carlos y los demás, cuando se adueñó de él la debilidad, el monarca recordó por primera vez que podía encontrar descanso. Podía abandonar el mundo y retirarse a la clausura de San Arnulfo, o a la celda que tanto había añorado Alcuino, cerca del valiente san Martín. Muchos de sus antecesores en el trono franco lo habían hecho.

En vida de su hijo Carlos, el arnulfingo sólo había pensado en ello de manera muy vaga. A causa de su debilidad, su corazón se fatigaba cuando montaba a caballo. Recordó lo que Alcuino le había leído, sacado de las páginas de Plinio: igual que el corazón bombeaba la sangre vital hacia el resto del cuerpo, una familia necesitaba un órgano, una persona, que alentara y sostuviera a las demás. Carlos habría sido ese sostén de la familia real. Y el propio pueblo, aquella gente perezosa de cuerpo y de mente, debería tener también tal sostén o, de lo contrario, caería nuevamente en la desesperación de la ignorancia.

¿Cómo llamaban a Luis, su único hijo superviviente? Luis el Amable, el Pío. Agraciado, sensible e ineficaz, Luis habría visto satisfecha su vocación ingresando en la Iglesia.

Las malas noticias no cesaron. En Oriente, Nicéforo había sido asesinado y su ejército diezmado por el *khan* de los búlgaros. Frente a las costas de los Países Bajos se habían avistado velas nórdicas. De San Pedro llegaron nuevos avisos que hablaban de flotas sarracenas que asolaban las islas. No se trataba de incursores procedentes de Hispania, sino de las flotas musulmanas de África. ¿Qué sucedería si los moros hispanos y los africanos se aliaban para invadir las costas cristianas? Ningún ejército, por poderoso y leal que fuese, podía avanzar por las tierras costeras a la misma velocidad que las naves.

En Roma, León hacía planes para fortificar la costa, pero no podía cerrar ésta

como si fuera el núcleo de una ciudad. Y, por su parte, Carlomagno no había reunido nunca un ejército poderoso, sino que había instado e impulsado a las levadas a salir de expedición cada verano, excepto dos, con ondear de estandartes y sonido de fanfarrias.

No; la idea de abandonar los asuntos del mundo iba a ser imposible de realizar. La tregua pactada con el rey danés estaba en vigor, pero para aquellos guerreros contaba más el saqueo y el botín que mantener un compromiso con los cristianos. Los ejércitos no podrían defender al pueblo cristiano a menos que el emperador encontrara su propia manera de hacerlo...

Durante los días invernales, Carlomagno se mantuvo muy ocupado, haciendo pasar a la antecámara —donde ya no retozaba ninguna mujer— a quienes esperaban para presentar sus peticiones, mientras él se ajustaba el calzado y se ceñía las bandas de cuero que cubrían sus piernas. Por la noche, iba y venía de las cámaras del tesoro al vestuario y a la biblioteca, tomando nota detallada de las riquezas que allí poseía.

«Deseaba dejar herencia a sus hijas —relata Einhardo—, y a los hijos de sus concubinas [...] en el caso de que muriera o decidiera retirarse del mundo».

Ercambaldo se encargó de redactar este inventario y distribución de bienes con un estilo ampuloso:

«En nombre del Señor Dios, Padre Todopoderoso, de Su Hijo y del Espíritu Santo. He aquí el inventario y reparto dictado por el muy glorioso y muy pío señor Carlos, Emperador Augusto, en el año 811 de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, en el año cuadragésimo tercero de su reinado en Francia y trigésimo séptimo en Italia, el undécimo del Imperio y en su cuarta Indicción, cuya piedad y prudencia le han decidido, Dios mediante, a disponer de los tesoros y el dinero que contiene en esta fecha su cámara del tesoro».

El diligente Ercambaldo era un maestro en esta escritura grandilocuente, que tal vez resultara necesaria en los documentos de Estado, pero Carlomagno tenía otros gustos. Desde su pequeño trono de mármol en el estrado de su iglesia de Santa María podía contemplar las letras, en mosaicos rojos, que formaban el nombre de quien la había mandado construir: *Karolus Princeps*. El mismo había indicado a los albañiles sicilianos que ésta hiera la leyenda: «Carlos, caudillo». Le tranquilizaba leer aquellas sencillas palabras, tan indiscutiblemente ciertas.

En cumplimiento de su voluntad, dividió sus joyas, monedas, oro, galas reales y objetos de valor en tres partes, que se colocaron en tres grandes arcones. Dos de estos arcones fueron sellados; a su muerte, pasarían a pertenecer a las iglesias de todas sus tierras, para ser administrados por los veintiún arzobispos de ciudades. Esta parte de sus tesoros iría pues a limosnas, como era obligación de un buen cristiano.

El tercero de los arcones no fue sellado. En su interior había, además de la parte correspondiente del tesoro, las pertenencias personales del monarca. Carlomagno

podría disponer de su contenido y, a su muerte, se repartiría a lotes iguales entre su familia, sus servidores y los pobres del reino.

Dado que había objetos voluminosos como vasijas, utensilios de cobre, valiosos cetros, alfombras e incluso armas y sillas de montar que no cabían en el tercer arcón, ordenó que fueran añadidos al lote más adelante.

A continuación, añadió algunas disposiciones especiales. Su capilla, la iglesia de Santa María, debería dejarse como estaba, intacta, con todos sus ornamentos.

Una de las mesas de plata, la que llevaba el plano de Constantinopla, sería enviada a San Pedro; la que describía Roma viajaría a Rávena. La tercera y más espléndida, que contenía el mapamundi, pasaría a sus herederos, incluidos los pobres.

Así procedió Carlomagno a dividir todas sus pertenencias. Entre los testigos que firmaron el documento se contaron Arno y Teodulfo, así como los abades Angilberto y Fredugis.

Una vez ultimadas aquellas disposiciones, aprovechando el tiempo suave y primaveral, Carlomagno avanzó a marchas forzadas por el Mosa hasta la costa, con la intención de acelerar la construcción de plazas fortificadas en Gante y de embarcaciones de guerra en los ríos. Ya en el Canal, donde habían hecho acto de presencia los normandos, inspeccionó Boulogne; allí, erigió un faro y botó nuevas naves desde las rampas de los astilleros. Allí donde iba, difundía con entusiasmo las noticias victoriosas que llegaban de Hispania. Tortosa había caído en manos de los cristianos, que ahora dominaban todo el curso del lejano Ebro.

Demostración de esta victoria fue la llegada de enviados de la orgullosa Córdoba para transmitirle el ofrecimiento de paz del emir Hakam. Al sur del reino, Bernardo había sido coronado rey de Italia y Adalardo había alcanzado un compromiso de paz con los beneventinos, de quienes podía esperarse que lo respetaran si Constantinopla estaba de acuerdo.

Era preciso llegar a una alianza con los bizantinos. Carlomagno consideró una señal de la providencia divina que los enviados musulmanes estuvieran aún en palacio cuando llegaron de Constantinopla unos embajadores de aspecto imponente. Tuvo un momento de inquietud al descubrir que la delegación no era del máximo nivel, pues la encabezaba Miguel, el metropolitano de Constantinopla que ya le había visitado como emisario años antes, y un oficial de la guardia del nuevo *Basileus*, Miguel. Sin embargo, procuró exhibir todo el esplendor posible en el encuentro: su guardia personal lució capas nuevas de colores intensos, sus paladines se engalanaron con sedas y plumas y sus señores y nobles vistieron sus mejores ropas. El emperador de Aquisgrán también hizo desplegar los estandartes de sus veintiuna ciudades en los peldaños de la escalinata de entrada, junto a la estatua del oso.

Cuando Burcardo, el senescal, se apresuró a confiarle que los enviados del verdadero emperador estaban preocupados por la amenaza de los invasores búlgaros

y deseaban «que no se produjera ningún conflicto entre los señores de Oriente y de Occidente», Carlomagno se animó un poco antes de reflexionar que los bizantinos siempre empezaban ofreciendo lisonjas y cumplidos más dulces que la miel.

En lugar de conducir a los embajadores al gran salón, amplio pero pobremente ornamentado para el gusto bizantino, hizo que les llevaran a su cámara más gloriosa, la nave de la pequeña iglesia de Santa María. Allí les recibió sentado en el trono, envuelto en su manto de paño de oro y luciendo al cinto la espada dorada con la empuñadura de piedras preciosas, con el espléndido cetro de Tasilón en la mano y una diadema de gemas en la cabeza.

Cuando los enviados hicieron su entrada, ataviados con ropas negras y brillante púrpura, el coro de la capilla entonó el *Vexilla regísprodeunt* mientras sonaba el órgano. Los bizantinos inclinaron la cabeza, hincaron la rodilla y pusieron en las manos de Carlomagno un documento. Era un ofrecimiento de paz.

Los cronistas terminaban así su descripción del encuentro: «[Los bizantinos] le alabaron en su lengua griega, y le llamaron emperador y *Basileus*».

Al cabo de doce años, Carlomagno era reconocido por fin como emperador e igual del *Basileus* de Constantinopla.

X. El crecimiento de una leyenda

Surgió primero de la tierra, en voz de gentes humildes. Un muchacho recogía hierbas medicinales en un huerto. Inclinando el cuerpo, aspiraba la fragancia del hisopo y del tomillo y pensaba que cuando llevara el cesto de hierbas a la puerta donde esperaba el viejo benedictino, añadiría a él sus palabras, aunque todavía no pudiese hacer un poema con ellas. «Es un regalo muy pequeño para tan gran sabio; si vinierais a sentaros aquí, en este huerto verde y umbrío, todos los chicos de vuestra escuela estarían jugando aquí, bajo los manzanos. Todos los alegres chicos de vuestra feliz escuela. ¿Querréis, padre mío, que sois capaz de escribir un libro entero con vuestros pensamientos, podar y dar forma a estas palabras mías para hacer con ellas un poema?». ».

El muchacho creció y asistió a la escuela y terminó escribiendo un poema que tituló *Sobre el cuidado del huerto*, y explicó que era un modestísimo regalo de Gualfredo Strabo al venerable abad de Saint-Gall.

Más adelante, mientras caminaba por la ribera arenosa del Loira, Fredugis, que había ocupado el lugar de Alcuino, intentó evocar los pensamientos de su maestro sobre «los campos floridos rebosantes de hierbas curativas, donde los pájaros entonan a coro sus maitines alabando al Dios que los creó. Donde la fragancia de los huertos de manzanos penetra furtivamente en las clausuras. Como el recuerdo de tu voz, resonando entre las paredes».

Estas pequeñas voces en forzada cadencia revelaban, sin embargo, una nueva esperanza y una tranquilidad sin precedentes. Los muchachos que acudían en tropel a la escuela de Tours, en plena expansión; los libros que fluían del *scriptorium* en la nueva grafía, delicada y claramente legible, y pasaban por Reims y Reichenau, en cuyos monasterios se añadían miniaturas de figuras santas en un estilo más naturalista, camino de los campos de Bretaña y de las alturas de las Asturias donde hábiles artesanos empleaban la forja y las tenazas para dar forma a nuevas lámparas como las de los moros de Córdoba... esta tranquila laboriosidad, esta expresión de alegría, fue producto de la paz de aquellos breves años.

En su cámara de Orleans, donde alguien había pintado un mapa del mundo, el activo Teodulfo recordó a Rotaida, que una vez había llevado manzanas a su furioso padre y que ahora «brillaba con regio esplendor de joyas y metales preciosos». En Saint-Denis, en el camino a la lóbrega isla de París invadida por la maleza, Fardulfo, el antiguo lombardo, anunció que la hostería palaciega que había edificado en agradecimiento esperaba la llegada de Carlomagno. Allí tenía siempre preparada una

alcoba con damascos en el lecho, desde la que se divisaba el lejano Sena. El lugar le aguardaba, por si se decidía a visitarlo de nuevo durante el mes del Heno.

Un extranjero que llegó a Aquisgrán contempló aquellas tierras surcadas de ríos y las denominó «la floreciente Francia», pues le recordaron la ciudad florentina de Italia.

No hay confusión posible respecto a lo que indican tales voces. La tierra estaba en paz y, tanto para el joven Gualfredo como para el anónimo viajero, el aspecto de aquella tierra era obra de Carlomagno. ¿De quién, si no? ¿Qué provincia o diócesis de la cristiandad no le prestaba obediencia? «¿Cuándo, desde el principio del mundo, ha existido un monarca tan sabio y poderoso como él en las tierras hoy gobernadas por los francos?», preguntaba Dungal, el irlandés.

Estas voces expresan una clara percepción de que algo está sucediendo en torno a ellas. Aunque lo hagan movidos por la esperanza, los autores de tales comentarios perciben el final de los tiempos bárbaros mientras una gran comunidad cristiana se extiende hasta los puestos más avanzados de la Iglesia. Interiormente, el reino adquiere conciencia de sí mismo y se asienta sin más instrumento que la religión.

Pese a la afición de Einhardo por denominarlo «el renacimiento de Roma», son pocos más quienes consideran que tenga algo que ver con el Imperio Romano. Un par de voces se refieren en términos vagos a la edad de oro de Rómulo, a la fundación de ese otro imperio. Y, por supuesto, la palabra *Imperator* aparece en las monedas de nuevo peso y ley (como nuevos son los pesos y medidas para las balanzas). Pero la mayoría de quienes contemplan las pinturas que cubren las paredes de Reims y de Ingelheim, así como las páginas de las nuevas Biblias, evoca la figura del rey David, o la de Moisés conduciendo a su pueblo lejos del peligro de la travesía del mar Rojo.

Curiosa e insólitamente, se produjo una coincidencia de opiniones entre monjes que nunca abandonaban su clausura y guerreros veteranos de muchas guerras. Los viejos soldados recordaban cómo, después del derribo del Irminsul, la sed del ejército abrumado por la sequía se vio calmada gracias a una milagrosa lluvia torrencial. Y en las murallas de Fritzlar, ¿no aparecieron acaso dos guerreros desconocidos, vestidos de un blanco resplandeciente, en ayuda de las espadas cristianas? Los monjes habían identificado tales figuras como las de los santos Martín y Dionisio. Para rematar la historia, los soldados entonaron el romance de Sigiburgo, que contaba cómo en el círculo de escudos cristianos aparecieron dos corazas llameantes como puro fuego, que habían sembrado el temor entre los paganos y habían provocado su derrota.

Tales eran las *cantilénes* que los nietos de Keroldo escuchaban en los campamentos. La causa de tal intervención celestial, para los viejos soldados, sólo podía haber sido la presencia de Carlomagno. Aquella ocasión en que había caído del caballo y su lanza había volado a veinte pies de su mano, había marcado la muerte casi milagrosa de su enemigo Godofredo, el rey danés. La lanza volando de su mano

había sido una indicación de que no la necesitaría. Y, desde luego, aquel terrible suceso del doble eclipse en los cielos, del sol y de la luna, había marcado el momento de la muerte de sus dos hijos, Carlos y Pipino.

Así, aun en vida del emperador, empezaba a formarse en torno a él la semblanza de un segundo Carlomagno, el rey legendario. Y el Arnulfing se esmeró en estimular tal leyenda, que le ayudaba a controlar las tropas enviadas a tierras ávaras y a tranquilizar a los campesinos llenos de miedo a la peste. Con su gran estatura y la impresionante redondez de su cuerpo, cabalgaba a la cabeza de los deslumbrantes duques, señores y obispos, precedido por el estandarte de Jerusalén y seguido por el asombroso elefante. Se unía al coro de cantores en los altares y a los alegres bebedores en las tabernas. Esta combinación de poderosísimo monarca y hábil comediante siempre fue del gusto de las multitudes.

Sin embargo, Carlomagno no pudo prever las consecuencias de representar de aquel modo su papel como emperador.

Confinado en los últimos tiempos a su palacio de Aquisgrán, ya no llegaban a oídos del franco las canciones de los campamentos ni las historias milagrosas que se contaban en los refectorios monásticos. Debido a su pronunciada cojera, llevaba ahora un largo manto ribeteado de armiño y la vara de madera de manzano había sido sustituida por un bastón largo con empuñadura de marfil tallado, regalo de los cazadores de focas frisonas.

Desde su juventud, había permitido que le afeitaran con regularidad e incluso aguardaba a que el barbero le retocara las puntas de su bigote gris pero, ahora que sus cabellos se habían vuelto blancos como los del viejo Sturm, los dejó crecer por debajo de las orejas de modo que su melena parecía un casco refulgente, ceñida por la fina diadema de oro.

La mañana en la que iba a recibir la noticia del incendio, el monarca consiguió aparecer entre las cortinas de la antecámara con paso regular, venciendo el dolor que le atenazaba las articulaciones.

Saludó a Burcardo y a Einhardo, los cuales le informaron de que Arno había enviado a unos cristianos croatas a prestarle juramento de fidelidad, y le anunciaron que el conde palatino esperaba para presentarle la demanda de la familia sajona.

Los hombres de leyes dieron gran importancia a este pleito sobre el noble westfaliano asesinado. Este anciano, miembro de la nobleza sajona, había recibido el bautismo en tiempos de Widukindo pero, pese a su doble condición de cristiano y de noble portador de espada, había resultado muerto accidentalmente cuando Carlos, el hijo del rey, había arrasado el *pagus* westfaliano. A continuación, el hijo del sajón había renunciado a reclamar satisfacción por esta muerte, jurando fidelidad a Carlos. Hasta aquí, no había nada que objetar. Sin embargo, en el desorden de las últimas campañas en Sajonia, dicho hijo del muerto, hombre libre y vasallo de Carlos, había

sido enviado al exilio con su familia a causa del decreto que había trasplantado a tantos sajones a nuevas tierras en el reino franco. Ahora, los tres hijos del hombre, jóvenes de buena planta con derecho a portar armas, presentaban una reclamación para recuperar sus tierras ancestrales en Westfalia, en calidad de herederos del difunto abuelo que había sido propietario de ellas.

Siendo sajones, los tres apelaron a la ley sajona. Sin embargo, era preciso determinar si eran exiliados u hombres libres. En los archivos de Aquisgrán figuraban inscritos como exiliados, y la ley sajona establecía que «un noble desterrado sólo podrá recuperar sus propiedades con la aquiescencia del rey».

Los juristas habían tratado el caso en profundidad, sin llegar a una decisión. Entonces, a regañadientes, el conde palatino había respaldado la apelación de los herederos ante el monarca.

Carlomagno contempló a los tres muchachos sajones que aguardaban ante él muy erguidos, sonrojados de excitación y con un destello de expectación y de respetuoso temor en sus ojos azules. Dada su juventud, sólo le conocían como el gran rey que había expulsado de Westfalia a los incursores normandos. Aquellos tres jóvenes, pensó el emperador, serían excelentes soldados...

—Así lo ordenamos —proclamó a continuación—. Como leales servidores del trono, les corresponde heredar la propiedad.

Mientras tomaba nota en la tablilla, Burcardo murmuró entre dientes algo así como: «¡Y cuántos miles de sajones más!».

Al pasar junto a los muchachos, ahora rodilla en tierra ante él, Carlomagno no pudo evitar una mirada a sus rostros exultantes. Volvió entonces la vista a los croatas, hombres morenos vestidos con capas blancas de fieltro y brazaletes de plata. Estos le habían traído una tosca cruz procesional de plata y el emperador se alegró de que Burcardo hubiera seleccionado otros brazaletes de oro, más valiosos, como presente del rey a quienes les enviaban.

Después, continuó avanzando entre la multitud congregada hasta llegar a lo alto de la escalinata, pendiente del tintineo del reloj metálico que anunciaría la primera hora de la tarde, momento en que podría encabezar la marcha hacia el comedor y, después de saciar su hambre, podría despojarse del manto, el cinto y los zapatos y retirarse a dormir un par de horas, o incluso tres.

Entonces se presentó el mensajero del barco correo del Rin para anunciar que el incendio había destruido el gran puente de Maguncia, una magna obra construida para resistir los embates de las crecidas del río. Un grupo de juerguistas borrachos había dejado caer unas antorchas sobre las vigas de madera, en lugar de arrojarlas a las aguas, y en menos de tres horas todo el puente había ardido y se había derrumbado.

—Volveremos a levantarlo, esta vez en piedra —se limitó a comentar.

Sin embargo, durante la siesta de aquella tarde no logró conciliar el sueño pensando en cómo podría tender arcos de piedra entre los pilares, y en cómo haría para levantar tales pilares en medio de la corriente, pues la fuerza de las aguas era demasiado grande.

Una violenta tormenta de primavera había derribado la columnata cubierta que le protegía cuando acudía a la capilla, poniendo en evidencia que sus albañiles no eran capaces de construir en piedra con la firmeza de los romanos, que habían tendido los acueductos... ¿Cuánto tiempo les había llevado edificar la monumental Roma? Cuatro siglos, decía Einhardo, pero Carlomagno consideraba la respuesta un disparate que habría despertado el rechazo y las burlas de Alcuino. Aquellos jóvenes, educados en palacio, le contaban las palabras de los libros, no su significado. Aunque tales palabras estuvieran escritas en aquellas nuevas y claras minúsculas, no constituían nada más que pequeñas astillas preparadas para una hoguera. Era la propia mente la que tenía que coger las palabras e inflamarlas con el entendimiento, como si una llama prendiera en las astillas.

Pero, aunque surgiera el entendimiento y la mente se propusiera con determinación conseguir algo, ¿cómo podría lograrlo si no era por la voluntad de Dios Padre Todopoderoso?

Ningún hombre de leyes podía responder a eso. Y todo el mundo recurría a él: Burcardo esperaba su orden para sembrar el nuevo cereal llegado de África, Arno le enviaba a aquellos croatas... La columnata en ruinas, el puente derrumbado, las sepulturas de los muertos por la peste y las peticiones de sus miles de hijos... Todo esperaba a que él se ocupara de resolverlo.

Cuando se levantó tras la siesta, los pajes de la alcoba le vieron dirigirse cojeando hacia la escalera que conducía a la capilla, envuelto en su manto azul. Los criados llamaron aparte a Rotaida, lejos de las chismosas damas de la corte, para que ella le indicara al rey que era momento de ocupar el trono para escuchar los informes fiscales de los obispos turingios y la codificación de sus decisiones en temas jurídicos.

A aquella hora de la tarde, el fuego del cuerpo que los médicos llamaban fiebre atenazaba al monarca y confundía sus pensamientos. Carlomagno solía mirar entonces los rostros de los reunidos a su alrededor para recordar qué debía hacer a continuación. Burcardo le instó a que mandara llamar al único hijo superviviente de Hildegarda, pero Luis estaba en la Marca Hispánica con el ejército de Aquitania. El muchacho tenía sus propias responsabilidades en aquella frontera. Carlomagno, pues, ordenó retirarse a Burcardo y no mandó aviso a Luis para que acudiera a su presencia.

Allá, en el sur, la frontera marítima estaba en llamas. Las flotas sarracenas no habían respetado la tregua firmada en Córdoba y los musulmanes de Hispania se

habían aliado a sus hermanos de África; sus naves habían vuelto a arrasas Córcega y Cerdeña y habían efectuado desembarcos en tierras continentales, en Narbona y en la costa toscana. Las fortines de León no podían trasladarse de emplazamiento para enfrentarse a las embarcaciones incursoras. Carlomagno se agarró a una esperanza: una flota bizantina había sido avistada frente a Sicilia.

Si el otro emperador extendía su brazo desde Constantinopla para ayudarle en aquellas difíciles circunstancias, entre los dos podrían mantener seguras las costas, aun si se perdían las islas.

Carlomagno alimentó aquella esperanza. Su plan de organizar flotas poderosas había fracasado; su torpe escuadra de embarcaciones de madera verde había sido dispersada y vencida como si un vendaval se hubiera abatido sobre ella. Sentado ante la mesa de plata, estudió el plano de la gran ciudad de Constantino. En ella había grandes puertos y un arsenal, con los edificios llamados la Universidad, donde, según sus embajadores, los griegos elaboraban una llama imposible de apagar que denominaban «fuego del mar» porque ardía sobre las aguas. Aquel fuego griego podía destruir las embarcaciones enemigas.

¿Quiénes eran sus embajadores en Constantinopla? Hugo, el joven conde de Tours, y el obispo Amalhar. Hugo le informó fielmente de que el tratado de paz no podría firmarse porque el débil Miguel había sido desterrado por un militar más enérgico llamado «el Armenio». Nadie sabía con seguridad qué política seguiría aquel Armenio, salvo que no era partidario de las imágenes. Resultaba extraño que Irene, mujer intrigante, hubiera sido devota de las imágenes sagradas... Carlomagno aguardó el regreso de Amalhar con la esperanza de que trajera firmado el tratado de paz.

Desde la pérdida de Carlos y de Pipino, le abrumaba la inquietud. Sus manos siempre se habían apoyado en los recios hombros de aquellos dos hijos suyos y ahora tenía que sostenerse solo, utilizando su bastón de marfil como si fuera un nuevo tipo de cetro, y deambular con paso lento, al descubierto por el pasadizo en ruinas, en impaciente espera de noticias que aliviasen su abatimiento.

Contaba las semanas que faltaban para poder dejar el bastón y las ropas palaciegas, montar y salir de cacería. Cuando pudiera tomar el camino de las Ardenas con sus cazadores, el diablo de la fiebre le abandonaría y podría dormir hasta que el sol dibujara las ramas de los árboles en negras siluetas sobre la tienda de campaña que le cobijaría. Pero antes debería reunir la asamblea de los señores y trazar los planes para el año siguiente.

Aquel año, la asamblea se celebraría en Aquisgrán. Cuando se lo comunicó a Burcardo, el condestable asintió en silencio.

—Bernardo deberá viajar desde Pavía para asistir a la reunión. Adalardo puede esperar en Roma.

Su oficial asintió y le indicó con aire muy serio que el conde de la Marca Bretona no podría abandonar su puesto debido a la agitación reinante en aquel territorio. Y tampoco había que contar con los señores de las montañas vascas vecinos de los gascones, pues habían desertado de las huestes armadas de Aquitania.

Aquel comentario despertó viejos recuerdos en el anciano monarca. Treinta y cinco años atrás, Roldán era el guardián de la Marca Bretona y el ejército había sucumbido ante los vascos en Roncesvalles, aquel lugar que nadie mencionaba ahora.

—¿Dices que los vascos han desertado? —inquirió. Su tono áspero alertó al comandante de sus fuerzas armadas.

—Según los informes, mi señor, han abandonado el estandarte del rey Luis y han desaparecido en sus montañas.

—¿Adonde... adonde lleva Luis su estandarte?

—Hacia Huesca, cerca del Ebro.

Carlomagno ya conocía la respuesta. Sólo quería oír la confirmación de boca de su consejero. Huesca, ciudad próxima a Zaragoza, se había rebelado contra su autoridad.

Su memoria evocó las rojizas alturas de Hispania contra el pálido azul del firmamento y volvió a experimentar el calor del sol, sofocante desde el amanecer, de aquella tierra traicionera, llena de peligros ocultos. Recordó también la imprudencia de Luis, la ciega confianza del muchacho en la protección del Señor. Los vascos habían desaparecido en sus montañas. De nuevo, rebuscó en su memoria las palabras de advertencia de su gran guerrero, Guillermo de Toulouse. Las villas desiertas en la ruta eran una señal de peligro, pues indicaban que los pastores habían dispersado sus rebaños.

Aquellos recuerdos le llenaron de malos presagios. Sólo le quedaba un hijo y toda la tarea que había desarrollado a lo largo de su vida dependía ahora de la supervivencia de Luis, el heredero. Las llamas de unas antorchas habían destruido su puente sobre el Rin, tan sólido y resistente. ¡Cuánto más frágil era el gobierno de una docena de pueblos distintos!

—Señor condestable —añadió entonces en tono ceremonioso—, transmitid de inmediato a mi hijo, Luis, mi voluntad y mi orden de que regrese a toda prisa de la Marca del Ebro, con su estandarte y sus levadas armadas.

Mentalmente, recorrió de nuevo el valle del Ebro y ascendió hacia los dos pasos, uno peligroso y otro seguro. Burcardo, sorprendido y atento, esperó a que terminara de hablar.

—También es mi voluntad que utilice para su regreso la ruta de la ciudad de Urgel y el paso de la Perche hasta su ciudad de Toulouse, y luego siga camino hacia aquí para llegar a tiempo a la asamblea.

—Por Urgel y el paso de... la Perche —murmuró Burcardo, quien tenía la

costumbre de repetir las órdenes que recibía. Luego, curioso, contempló al anciano rey, que parecía abstraído en sus meditaciones, preguntándose si querría añadir algo más.

Tras mucho darle vueltas al anillo del sello que lucía en uno de sus gruesos dedos, Carlomagno despertó de sus reflexiones. La asamblea del año sería festiva, anunció en voz baja, y los señores del reino, tanto legos como eclesiásticos, no acudirían para emprender una campaña sino para rendir fidelidad como emperador a Luis, su hijo. Había llegado el momento de que éste recibiera la corona. (Nada dijo Carlomagno de convocar al papa León para que se la impusiera). Que el senescal dispusiera lo necesario para atender a gran número de personalidades.

—Pues nos han llegado gozosas noticias por tierra y por mar —informó a sus paladines—. Nunca han estado nuestra tierra y nuestro pueblo más bendecidos por las gracias del Señor. Es oportuno que en este tiempo de paz y de gloria, Dios mediante, mi hijo adquiera el título de emperador, para que lo comparta conmigo hasta que lo sea en solitario a mi muerte.

Tan conveniente pareció su previsión que los paladines expresaron al instante su alivio y su contento. Einhardo informó a los médicos y éstos se alegraron de que el enfermo monarca llamara a su lado por fin a su hijo, fuerte y sano.

Esa noche, a solas en su alcoba, Carlomagno echó cuentas de las semanas que se preparaban y calculó que Luis emprendería el viaje a principios del mes del Heno. La coronación se celebraría, pues, por la Segunda Cosecha; luego, en torno a la luna del mes de la Vendimia, podría convocar a sus cazadores y tomar el camino de las Ardenas.

La leyenda creció durante aquel verano. Allí donde las comitivas de los nobles llenaban los caminos reales, tenían lugar celebraciones. Las columnas de encapuchados procedentes de los monasterios descendían de los montes y colinas cantando plegarias por los dos emperadores. Desde Orleans, donde se le unió Teodulfo, hasta la villa de Theodo, el pueblo celebró con actos religiosos el paso de Luis con lo más granado de su reino. Sin embargo, cuando las multitudes le aclamaban, gritaban también en honor del poderoso Carlomagno, reinante en su gloriosa ciudad.

Era un viaje afortunado, comentaban los señores de Provenza, pues habían cruzado los Pirineos sanos y salvos a pesar de la trampa que les habían tendido, «como acostumbra a hacer», los traicioneros vascos.

Aunque corto de estatura como su abuelo, Luis daba una estampa gallarda, ancho de hombros y muy erguido, y mostraba un gran fervor cuando rezaba en los santuarios. «El Honorable», le llamaba el pueblo por su donosura y su religiosidad.

La multitud llenaba el valle del Würm y en las colinas lejanas se alzaban numerosos pabellones, pues Carlomagno había convocado a todos los obispos y

abades, a quienes tuvo durante semanas reunidos en concilio «para que decidieran entre ellos todos los asuntos para el bien del imperio». En el atril de lectura situado ante Hildebaldo —quien había llegado de la Colonia para convertirse en archicapellán de Aquisgrán—, reposaba la gran Biblia obra de Alcuino.

Largo tiempo discutieron estos señores de las iglesias sobre las nuevas leyes, los diezmos y los beneficios, mientras Carlomagno esperaba en su silla de campo junto a la iglesia de Santa María, apoyado en el bastón. Cuando los religiosos salieron a su encuentro con sus opiniones, la aguda voz del emperador les exhortó a intentar mayores empresas, —Habéis enumerado los vicios de éste, mi pueblo; ahora, exponed las buenas obras que habéis hecho vosotros [...]. No existe dignidad si no es en mérito de las obras [...]. Decís que hay paz y concordia; mostradme los acuerdos de paz que habéis alcanzado con mis condes, que os acusan de pendencieros [...]. Porque, después del emperador, el deber de gobernar al pueblo de Dios recae entre vosotros y esos condes.

Pero no resultó fácil que aquellos señores de iglesias y monasterios alcanzaran acuerdos satisfactorios para su emperador. Los rumores sobre sus discusiones llegaron hasta los campesinos y los peregrinos en las oraciones vespertinas.

Algunos de los visitantes advirtieron cómo los mendigos mostraban sus llagas en los pórticos de palacio y cómo los vagabundos acechaban en las esquinas para rajar las bolsas. Con las carretas de los comerciantes de Pavía y de Passau llegaban prostitutas que, engalanadas con cintas y plumas de faisán, deambulaban por los patios con los ojos pendientes del paso de una capa de armiño o del destello de una mano enjoyada. Por un sólido de plata o una promesa susurrada de media hora de lujuria, los guardianes de las puertas dejaban entrar a las mujeres. En los pasillos, los sirvientes aceptaban dinero de sus manos y, entre risas disimuladas, cuchicheaban que las aves de más fino plumaje tenían su nido en el piso superior, en las cámaras reales, y les cobraban un precio más alto.

Bernardo, el joven rey, llegó de Italia con sus cuatro hermanas adolescentes y no supo dónde alojarlas porque los aposentos de las mujeres parecían, por su cháchara y sus olores, un burdel. Carlomagno alojó a las muchachas, sus nietas, entre las hijas de sus concubinas. A veces no lograba recordar el nombre de las pequeñas. Junto a la encantadora Rotaída, reinaba en aquel gallinero Adelinda, la belleza sajona, por ser la madre de Thierry, un chiquillo de siete años que era el último hijo varón del emperador.

El viejo monarca murmuró a Bernardo que su hijo entronizado y su nieto debían ocuparse de alimentar y atender a toda aquella tierna prole.

Cuando llegó Luis el Piadoso (Ludovico Pío), contempló con desdén a aquellas mujeres emperejiladas recordando a la devota Hildegarda, su madre, y decidió ocupar otra residencia junto con Hildebaldo, cosa que su padre permitió.

Carlomagno recibió a su hijo con lágrimas de alegría pues para entonces, a consecuencia de su debilidad, lloraba y reía con facilidad. Inquieto, su mirada recorrió los rostros que aparecían tras Luis y reconoció con alivio a Bera, el visigodo. En cambio, Sancho el Lobo, héroe de los vascos, no estaba en el cortejo real; Rostán de la Girona, que había portado el estandarte, no había acudido.

Así pues, los desleales habían desertado del lado de su hijo. Luis, gozoso de contemplar la cúpula dorada de la capilla, apenas mostró inquietud por ello. Sin embargo, para Carlomagno, la lealtad era el primer eslabón de la cadena que unía a los pueblos cristianos. Sin lealtad, no podía haber honradez ni buena voluntad. ¿Cuántos eslabones eran precisos para hacer fuerte la cadena? La abundancia de las cosechas, unida a una moneda fiable, llevaba hasta el eslabón clave de las fuerzas armadas, tanto terrestres como marítimas. Este eslabón clave era el que nunca había sido capaz de forjar, pese a haberlo templado con la sangre de sus campeones, de Roldán y Erico, de Geroldo y Audulfo.

Ahora, sentado en su trono frente a las ventanas que daban al oeste, recibía a sus vasallos reunidos en el gran salón. Cuando escuchó comentarios sobre malas noticias procedentes de la costa de Campania, habló a sus leales de la paz definitiva que había alcanzado, por mediación de Adalardo, con los últimos lombardos, los beneventinos. El peligro de las flotas sarracenas había unido en alianza a griegos, lombardos y francos para hacerles frente. Cuando el conde de la Marca del Este informó de la presión de los eslavos, el emperador replicó que Hohbuki había sido reconquistada. Si se había perdido Huesca, los castillos que guardaban los Pirineos seguían sin novedad gracias a los méritos del rey Luis y a la providencia del Señor.

Todos los días observaba los rostros de quienes acudían ante él, buscando el del obispo Amalhar, que volvía de Constantinopla. Si Amalhar llegaba a tiempo de depositar en sus manos el tratado de paz firmado por el otro emperador, la coronación de Luis se produciría con los mejores augurios.

Al amanecer del día de la ceremonia, Amalhar no había llegado aún. Carlomagno salió de su alcoba cojeando y, con un suspiro de alivio, dejó caer su abultado peso en el banco para ser afeitado y peinado.

Sobre las colinas, el cielo parecía despejado. Señalándolo, comentó:

—Buena señal. ¿Acaso no están terminando las tormentas de la guerra y del hambre? Nunca ha amanecido un día con más expectativa de paz y de caridad.

Luego, notando la caricia del filo de la cuchilla en la mandíbula y del peine de marfil en la cabeza, se quedó adormilado. La enfermedad le había quitado las pocas reservas de energía que le quedaban a sus setenta y un años. Se había convertido en una máscara, en un patético trasunto de majestad. Paso a paso, cumplía a duras penas el ritual de gobernar, sostenido por un reflejo de su voluntad. Ya era incapaz de distinguir con claridad su prole de nietos, los pequeños de su familia, del imperio que

había creado. Las necesidades de Thierry, el larguirucho bastardo, se confundían en su mente con la necesidad de la llegada de Amalhar...

Ya avanzada la mañana de aquel 11 de septiembre de 813, hizo su entrada en la nave de su iglesia mientras el coro entonaba «La Cruz de los fieles...». Un paso detrás de otro, avanzó entre las oscuras columnas hacia las mil y una luces del altar. Apoyado en el recio hombro de su hijo, no hizo uso del bastón. Su cabeza lucía la corona imperial y sobre el pecho llevaba el emblema real, colgado de una pesada cadena de oro. A su entender, llevaba la indumentaria más parecida a la de los antiguos emperadores.

Contemplado de esta manera por los clérigos situados a ambos lados y por la nobleza que ocupaba la galería, Carlomagno sobresalía entre todos ellos en majestuosidad. Cuando se arrodilló a orar, cuando se incorporó para dirigirse al altar, donde descansaba la otra corona, dio a todos una impresión de vivida esperanza y energía. Cuando se refirió a Luis como hijo fiel y servidor leal del Señor, todos derramaron lágrimas de alegría. Cuando preguntó a los presentes si estaban de acuerdo con su decisión de otorgar la corona del imperio a su hijo, el rey de Aquitania, todos respondieron con una sola voz que así debía hacerse «por la voluntad de Dios y por el interés del imperio».

Sólo en un instante de la ceremonia, cuando se volvió hacia su hijo y le interrogó sobre su voluntad de asumir las tareas de gobernante, su voz pareció divagar inesperadamente. Después de exigirle la protección de todas las iglesias y la caridad para todos los que sufrieran penalidades, Carlomagno añadió: «Y sé siempre generoso con tus hermanas, tus sobrinos y tus nietos, así como con todos los demás que llevan tu sangre».

Nuevamente, pidió a su hijo que jurara cumplirlo así y Luis hizo pública promesa de ello. A continuación, Carlomagno colocó la corona sobre la cabeza de su hijo y proclamó:

—Bendito sea el Señor, que ha concedido a mis ojos contemplar en este día a un hijo mío en mi trono.

—¡Larga vida a Luis, emperador y augusto! —exclamó la multitud.

Hildebaldo se encaminó entonces al altar para celebrar la misa y el coro entonó «Venid, Espíritu Santo...».

Para los testigos de aquel momento, Carlomagno estaba investido de algo más que majestad. Allí, en pie junto al altar, les hablaba como un apóstol de un tiempo pasado lleno de milagros. A continuación, el joven Bernardo se adelantó hasta el estrado para ser consagrado rey de los lombardos.

Por la tarde, toda la ciudad celebró con alegría un gran festejo. Durante los días siguientes, los señores del reino juraron fidelidad a Luis, su coemperador, y Carlomagno colmó a su hijo de los más ricos regalos. Nadie, salvo Burcardo y el

propio Carlomagno, recordó que Amalhar no había regresado de Constantinopla.

Sin embargo, para sorpresa general, Carlomagno no tardó en instar a su hijo a regresar a Aquitania, donde le esperaban sus obligaciones. «Para que el señor emperador —explica un cronista— pudiera seguir ostentando su título con el honor habitual».

Los médicos y Einhardo reaccionaron a ello con profunda inquietud, pues el padre enfermo necesitaba a su lado la fuerza del hijo. Además, el lugar de un emperador del reino no era una región lejana como la Aquitania. No obstante, Carlomagno no pareció tomar en consideración la posibilidad de que otra persona pudiera compartir su autoridad en Aquisgrán. Obediente, Luis partió hacia tierras aquitanas dejando tras él un gran interrogante.

Se acercaba la luna llena del mes de la Vendimia, alzándose sobre la barrera de los pinos e iluminando la abarrotada ciudad y la cinta de plata del río. De noche, llegaba del bosque el aliento frío del otoño. Carlomagno seguía contando los días que faltaban para poder cabalgar de nuevo por la espesura.

Con la luna llena, Aquisgrán recuperó su aspecto habitual. Los pabellones desaparecieron de las colinas y, después de la puesta de sol, pocas luces permanecían encendidas. En el bosque, brillantes chispas rojas indicaban dónde se quemaba la maleza. El ganado era llevado a los campos rebosantes de grano para una segunda siega.

Carlomagno convocó por fin a sus cuatro cazadores y ordenó que prepararan monturas y mastines. Todo estaba dispuesto. Los médicos le rogaron que no se expusiera al frío y él respondió que no viajaría a las sombrías Ardenas, sino a sus cotos privados próximos a Aquisgrán. Indicó a Burcardo las cosas que debían hacerse y luego, despertando en plena noche, deambuló a tientas por el palacio hasta las velas que ardían en las salas del vestuario y del tesoro, donde permaneció un rato contemplando los arcones sellados. Tras esto, buscó a Rotaída en la estancia donde ésta dormía, aparte de las demás mujeres, y le pidió que se ocupara del pequeño Thierry, nacido como él fuera del matrimonio.

Antes del alba, se presentó ante su puerta privada de la iglesia de Santa María, sin vestir ni afeitarse. Llevaba puesta la zamarra de piel de oveja y el manto azul y se sentía cómodo y tranquilo. Cuando hubo terminado las oraciones, contempló los vasos del altar y las lámparas que había ordenado mantener encendidas. Después, salió a reunirse con los cazadores.

«Partió de caza como solía hacer —escribió Einhardo—, aunque débil por la edad. Regresó de la batida por las cercanías de Aix-la-Chapelle hacia el primer día de noviembre. Luego, en enero, fue presa de una fiebre alta y guardó cama, recetándose él mismo un ayuno, como solía hacer cuando le subía la fiebre. Sin embargo, experimentó un dolor en el costado que los griegos llaman pleuresía, a pesar de lo

cual continuó el ayuno, sin tomar otra cosa que bebidas esporádicas para mantener las fuerzas. El séptimo día después de caer en cama, murió a la hora tercia de la mañana, tras recibir la santa comunión, a los setenta y dos años de edad».

Carlomagno murió en enero de 814. Pocos días después del óbito, llegó de Constantinopla Amalhar, el obispo embajador, quien traía firmado el tratado de paz entre los dos imperios. Sin embargo, Carlomagno ya no estaba allí para hacerlo cumplir y para intentar unir las dos mitades hasta entonces separadas del mundo cristiano.

Desde el primer día, se produjo una situación insólita en torno a la muerte del monarca que había dominado las vidas de tantas personas a lo largo de casi cuarenta y seis años. Luis, ausente en el sur, no podía tomar las decisiones pertinentes y Carlomagno no se había preocupado de indicar a sus oficiales de palacio dónde deseaba ser enterrado. Los paladines se reunieron en consulta y decidieron dar sepultura al monarca al día siguiente, junto con todos los emblemas regios, en un sarcófago de mármol bajo el altar de su basílica de Aquisgrán, la ciudad que había fundado. Después, además, en la comitiva fúnebre de palacio sólo hicieron acto de presencia los niños y jóvenes de la estirpe real, conducidos por Rotaída.

Inquieto ante el improvisado entierro, el pueblo de Aquisgrán se apresuró a recordar los portentos de los últimos tiempos: el temblor de tierra que había derribado poco antes la columnata de Carlomagno y el rayo que había caído en la cúpula de la iglesia de Santa María y había derribado la esfera dorada.

En la propia capilla, la gente señaló a Einhardo el cambio misterioso que había experimentado la inscripción que se leía en la cornisa que remataba los pilares. En aquellas dos palabras *Karolus Princeps*, el color rojo de la inicial de la primera se había difuminado hasta hacerse casi indistinguible. Y entonces evocó el propio Einhardo cómo, en el año del eclipse de sol, una luz flameante había cruzado el cielo para arrebatarse de la mano del emperador la lanza que portaba, presagiando con ello el cercano fin de su mandato.

Tales portentos sólo podían significar que la tierra de los francos estaba bajo la mano del Señor. ¿Qué sucedería ahora, si no era algún cambio en su mundo? Por eso, al pesar general por su pérdida se unió el temor a qué sería de ellos, privados de la protección de Carlomagno. En las villas del reino se desataron rumores tranquilizadores respecto a que el gran monarca no había muerto de verdad, sino que dormía en su tumba para despertar otra vez si se presentaba alguna calamidad, pero ello no impidió que gran número de hombres y mujeres, presa del miedo, abandonara sus hogares para buscar la seguridad de los monasterios (un comportamiento que, de estar vivo el emperador, habría provocado una furiosa diatriba de éste).

Cuando Luis llegó por fin a Aquitania, el joven emperador demostró ser un hombre metódico y fanáticamente devoto. Con gran escrupulosidad, llevó a cabo

todas las directrices de su padre respecto al reparto del tesoro palaciego. Al mismo tiempo, nombró a cuatro árbitros para que expulsaran de las estancias de palacio al corro de mujeres privilegiadas y demás gorriones. Mendigos y porteros ávidos de sobornos fueron apartados de las puertas de palacio, al tiempo que se proscribía a los prestidigitadores y los osos bailarines, tachándoles de criaturas del Diablo.

Luis ordenó que se levantara un arco de oro sobre la tumba, con la siguiente leyenda:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE CARLOS,
GRANDE Y DEVOTO EMPERADOR,
QUE ENSANCHÓ CON NOBLEZA
EL REINO DE LOS FRANCO

Muy pronto, sin embargo, se produjo un cambio. Luis, Ludovico Pío, se propuso ser un emperador devoto, heredero de los emperadores romanos. Gobernando con benevolente tolerancia, celebró espléndidas asambleas e hizo uso del título de Emperador Augusto que su padre había evitado utilizar. En el palacio de Ingelheim, ordenó pintar murales que mostraran las victorias de Carlos Martel, la fundación de las ciudades de Roma y Constantinopla y la coronación de su padre.

El nuevo emperador emprendió con celo la tarea de ocuparse de las iglesias, pero no salió a recorrer los caminos de sus provincias ni a inspeccionar las costas del reino. La gran mayoría de sus súbditos sólo le conocían de nombre y se vieron obligados a buscar la clemencia y la ayuda de sus señores locales. Privados de la magia del nombre de Carlomagno, su lealtad se volvió más y más hacia los condes y los duques. Y éstos también se hicieron cada vez más independientes del emperador recluido en Aquisgrán.

En cuanto a la familia, Luis protegió con esmero a la joven prole de bastardos de su padre, muchos de los cuales destacarían más adelante, como el cronista Nitardo o como Thierry, celebrado abad. Sin embargo, en Italia, Bernardo —testarudo como su abuelo a su edad— se rebeló contra su tío, el emperador. Teodulfo, aquel hombre de gran imaginación, se unió a la rebelión, que fue ahogada en sangre.

Carente de fuerzas para controlar los cambios continuos en sus dominios, Ludovico Pío siguió el ejemplo de sus antepasados dividiéndolos entre sus tres hijos. En su caso, éstos le sobrevivieron y la muerte de Luis marcó el inicio de su lucha por hacerse con el mando supremo. Un poeta describió así la batalla que libraron en Fontenoy, en 841:

Suena el grito de guerra
y estalla en el campo la lucha feroz,
en la que un hermano abate a otro hermano [...]
olvidado su antiguo afecto.

Luis había sido un gran devoto, pero la religión por sí sola no podía mantener unido aquel naciente *imperium* de cristianos, impulsado por las personalidades de Carlos Martel y Pipino el Breve y moldeado y ampliado por Carlomagno. Desaparecido éste, carente de base racial y de instituciones duraderas, el imperio dejó de existir.

Curiosamente, Luis fue el primero en utilizar el título de emperador romano y lo hizo cuando el imperio occidental estaba agonizando y empezaba en Europa la era caótica del feudalismo. De pronto, el Rin dejó de ser una poderosa arteria de comunicaciones y se convirtió en una barrera fortificada entre los pueblos de lenguas germánicas, al norte y al este, y los pueblos de lenguas romances de la Franconia occidental y la Aquitania (es decir, entre las futuras Alemania y Francia). El pasillo de comunicaciones de Carlomagno, que iba desde los Países Bajos hasta Italia cruzando los Alpes, desapareció en el caleidoscopio de enclaves feudales —salvo una vaga y simbólica «Lotharingia»— y las llanuras de Lombardía volvieron a ser un camino de conquista, con ciudades aisladas —fortificadas con murallas más altas y gobernadas por sus propios duques palaciegos y por los gremios de la plaza del mercado— que se convertirían con el tiempo en Milán, Florencia y Ferrara. Por su parte, los venecianos de la isla de Rialto buscaron su futuro en el mar.

En todas partes, con el resquebrajamiento del *imperium* de Carlomagno, los vasallos feudales se aferraron a sus señores, y las abadías a sus prebendas. Poco después, empezaban a desafiar la autoridad central de los reyes. La Roma papal, carente de una fuerza armada como la de un Pipino o un Carlomagno a la que pudiera llamar en su auxilio, se hundía en una nueva debilidad. Algunos fragmentos de las zonas fronterizas carolingias darían lugar a nuevas comunidades en el norte cristiano de Hispania y a lo largo del Danubio, donde Austria tomaría forma a partir de la Marca del Este. Sin embargo, aunque la breve dinastía carolingia declinó y el naciente imperio murió, hubo algo que sobrevivió, inadvertido y casi clandestino.

El renacimiento carolingio continuó. Pese al hundimiento de los gobiernos, pese a las guerras, una frágil herencia de conocimientos y esperanzas se mantuvo viva. La escuela de Carlomagno, la comunidad de mentes de Alcuino, las cancioncillas de Angilberto, los tribunales abiertos de Teodulfo y las iglesias de sólidos muros fueron los esfuerzos pioneros de una recuperación más amplia. La capilla de Aquisgrán, el palacio de Ingelheim o la comunidad de Saint-Denis tuvieron otros pequeños destellos de esplendor. La línea vital de comunicaciones entre las iglesias de Carlomagno, desde Bremen a Tortosa, no se interrumpió por completo.

Los grandes cantos gregorianos, los sacramentarios y breviarios, la nueva Biblia de Alcuino, se transmitieron en el silencio de los monasterios. La copia de libros en la clara escritura carolingia continuó. Los versos de Virgilio y la visión de san Agustín llegaron a mayor número de mentes ignorantes, pasaron de abadías y palacios a las

escuelas parroquiales. Escaparon a la destrucción de las invasiones bárbaras porque no podían ser saqueadas o pasadas a fuego. Huyeron con los monjes a las montañas, a Reichenau y al lago de Constanza, donde los artistas perfeccionaron su habilidad en la iluminación de los textos.

La escritura carolingia penetró en Italia hasta Montecassino. En la Inglaterra anglosajona, Alfredo el Grande, un rey de Wessex que también luchaba por mantener viva la cultura mediante la copia de libros, mandó a buscar en tierras francas instructores como Juan el Sajón.

Para entonces, el recuerdo del Carlomagno de carne y hueso había quedado oscurecido. Hizo su última aparición en muchos siglos cuando Einhardo, el enano, se retiró al monasterio benedictino que había enriquecido con reliquias traídas de Roma en sus viajes. Allí escribió Einhardo el afectuoso retrato de su gran rey y compañero, el *Vita Karoli*. Sin embargo, a este retrato humano, el enano añadió toques nostálgicos, así como algunos atributos de su otro héroe favorito, César Augusto. Para entonces, transcurrida una década desde su muerte, el Carlomagno real empezó a asumir el aspecto físico del monarca de la leyenda.

El recuerdo de su afición a las mujeres no se desvaneció sin dejar rastros. Un monje anónimo escribió una *Visión de Carlomagno* en la que relataba cómo el poderoso franco había llevado a una santa virgen, una tal Amalberga, a su palacio y apuntaba que, a consecuencia de ello, sufría ahora los tormentos del purgatorio. Sin embargo, ésta fue una voz solitaria que se perdió pronto en el coro de *cantilénes*, relatos populares y nuevas redacciones monásticas de la vida y las hazañas del hijo de Pipino el Breve.

Pues, por alguna alquimia de la imaginación humana, Carlomagno se convirtió en héroe, no ya de las crónicas de corte o de las leyendas de sus propios francos, sino de cualquiera que escribiera, narrara o cantara entre las nuevas calamidades que se abatieron sobre la Europa occidental. De este manera, se convirtió finalmente en el monarca heroico de toda la humanidad.

Poco después de Einhardo, el estudiante poeta Gualfredo Strabo escribió un prefacio a la *Vita Karoli* de aquél. Aunque Gualfredo parecía al corriente de los hechos reales en torno al difunto rey, su «muy glorioso emperador Carlos» ya mostraba rasgos del extraordinario monarca de una era dorada. «[...] Más que ningún otro rey mostró interés en hacer buscar hombres sabios [...]. Transformó su reino, que estaba a oscuras y ciego —si se me permite utilizar tal expresión— cuando Dios lo puso en sus manos, en un lugar radiante con el esplendor de una nueva erudición, desconocida hasta entonces en nuestra sociedad bárbara. Pero ahora, una vez más, los hombres vuelven su atención a otros intereses y la luz del saber, menos apreciada, agoniza en la mayoría de ellos».

Quizá no resulte sorprendente que las hazañas de Carlomagno se exagerasen de

esta manera; pero, por cierto, es extraordinario que, en la leyenda, pasara a ser lo que no había sido jamás en vida.

El arnulfo de carne y hueso había sido un hombre bastante alto y extraordinariamente fuerte, sobre todo en determinación, así como muy perspicaz en su juicio de las personas. Al cabo de tres generaciones su fantasma, el Carlomagno de las leyendas, había cambiado de aspecto físico. Para entonces, sacaba una cabeza a cualquier hombre y la simple mirada de sus ojos penetrantes causaba el terror en los paganos y en los enemigos. También había mudado su vieja indumentaria franca por las galas imperiales y ceñía su frente con una corona cuando salía de caza. Cuando se encolerizaba, reducía a todos los presentes a un silencio tembloroso. Y, en su camino de vuelta al malhadado paso de Roncesvalles, su figura mítica ordena al sol que se detenga en el cielo para prolongar el día.

En vida, el corpulento franco no había sido una figura dotada de majestuosa dignidad. Su sosias legendario se convirtió en un ser mayestático, omnisciente y todopoderoso. Una larga barba añadía dignidad a este *aureus Karolus*, a este Carlos de oro. Naturalmente, el cuerpo contenido en la tumba de Aquisgrán se adecuó a la leyenda. Allí, Carlomagno dormía su largo sueño sentado muy erguido, con un gran tomo de los Evangelios sobre las rodillas y el rostro vuelto hacia la puerta de la iglesia. Dado que no estaba muerto, su barba florida continuaba creciendo, incluso entre las rendijas de las losas.

Por esa época (885), el notable monje de Saint-Gall escribió su *Gesta Karoli*, «Gestas de Carlos», para describir con su «boca balbuceante y desdentada» los grandes acontecimientos del «imperio dorado del ilustre Carlos». Después de escuchar los ecos de las *cantilénes* de viejos soldados, el buen monje aporta un giro realista a muchas de sus anécdotas sobre la figura tangible, terrenal, del «sagacísimo rey Carlos». Sin embargo, para entonces, el gran monarca ya se ha convertido para todos, incluso para el cronista, en un «Carlos de hierro» cuyo pueblo, «más duro que el hierro también, rendía honor universal a la férrea firmeza de su señor».

De este modo, en la memoria del monje, un invencible Carlomagno gobernaba sobre un pueblo belicoso a lo largo de una época dorada de paz y seguridad. Esta figura mítica significa una asombrosa metamorfosis de aquel franco, que no había sido un líder en el campo de batalla pero que había conducido a un pueblo poco combativo a sucesivas campañas a lo largo de casi cuatro décadas.

De esta transformación tuvieron la culpa las invasiones. Carlomagno apenas llevaba una decena de años en la tumba cuando los normandos empezaron a realizar incursiones a lo largo de las fronteras marítimas. Remontando las aguas del Rin, del Sena y del Loira, sus flotas avanzaron hasta devastar las ciudades, pues ya no había ningún ejército que pudiera rechazarlas. Ya en 845, un nieto de Carlomagno fue testigo impotente, junto a sus señores y las levas —que se negaron a atacar a tan

formidables invasores—, de cómo los nórdicos se llevaban de las poblaciones del Sena a más de mil cien cautivos.

Un segundo Godofredo remontó el Loira con sus largas naves para saquear e incendiar Tours. La Orleans de Teodulfo cayó ante un ejército llegado por mar. En Saint-Denis, los invasores profanaron las tumbas de los arnulfingos para apoderarse de los objetos de valor que adornaban los cuerpos. Luego, ascendiendo el curso del Mosa, llegaron a Aquisgrán, donde quemaron la iglesia de Santa María. Entre incursión e incursión, los grupos de feroces bárbaros montaron campamentos de invierno a lo largo de las costas.

Mientras los triunfantes normandos daneses se aventuraban hasta la misma Hispania, las flotas musulmanas de Al Andalus y del norte de África se adueñaron del Mediterráneo occidental. Desde sus bases insulares, los agresivos sarracenos (abasidas aliados con omeyas) capturaron el puente de tierras hasta Italia. Después de apoderarse de Malta, se concentraron a lo largo de la costa siciliana próxima a Palermo, conquistaron una cabeza de playa junto a Salerno y penetraron hasta el Adriático y, por la costa del Tirreno, hasta Roma.

Aunque era el fervor religioso lo que impulsaba a los musulmanes a atacar, los almirantes árabes demostraron una gran habilidad táctica en el uso de sus organizadas flotas. En 837, frente a Sicilia, una de éstas replicó al «fuego griego» de una escuadra bizantina con unos novedosos lanzadores de nafta inflamada. Muy pronto, los sarracenos consiguieron su objetivo, que era expulsar a la marina bizantina de las rutas mediterráneas.

En Roma, otro León construyó una muralla defensiva desesperada en torno a San Pedro. Remontando el Volturno, los jinetes árabes avanzaron hasta la altura rocosa de Montecassino, sin apenas oposición. Los diseminados reyes carolingios carecían de naves y los papas, de ejército; Benevento sólo buscaba defenderse y las naves de guerra venecianas casi no actuaron debido a que su puerto de Rialto seguía a salvo; por último, la flota bizantina se limitó a luchar por mantener abiertos los canales comerciales.

La propia Constantinopla, en lugar de unir sus fuerzas a las del Occidente cristiano, se retiró de nuevo al aislamiento. Flotillas de escandinavos llegadas de los ríos asaltaron la ciudad reina mientras los poderosos búlgaros conseguían el dominio de las tierras balcánicas y de la costa dálmata.

Más allá de los búlgaros, un peligro aún mayor surgió de «la gran llanura del Este». Salvajes magiares siguieron el Danubio hasta los valles bávaros; sus jinetes irrumpieron en la Marca del Este de Carlomagno, rodeando las islas venecianas, hasta separar irremediabilmente la devastada Aquisgrán de la cercada Constantinopla. El comercio del mundo exterior dejó de llegar a los restos del reino franco, cuyo pueblo se veía empujado tierra adentro, a los territorios que ocupaba antes del ascenso de los

primeros arnulfingos.

De nuevo, los francos supervivientes se vieron abandonados a sus propios recursos. Se inició una tremenda migración que les llevó lejos de las costas, de las rutas fluviales y de los valles fértiles, hacia la seguridad de las montañas. Los fugitivos se volvieron rumbo al este, vadeando el Rin con sus rebaños para protegerlos en los bosques sajones, y buscaron refugio en los castillos de los señores locales, poderosos y combativos. De nuevo, quedaron aislados de los puertos marítimos.

Se extendió la inactividad. Salvo en el norte de Italia (la antigua Lombardía), la vida urbana cesó. Se dice que en Roma, entre los años 870 y 1000, no se construyó ningún edificio nuevo ni se reparó ninguno antiguo. La isla de París fue sitiada y saqueada por los metódicos y combativos normandos.

Ya no existía ninguna fuerza que protegiera al pueblo cristiano. Las congregaciones supervivientes sólo esperaban ya la salvación después de la muerte. En aquel estado de desesperación generalizada, parecía como si todo el mundo conocido estuviera encaminándose a su final en el ya cercano año 1000 del Señor...

Pero el recuerdo de Carlomagno se mantuvo vivo a lo largo de aquella desintegración social, de aquel paréntesis en el pensamiento. Se mantuvo, y cambió. La imagen del «rey despreocupado» que nunca cedía a la desesperación se convirtió en la del señor de la cristiandad, el sire de la *chrétienté*, que preservaba a su pueblo. En comparación, la era de Carlomagno se veía como una luminosa época de paz. Más aún, por una suerte de transmutación de la añoranza, el nombre de Carlomagno se convirtió en la esperanza de los diversos pueblos cristianos. En la misma medida en que aumentaban sus padecimientos, creció la añoranza de su esperanza perdida.

A finales del siglo IX, sucedió algo muy inusual con el recuerdo de Carlomagno. Debido a la devastación causada por las disputas civiles y por las invasiones bárbaras en el reino franco ancestral, desde el Loira al Rin, se perdió gran parte de los registros escritos, de los edificios, de los propios objetos y de las tradiciones locales. Los maestros y eclesiásticos huyeron de las antiguas ciudades romanas junto a los ríos y se refugiaron en las montañas del este. Irónicamente, muchos nobles francos emigraron, atravesando el Rin, a la seguridad de la antigua Sajonia. Allí, los centros monásticos de la vieja Marca del Este, desde Fulda a Saint-Gall, se convirtieron en los nuevos centros de supervivencia.

El efecto de este éxodo resultó decisivo sobre el recuerdo de Carlomagno. Los rastros del hombre de carne y hueso desaparecieron casi por completo, mientras las hazañas del personaje legendario acompañaban a los emigrantes a los nuevos territorios. En todas partes, los libros y reliquias preciosos rescatados del amenazado valle del Rin se convirtieron en evidencia de las gestas del idealizado señor de la cristiandad.

Durante las siguientes generaciones, sumidas en penalidades, poco se escribió acerca de Carlomagno. Su recuerdo, cabe decir, se mantuvo en una suerte de clandestinidad. Pero se mantuvo. Se transmitió en las narraciones de los viajeros y se incorporó en las canciones. Los monjes de Fulda, en sus observaciones de las estrellas, denominaron a la constelación de la Osa Mayor el *Karlswagen*, el «Carro de Carlos». Los hospederos de los Pirineos señalaron una cruz de piedra como perteneciente a Carlomagno. Los cazadores de los Alpes explicaron que un venado blanco había aparecido ante el rey Carlos para mostrarle el camino hacia el este.

En el recuerdo de Venecia, cuyas lagunas había intentado dominar, su figura se convirtió en la del inspirado profeta de la conservación de la ciudad. Los venecianos dijeron que el monarca había pasado por sus canales y, arrojando una pesada lanza en lo más profundo de sus aguas verdes, había declarado: «Tan cierto como que ninguno de nosotros volverá a ver jamás esa lanza, os aseguro que vuestros enemigos serán siempre derrotados por la cólera de Dios».

Difundido de esta manera por los narradores de leyendas, el recuerdo de Carlomagno arraigó en muchas tierras. Trasplantado, este recuerdo tendió a convertirse en la imagen de un benevolente monarca universal. En Sajonia, transformada ahora en punto de reunión de la fuerza germánica, esta imagen experimentó una evolución bastante notable. Los teutones del siglo X parecieron recordarle, en primer lugar, como legislador y, luego, como el rey legendario que les había llevado el cristianismo. ¿No eran una prueba irrefutable de ello las muchas y bellas iglesias de madera que había ordenado consagrar?

Los libros iluminados, las piezas de orfebrería y las excepcionales tallas de marfil que se conservaban en Fulda y en Reichenau, ¿no atestiguaban acaso el esplendor de su reinado? Cuando estos germanos del este empezaron a plantear una verdadera resistencia frente a normandos y magiares, sus nuevos reyes, los Otones, se alzaron en Sajonia empleando una serie de confusos conceptos que atribuyeron a Carlomagno. Estos germanos no podían considerarle del todo uno de los suyos, pero tampoco podían pasarse sin él. Así pues, le adjudicaron el título de primer emperador de su *imperium Teutonicum*. El primer Otón imitó las celebraciones de Carlomagno y se hizo coronar, como él, en la reconstruida capilla de Aquisgrán. El tercero de los Otones trató de obtener la coronación más lejos, en Roma, como nuevo restaurador —tras Carlomagno— del antiguo Imperio Romano. (Precisamente lo que el monarca franco no había querido restaurar).

Después de reverenciarle como rey misionero y de honrarle como fundador de su «imperio» (que pronto recibiría el insólito nombre de Sacro Imperio Romano), los germanos empezaron a considerar a Carlomagno un santo que mantenía contacto con el paraíso mediante la intervención, como mensajero, del arcángel san Gabriel.

Para entonces, su figura mítica se convirtió en una fuerza viva en la mente de las

gentes.

Aunque debilitado, el mundo no terminó en el año 1000. Al contrario, una nueva vitalidad se extendió por la Europa cristiana y el Carlomagno legendario cobró también nueva vigencia.

Como un espíritu invisible, acompañó a los peregrinos que viajaban de santuario en santuario. A lo largo de estas rutas de peregrinaje, los monasterios y las posadas intentaron, naturalmente, atraer a los peregrinos mediante milagros y reliquias. ¿Qué milagro atraía más multitudes que el hecho de que aquel sire de la *chrétienté* hubiera formulado una profecía acerca del lugar? ¿Qué reliquia podía ser más codiciada que un fragmento de escrito o un retal de tela «pertenecientes realmente a Carlomagno en persona»?

La vía a través de los Pirineos pasó a conocerse como «el camino de los francos». (En realidad, esta ruta de peregrinación no atravesó el valle, bastante poco profundo, llamado de Roncesvalles). Cada uno de los lugares de acogida de viajeros revivía febrilmente el recuerdo de Carlomagno como el más puro de los peregrinos y el más poderoso de los monarcas. Este recuerdo se extendió hasta el mismo borde del temible océano occidental, cerca del cual se encontraba el santuario de Santiago de Compostela. ¿Acaso Carlomagno no había visitado el lugar cuando conquistó toda Hispania, excepto Zaragoza, a los infieles mahometanos? Ciertamente, sólo la barrera del océano había impedido al gran viajero proseguir su avance. (Esta leyenda acerca de que su triunfal expansión se vio frenada por el mar persistió durante mucho tiempo).

Cuando los poetas de Provenza empezaron a elaborar sus trovas, complacieron a sus audiencias con el relato de las hazañas de Carlomagno, el rey y campeón del Señor. Y el público quiso oír más y más historias sobre el monarca.

En la isla de París, los trovadores evocaron en sus cantos cómo el gran rey había instalado su corte junto a la roca de Montparnasse y cómo había bendecido la iglesia de Santa Genoveva.

Cuando estas primeras trovas se convirtieron en las grandes *chansons* de una nueva Francia, Carlomagno apareció en ellas como celebrado monarca de aquella tierra generosísima, *un roí en France de moult grant seignorie*. ¿Acaso no había sido devoto del buen san Dionisio desde su juventud? Aquel rey de antaño había trabajado toda su vida por la *dolce France*. Trovadores y oyentes, todos estaban convencidos de que, en tiempos de Carlomagno, su dulce Francia se había extendido hasta muy lejos, más allá de las umbrías Ardenas y de los pasos nevados de los Alpes y de las tierras de los hunos, hasta la mismísima Catay.

Con este inicio de la vida feudal, la imagen de Carlomagno adquirió los atributos de un monarca feudal. Poderosos vasallos le servían: veinte duques transportaban las fuentes a su mesa, cuatro reyes le asistían y el propio Papa celebraba la misa para él.

Sin embargo, en la coronación de su hijo Luis, había sucedido algo inesperado. ¡Para gran disgusto de Carlomagno, Luis había mostrado miedo de adelantarse para recibir la corona imperial! Los psicólogos de la historia tal vez podrían reconstruir la realidad de lo sucedido en la coronación de Aquisgrán.

Con el advenimiento de la figura del caballero andante y la aparición de los cantares celebrando el valor heroico del combate singular, la imagen de Carlomagno como campeón de la dulce Francia encajó fácilmente en este nuevo molde. El hombre que había sido un consumado estratega y gran motor de pueblos en la vida real, se convirtió en rey guerrero al nuevo estilo, capaz, con un solo golpe de su espada, de partir en dos a un enemigo acorazado, desde el casco hasta la silla de montar. El hombre que había intentado mantener a sus francos apartados de la batalla abierta, decidía ahora las guerras con un único asalto triunfal de sus lanzas. La espada de hierro de ancha hoja que, según las crónicas de su tiempo, sólo portaba al cinto en las ceremonias, también adquirió una nueva personalidad. De nombre *Joyeuse*, forjada en el más fino acero, llevaba en la empuñadura la más preciada de las reliquias: un fragmento de la Santa Lanza. Y dado que los juglares de esa época posterior se interesaron muy pronto en hablar de los amores de sus héroes, Carlomagno también se convirtió en campeón y defensor de alguna dama sin par; con frecuencia, esta figura femenina era la hija del rey moro de Hispania, convertida al cristianismo por el franco tras abjurar de la diabólica adoración a «Mahoma». Su prole de hijas lozanas y sensuales quedó transformada en la persona de una única hija virtuosa, blanca como un lirio y encarnada como una rosa, de nombre *Bellisenda*.

Nada que resultara llamativo a la imaginación popular le fue negado a la figura mítica de aquel «primer rey de Francia, coronado por Dios entre los cánticos de los ángeles». Incluso a sus doscientos años de edad, Carlomagno se levanta de su trono de marfil y hace acopio de fuerzas para acudir en ayuda de su pueblo al grito de: «¡Barones de Francia, a los caballos y a las armas!». En las casas de campo, las madres consolaban a sus hijos en las privaciones repitiendo que «cuando Carlomagno contempló nuestras penalidades, las lágrimas rebosaron de sus ojos y resbalaron por su larga nariz y por su barba blanca hasta caer sobre el cuello de su caballo».

El imaginario de la nación franca reclamó celosamente como propio a este Carlomagno de leyenda. Al propio tiempo, el aspecto físico del durmiente en la tumba de Aquisgrán cambió también para adecuarse a la leyenda. Desde la diadema de oro, un velo descendía sobre su rostro. Su mano izquierda enguantada sostenía sobre sus rodillas los Evangelios encuadernados en oro, mientras la diestra blandía la espada desnuda «perpetuamente desenvainada contra sus enemigos».

Muy pronto, esta figura imaginaria del arnulfingo se hizo visible a los ojos de los curiosos. Los iluminadores de los manuscritos de sus leyendas le pintaron despertado de su sueño por el buen Santiago, o entrando a caballo en Constantinopla. En los

tapices, fue representado portando todos los atributos de su realeza, envuelto en armiño y terciopelo y sosteniendo en las manos el orbe y el cetro. Los orífices crearon relicarios para guardar sus huesos y pertenencias (su cuerpo había sido exhumado para ser investido, entre otras cosas, con un manto de seda púrpura bizantino, adornado con elefantes). Cuando los vitrales empezaron a dar esplendor a las iglesias con sus cristales de vivos colores, la imagen del Carlomagno legendario quedó a la vista de los feligreses.

A estas convincentes imágenes se sumó pronto una biografía. Un monje de Chálons, deseoso de honrar a su santo patrón, Santiago de Compostela., recopiló a partir de las leyendas una vida de Carlomagno verdaderamente prodigiosa para instrucción de futuras generaciones.

Con ello, el mito convirtió a Carlomagno, más de tres siglos después de su muerte, en monarca de un mundo feliz y en armonía, en el cual los normandos eran arrojados al mar, los sarracenos eran expulsados de la cristiandad y la ayuda del Señor traía alivio a todas las penalidades humanas.

Tal vez sólo en una época de creciente fe y vitalidad como aquélla pudo una leyenda semejante dejar su impronta en las cortes reales, en las instituciones nacionales, en la vida monástica, en la literatura popular y en las artes. Pero así sucedió con la figura de Carlomagno.

Un verdadero interrogante sobre su vida y su tiempo dominó la Europa medieval. ¿Qué había sido, exactamente, el imperio de Carlomagno? ¿Había sido el *Imperium Christianum*? Los eclesiásticos así lo afirmaban. ¿Se había tratado del *Imperium Romanorum*? La corte papal mantenía que así era en efecto, asegurando que aún poseía la autoridad mediante la cual León le había coronado emperador en Roma. ¿Había sido el *Imperium Francorum*? Los recién elevados monarcas germanos proclamaban que Carlomagno había fundado su Imperio Germánico. Uno de esos monarcas logró incluso hacerle canonizar, localmente, para iniciar el culto a su persona. Las tres cosas eran rechazadas por los francos, que veían en el legendario monarca a su primer rey.

Así empezó la larga disputa entre los poderes y las personalidades de la Europa occidental y cristiana que Carlomagno había intentado en vano unificar. Los monarcas del Sacro Imperio Romano —que nunca llevaron a cabo tal unificación de Europa— volvieron su vista a Carlomagno. Federico Barbarroja invocó sus gestas como precedentes para su propia ambición; Federico II llevó a cabo una nueva exhumación de sus restos para colocar un segundo manto sobre su sudario de los elefantes y, en tiempos mucho más modernos, Napoleón Bonaparte, autoproclamado emperador de los franceses, invocó el recuerdo de «nuestro predecesor, Carlomagno». Sin embargo, todo esto entra en el terreno de la historia, no de la leyenda.

Esta se negó a morir. Ni siquiera quedó limitada a un territorio determinado. En Aix-la-Chapelle corrió la voz de que las campanas de la iglesia sonaron sin que nadie las tañera cuando Carlomagno murió. En las montañas de Baviera, se decía que el emperador esperaba allí, en el interior de una caverna. En Renania contaban que, cuando la barba de Carlomagno hubiera crecido hasta dar tres vueltas a la tumba, llegaría el fin del mundo.

Cuando los cristianos de Hispania iniciaron su larga lucha por la libertad frente a los califas de Córdoba, sus trovadores contaron cómo Carlomagno les había precedido en aquella empresa, con Roldán. En la leyenda, las figuras de sus paladines se transformaron en los Doce Pares, héroes de otras leyendas, ahora al servicio de Carlomagno: Oliver y Ogier el danés, y el duque Naimés de Baviera, y el valiente arzobispo Turpin.

Cuando gascones y provenzales participaron en esta guerra, lo hicieron bajo la bandera de Carlomagno, el estandarte de Jerusalén, convertido ya en el pendón de Francia.

En torno a ellos tomó forma la *Canción de Roldán*, con su carga de valor y de muerte.

Cuando los hombres de Occidente, desde Inglaterra hasta la Renania, dejaron sus casas para emprender la primera Cruzada, se produjo una exaltación de los espíritus, un sentido de nuevos horizontes a descubrir, que no había existido desde los tiempos de Carlomagno.

Los cruzados que partían por mar o por tierra oían en las tonadas de los trovadores cómo Carlomagno había arrebatado Jerusalén al sarraceno Harún. El gran rey había viajado a Jerusalén, a la tierra de los apóstoles, para proteger el propio Santo Sepulcro.

Así, la imagen de Carlomagno siguió ejerciendo un influjo en la mente de la humanidad en general, convocándoles allí donde estuvieran. Su figura acompañó a los viajeros dondequiera que llegaran los caminos.

El bárbaro arnulfingo que construyó su ciudad en el bosque y alzó en ella la pequeña iglesia gris de la Virgen se había convertido en un recuerdo celosamente protegido, que recorría Europa; un recuerdo de una época desaparecida durante la cual los cristianos, de algún modo, se habían unido para buscar juntos a su Señor.



HAROLD LAMB, historiador y biógrafo estadounidense (1892-1962) apasionado por el mundo antiguo, recreó con rigor histórico el retrato de grandes figuras del pasado como Carlomagno, Ciro el Grande, Solimán el Magnífico o Gengis Khan, atendiendo tanto al análisis de la época y del personaje como a la vida humana del hombre que había detrás, o, incluso, a la leyenda que crearon. La marcha de los bárbaros, Historia de las cruzadas y Ornar Khayyan son otros de sus destacados ensayos que han logrado interesar por igual a estudiosos y a lectores no especializados.